

La Mestiza

por Eligio Ancona

Edición crítica, notas y estudio de Alejandro Loeza Zaldívar / 2025



UADY
UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE YUCATÁN

La Mestiza

por Eligio Ancona

Edición crítica, notas y estudio de Alejandro Loeza Zaldívar / 2025



UADY
UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE YUCATÁN

PQ Loeza Zaldívar, Alejandro, autor.
7297 La Mestiza por Eligio Ancona / edición crítica
.A72 notas y estudio por Alejandro Loeza Zaldívar.--
.Z756 Mérida, Yucatán : Ediciones de la Universidad
2025 Autónoma de Yucatán, 2025.

1 recurso electrónico (219 páginas).
Acceso abierto en PDF.

1. Ancona, Eligio. La Mestiza—Crítica e interpretación.
 2. Ancona, Eligio—Biografía.
 3. Literatura mexicana—Yucatán—Historia y crítica.
 4. Novela mexicana—Yucatán—Historia y crítica.
-

La mestiza por Eligio Ancona

Primera edición: junio de 2025

D. R. © 2025, Universidad Autónoma de Yucatán
Bajo el sello de la Casa Editorial UADY
Calle 60 núm. 491 A por 57, centro,
C. P. 97000, Mérida, Yucatán, México
Tel. +52 (999) 923 9769
casa.editorial@correo.uady.mx
casaeditorial.uady.mx

ISBN 978-607-8741-75-5



Las ideas y opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad exclusiva de los autores y no reflejan necesariamente la postura oficial de la Universidad Autónoma de Yucatán.

Hecho en México / *Made in Mexico*



UADY
UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
DE YUCATÁN



ÍNDICE

Agradecimientos	6
1. Introducción	7
2. Vida y obra de Eligio Ancona	8
3. La literatura yucateca del siglo XIX	12
3.1 Estética	16
3.2 Entre el Romanticismo y el Realismo	18
4. Análisis de La mestiza	21
4.1 La tradición crítica entorno de La mestiza	22
4.2 Datación	24
4.3 Estructura y organización	24
4.4 Argumento	25
4.5 Fuentes y tratamiento	27
4.6 Crítica al sistema de castas poscolonial	27
4.7 La Guerra de Castas	30
4.8 El honor y la mujer en el siglo XIX	31
4.9 Matrimonios arreglados y prostitución en la Mérida del siglo XIX	33
4.10 Lo patético	35
5. Lengua y retórica	38
6. Nota textual: transmisión y fijación textual	38
7. Criterios de edición	41
8. Bibliografía	44
9. La mestiza	49
Capítulo I: La callejuela de San Sebastián	50
Capítulo II: El tío Antón	57
Capítulo III: La última voluntad de Antón	67
Capítulo IV: Ligera digresión del autor	76
Capítulo V: Última entrevista en la callejuela	81
Capítulo VI: La socarronería de Marta	86
Capítulo VII: Esteban y Marta en campaña	92
Capítulo VIII: La pasión y la conciencia	100
Capítulo IX: Marta duerme y Dolores llora	102
Capítulo X: El asesino de Pablo	108
Capítulo XI: Juana	116
Capítulo XII: La señora doña Elvira Pérez de Moncada	134
Capítulo XIII: Metamorfosis de doña Elvira	143
Capítulo XIV: Ocho días después	151
Capítulo XV: La visita de Esteban	159
Capítulo XVI: Rafaelito	168
Capítulo XVII: La donación	175

Capítulo XVIII: Esteban y Magdalena	182
Capítulo XIX: La enferma y el enfermero	190
Capítulo XX: La vuelta a la choza	199
Capítulo XXI: El amor de Esteban	203
10. Epílogo	208
11. Semblanza del autor	219

AGRADECIMIENTOS

A la eterna memoria de mi padre Alfredo Loeza Bravo. A María Teresa Mezquita, por facilitarme la edición príncips de 1861 y por el excelente diálogo sobre Ancona y el siglo XIX. A Jorge Luis Rodríguez Basora, amigo y colega que, gracias a su invaluable ayuda, me permitió la consulta de la edición de *La mestiza* de 1891. A la Fototeca Pedro Guerra, por haber facilitado la imagen *Mujer vestida de mestiza posa de pie entre dos cortinas para fotografía de estudio*, pieza fundamental que da vida a la portada de esta obra. A la Dra. Rocío Cortés Campos, directora de la Facultad de Ciencias Antropológicas de la UADY, por su generoso respaldo institucional, su guía académica y su compromiso constante con el impulso a la investigación, sin los cuales este libro no habría visto la luz.

1. INTRODUCCIÓN

A casi dos siglos del nacimiento de Eligio Ancona, muchas de sus obras literarias carecen de ediciones críticas y modernas que divulguen los textos del escritor yucateco. Fundamental para entender el convulso siglo XIX, las novelas de Eligio Ancona son fotografías precisas del momento sociocultural, político, económico e histórico de la península de Yucatán en medio de procesos que serían relevantes para el devenir de la incipiente construcción de la identidad nacional. Por ello, el objetivo de la edición crítica de *La mestiza* es acompañar a dicha novela de un correcto estudio y anotación que permita al lector contemporáneo una lectura íntegra a través de esta edición definitiva, adecuada y filológica que aporte en la comprensión de la obra de Eligio Ancona en su contexto.

La novela *La mestiza* cuenta con cinco ediciones, de las cuales ninguna es crítica y sólo han añadido errores, transmitido erratas y descuidado el texto, en su análisis y comprensión. Además, los elementos cualitativos de *La mestiza* no ameritan el descuido y abandono editorial de la obra, ya que estamos ante una narrativa que permite establecer las dinámicas literarias de la época a través de una fábula que implica la reivindicación de ideales, estructuras sociales y una velada crítica a las circunstancias socioeconómicas de la región. Además, esta novela es la primera en ser publicada por el autor yucateco, junto con *Uno de tantos*, novela por entregas del mismo año (1861), lo cual marca el inicio de la vida como escritor del famoso político, maestro e intelectual yucateco.

Por su parte, toda la obra literaria de Eligio Ancona está pendiente de reediciones críticas y filológicas que permitan analizarlas y restituirlas a lo que el autor habría querido ver publicado para la correcta lectura y comprensión. La obra literaria de Ancona transita de estilo narrativo desde esta que es conocida como su primera novela hasta sus obras póstumas, donde permuta del Romanticismo al Naturalismo/Costumbrismo.

Ergo, la hipótesis relativa al presente trabajo filológico sienta sus bases en la problemática ausencia de ediciones confiables, con criterios bien definidos y un apartado crítico responsable y adecuado, dirigido a un público general, sin excluir al lego ni al especializado que explique los procesos de identidad desde la novela yucateca de Eligio Ancona. El proceso ha dado como resultado la reunión de todos los testimonios, se ha comparado la información y se llega a una interpretación sobre cómo el autor yucateco hace una crítica y propuesta para consolidar los procesos poscoloniales.

Por lo tanto, la presente edición crítica de *La mestiza* de Eligio Ancona se hace necesaria en un contexto de rescate, actualización y análisis de la literatura yucateca, la cual es testimonio de una época convulsa, de cambios trascendentes y donde la literatura no sólo tenía un papel testimonial, sino que era parte de las estrategias políticas, culturales e históricas de Yucatán y México.

2. VIDA Y OBRA DE ELIGIO ANCONA

Eligio Jesús Ancona Castillo nació el 30 de noviembre de 1835 en Mérida, Yucatán, según consta en el certificado del acta de bautismo¹, hijo de Antonio María Ancona Cárdenas y María Fernanda del Castillo. Fue bautizado el cinco de diciembre de dicho año en la catedral de San Ildefonso y es el hijo mayor del matrimonio referido. Sus hermanos fueron Lorenzo, Antonia y Manuela Ancona, respectivamente. El padre de Eligio era propietario de una escuela donde fungía como director y maestro, donde la madre también laboraba. En dicha escuela familiar recibió Eligio las primeras letras y formación pedagógica, hasta que continuó sus estudios primero en el Seminario Conciliar de San Ildefonso y en 1862 se graduó como abogado de la Universidad Literaria del Estado. Durante su formación como abogado, su padre falleció y tuvo que impartir clases en la escuela de la familia, así como asumir la dirección. Por estos años coincide con Yanurio Manzanilla y Olegario Molina, condiscípulos que ayudaron en la dirección del colegio y que serían amigos de Eligio Ancona.

Mientras ocurren estos primeros años de vida y formación de Eligio Ancona, es importante recordar que, en el ámbito político e histórico, el 5 de febrero de 1857 se promulgó una constitución de carácter liberal que restringía el poder, los privilegios y posesiones de la Iglesia Católica en todo el país. A dicha promulgación, el presidente Ignacio Comonfort dio un autogolpe de estado el 17 de diciembre de 1857 para derogar la constitución de carácter liberal. Mientras estos acontecimientos ocurrían en la capital del país, Eligio Ancona junto con Juan Antonio Esquivel se manifestó a favor de la Constitución de 1857, lo cual nos da indicios de la ideología que adoptaría en su vida literaria, periodística y política.

Motivado por dichos sucesos y por el ideario liberal, Ancona funda en 1860 el periódico liberal *La sombra de Morelos* junto con Manuel Peniche y Pablo Oviedo. En este periódico y en el que posteriormente crea, *La píldora* (1862), el yucateco escribe artículos en contra del intervencionismo europeo y en clara consonancia con los ideales políticos del presidente Benito Juárez, exhortando a la defensa de la nación y la secularización de la vida pública del país. Fue abiertamente contrario a la intervención francesa y al Imperio de Maximiliano, la cual ocurre en 1864, cuando Eligio Ancona era regidor del Ayuntamiento de Mérida. El carácter republicano-liberal de Ancona quedó asentado por la postura política en el ejercicio de cargos de gobierno, así como por la publicación de *La píldora*, la cual fue censurada y multada por un artículo que escribió titulado *La democracia en ambos mundos*. En los periódicos ya mencionados, Ancona postula la necesidad y legitimidad de un autogobierno, contrario a todo intervencionismo colonialista.

1 Sobre la controversia del año de nacimiento de Eligio Ancona (1835 o 1836) remito a los detalles que da Óscar García Solana en *Lo que no sabías de Eligio Ancona* (2015: pp. 17–54), el cual defiende la tesis de que el año de nacimiento de Eligio Ancona fue 1836, ya que se trataría de una mala lectura del acta bautismal y a las controversias políticas de Carlos R. Menéndez González a principios del siglo XX, quien evitó la conmemoración del centenario del natalicio de Eligio Ancona. Sin embargo, también remito a lo dicho por Magaña Esquivel en *Yucatán en el tiempo* (Vol. 1: 225) sobre los argumentos para sostener que Eligio Ancona nació en 1835. En todo caso, he consultado el acta bautismal y, efectivamente, se lee 30 de noviembre de 1835. Dejo a criterio del lector seguir el hilo de esta controversia. Ver: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:63ZD-8H2M>.

Desde muy joven Eligio adopta los ideales liberales en pro de la joven nación: cuando el autor yucateco nació, México era un país que aun se debatía entre la reintegración a España, los proyectos imperiales o republicanos. Por ello, en la obra de Ancona podemos encontrar como los ideales liberales están regidos por la construcción de un imaginario de identidad nacional. Fue gracias a la educación que había recibido, en el seno de una naciente burguesía yucateca, donde buscaría las estrategias para (re)construir la patria a través del periodismo, la historia y la literatura. En este sentido:

Eligio Ancona participa de la filosofía de reconstrucción nacional integrando la literatura novelesca a la lucha por una nueva nación mexicana. Su excesivo idealismo inicial, así como su amor al orden, al final de su vida literaria, hablan de la evolución que dentro del suelo mexicano – y estrechamente vinculada a las distantes realidades sociales – tuvo aquella doctrina importada (Rosado 2003: 26).

Ese idealismo inicial que menciona Rosado está presente en sus primeras novelas, las cuales encuentran en el español-blanco-extranjero al enemigo del proyecto sociopolítico nacional. Eco de todo esto será *La mestiza* de 1861. Dicha novela fue editada por la Imprenta de la Sociedad Tipográfica². De esta primera edición, se cuenta con el ejemplar guardado en la Biblioteca Yucatanense y que se encuentra digitalizado. Doy más detalles de esto en el apartado de *Nota textual*. Por su parte, a la par de la publicación de *La mestiza* en 1861, se va publicando *Uno de tantos* en *La burla* de manera periódica. Ese mismo año en el que Ancona inicia su carrera como escritor, fallece su maestro y mentor, Justo Sierra O'Reilly, a quien le profesa admiración y que, sin lugar a dudas, motivó su vida intelectual y creativa.

En el ámbito narrativo, es claro que Ancona tenía predilección por el género de la novela, ya que volvería a ella en *La cruz y la espada* (1864), *El filibustero* (1864), *Los mártires del Anáhuac* (1870), *El conde de Peñalva* (1879) y *Memorias de un Alférez* publicada de manera póstuma (1904). También debe considerarse la novela *Uno de tantos*, publicada de manera folletinesca a partir de 1861. Por lo tanto, el total de novelas escritas por Eligio Ancona es de siete novelas, hasta el momento conocidas.

Se puede entender dos momentos de la producción literaria de Eligio Ancona: una que va de 1861 a 1870, de muchas publicaciones centradas en narrativa y otra en la que la carrera política y la escritura en periódicos no le permitió más que escribir la que sería su novela póstuma, *Memorias de un alférez*.

Sin embargo, antes de las novelas, Ancona fue dramaturgo que cosechó el gusto del público y la crítica yucateca. En este sentido, la obra que data de su juventud es *Valentina*, escrita y representada en 1858, firmada bajo el pseudónimo de Ignacio Oneja y la cual se encuentra resguardada por sus herederos, aunque cuenta con edición contemporánea publicada en 2015. Esta primera obra tiene tres actos, con seis personajes y está escrita en versos octosilábicos y endecasílabos. *Valentina* tiene por trama el conflicto amoroso entre el personaje principal, Valentina y sus dos cortejadores, Alberto y Rodrigo, siendo este último un delincuente, pero a quien Valentina ama. Otra

2 También las enciclopedias *Yucatán en el tiempo* (1998: 226) y *Enciclopedia Yucatanense* (1977: 638) proporcionan el mismo dato. No existe duda sobre la fecha de publicación de la obra.

de las obras dramáticas de Eligio Ancona es *Modo de atrapar un novio*³ de 1862, que trata de cómo el personaje principal, don Ciriaco no logra casar a su hija mayor, Isabel y de la escasez de prospectos a causa de la Guerra de Castas. En ese mismo año de 1862 también estrena la obra de teatro *La caja de hierro* en el Teatro San Carlos⁴, la cual corrió a cargo de la compañía de teatro de Manuel Martínez Casado. En 1881 presentó *Las alas de Ícaro*, bajo el cuidado de la compañía dramática de Leopoldo Burón, en el primer Teatro Peón Contreras. Se tienen noticias de una comedia bajo el título de *Rica heredera*, la cual fue puesta en escena de manera póstuma (1910) bajo la compañía de Rosita Arriaga, estrenada en el Teatro Peón Contreras. Otras obras teatrales del autor habrían sido *Una boda de astucia* y *La fiesta de Santiago*, pero sin mayores noticias ecdóticas. Se presume que, salvo *Modo de atrapar un novio* y *Valentina*, todas las obras de Ancona están perdidas actualmente o en posesión de los herederos del escritor. Lo único que queda sobre estas obras es la crítica vertida en periódicos de la época y en enciclopedias.

Modo de atrapar un novio es descrita por Gamboa Garibaldi como una obra de teatro original y que “los chistes de que está sembrada arrancaron al público estrepitosos e innumerables aplausos, y el autor fue llamado a la escena a la conclusión de la pieza” (En Magaña 1966: 56). Por su parte, *Las alas de Ícaro* es un drama en tres actos descrito como de “buen gusto y la inteligencia del público meridano, sabrán tributar los merecidos aplausos al distinguido dramaturgo” (En García 2015: 11). Así, las obras habrían tenido buena recepción y con ello Eligio Ancona se hizo de un espacio entre el grupo de escritores locales (remito al trabajo de García Solana para más detalles).

Por su parte, Eligio realizó un trabajo historiográfico bajo el nombre *Historia de Yucatán desde la época más remota* que publicó entre 1879 y 1880 en cuatro volúmenes. Esto convierte a Eligio Ancona en uno de los primeros yucatecos que escribe la historia de Yucatán. Esta obra tuvo varias reediciones durante el siglo XX, muchas veces como parte de las estrategias políticas, pedagógicas e ideológicas posteriores a la Revolución Mexicana (ver Yucatán en el tiempo).

En 1866 la imprenta que había adquirido Ancona comenzó a publicar un periódico llamado Yucatán, el cual fue sancionado por las autoridades imperiales, por lo cual es apresado en la plaza principal de Mérida la noche del 7 de septiembre de 1866. La acusación era grave, ya que se le atribuyó:

3 El trabajo de Óscar A. García Solana, *Lo que no sabías de Eligio Ancona*, cambia el nombre de la obra a *Nuevo método de atrapar a una joven*. Salvo Wikipedia, no encuentro otra fuente que tome este título por bueno.

4 Es importante recordar que los primeros teatros de Mérida (Yucatán) fueron conocidos como “corrales” en clara herencia de los corrales de comedia españoles. En uno de estos corrales, el gobernador Benito Pérez Valdelomar en 1807 inaugura el primer Teatro San Carlos, destruido por un incendio unos pocos años después y reconstruido en 1831 bajo el mismo nombre. De manera breve en 1878 se pasó a llamar Teatro Bolio al cambiar de propietario. Al poco tiempo recibió el nombre de Teatro Peón Contreras, el cual fue reformado en 1900 e inaugurado por el gobernador Olegario Molina Solís a finales de 1908, con la estructura que hasta la actualidad se mantiene. Puede consultarse los detalles de la historia del Teatro Peón Contreras en García Solana, 2015: 9-11.

delito político contra el Imperio, sin derecho a defensa ni apelación. Muy secretamente, en la madrugada del siguiente día, Ancona y Manzanilla fueron enviados al puerto de Sisal para luego ser embarcados, con otros presos del interior del país que habían sido confinados a la Península, a la [...] isla de Cozumel (*Yucatán en el tiempo* 1998: 226)

Este cautiverio duró menos de un año, ya que la República fue restaurada en junio de 1867 y el 18 de julio de ese mismo año, Ancona fue designado como secretario general de gobierno, por órdenes del General Cepeda Peraza. Desde dicho puesto, Eligio participa en la aplicación de las Leyes de Reforma dentro del ámbito peninsular, a la vez que funda el Instituto Literario del Estado, inaugurado el 18 de junio de 1867, integrando una educación inspirada en el positivismo de Augusto Comte, con lo cual la escuela se uniría al proyecto de educación nacional. También en 1867 retoma la actividad de periódicos, con la publicación de *La razón del pueblo*. Otros periódicos en los que colaboró activamente fueron *La juventud*, *La soberanía popular*, *El eco del comercio*, *La guirnalda*, *El repertorio pintoresco*, *La Burla* y *El álbum yucateco*, donde utilizó su nombre para firmar sus notas, o bien sus iniciales. También recurrió al seudónimo de Lagartija, particularmente en los textos publicados en *La Burla*. Colaboró con el periódico *El libre examen*, publicado entre 1879 y 1882, donde escribe su “crítica contra la religión católica y contra su jerarquía eclesiástica y por el encomio a las ideas liberales, al ateísmo y a la masonería” (García 2015: 27).

En 1868 Eligio Ancona fue designado gobernador interino, nombrado por Benito Juárez, ya que la muerte del General Cepeda Peraza y la consigna del presidente de restaurar y hacer cumplir la constitución de 1857 se convirtió en un imperativo nacional. En 1874 fue nuevamente gobernador interino y posteriormente fue electo gobernador del estado para el ejercicio que concluyó en 1878, con la interrupción de 1876 por el Plan de Tuxtepec, del cual Ancona no fue partícipe y, fiel al presidente Lerdo de Tejada, renunció al cargo y entregó el gobierno a Guillermo Palomino.

En 1876 contrajo matrimonio con Manuela Albertos Zavalegui, con quien tuvo cinco hijos: Eligio, Antonio, Lía, María y Joaquín. Desconozco más datos de Manuela Albertos, salvo el año de su nacimiento 1857.

Durante la siguiente década, Eligio Ancona es llamado a ser magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación en Ciudad de México, puesto que ejerció hasta su muerte el 3 de abril de 1893. Poco antes de su muerte, Porfirio Díaz había nombrado a Eligio como Ministro Plenipotenciario en Francia con el fin de alejarlo de México “y es que debía alejarse de México a don Eligio: porque era un Magistrado de la Suprema Corte que no aceptaba consignas” (Ancona 1993: 4). En 1895 fue declarado Benemérito del Estado de Yucatán por parte de la Legislatura local.

Actualmente, su busto se encuentra al inicio de la Avenida Reforma en la Ciudad de Mérida (Yucatán) y se entrega un premio con su nombre, además de una medalla al yucateco distinguido en las artes, las ciencias y la cultura en general, otorgada por la Universidad Autónoma de Yucatán desde 1960.

Así, Eligio Ancona fue testigo y protagonista de grandes cambios en la historia de Yucatán y México, como lo fueron la Guerra de Castas, la Guerra de intervención de Estados Unidos, las Leyes de Reforma, el Segundo Imperio, la Guerra de Reforma, la

restauración de la República y la puesta en marcha del Porfiriato. Testigo privilegiado de la historia nacional y local, su obra transita por los géneros de la narrativa, la dramaturgia, el periodismo y la historia, haciéndose eco de las costumbres yucatecas y de la perspectiva cultural de las mismas.

Por todo lo anterior, la presente edición crítica de *La mestiza* es una deuda filológica con un momento definitorio en la vida literaria del escritor yucateco, pues marca el inicio de su carrera como escritor y voz política e ideológica de un momento muy particular de la historia local y nacional.

3. LA LITERATURA YUCATECA DEL SIGLO XIX

La literatura yucateca tuvo honda influencia del Romanticismo, movimiento europeo que tiene su origen en Alemania y que extendió su estética por Europa y Latinoamérica. En este sentido, la obra de Eligio Ancona estuvo influenciada por el Romanticismo. Sin embargo, antes de precisar las características que toma del Romanticismo, es importante exponer el panorama literario del Yucatán de mediados del siglo XIX. Se puede afirmar que la literatura hecha por Ancona es parte de la primera literatura yucateca, sobre la que el Romanticismo ejercerá influencia. Esta influencia ha llevado a críticos como Esquivel Pren a afirmar que esta literatura sólo fue imitación:

Puesto sobre la pendiente de la imitación los yucatecos poetas y escritores, han encontrado más fácil y hacedero continuar imitando a los de allende del mar: españoles, franceses, centro o sudamericanos, mejor que consolidar una literatura original yucateca, como la tuvieron los mayas. Nuestros antepasados, los fundadores del periodismo literario, de la lírica, la novela y demás géneros, en los comienzos y años después de nuestra era independiente tuvieron siquiera la excusa de carecer del material tradicional y de resolver un problema de implantación, y en muchos casos de creación e imitaron, en ocasiones en forma tan púdica, como ocurrió con Justo Sierra O'Reilly y Eligio Ancona, que más que imitaciones sus novelas pueden considerarse como adaptaciones del Romanticismo francés al medio yucateco (Esquivel Pren 1977: pp. 334-335)

Estos desaciertos críticos de Esquivel Pren proceden de una lectura simplista sobre la literatura yucateca en general, pues los temas abordados por las y los escritores yucatecos del siglo XIX son propuestas temáticas que remiten al contexto sociocultural. El equívoco de Esquivel Pren (entre otros) parte de una lectura (o ausencia de ella) a detalle de novelas como *La mestiza*, donde la influencia del Romanticismo es clara, pero no ejerce ningún rigor narrativo ni temático. No se puede negar la influencia y deuda de Ancona con los modelos estéticos de la literatura Europea, pero eso no hace que la novela de Ancona sea simple "imitación" en los términos despectivos que Esquivel Pren analiza, si comprendemos la comparación que hace con la idea rocambolesca de "una literatura original yucateca".

En este sentido, Rosado Avilés explica que, para definir la literatura yucateca del siglo XIX, se debe estudiar los periódicos literarios de la época, medios desde los cuales se plantean los objetivos de los editores, escritores y críticos que tiene como finalidad

unificar estilos literarios para “conformar un movimiento sólido del cual nacería, en fechas posteriores, una literatura propiamente yucateca” (Rosado Avilés 2004: 38).

Los inicios de la novela yucateca están datados en las publicaciones periódicas que hacía Justo Sierra O'Reilly quien en 1841 comienza a publicar en el *Museo yucateco* las novelas cortas *Doña Felipa de Sanabria*, *Los bandos de Valladolid* y *El filibustero*, entre muchas más. La novela histórica comenzó su recorrido en México con la publicación de *El misterioso* de Mariano Meléndez en 1836 en Guadalajara, la cual está ambientada en Yucatán. Décadas después, Ancona haría de las novelas históricas (*El filibustero*, *Un año en el hospital de San Lázaro* y *La hija del judío*) su género predilecto. Las obras de Sierra O'Reilly tienen por trama general las leyendas que surgen de la tradición oral y la incipiente historia de la región. En los siguientes años aparecerán otros novelistas como Vicente Calero Quintana, Rafael de Carvajal, Pantaleón Barrera, Gerónimo del Castillo, Manuel Sánchez Mármol, Crescencio Carrillo, Francisco Sosa y Eligio Ancona, entre otros más. Además, escritores como Antonio García Gutiérrez visitaron Yucatán (entre 1844 y 1850), atraídos por un espacio propicio para la literatura, con una vida intelectual y creativa bastante álgida en la región. Y si bien el interés existía por parte de varios escritores en una literatura escrita desde la joven nación, había otros obstáculos.

En general, esta primera literatura yucateca se caracteriza por fusionar las leyendas populares y la historia, conformando el eje temático de la mayoría de ellas. En este sentido, la Ilustración había influido en la concepción de la literatura, como una herramienta que permitiría instruir al pueblo en historia y en la moral liberal, además de que era una estrategia de creación de la identidad nacional y de los ideales de la independencia. En este sentido, la “función de la literatura en sus orígenes peninsulares, concretamente de la novela, será mucho más didáctica que literaria: deberá instruir y ser la prueba tangible del desarrollo alcanzado por el pueblo yucateco” (Rosado 2003: 11).

A este panorama de influencia, debe añadirse que los pocos editores dispuestos a tomar el riesgo económico de la impresión de novelas (siendo destacados Leonardo Cervera y Manuel Heredia Argüelles) se suma lo que sería un incipiente gusto por la lectura de novelas en Yucatán⁵. En este sentido el “sistema al que había de acudir era el de subscripciones privadas, había que colocar la edición entre los amigos del autor y del editor, después de una labor de convencimiento que nos produce una impresión de mendicidad” (*Enciclopedia yucatanense* 1977: 639). Lo anterior se puede verificar en la carta que Eligio Ancona dirige a Carlos Mañé, pidiendo su mecenazgo para publicar *La cruz y la espada* en 1864:

Quisiera animar al público a que corresponda a mi trabajo, costeando siquiera los gastos de la impresión. Pero la pluma se me cae de la mano al intentarlo, porque tengo alguna experiencia en lo relativo a empresas literarias. Cuántos al pasar los ojos por estas líneas, exclamarán: “¿a qué fin perder el tiempo en la niñería de escribir para el público? ¿no hay por ventura otras ocupaciones, en que al revés de lo que sucede en ésta, se gane el dinero y se adquiera consideración en la sociedad?”. Pero no faltarán quienes crean que aunque el escritor no ocupe un lugar preeminente entre los hombres, es acreedor a que el público le pro-

5 Sobre el tema puede consultarse *Enciclopedia yucatanense* 1977: 639.

teja en un país donde la literatura sólo cuenta con el apoyo de los particulares [...] Así, pues, a los que no participan de la indiferencia con que se suelen mirar los trabajos del escritor, a los que comprenden que la literatura es digna de alguna atención en un país civilizado, a los que no crean que suscribirse a una obra literaria es proteger la vagancia y el vicio, a esos suplico tiendan una mano protectora a la obra que hoy empiezo a publicar. (En *Enciclopedia yucatanense* 1977: 640)

Esta petición de Eligio Ancona permite comprender el estado de la novela yucateca a mediados del siglo XIX, lo cual contrastaba con la situación del teatro que gozaba de popularidad y mejores patrocinios. Por otra parte, los editores de periódicos literarios también reclaman a los lectores su poco compromiso con la producción local:

Nos parece no sólo oportuno sino necesario alzar la voz para ver si se despiertan de su letargo esos hombres mentalizados que no se mueven para adelantar a los que trabajan en pro de la mejora y el progreso de las escasas luces que llegan a nosotros y se desprenden de ese grande astro que precede y alumbra las naciones de Europa (Calero 1846: 9)

Lo anterior no sólo es una petición a que los lectores asuman el compromiso de consumir la novel literatura yucateca, sino que también establece de manera indirecta el lugar que ocupa el escritor en este proyecto: se trata de un protagonista de cambio cultural, al servicio del progreso. También de lo anterior se desprende un dato de suma importancia: no es que en el Yucatán del siglo XIX no se consuma literatura (novelas, principalmente), sino que el gusto popular está en las obras procedentes de Europa, donde escritores como Alejandro Dumas, Víctor Hugo, Charles Dickens, entre otros, habían moldeado la literatura del siglo XIX. El panorama del escritor yucateco del siglo XIX es, como se desprende de las dos citas anteriores, complejo económicamente, ya que estas peticiones serán constantes en la obra de Ancona y otros tantos.

Por lo tanto, la literatura yucateca de la primera mitad del siglo XIX está profundamente influenciada por el liberalismo y el positivismo, momento en el cual la literatura está “supeditada a ser el medio por el cual la historia y todas las ideologías en boga se difunden entre la gente letrada” (Rosado 2004: 9). Desde el lugar que escribe Eligio Ancona es posible establecer las diversas realidades sociales, a través de la estética del Romanticismo, corriente relativamente novedosa y adaptada a las singularidades del contexto yucateco. Como se leerá en la novela, una de esas características principales y distintivas de *La mestiza* es el narrador con una perspectiva que va desde la trama al lector, a través de afirmaciones de repercusión social y moral, que hacen partícipe al lector de un diálogo crítico sobre las costumbres socioculturales de la Mérida del siglo XIX.

Si bien *La mestiza* no es una novela histórica como otras novelas de Ancona, es importante considerar que la narrativa era un género de origen europeo que estaba estrechamente enlazada con el medio social en el que se generaba. Como explica Rosado Avilés, en el contexto de la literatura latinoamericana, este género está fuertemente vinculado “al triunfo de las luchas independentistas, cuando la formación de

los nuevos estados es lo primordial y la historia aparece como piedra fundamental en la conformación de una nueva identidad” (Rosado 2003: 10). A lo anterior se debe sumar el sentido pragmático y pedagógico de la literatura durante el siglo XIX, la cual era considerada como parte de las estrategias encaminadas a “contribuir a la reforma del país y a su modernización” ya que las novelas debían “tener también un sentido didáctico, ser partícipes de la información y vigorización de nuestra nacionalidad [...] El arte, por lo tanto, debe expresar sentimientos del siglo y nacionales: mostrar el carácter de la Nación, resaltar sus grandezas, sus heroicidades, sus sufrimientos” (Manrique 1967: 246). En este sentido queda claro que las novelas del siglo XIX fueron propaganda de la filosofía liberal con el objetivo de que la nueva nación lograra la modernización, es decir, la civilización en términos de la Ilustración.

La literatura yucateca transitó durante el siglo XIX por tres etapas, como lo ha señalado Celia Rosado Avilés⁶, que en una primera etapa (1810 a 1836) se caracteriza por la independencia y la aparición de una literatura patriótica y con planteamientos de adoctrinamiento. En una segunda etapa (1836-1867) se establece una literatura que retrata el paisaje y las costumbres nacionales. La tercera etapa (1867 – 1889) se caracterizó por la influencia del Modernismo, siendo Manuel Altamirano el representante de este proyecto de nación liberal que se consolida en la literatura. En este sentido, la obra de Ancona queda atrapada entre las dos últimas etapas, siendo el caso de *La mestiza* el de un intento por consolidar una perspectiva mexicana de la literatura, a través de las costumbres desde un estilo que poco se adapta a las estructuras rígidas de los siglos anteriores.

Así, los dos grandes novelistas del siglo XIX yucateco son Justo Sierra O’Reilly y Eligio Ancona, si tomamos en cuenta el número de obras que escriben, publican y alcanzan reconocimiento crítico, del público e histórico. En este sentido, a la obra de Ancona le caracterizan los temas peninsulares, así como sus hechos, tanto pasados (caso de la novela histórica) como de su propio contexto, donde *La mestiza* ocupa un lugar privilegiado, junto con *Uno de tantos*.

Este lugar privilegiado que ocupa Ancona de ser uno de los primeros novelistas yucatecos, llevó al autor a establecer qué es la literatura, como concepto. Entiende la literatura como un arte útil, ya que considera que debe llevar a la razón a través de los sentidos: “Además de entretener las largas horas de fastidio y de dolor a que está condenada la pobre humanidad y halagar a los sentidos con la belleza de la forma, habla al corazón y al entendimiento con la verdad de la materia” (Ancona 1861: 2). Lo anterior concreta la mirada pragmática de Ancona con respecto a la literatura como parte del proyecto de identidad nacional, ya que “enciende en el corazón el amor sagrado a la Patria, corrige al malo, alienta al bueno, enseña al ignorante, hace temblar al opresor y respirar al oprimido” (Ancona 1861: 2).

Para Eligio Ancona la literatura tiene un papel fundamental en el desarrollo de los pueblos, con el objetivo de alcanzar la civilización, siendo herramienta y finalidad. También debe ser el pulso del grado de civilización, cultura y desarrollo alcanzado. El novelista entenderá que la decadencia sociocultural (que cifra en la Colonia española) ha pasado y el momento en el que escribe se trata de un renacimiento:

6 Rosado 2003: 21.

Por eso, la literatura que nos atrevemos a llamar la lengua de los pueblos ha sido débil y balbuciente en la infancia de estos, se ha mostrado tierna y ardiente durante su virilidad y ha ido perdiendo su lozanía y vigor a medida que el cuerpo, al que está adherida, ha ido caminando insensiblemente a su destrucción [...] un pueblo sin literatura no será como un cuerpo sin alma, pero como un mundo infeliz que no podrá dar a conocer a los demás la nobleza de sus pensamientos y la gloria de sus hazañas (Ancona 1861: 2).

La literatura que escribe Ancona contrastará con la del gusto popular y de mayor alcance en lectores, como lo sería lo satírico y burlesco, de amplio consumo en el Yucatán del siglo XIX a través del teatro. Por ello, toca analizar las características estéticas del Romanticismo y cómo éstas influyen en el joven escritor de *La mestiza*, novela en la que verá reflejada dicha influencia sin ser una réplica de los modelos europeos.

3.1 ESTÉTICA

El compromiso político y diferentes trabajos ejercidos por Eligio Ancona hicieron que su obra sea indisoluble de una estética concreta. En este sentido, Ancona como emisor del discurso establece una serie de objetos-referentes para establecer la función expresiva de *La mestiza* a su receptor, es decir, el lector yucateco del siglo XIX. El mensaje de la novela es susceptible de interpretación ya que el autor ha establecido códigos contextuales en los personajes principales a través de la conexión simbólica de Dolores, Esteban, Pablo y tía Marta.

En este sentido, los personajes simbolizan lo siguiente:

- a) Dolores: es la víctima de la pasión de Pablo. En ella está la víctima inocente, honorable, de sólida formación moral, provista por el padre difunto (Antón) y reforzado por la tía Marta, y corrompida por Pablo.
- b) Pablo: es el antagonista de la obra. Criollo, blanco y heredero de los latifundios postcoloniales. En él el deseo por burlar el honor de Dolores no conoce ni repara moralmente en los preceptos formativos. Para Pablo, Dolores es un personaje en el cuál puede ejercer su superioridad social y económica.
- c) Esteban: es el personaje que representa el mestizaje, junto con Dolores. Es de acciones rectas y con medidas, llegando a lo patético (figura que se analiza más adelante) con tal de salvaguardar los principios morales que encarna el joven. Asume la paternidad de Rafaelito (hijo de Dolores y Pablo) con valores de sacrificio psicológico y por mantener el honor y prestigio de Dolores.
- d) Tía Marta: es el símbolo de la moral que refrena las pasiones de todos los actantes de la novela. Su muerte es símbolo de la decadencia moral basada en el rigor y estatismo que la Iglesia ha dejado en las antiguas colonias de los europeos.

Así, *La mestiza* se dirige a un lector a través de signos que indican desde el narrador cuales son las funciones emotivas que se representan a través de las interjecciones, es decir, las preguntas que el narrador dirige a lo largo de toda la novela al lector. Ejemplo de ello es la primera intervención del narrador que en la pregunta deja clara

la postura (perspectiva narrativa): “¿Qué fin podían tener aquellos amores entre una pobre mestiza y un rico señor que tanto distaba de ella por su fortuna, por su raza y por su educación?” (37). La distinción hecha por el narrador guía al lector desde la diferenciación de la bondad moral encontrada al privilegio cultural basado en el origen étnico. El narrador de *La mestiza* no es inocuo a la narración y la estética de la obra pasa por un refuerzo de la información que se concreta desde la focalización cero.

La focalización cero, presente en *La mestiza*, se da cuando el “narrador se impone a sí mismo restricciones mínimas: entra y sale ad libitum de la mente de sus personajes más diversos, mientras que su libertad para desplazarse por los distintos lugares es igualmente amplia” (Pimentel 2008: 98). De este modo, el narrador no conoce límites entre el pensamiento de los personajes, las acciones y la diégesis misma de la novela. Incluso cuando se cede la voz narrativa, como cuando Marta relata la tragedia de Juana en el capítulo XI, ésta se convierte en una narradora en tercera persona con focalización cero, entrando y saliendo de la mente de los personajes según la necesidad narrativa.

Por lo tanto, *La mestiza* está narrada desde la perspectiva de un narrador heterodiegético, ya que no tiene participación en el mundo narrado, centrándose en su función enunciativa y vocal del mundo narrado. La presencia del narrador establece una diégesis en la cual no participa como personaje, sino como focalizante de los hechos. El narrador de la novela de Ancona es doxal o gnómico, es decir, que emite juicios y expresa opiniones sobre el mundo, la vida y los eventos narrados. Esta característica del narrador focalizador cero heterodiegético y gnómico es una característica propia de las novelas europeas del siglo XVIII y XIX, lo cual hace de *La mestiza* como una obra del Romanticismo tardío, como se explicará en el siguiente apartado.

Sin embargo, la estética arraigada a la diégesis narrada por el narrador en tercera persona heterodiegético, focalizador cero y gnómico apela al lector, al cual exhorta a reflexionar sobre la injusticia que se ceba en los mestizos de la obra, a partir de los privilegios heredados de las estructuras coloniales, donde Pablo puede burlar el honor de la joven Dolores sin consecuencias para el primero y tragedia para la segunda. Esto lo logra dicho narrador a través de vocativos y de imperativos a través de las preguntas que ya he puesto de ejemplo a lo largo de toda la novela.

También es relevante la función referencial de la obra, ya que establece dos espacios tan opuestos como los actantes de la novela: uno siendo el de la marginación y la pobreza (San Sebastián o los barrios del sur de Mérida) y el otro el de los privilegios y la Mérida Blanca (Santa Ana o los barrios del norte de la ciudad). Como la presente edición crítica explica con notas filológicas en la novela, las referencias de los espacios urbanos y de las connotaciones simbólicas permitirán al lector contemporáneo comprender la realidad extralingüística mediada a través de la información que la novela establece.

La función estética de *La mestiza* está dada en el cómo y el qué de la construcción lingüística de la novela. La construcción de la realidad ya mencionada en el narrador constituye la particular visión del autor que interpela al receptor, entrando en contradicción con lo establecido por el orden colonial y sus estructuras. Estamos ante una estética que establece en ese contraste de las jerarquías culturales, sociales y económicas legadas por la colonia en el contexto de una nueva y convulsa república

que está construyendo la identidad nacional. La función estética de la novela es poner de relieve, de manera central, las diferencias culturales basadas en signos lingüísticos como mestizaje, blanco y españoles, haciendo uso de la conexión inmanente entre el uso de la lengua y su práctica.

La función estética de *La mestiza* no está en las características reales de lo simbolizado en los personajes principales y narrado por una focalización cero, heterodiegética y gnómica, sino en la subjetividad de la crítica que se hace en contra de los españoles y criollos, simbolizada en terratenientes de herencia colonial. En este sentido, la función estética “es un componente de la relación entre la colectividad humana y el mundo” (Beristáin 2003: 233), lo cual es parte de los discursos que emancipan un ideal de identidad a través de lo simbólico, siendo Pablo símbolo de la colonia y Dolores de la sociedad oprimida, de la cual nace, producto de una relación “ilícita”, Rafaelito, quien termina siendo adoptado por el mestizo Esteban. La estratificación social simbolizada en *La mestiza* es un acto estético de provocación a través de elementos como lo patético (más adelante se analizará) y el placer de una solución en el epílogo que reparte justicia para cada personaje.

3.2 ENTRE EL ROMANTICISMO Y EL REALISMO

Al ser *La mestiza* la primera novela (junto con *Uno de tantos*) de Eligio Ancona, estuvo fuertemente influenciada por las corrientes literarias europeas, marcando un eclecticismo entre el Romanticismo y el Realismo.

En este sentido, la literatura del Romanticismo es una crisis de los ideales ilustrados que surge a mediados del siglo XVIII en Inglaterra y Alemania, principalmente, dando eco a los ideales burgueses. Su momento más álgido como movimiento estético se dará entre 1830 y 1840 y en las siguientes décadas es sustituido por otras corrientes literarias que no dejaron de estar influenciadas por el Romanticismo. La literatura del Romanticismo se caracteriza por la exaltación del individuo a través de los sentidos, en búsqueda de lo absoluto, donde la realidad es el mayor obstáculo para el yo individual (burgués) que encarna valores de idealismo en contextos adversos. El Romanticismo tuvo expresiones tardías en España, donde sus principales representantes fueron José Zorrilla (1817-1839), Ramón Campoamor (1817-1901) y Enrique Gil y Carrasco (1817-1846), entre otros. En México el Romanticismo tuvo a sus principales exponentes en Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), Manuel Orozco y Berra (1816-1881), Juan Díaz Covarrubias (1837-1859) y Florencio M. del Castillo (1828-1863).

Entre los temas que las novelas románticas utilizaban con mayor frecuencia se encuentra el de las costumbres. Otro tema frecuente en esta corriente literaria es el del amor y la muerte, el primero desde la perspectiva de lo sentimental, siendo inalcanzable y como exceso irracional. Por su parte, la muerte será representada como una constante de estas novelas, donde es símbolo de liberación. También destaca un Dios ausente-indiferente ante la tragedia, donde es evocado, pero no responde ni interviene en las acciones humanas. Por último, el Romanticismo tuvo como género predilecto la novela, por encima de la poesía y el teatro, ya que estas obras tuvieron mayor alcance ante sociedades que comenzaban a alfabetizarse en mayor número

que generaciones pasadas, y donde estas obras literarias fueron instrumento de progreso y crítica desde la libertad moral que encarnaba los ideales del Romanticismo.

Por su parte, el Realismo fue una corriente literaria que escribe para la burguesía, rechazando los ideales y lo extremo, haciendo diégesis de lo inmediato, cotidiano, común y real. Si bien el Realismo encarna ideales burgueses al igual que el Romanticismo, ésta crítica y desprecia personajes que resultan problemáticos por sus aspiraciones individualistas y degradantes. En las novelas del Realismo los espacios son descritos de manera exacta, metodológica y cartográfica, materializado en una narrativa sobria que intenta adoptar la forma de habla específica de cada personajes, según su extracto socioeconómico y cultural. Los principales representantes del Realismo en Europa fueron Stendhal (1783-1842), Honoré Balzac (1799-1850), Charles Dickens (1812-1870) y, como transición entre el Realismo y el Naturalismo, Gustave Flaubert (1821-1880).

En este sentido, es claro que *La mestiza* de Ancona es un ejemplo narrativo que transita entre el Romanticismo tardío latinoamericano y el Realismo que empezaba a tomar sus primeras manifestaciones estéticas en el marco de instrumentalización de la literatura como parte del proyecto de construcción de la identidad nacional. Este objetivo será más obvio en las novelas históricas del autor yucateco, que se publicarán años después de *La mestiza*.

También es evidente que la obra de Ancona se adscribe al Costumbrismo romántico, ya que la novela expone tradiciones y el folclore yucateco en el marco de la urbanización de la sociedad emeritense en el contexto de la burguesía emergente del siglo XIX mexicano. De ahí que *La mestiza* puede ser entendida como un estudio de costumbres yucatecas, exponiendo las dinámicas culturales para ser analizadas como una propuesta “científica” digna de ser analizada por un historiador, sociólogo, antropólogo, etc.

En *La mestiza*, además de que se establece una animadversión al extranjero y al criollo, Ancona defiende los ideales políticos liberales y reformistas de los cuales será partícipe durante la segunda mitad del siglo XIX desde la esfera política. El Romanticismo en la obra de Ancona está presente a través del liberalismo, el cual está reflejado en la mezcla de ideales políticos y la estética literaria que el autor imprime en sus obras, afirmando:

No pretendemos exasperar a nuestros enemigos con la fanfarronería de un héroe de Zorrilla; lo que queremos es que nuestros compatriotas, persuadidos de la justicia de nuestra causa, se acuerden que late dentro de sus pechos un corazón mejicano y se animen a defender cuando sean atacados, el suelo en que nacieron, en el que se mece la cuna de sus hijos y en el que reposan las cenizas de sus padres (Ancona 1862: 1).

Si bien se rechaza a los personajes de las obras de teatro de José Zorrilla, abyectos y mártires de sus pasiones, en *La mestiza* encontraremos héroes que son reivindicados por la moral identitaria y el resguardo del mestizaje como ideal social, cultural y político, simbolizado en la unión de Dolores con Pablo, que da como resultado al mestizo, Rafaelito.

Otro rasgo del Romanticismo en *La mestiza* es la exaltación de las individualidades a través de las pasiones: Dolores está arrebatadamente enamorada de Pablo; Pablo desea sexualmente poseer a Dolores y Esteban desea tener a Dolores como esposa. En medio de todo ello interviene la rivalidad entre Pablo y Esteban, que en varios momentos de la novela parece que concluirá con el enfrentamiento de los dos pretendientes, con la muerte de alguno de los dos o de ambos. Sin embargo, en la búsqueda del absoluto (amor, eros y posesión matrimonial) los personajes encuentran que, el mayor obstáculo es la realidad social y cultural yucateca: un blanco-criollo no puede casarse con una mestiza. Además de que el deseo de Dolores y Pablo se corresponde mutuamente, el cauce “natural” del orden social está en Esteban, mestizo proletario que intenta restaurar el orden a través del matrimonio, primero y, luego, a través de la adopción del hijo no reconocido por Pablo, Rafaelito. Así ninguno de los personajes logra sus objetivos idealizados, ya que la realidad es el obstáculo de los valores que cada uno tiene.

El amor y la muerte son otro elemento que acusa la influencia del Romanticismo en la novela de Ancona, ya que a través de ella los personajes se disputan el amor de Dolores con la latencia de un duelo entre Pablo y Esteban que se pueda resolver con la muerte. Además, la muerte es el *Deus ex machina* en la novela ya que, en el *Epílogo*, con la muerte de Pablo por un accidente ecuestre, restaura el orden idealizado de la época. El amor ha llevado a excesos irracionales y fatales que son contrapuestos en una constante tensión entre el eros y el tánatos, donde la muerte libera a Dolores de sus “pecados” y a Pablo de sus excesos, restaurando el orden natural (no ideal) de la sociedad yucateca.

Las costumbres (tema recurrente del Romanticismo) en *La mestiza* están idealizadas y esto cobra voz en el personaje de la tía Marta, quien entiende el orden moral y social de las uniones basadas en estratos socioeconómicos y étnicos. Este personaje simboliza el Dios ausente-indiferente de las novelas del Romanticismo, ya que encarna los principios morales del cristianismo pero que se muestra indiferente ante el sufrimiento de todos los personajes. Además, la novela está presente como una pedagogía que participa de la formación de los valores nacionales y sociales que deben permitir la mejora de las condiciones del vulgo.

A la vez que en *La mestiza* se presentan ideales morales difíciles de integrar en los excesos de las pasiones de Dolores y Pablo, son rechazadas en el cauce narrativo, ya que esos ideales llevan a extremos que se consuman en lo inmediato, mundano y real. No hay ideales que no se resuelvan, en la novela de Ancona, con un golpe de realidad, donde el final feliz no llegará. Este elemento acerca a *La mestiza* al Realismo, ya que es una velada crítica a los privilegios y excesos de Pablo, personajes que resulta problemático para el orden social, mediado por sus pasiones individuales y destructivas. Esta ruptura del ideal propio del Realismo también está presente en Dolores, a quien sus pasiones le llevan a la degradación de los valores morales-sociales ordenados, en un principio, por el padre de ella y reiterados por la tía Marta hasta su muerte.

Otra característica que acusa la influencia del primer Realismo en la novela de Ancona es la descripción de los espacios urbanos a detalle y como código-símbolo de las características socioeconómicas de los personajes. El lector identificará la descripción a detalle de los barrios de San Sebastián y Santa Ana, como opuestos

económicos y jerarquizados, siendo el primero, el sur de la ciudad de Mérida, pobre y carente de servicios básicos, mientras que el segundo se encuentra al norte de la urbe, con los servicios y privilegios concedidos a los grupos sociales altos.

Por todo lo anterior, *La mestiza* es novela de juventud de Ancona que tiene un marcado acento romántico pero que participa del Realismo, sin dejar de lado el original aporte de la novela, que la vuelve imposible de encasillar en una sola de las corrientes literarias de la época.

4. ANÁLISIS DE LA MESTIZA

Como se ha mencionado previamente, esta novela es producto de una época de gran importancia para la literatura yucateca ya que se debe analizar con a detalle por su carácter heterogéneo. Pese al estilo del Romanticismo tardío y la anticipación del Realismo en la narrativa mexicana e hispanoamericana, la novela de Ancona presenta novedades en la forma en que desarrolla la diégesis.

Los personajes que participan en *La mestiza* encarnan antagonismos en los ideales de justicia a través de la oposición del bien moral al mal social, teniendo como referente el contexto histórico del mismo autor. Si acaso, es posible que la novela se nutra de leyendas locales que habrá trastocado lo suficiente en forma y fondo para que a los ojos de los lectores yucatecos pareciera nueva en su ejecución narrativa.

El espacio donde la novela se lleva a cabo es la ciudad de Mérida (México) donde se remite a los privilegios poscoloniales de un grupo reducido de personas que mantiene dichas ventajas por la organización de castas que no ha sido derogada en el imaginario cultural yucateco. Por los referentes a eventos históricos cercanos a la escritura de la novela (Guerra de Castas y pandemia de cólera) el autor expone su crítica social desde la perspectiva de un joven novelista.

La originalidad de *La mestiza* radica en que su autor no ha elegido escenarios ni personajes estrafalarios ni heroicos y mucho menos consagrados en la historia popular. *La mestiza* no es una oda heroica típica del Romanticismo, donde la efervescente burguesía occidental encontraba en el amor y la libertad ideales por los cuales valía la pena sacrificar la vida. Por el contrario, los personajes principales son comunes (Dolores, Esteban y Marta) y pertenecen a estratos sociales económicos desfavorecidos. A diferencia de los personajes de *Papá Goriot* (1835) de Honoré de Balzac, los de Ancona no son heroicos ni tienen aspiraciones burguesas: no han venido de más a menos en el sistema social yucateco ni pretende restaurar honor, dignidad o reconquistar espacios sociales. Por el contrario, Dolores, Esteban y Marta comprenden el lugar en la jerarquía social y no aspiran a otros espacios, rechazando la posibilidad de pertenecer a la burguesía yucateca, como ocurre cuando Pablo ofrece una casa y una hacienda a Dolores como medio de supervivencia.

Si bien los personajes no pretenden escalar socialmente, no es que carezcan de todo ideal de libertad: preservar el honor es la máxima dignidad en medio de la marginación y pobreza. Y dicho honor es el elemento que acerca más que ningún otro rasgo a la novela de Ancona al Romanticismo: los personajes abyectos y marginados que viven con orgullo la pobreza material en la que viven. Dicho esto, el tema principal de *La mestiza* es el honor del mestizaje y su rectitud moral. No hay una rebeldía contra

el orden burgués, sino contra el orden poscolonial de castas.

En *La mestiza* no se concreta la tragedia, aunque es muy cercana, ya que, en un principio, la muerte del padre de Dolores, Antón, ocurre fuera de la narrativa y el espectador la conoce a través de cartas y testamento. Otro momento en el cual la muerte asoma como resultado del duelo de honor está en los capítulos IX y X, cuando Esteban y Pablo están a punto de encontrarse en medio de la noche en casa de Dolores. Y si bien la novela cierra con la muerte de Pablo, ésta es producto de un accidente que da cierre a la obra y retribuye las faltas del personaje con dinero y una hacienda para Dolores, Esteban y Rafaelito.

Así, el tema principal de *La mestiza* es el amor entre Pablo y Dolores, en medio del cual intervienen las convenciones sociales y culturales de la época, en las que influye fuertemente la etnicidad y las condiciones económicas. El tema del amor lleva a pasiones que desencadenan el nacimiento de un proscrito, producto del amor de Dolores hacia Pablo, pero quien huye de ella, toda vez que sus deseos han sido satisfechos.

El mensaje de la novela es claro respecto a las convenciones sociales de la época: evitar la burla del honor de las mujeres que los hombres blancos-españoles promueven entre las jóvenes mestizas. Es importante señalar que las representaciones de la mujer en la novela ocurren en espacios urbanos, excluyendo a la mujer de comunidades originarias de la diversa geografía rural. Por ende, la novela hace de Dolores (mestiza) la heroína de esta obra, ya que encarna la pasión amorosa que es burlada y que, pese a ello, no sucumbe a los excesos morales o a la prostitución (como sirve de ejemplo la narración de Juana) y se mantiene firme en sus convicciones morales, pese a ser engañada.

Los espacios de la novela son cerrados en su mayoría, como la choza de Dolores-Marta en el barrio de San Sebastián y la casa del barrio de Santa Ana, donde convivirá Dolores con Magdalena, servidumbre de Pablo. Ambos casos son espacios cerrados pero la choza del barrio de San Sebastián es el locus amoenus urbano, en el que destaca un huerto de flores que Dolores cuida con dedicación y esmero.

Las acciones de *La mestiza* están marcadas por los diálogos y momentos en los cuales se exponen los deseos de Pablo por Dolores y las subtramas del engaño que llevan a la joven mestiza a ser víctima del deshonor del cacique, Pablo.

Por lo tanto, la novela de Ancona es de una calidad meticulosa en su hechura, ya que estructura un orden narrativo a base de diálogos concretos que llevan la historia narrada a varios posibles resultados, haciendo que el lector desespere con la situación y la intriga. Por ende, esta novela no merece ser infravalorada (como se verá en el siguiente apartado) ni las descuidadas y deturpes ediciones de ésta, sobre todo a la luz de ser la primera obra de un joven Eligio Ancona.

4.1 LA TRADICIÓN CRÍTICA ENTORNO DE *LA MESTIZA*

La novela *La mestiza* es descrita como una obra que pretende “penetrar las costumbres y las injusticias y los rasgos más característicos de ciertas capas sociales” (Magaña 1966: 226). En esta línea que entiende *La mestiza* bajo el modelo del costumbrismo está Manuel Sánchez Mármol quien afirma que “es un estudio modelo de la

clase de aquella sociedad que allí pintó” (Sánchez 1980: 226). Sin embargo, la crítica en torno de *La mestiza* es poca, comparada con los estudios relativos a sus novelas históricas. Nótese la valoración de la Enciclopedia yucatanense, que describe esta primera novela como “la más floja desde el punto de vista técnico” (*Enciclopedia yucatanense* 1977: 641). Esta afirmación ignora las estrategias metanarrativas de *La mestiza*, sin dejar de mencionar la estructura que mantiene en cada capítulo y que más adelante se analiza. En el mismo lugar, se encuentra una frívola valoración de la obra, pues se afirma que *La mestiza* es la única novela de Ancona “que no logra interesar como novela” ya que “le falta solidez en la trama y constancia en la psicología de sus personajes” (*Enciclopedia yucatanense* 1977: 642). Todos estos desaciertos críticos y analíticos justifican la existencia de esta edición crítica, que analiza a rigor filológico una novela con muchas cualidades estéticas. Así queda sustentada la necesidad de revisar, analizar y concretar una edición crítica de *La mestiza* que se aleje de las interpretaciones vacuas del siglo XX, carentes de sustento crítico.

Además de los facilismos interpretativos mencionados, desde la perspectiva de una literatura fundacional y nacionalista, a *La mestiza* se le ha querido entender como una novela semiautobiográfica, como afirma Magaña:

En la vida como en la novela, hubo una Dolores; era una mestiza que habitaba una humilde casa del barrio de San Sebastián. Y del mismo modo que la Dolores del libro, la Dolores real sufrió el fracaso de sus amores, posiblemente a causa de la complicada timidez de Ancona, adolescente maestro de escuela (En *Enciclopedia yucatanense* 1977: 642).

Estos y otros “psicologismos” de la crítica sobre *La mestiza*, junto con sobre interpretaciones igual de cuestionables, hacen indispensable un análisis de la novela que, junto con *Uno de tantos*, probablemente ha despertado menos interés de la crítica y, cuando han dedicado algunas reflexiones, la mayoría erradas y sin sustento filológico. Otra valoración sobre la novela que nos ocupa es que ésta fue influenciada por la obra de Alejandro Dumas, Walter Scott, Chateaubriand y Lamartine, emblemas del Costumbrismo y el Romanticismo, movimiento estético al que claramente se adscribe la novela de Ancona.

También la obra de Ancona es comparada con la de Justo Sierra O’Reilly, donde *La mestiza* resulta ser “una buena novela, no la mejor y ni la más representativa de su obra narrativa, pero digna del comienzo de un novelista. Nada de lo que había escrito hasta el momento en Yucatán, excepto las novelas de Justo Sierra O’Reilly, estaba a su altura” (Sol en Ancona 2014: 49). En este sentido, Manuel Sol se limita a repetir lo que la tradición crítica afirma sobre esta primera novela de Ancona, sin argumentar sus posturas críticas. A diferencia de los demás críticos de la obra de Eligio Ancona, Manuel Sol realiza una edición divulgativa de *La mestiza* (2014) donde vierte un análisis que resulta superficial, como cuando afirma que dicha novela es “romántica, costumbrista e íntimamente ligada en el tiempo y en el espacio al Yucatán de mediados del siglo XIX” (Sol 2014: 50). Además de la obviedad de que toda obra literaria está “íntimamente ligada” con el tiempo en el que el autor escribe, su análisis no explica las características estéticas del Costumbrismo y el Romanticismo, reduciendo a *La*

mestiza a una simple copia del modelo europeo. Dicho reduccionismo es un error, como se ha explicado en otros apartados

Sin embargo, Manuel Sol es de los críticos que mejor ha trabajado la presente novela de Ancona, ya que coincide cuando afirma que la “estructura de la novela se encuentra hábilmente organizada como corresponde a todos novelista que conoce su arte y oficio” (En Ancona 2014: 55). A esto debe añadirse que es una novela con un claro objetivo y que, si bien es sencilla en su estructura, no deja de lograr la intención narrativa: ser una crítica y propuesta a la moral y costumbres plasmada en cada uno de los personajes.

Por todo lo anterior, la poca y desacertada crítica en torno de *La mestiza* deja entrever la necesidad de la presente edición crítica, para evitar las simplezas interpretativas carentes de argumento y romper con una tradición que solo ha repetido y perpetuado abordajes sin rigor.

4.2 DATACIÓN

Como se señala en los primeros capítulos de la novela, la obra ocurre durante la Guerra de Castas, concretamente se menciona el asedio a Xnechil (cerca de Peto). La Guerra de Castas inició en 1847 y el momento más álgido del conflicto ocurre en 1848. Sin embargo, no dejaron de haber escaramuzas al interior de la península de Yucatán.

Por su parte, al final de la novela, Pablo le dice a Dolores y a Esteban que su esposa e hijo han muerto a causa del cólera. Esta pandemia estuvo presente durante todo el siglo XIX en la península. Sin embargo, un brote fue popular en 1853, creando una mortandad del 12.3% de la población yucateca (ver Alcalá Ferrández). Otra pandemia que asoló la región a mediados del siglo XIX fue la fiebre amarilla, enfermedad endémica en Yucatán durante el siglo XIX que se transmite por mosquito. Los síntomas de la enfermedad son fiebre, cefaleas, dolores musculares, náuseas, vómitos y cansancio. Sobre la propagación de esta enfermedad en el siglo XIX, esta tuvo un pico en 1858 (fechas en las que probablemente comienza a escribir la novela Eligio Ancona) de la que da detalles Renán A. Góngora-Biachi en *La erradicación de la fiebre amarilla en Mérida, Yucatán: una historia de tenacidad y éxito* de 2004. No cabe duda que ambas pandemias, junto con los relatos del frente de batalla de la Guerra de Castas, debieron impresionar al joven Eligio Ancona.

Tomando en cuenta dichos datos, Eligio Ancona debió redactar *La mestiza* entre 1854 y 1860, lo cual implica que es producto de un joven escritor de poco más de 20 años, aunque no era su primera obra literaria, como se ha explicado en el apartado de *Vida y obra de Eligio Ancona*.

4.3 ESTRUCTURA Y ORGANIZACIÓN

La novela cuenta con veintiún capítulos y un epílogo. En general todos los capítulos guardan la misma proporción, salvo por el capítulo XI, donde Marta introduce una fábula sobre Juana, la cual deberá servir como dura lección a Dolores.

Del capítulo I al III se establece la problemática de la novela, así como los personajes principales y el conflicto: la joven y bella mestiza Dolores es enamorada por el

joven y bello blanco-español Pablo, a quien corresponde. Sin embargo, la última voluntad del padre de Dolores, Antón, es que se case con Esteban, joven mestizo por el cual Dolores solo siente desprecio. En el capítulo IV el narrador interrumpe la diégesis para explicar las emociones y sentimientos de cada uno de los personajes de la novela.

A partir del capítulo V y hasta el X el conflicto romántico se desenvuelve entre los secretos encuentros de Dolores y Pablo, con la oposición de Marta y Esteban. Con la detonación de un arma de fuego en medio de la noche, la novela alcanza su clímax y Marta introduce, como se ha dicho, una leyenda sobre Juana en el capítulo XI. Dicho capítulo narra en voz de Marta la desventura de Juana, quien es víctima de la pobreza y los engaños de un hombre blanco y español: don Jaime. En esta narración abismada, Juana queda embarazada de don Jaime, quien la deja a su suerte y tiene que recurrir a la prostitución, donde se contagia de lepra y muere en medio del dolor.

Del capítulo XII al XIII, Marta agoniza y se presenta la madre de Pablo, doña Elvira Pérez de Moncada, quien promete cuidar de Dolores cuando la primera haya fallecido. Durante el capítulo XIII al XVII Pablo y Dolores viven un romance en una casa de Santa Ana donde se descubre que quien se suponía era la madre de Pablo, en realidad es una sirvienta del mismo que ha engañado a Marta y a Dolores. A partir del capítulo XVIII al XXI se da el cierre, donde Esteban y Dolores terminan por vivir un falso matrimonio para evitar el deshonor de esta última. El Epílogo resulta un *Deus ex machina* que permite la redención de Pablo y la fortuna económica para Dolores, Esteban y Rafaelito, el hijo de Pablo y Dolores que Esteban acepta cuidar como suyo.

4.4 ARGUMENTO

La dimensión temporal diegética del relato ocurre en cinco años: desde que inicia la novela hasta el epílogo. Sin embargo, los sucesos centrales ocurren en dos años y dos meses, que van desde el capítulo I al XXI. Entre el capítulo XXI y el epílogo ocurre una prolepsis de cuatro años que interrumpe el relato principal para narrar un acontecimiento diegéticamente posterior al aparente final de la novela.

La novela comienza con la descripción del barrio de San Sebastián de la ciudad de Mérida. La obra nos presenta a Dolores, joven mestiza que es abordada por Pablo, blanco y galán que la seduce entre las callejuelas de dicho barrio. Posteriormente, Dolores acude a su choza donde vive con su tía, Marta, quien cuida de ella en ausencia de Antón, su padre, quien se encuentra combatiendo en Xnechil (cerca de Peto) en la Guerra de Castas.

Ya en la choza, llega Esteban, joven mestizo que, secretamente, tiene interés romántico por Dolores. Esteban trae dos cartas del frente de batalla, remitidas por Antón. Ante el analfabetismo de Dolores, Marta y Esteban, Pablo se aproxima para leer las cartas. En ellas Antón refiere las fatídicas jornadas de la guerra en contra de los indios mayas y como estas le han producido una herida que le causa una severa infección que le ha ocasionado la refriega. Cuando Esteban llega en búsqueda de su amigo y mentor, este dicta su testamento, así como una carta donde expresa el amor y cariño por su hermana (Marta) y su hija (Dolores) deseándoles que les guíe la moral y buenas costumbres.

En su testamento, Antón manda que Dolores se case con Esteban, quien le ha pedido la mano y que ella trabaje bajo el amparo de doña Elvira Pérez de Moncada, la madre de Pablo.

Posteriormente, la novela se desarrolla entre los encuentros fortuitos de Dolores y Pablo, en las callejuelas y por último en medio de la noche en la choza. Esteban, quien ahora está prometido en matrimonio con Dolores, hace lo posible para ahuyentar a Pablo, sin éxito.

A través de reflexiones interiorizadas, Dolores reconoce que no siente amor por Esteban y que, incluso, la obligación del matrimonio le ha hecho aborrecerle.

A los pocos meses, Marta enferma y en su lecho de muerte es visitada por doña Elvira, quien le promete a Marta que se hará cargo de Dolores y que velará por su honor. Una vez que Marta fallece, doña Elvira acude en su carruaje por Dolores, quien, en medio del dolor de la pérdida de su tía, es llevada a una casa en Santa Ana, en la cual descubre que doña Elvira en realidad es Magdalena, sirvienta pagada para engañar a las mestizas para que Dolores termine en una de las tantas casas de Pablo. Al poco tiempo, Pablo aparece para explicar el engaño necesario para salvaguardar a Dolores de cualquier peligro, con la excusa de que su madre, la verdadera doña Elvira, se encuentra de viaje y que pronto regresará.

Pasados los ocho días, Pablo aparece para develar que todo ha sido para salvaguardarla, en esta ocasión de la servidumbre que su madre le habría impuesto, condenándola prácticamente al encierro y rezar. Dolores cede ante las mentiras y engaños de Pablo. Meses después nace Rafael, producto de los amores entre Pablo y Dolores. Una vez nacido Rafael, Pablo deja de frecuentar la casa de Santa Ana y ante la intriga, Dolores descubre que Pablo está casado con una mujer blanca.

Esta situación hace que Dolores caiga enferma y sea cuidada por Magdalena. Al poco tiempo aparece Esteban para sacar a Magdalena de la casa de Santa Ana y quedándose él, junto con una vecina, a cuidarla de las fiebres y alucinaciones que sufre. Pasada la enfermedad, Esteban reitera su amor a Dolores y esta le vuelve a despreciar. Sin embargo, Esteban ha hecho correr el rumor en el barrio de San Sebastián que ambos están casados y que ahora tienen un hijo. Dolores admite el engaño con tal de preservar el honor.

Esteban y Dolores regresan a la choza con Rafael en brazos. Una vez concretado el engaño a los ojos de los vecinos y conocidos del barrio, Esteban se va a un fingido trabajo en una hacienda, para evitar el asco y repulsión que Dolores le manifiesta constantemente. Pasados unos meses, Dolores se apiada de Esteban y admite tenerle a su lado, pero advirtiéndole de su calidad de amigo y que nunca sentirá amor por él. Esteban acepta felizmente el trato.

En el epílogo, situado cuatro años después, se narra como Pablo, camino a una de sus haciendas, se encuentra con un niño llorando. Pablo lo rescata y es guiado por el infante a una hacienda, donde descubre que es su hijo, producto de los amores con Dolores. Ante la sorpresa, no logra domar a su caballo y este termina en un accidente que le deja moribundo. En su lecho de muerte, manda a llamar a un médico, a un cura y a un escribano. Desahuciado por el médico, Pablo se confiesa y dicta testamento. Al final, Pablo llama a Rafael para acariciar a su hijo por última vez y confiesa a Dolores y a Esteban que les ha heredado todos sus bienes (hacienda incluida) ya que su esposa y madre habían fallecido por consecuencia del cólera, concluyendo la novela con la muerte de Pablo y con el par de mestizos beneficiados en lo económico por todos sus sufrimientos.

4.5 FUENTES Y TRATAMIENTO

La novela se desarrolla en el barrio de San Sebastián, al suroeste de la capital yucateca a mediados del siglo XIX. Dicho espacio urbano era conocido por ser lugar de chozas habitadas por trabajadores artesanos y obreros-campesinos. La manera en la que Ancona recrea este espacio en su literatura se convirtió en referencia cultural, pues como lo menciona el historiador Francisco Montejo Baqueiro, La mestiza rescata el espacio simbólico de este barrio de la ciudad de Mérida: “En [...] *La mestiza* [...] del Lic. D. Eligio Ancona Castillo, varias de sus amorosas escenas se desarrollan en el barrio de San Sebastián. Alude el ilustre autor a unas callejuelas del mismo” (Montejo 1981: 215). Si bien Francisco Montejo comete varios errores en la mención de la obra de Ancona como, por ejemplo, catalogarla de novela histórica y mencionar que se desarrolla en el periodo histórico de la Colonia (siglo XVI), por otra parte, es una fuente para comprender el espacio urbano en el que ocurre la novela de Eligio Ancona. Así, el barrio de San Sebastián tiene en su núcleo una iglesia consagrada a Nuestra Señora de la Asunción, a cuya parroquia se le conoce como San Sebastián.

El otro espacio en el que se desarrolla la novela es una casa en el barrio de Santa Ana, al norte de la ciudad de Mérida, el cual surgió en el siglo XVIII como un espacio habitado por indios, que durante el siglo XIX fue ocupado por casas e infraestructura urbana que desplazó a los indios para dar pie a un barrio de blancos. En *Memorias de un alférez*, Ancona hace que el personaje principal habite una casa de dicho barrio.

Con respecto a las referencias temporales, *La mestiza* ocurre en la misma época en la que el autor la escribe, no siendo necesario datar y cotejar referencias históricas, ya que se trataba de temas contemporáneos al autor. Sin embargo, es notoria la ausencia de información sobre la Guerra de Castas, más allá de las esporádicas menciones en los primeros capítulos de la novela. Este tema se analiza a detalle más adelante.

4.6 CRÍTICA AL SISTEMA DE CASTAS POSCOLONIAL

En la novela Eligio Ancona evidencia las distinciones socioeconómicas y raciales que prevalecen en el Yucatán poscolonial. Ejemplo de ello son las descripciones de la mestiza, Dolores, así como de Esteban a quien también se hace énfasis en su mestizaje. En este sentido, la crítica a los españoles es una de las constantes en la obra de Eligio Ancona (véase *Uno de tantos*, edición de Sara Angulo) como cuando en la carta de Antón se advierte del trato denigrante y los peligros que suponía para el honor de las mujeres sus deseos:

Tú sabes, en fin, el desprecio con que nos mira esa raza de hombres que se cree superior a nosotros, porque no vestimos como ellos y porque conservamos menos pura en nuestras venas la sangre que ellos trajeron de Europa. Los hijos de esta raza que ven a nuestras mujeres hermosas y que no comprenden cómo pueda existir en ellas la idea del honor, les llenan de oro las manos y manchan su reputación sin remordimiento (27)⁷.

7 Todas las citas de *La mestiza* se hacen por la presente edición. Por lo cual, sólo se señala la página en la que se encuentra el fragmento referido.

La advertencia y el peligro de los españoles en el contexto de un México independiente asoma en la conducta que no repara en el honor de las mujeres y que es quebrantada, en caso de ser necesario, a través de las riquezas materiales. Otros ejemplos que utiliza la crítica y exposición de Ancona de las prácticas poscoloniales son referidas en *La mestiza* en la praxis lingüística, la cual está condicionada por el sistema de casta postcolonial, siendo ejemplo de ello cuando Esteban se dirige a Pablo, hombre blanco, de una manera directa y sin subyugarse a dicha posición socio-racial: “La cólera de Pablo había llegado a tal grado, que no debía atribuirse a otra causa el silencio que había guardado, mientras Esteban alzaba la voz tan irrespetuosamente. Nunca hubiera creído que el mestizo se propasase hasta a hablarle de aquella manera” (61).

En la novela de Eligio Ancona se establece un clima hispanofóbico, ya que los herejeros del sistema poscolonial español son percibidos en la narrativa como peligrosos: “Pero cuando pasa por nuestra puerta por casualidad algún español, te mira con ojos tan codiciosos, que me hacen estremecerme por ti” (89). Si bien se admite que esta distinción procede de la época colonial, no deja de ser un motivo común en la narrativa de Ancona: obsérvese lo ocurrido en *Uno de tantos*, donde los antagonistas son dos españoles migrantes que hacen fortuna con el tráfico de indígenas mayas y la usura⁸.

Sin embargo, pese a que la novela está ambientada en Yucatán, llama la atención la falta de indios mayas como personajes, dando prioridad a los personajes mestizos y criollos. Las ausencias de personajes indígenas mayas, más allá de los referidos en el conflicto bélico, es notoria si tomamos en cuenta que el 75% de la población peninsular era de dicho grupo sociocultural⁹. Esta ausencia es particularmente relevante si consideramos que la Guerra de Castas y los movimientos indígenas rebeldes estaban muy presentes en el contexto del autor. Años más tarde, con la publicación de otras novelas, se desentraña el concepto de Ancona relativo a los indígenas mayas. En este sentido, en *El filibustero* se lee Al fiero aborigen que lucha incesantemente para conservar su independencia, que arrostra con valor la superioridad de sus enemigos [...] y que al fin sucumbre después de una lucha tan noble como gloriosa, ha sucedido el indio pupilo, hipócrita y disimulado, que sufre el yugo con aparente conformidad, a cada humillación, a cada rapiña arranca de sus ojos una lágrima, que derrama silenciosamente en su reducido tugurio o en la soledad de sus buques (Ancona 1950: s/p).

Así, Ancona recrimina al indígena maya haber sido parte de los procesos de liberación de la independencia, pero que sigue sometido a la humillación de los antiguos amos, ahora convertidos en caudillos, a los que respeta y venera. Añadido a este concepto, está claro que para Ancona los indígenas mayas están excluidos del proyecto de nación que prefigura en sus obras, donde encuentra en los mayas la barbarie que pelea contra la civilización (ver Ancona, 1950). Por otra parte, en *El conde de Peñalva*, Eligio Ancona dibuja un indígena alcohólico, fanático e ignorante:

8 *usura*: “provecho o utilidad que se saca de alguna cosa tanto física como moralmente” Domínguez 1853: 1673.

9 Ver *Marginalidad indígena: una perspectiva histórica de Yucatán* de Pedro Bracamonte y Sosa y Jesús Lizama Quijano.

En aquella época eran mucho más frecuentes que ahora esas fiestas que los indios celebran en sus pueblos, con misas, cohetes y borrachera. Eran unos de los medios inventados para envilecer y explotar más y más á esta pobre raza degradada, pues era muy raro el indio que no mal vendiese al cura ó al comendero el miserable fruto de su trabajo para tener el gusto de pagar una misa ó una salve y emborracharse enseguida. Creía y se le decía que así caminaba derechamente al cielo, y quitaba el pan de la boca de sus hijos para lograr su salvación. (Ancona 1963: 76)

Conforme Ancona se integró en la vida política del estado y nación, su concepto de los indios mayas era el de un grupo de fanáticos religiosos y alcohólicos que no contribuían a la conformación positivista del país. Así, los descarta de la integración del proyecto nacional, haciendo del mestizaje su tesis identitaria. Si bien en *La mestiza* los indios solo aparecen en la guerra o como servidumbre, es el mestizo yucateco en quien radica el proyecto de identidad nacional. Esta ideología del mestizaje intentaba construir la idea de la “raza mexicana”, que como se ve, por antagonista tenía al blanco-español y al indio. También es llamativo que en la novela, en el capítulo X se introduce un personaje secundario al que se refiere como un africano: “Ya esto parece una merienda de negros. ¡Ah! Perdone usted—añadió bajando la voz y dirigiéndose a un africano que tenía a su lado casualmente” (79). Este personaje que no vuelve a ser mencionado en la novela es evidencia de que la invisibilización de los pobladores afrodescendientes en Yucatán excluía a los negros de la mixtura de las razas.

La novela de Ancona crea y sostiene un ideal de mestizaje que se ve reflejado tanto en la calidad mestiza de Dolores (belleza) y en Esteban (rectitud moral). El mestizaje de la obra se sostiene incluso en la resolución de la misma, ya que Rafaelito tendrá la veta española (por parte de Pablo) y la indígena (por parte de Dolores), lo cual consolida una sola raza en una cultura nacional mestiza que será sinónimo de mexicanidad. En este sentido, el imaginario del mestizaje como identidad del mexicano es un proyecto discursivo de “las elites liberales del siglo XIX y se convirtió en una de las políticas públicas centrales del Estado posrevolucionario en el siglo XX” (Gal 2011, 57).

Este liberalismo reflejado en *La mestiza* se presenta, irónicamente, como un ideario contrario al racismo del siglo XVIII, ya que tenía por base la unión de una raza y cultura “impura” con una cultura “pura” y excluyente. En el ideario político y filosófico de la época, los Estados se debían conformar en dimensiones cívicas que contemplase la geografía, la población e instituciones republicanas. Sin embargo, en la conformación del Estado-nación étnico estaba la labor de los intelectuales y escritores del siglo XIX mexicano.

En *La mestiza*, se sostiene la tesis de que la raza que identifica a la nación mexicana es la mestiza, siendo una marca de nacionalidad que favorecía el progreso y la civilización del país. Para Ancona es claro que el mestizaje caracteriza y diferencia la “raza mexicana” de otros pueblos y que en dicha mixtura se encontraba la clave del progreso, antepuesto a la decadencia que suponían los indios y españoles.

En cierta medida, este ideal mestizo de la novela contrasta con el ideal de razas puras europeas, ya que dicha políticas “afirmaban que la mezcla implicaba disolver peligrosamente la unidad racial que, según ellos, caracterizaba a los países europeos” (Gall 2011, 58). En este sentido, si para los europeos las etnias eran su rasgo de identidad nacional, ¿cuál era el de los mexicanos?. En la novela el mestizaje es reivindicativo por una parte y hace de dicha integración racial el futuro fundacional de la cultura e identidad mexicana.

Por ello la presente novela de Ancona es pionera en proponer sutilmente el modelo identitario del mestizaje a través de los ideales liberales decimonónicos como tesis de la conformación del Estado-nación conformado por el mestizaje como la raza mexicana. *La mestiza* establece a través del personaje de Dolores y Esteban que la esencia del mestizaje es haber soportado con dignidad los embates de los conquistadores (simbolizados en Pablo). Ancona hace de sus personajes mestizos heroes culturales, de valores firmes y de hondas raíces en el pasado indígena.

4.7 LA GUERRA DE CASTAS

La novela de Ancona tiene por contexto la Guerra de Castas. La Guerra de Castas inicia con el levantamiento armado en Tepich el 30 de julio de 1847 como consecuencia de la violación de una niña y la ejecución de cuatro indios a manos del ejército. Dicho levantamiento armado estuvo encabezado por Manuel Antonio Ay, Cecilio Chi y Jacinto Pat, principalmente. En el momento de este levantamiento, Yucatán era gobernado por Domingo Barret.

El principio de *La mestiza* hace clara alusión a los procesos históricos relativos a la Guerra de Castas. Ejemplo de ello es que el gobernador Domingo Barret emitió un decreto el 5 de agosto de 1847 en el que convocó a “todos los hombres para el servicio militar con el armamento que tuvieran” (Quezada 2001: 141). Lo anterior está referido en los diálogos entre Dolores y Pablo en el primer capítulo de la novela:

—Sí, mi padre que hace algún tiempo que está en la campaña.

—¿Con que vive tu padre? ¡Nunca me lo habías dicho!

—Vive, a Dios gracias. Le han respetado las balas del enemigo. Hace quince días que nos escribió que había conseguido un mes de licencia para venir a dar un abrazo a su familia y que en breve tiempo le tendríamos en Mérida.

—¿Con que habrá llegado ya?

—No ha llegado todavía y su tardanza nos había llenado tanto de inquietud, que Esteban, compadecido de nosotras, nos ofreció ir a buscarle y hace seis días que partió a Peto. (8)

Lo anterior hace referencia al padre de Dolores, Antón. A partir del segundo capítulo se narra la brutalidad del conflicto entre mayas, mestizos y los criollos de la península, a través de las cartas que Antón manda con Esteban. Por lo descrito en la novela, es posible que la narración se desarrolle cronológicamente en 1858 (aunque no es mencionado en el relato), dato que se rescata de la descripción de las batallas al sur de la península de Yucatán. Antón, el padre de Dolores, se encuentra en batalla, donde muere según da noticias de ello Esteban, después de haber sido herido en las cercanías de Peto, lugar donde las tropas del Estado se reúnen para presentar batalla a los indígenas rebeldes. En la novela se menciona que Antón muere después de la batalla llevada a cabo en Xnechil, población que hoy tiene el nombre de Catmís o que estuvo cerca de dicho poblado. En este sentido, es relevante lo narrado en *La mestiza*, ya que no existen registros de algún asentamiento llamado Xnechil más allá de la posibilidad de que se trate de Catmís o algún pueblo destruido durante la guerra del cual no quedan registros, acusando así la brutalidad y el genocidio cometido en contra del pueblo maya en el siglo XIX.

La carta de Antón revela la crueldad, el miedo y desesperación de la guerra, pues le confiesa a su hermana, Marta, los excesos y atrocidades de la refriega:

¡Oh! No tengo vergüenza de confesártelo, querida Marta. Nunca la idea de la muerte había venido a oprimirme tanto el corazón como esta mañana. ¿Y por qué? Porque nunca tampoco como esta mañana había visto tantos montones de cadáveres y tantos arroyos de sangre. ¡Dios mío! ¡Cuánto ha debido sufrir de los blancos este pueblo infeliz que derrama con tanta abundancia la sangre de sus enemigos! ¡Ah! ¿Quiénes somos nosotros para vengarnos con igual encarnizamiento de estos miserables indígenas, cuya sangre corre en nuestras venas mezclada con la de los que nos hacen combatir con ellos? (30)

A diferencia de lo que Ancona desarrollaría años después y con la perspectiva del evento ya ocurrido en la posterioridad, aquí el personaje de Antón se lamenta de la insensatez de la batalla, los muertos y el fratricidio que supone la Guerra de Castas. Sin embargo, con los años, el autor de *La mestiza* fue acuñando una idea distinta sobre este hecho, pues condena el levantamiento indígena, ya que supuso un freno al progreso “civilizador” de Yucatán, ya que las injusticias y arbitrariedades cometidas contra los indígenas proceden del orden colonial que los explotó y que todavía estaban representados en los españoles y criollos de la región. Por ello afirma que

En vano la emancipación de la metrópoli los ha hecho entrar [a los indios] en la gran familia mexicana, concediéndoles los mismos derechos que a todos los hijos de México; la costumbre es más poderosa que la ley y con poca diferencia quedan en pie, por mucho más tiempo, los mismos abusos (Ancona 1950: s/p).

Esto contrasta con lo descrito en la primera novela de Ancona, en la cual lamenta las consecuencias sangrientas de la guerra, mientras que años después, como se lee en la cita anterior, se lamenta de que no hayan sido partícipes del proyecto de formación de la identidad nacional.

Así, el tratamiento de la Guerra de Castas en *La mestiza* es breve pero significativo, ya que el autor escribe sobre este proceso en el momento en el que ocurre, con la lamentable perspectiva de una guerra que enfrenta dos pueblos explotados y humillados por un enemigo común: los blancos españoles.

4.8 EL HONOR Y LA MUJER EN EL SIGLO XIX

La mestiza es una novela que se centra en el peligro de burlar el honor de Dolores, joven que ante la orfandad, queda encargada a su tía Marta para evitar que algún hombre blanco-español se burle de ella. Esta idea se confirma en la narración enmarcada del capítulo XI donde se relata la tragedia de Juana. Cuando Dolores es engañada para vivir en la casa de Pablo, el narrador explica el lugar de la mujer en aquella sociedad:

Porque, ¡ay!, tal es la triste condición de la mujer. Ella, a quien la naturaleza ha destinado a hacer caer a sus pies con una sola mirada al hombre fiero y orgulloso con su fuerza,

pierde todo su dulce imperio desde el momento en que se arroja en los brazos de un seductor. Y semejante a la vil favorita de un serrallo que no perdona medio para conservar el favor de su dueño, llega un día en que tiene que arrojarse a los pies del hombre que la ha seducido, como algunos días antes se arrojaba a sus brazos: llega un día, decimos, en que tiene que arrastrarse a sus plantas para conservarle a su lado. (p. 145).

La perspectiva que la novela introduce de la mujer decimonónica es la de una completa dependencia afectivo-sexual que posteriormente se ve sustituida por el temor-vergüenza de la deshonor de un embarazo fuera del matrimonio. *La mestiza* se adscribe a la narrativa moral con propósitos de educación intelectual y afectiva, para evitar dicha deshonor-vergüenza social. El honor se convierte en el elemento moral que obliga a la mujer, siendo su único valor previo a la concepción, donde la maternidad le dará otro valor, principios y obligaciones. Sin embargo, en el caso de la mujer joven, como en Dolores o Juana, la novela reitera que su honor radica en la “virginidad” de las mujeres:

¡Ah, cuanto remordimiento anticipado le costó ésta terrible resolución! ¿No era un crimen imperdonable intentar seducir a aquella pura e inocente niña que le había entregado su corazón sin desconfianza y sin advertir el mal que podía hacerle? ¿No era una maldad que le acarrearía un eterno remordimiento, arrebatándole su provenir a aquella pobre muchacha, porque todo el porvenir de la mujer se encierra en la honradez y la pureza de su vida? (p. 69)

Si bien el narrador establece la culpa que Pablo debería sentir por arrebatarse la “pureza” y “honradez” de Dolores, no deja de ser simbólico que en la “virginidad” de Dolores está cifrado su valor. Sin embargo, cuando Dolores cede a los deseos de Pablo, esta queda obligada con el seductor, pues toda vez que ha sido deshonrada, su “único” valor como mujer queda en manos de Pablo. En estos términos debe recordarse que el seductor de esta novela es un modelo que Ancona retoma del tópico del donjuanismo. Como el término lo refiere, el precepto tiene su origen en *El burlador de Sevilla* de Tirso de Molina, donde la actitud de don Juan Tenorio es sancionada por la obra del fraile en el siglo XVII. Sin embargo, en 1844 fue publicado Don Juan Tenorio de José Zorrilla, obra que establece al seductor como un libertino que es redimido antes de la tragedia por el amor de doña Inés de Ulloa. La obra fue popular y, sin duda, algo debió saber de ella Ancona, haciendo de su don Pablo, un don Juan, a la yucateca, en la cual su propósito es la burla del honor, motivado por la sangre española que desea corromper a la joven mestiza. Como afirma Françoise Carner, en el siglo “XIX mexicano y en su literatura no se encuentran grandes figuras de Don Juan sino pequeños seductores sin categoría” (1987: 362), en cuyo sentido Pablo es un seductor, es decir, que ejerce sus encantos retóricos y físicos para inducir y persuadir a Dolores de mantener relaciones sexuales con él sin matrimonio previo. En la novela se utiliza el sustantivo amor para definir los impulsos de Pablo, lo cual le permite utilizar dicho argumento para que Dolores ceda a sus deseos carnales. Es claro que Pablo no llega a ser un donjuan al nivel de los personajes de Tirso de Molina o Zorrilla, ya que no llega al cinismo de los personajes españoles.

El concepto sobre la mujer en el siglo XIX está representado en la obra a través de descripciones como “el sexo débil” y la mención de su naturaleza y debilidades, que también eran comunes entre los primeros novelistas de la época, como en la obra de Justo Sierra, quien afir-

maría que la mujer es “la faz del sentimiento” (Sierra, 1997: 72) así como cuando llega a indagar sobre su voluntad en el poema titulado *¿Quién las entiende?*.

Cierto es que el tema de la mujer, el seductor y el amor es un tópico del Romanticismo que en la obra de Ancona es central. Tanto para Ancona como para Justo Sierra, la mujer es parte del proyecto de nación poscolonial que se plantea desde la península. En este sentido, Justo Sierra llega a afirmar que la sociedad del siglo XIX adolece de los placeres, que contrasta con la moral cristiana, restauradora social que permitirá conformar una nueva nación (Sierra 1977: 198-199).

En *La mestiza* es notable que todas las mujeres jóvenes son bellas y dignas, aunque propensas a la seducción y pérdida del honor a la que son inducidas, solamente, por los hombres blancos y españoles. En Dolores y en Juana encontramos personajes femeninos que no logran evitar la burla de su honor cifrado en su sexualidad, ya que son proclives a la seducción o lascivas, respectivamente. El narrador de la novela de Ancona no se escandaliza con la seducción de Pablo, sino que redime a Dolores al final de la novela a través de un *Deus ex machina* que funciona como apéndice, ya que Dolores recibe la herencia de Pablo y Rafaelito, el hijo de ambos, se convierte en el proyecto futuro que restituirá la naturaleza viciosa y débil de la madre junto con la bondad del padre, donde Esteban sigue siendo personaje de firmeza moral y sacrificio. Por lo tanto, *La mestiza* es obra que verifica el lugar que la mujer ocupa en la sociedad yucateca del siglo XIX, donde los valores del honor y la potestad de la mujer quedan suscritos a la voluntad del hombre, ya sea el padre, el esposo o el amante. En este sentido, la obra no condena dicha dinámica social, sino que por el contrario, se ve reforzada por una notable moraleja que debe prevenir a las y los lectores de los peligros de los seductores, es decir, del donjuanismo decimonónico y sus violentas consencuencias.

4.9 MATRIMONIOS ARREGLADOS Y PROSTITUCIÓN EN LA MÉRIDA DEL SIGLO XIX

Como fotografía de su época, *La mestiza* expone de manera no directa que la voluntad matrimonial no existía en el siglo XIX. Así, Dolores se ve condicionada a un matrimonio (ya con Esteban u obligada por la burla del honor con Pablo) arreglado por su difunto padre y que la tía Marta se encargará de llevar a cabo. El sentimiento entre Dolores y Esteban pasa a un segundo plano denotado en las pasiones bajo-corpóreas a lo cual es reducido su amor. Así lo conviene Marta con doña Elvira (madre de Pablo):

—¿Por qué he de temer confesárselo a usted todo? Dolores ha concebido por el señor Pablo un amor mil veces mayor que el de su hijo de usted.

—¡Ah!—exclamó doña Elvira con una admiración que crecía por momentos—Eso es horrible y yo que lo ignoraba todo. Pero, ¿cómo entonces – añadió después de corta pausa—cómo Dolores ha consentido al fin casarse con Esteban?

—¿Lo ve usted, señora?—prorrumpió Marta, triunfante—He allí lo que acabo de decirle. Era que yo no lo perdía un momento de vista. Yo, señora, fui quien con sermones continuos alcanzó ese milagro. Dolores no tiene valor para combatir por sí sola el amor que ha avasallado su corazón; pero hay una persona a su lado que la dirija y que la recuerde sus obligaciones y yo le aseguro a usted, señora, que su virtud triunfará siempre. Y esa persona dentro de algunos días, porque yo viviré muy poco, señora, esa persona, según la voluntad de mi hermano, es usted, doña Elvira. (118-119)

La voluntad sentimental de Dolores queda bajo la tutela de el padre en primer lugar, de la tía en segundo y de doña Elvira en tercera, pero nunca es una decisión propia. Incluso cuando Dolores es engañada para quedar encerrada en la supuesta casa de doña Elvira y de Pablo, la mestiza no se atreve a romper la promesa-compromiso hecha con Pablo, refiriéndose a este compromiso como una prisión que se opone a una libertad que no posee: “Recordó entonces que desde las ocho de la noche de aquel día quedaba libre de su promesa y, que en caso de que Pablo se presentase antes de la hora indicada, como se lo decía un secreto presentimiento, tendría libertad para volver a su choza” (p. 88)

En este sentido, Juana es reflejo de que el orden novohispano colonial no había modificado la participación de la mujer en la vida política, económica y cultural. Las jóvenes estaban “sujetas a la patria potestad hasta la muerte del padre o hasta que éste las emancipara” (Rabell 1991: 274). Sin embargo, en Europa los primeros movimientos emancipatorios femeninos ya habían aparecido, como, por ejemplo, la Asociación Política Femenina a favor del voto femenino en Sheffield en 1847. En el marco de dichos movimientos de la primera mitad del siglo XIX, Cady Stanton lucha por el reconocimiento del derecho a la propiedad privada de las mujeres casadas que, como se observa en *La mestiza*, Dolores no puede administrar su choza y los bienes heredados del padre y la tía sino es a través de un esposo, es decir, Esteban.

La situación de Dolores es idéntica al de otras mujeres, lo mismo de jerarquías sociales más altas que bajas, ya que el matrimonio las reduce a una servidumbre cercana al esclavismo, como afirma John Stuart Mill en 1869:

La ley de la servidumbre en el matrimonio es una monstruosa contradicción, un mentís a todos los principios fundamentales de la sociedad moderna y a toda la experiencia en que se apoyó para reducirlos y aplicarlos. Aparte de la esclavitud de los negros, hoy abolida, es el único ejemplo en que vemos a un miembro de la humanidad, en la plenitud de sus facultad intelectuales, entregado a merced de otro, sin más garantía que la esperanza de que éste hará uso de su poder constantemente en bien de la sierva. El matrimonio es la única forma de servidumbre admitida ya por nuestras leyes. No hay más esclavos legalmente reconocidos sino las amas de casa (Stuart 2019: 138).

Así, el matrimonio arreglado entre Esteban y Dolores es parte de un sistema que mantiene a la mujer bajo la potestad del hombre, sin posibilidad de emancipación intelectual, política, económica o cultural. La novela de Ancona no se extraña de esta situación y, por el contrario, Dolores acepta su lugar dentro de esas dinámicas, en las cuales su voluntad emocional queda bajo la culpa del incumplimiento social.

Por ello el relato al interior de la obra tiende a la didáctica que advierte de los peligros inminentes de la mujer que no se comporta según las buenas costumbres matrimoniales: Juana y la prostitución. En este sentido, la prostitución era un fenómeno que creció durante el siglo XIX en las principales ciudades de las antiguas colonias españolas, además de que la literatura decimonónica da fe de la popularidad del tema, siendo famosas las novelas que se centran en este tema como *Los miserables* (1862) de Victor Hugo, *La miseria de Nápoles* (1877) de Jessie White Mario, *Uno entre muchos* (1878) de Emilia Ferreti Viola, *Naná* (1880) de Émile Zola, y *La desheredada* (1881) de Benito Pérez Galdós, entre muchas otras.

Así, la mujer que escapa del matrimonio o ve su honor burlado, tiene como posible futuro el ejercicio de la prostitución, donde las mujeres son reducidas a objetos mercantilizados

de placer sexual para el hombre y, posteriormente, son víctimas del desprecio social, como ocurre con Juana, quien termina muriendo en medio de la calle abandonada de todos, tanto familiares como amigos. La prevalencia de enfermedades como la lepra, sífilis y tuberculosis entre las prostitutas literarias del siglo XIX, ayuda a que ellas sean despreciadas y condenadas a condiciones de marginación social y de extrema vulnerabilidad.

Por lo tanto, *La mestiza* es novela que advierte de los peligros que se ciernen sobre la mujer que no acepta el matrimonio arreglado por la familia (principalmente el padre), haciendo de Juana una fábula del terror en el que vive una mujer abusada por los hombres que ven en su cuerpo el lugar de explotación y deseo y con el que termina pagando lo mismo a un médico que al casero de su hogar. En todos los casos, el que perpetra el desorden social es el blanco-español, que al seducir a las jóvenes mestizas, considera que no debe respetar dichas normas. Así, la obra de Ancona es radiografía de la situación de la mujer yucateca del siglo XIX, que se encuentra entre la nulidad de su voluntad y la explotación sexual. Y no deja de ser irónico que, pese al deseo emancipatorio de las estructuras coloniales, la novela de Eligio Ancona refuerza la moral que reafirma a la mujer como eje de la voluntad del hombre y que cuando esta ejerce actos basados en sus deseos, las consecuencias son trágicas.

4.10 LO PATÉTICO

Entre las herramientas de persuasión que propone Aristóteles en su *Retórica*, se encuentra el *pathos*, es decir, lo patético: “se persuade por la disposición de los oyentes, cuando éstos son movidos a una pasión por medio del discurso. Pues no hacemos los mismos juicios estando tristes que estando alegres, o bien cuando amamos que cuando odiamos” (Aristóteles 1990: 173). Por ende, lo patético en la literatura es una técnica que apela a las emociones para persuadir al lector para conmovirlo a través de lo lamentable, ridículo, conmovedor, emotivo, sentimental, trágico, doloroso, etc. Dice Beristáin que lo patético es un “estado afectivo más intenso. Es la conmoción que sacude [...] al lector de la epopeya [...] la conmoción que hace llorar u horrorizarse” (2003: 203). En *La mestiza* hay varios personajes que recurren al discurso patético, como lo son Dolores, Marta y Antón, pero es destacar la de Esteban.

El personaje de Esteban es parte transversal de la novela a través de una serie de acciones nobles y honorables. Lo que motiva dichas acciones es el amor que siente por Dolores. Sin embargo, Dolores no solo no corresponde a dicho amor, sino que conforme la trama avanza, Esteban le produce “repugnancia” a la protagonista. Aun y con el desprecio manifiesto de Dolores, sentimiento que ni ella esconde ni él desconoce, Esteban no deja de profesar un amor intenso que genera la noción estética de lo patético, a través del *pathos*.

La obra tiene un cargado sentido poético de lo patético, como en el capítulo XVIII, cuando Esteban conoce a Rafaelito, el hijo de Dolores. Las acciones de Esteban evocan lo patético, ya que es despreciado por Dolores durante toda la novela e incluso desde el principio de la misma sabe que esta solo tiene desprecio por él:

Esteban no dejaba de advertir esta secreta repugnancia que hacia él sentía Dolores y, como es de suponerse, despedazaba su corazón. No pocas veces se había preguntado si el embarazo que experimentaba la joven a su lado y, aquel afán de huir de él, cuando no había quien los acompañase, provenía de un pudor excesivo, que él podía hacer cesar con aventurar la declaración de su amor. [...] Y sin embargo, el desgraciado Esteban cada día sentía crecer más su amor. (p.39)

En este sentido, recuérdese la obligación de Dolores de casarse con Esteban, como última voluntad del padre. Si bien Dolores se ve obligada por el compromiso hecho por el padre, la joven no deja de expresar la repugnancia que tiene por Esteban: “¡Cómo temblaba ahora al conocer la invencible repugnancia que le causaba el último deseo de su padre y sin duda el más importante, puesto que se trataba del porvenir y tranquilidad de su vida!” (42).

El desprecio y la indiferencia de Dolores solo acrecienta la pasión y fuerza patética que se incrementa con el discurso del narrador, que establece la tragedia de Esteban en el desprecio constante de sus sentimientos: “¡Pobre Esteban! Era que pensaba que recobrados ya los sentidos que la enfermedad había hecho perder a Dolores, no le era ya permitido presentarse en su aposento para hacerla beber en sus brazos y para pasar otra noche arrodillado junto a su lecho” (193).

A diferencia del pathos griego de la tragedia y la epopeya, la novela termina con la muerte del antagonista, Pablo, mientras que Esteban, la figura patética de la novela, es personaje en el cual se centra la peroración, es decir, que a través de las emociones adversas de Dolores hacia Esteban, éste infunde en cada acción un ánimo de melancolía patética y de resignación bastante eficaz. En este sentido, Esteban es rechazado incluso durante la convalecencia de Dolores:

¿Cómo Esteban, el hombre a quien repugnaba su corazón y a quien aborrecía tanto, pasaba ya a los ojos de todo el mundo como esposo suyo y como padre de aquel hermoso niño que en cada una de sus facciones revelaba el nombre de su verdadero padre? Nunca como en este momento sintió Dolores su enfermedad, porque si hubiera tenido fuerzas habría corrido al instante a desmentir a Esteban hasta en el último rincón en que hubiese publicado su fábula. (199)

Lo anterior lleva a Esteban a pedir una disculpa por sus emociones, lo cual debe causar en el lector un horror o llanto, para emitir un juicio moral sobre cual de los dos personajes actúa según una moral deformada. En Esteban se reúne al personaje noble, honrado pero sobre todo, que se humilla ante el amor:

¡Perdóname! Yo lo había hecho porque creí que me agradecieses este inocente engaño que, si a alguno puede perjudicar, es solamente a mí. Ya que me prohibías amarte, no creí que pudieses prohibirme el que te salvase el honor del único modo que he encontrado para salvarlo. Pero ya veo que sólo el nombre de esposa de Esteban te horroriza, y me ofrezco a hacer cuanto me mandes para remediar la necedad que he cometido. ¿Quieres que yo corra al instante al barrio de San Sebastián a publicar que he mentado, a decir a todos que nunca me he casado contigo y que Rafaelito es sólo hijo del señor Pablo? (199)

El sacrificio del honor de Esteban es parte de una narrativa que refuerza la condena de las acciones inmorales y antihonorables de Dolores, reforzada en las acciones patéticas de la humillación que Esteban está dispuesto a vivir con tal de cumplir con su ideal de amor:

—¿Casarte conmigo? — continuó Dolores — ¿Con una mujer deshonrada? ¡Tu, tu! Es imposible. Si mi padre, si tía Marta viviera, me dirían ellos mismo que no consintiese. Esteban se acercó lentamente a Dolores, clavó los ojos en ella y poniendo la mano derecha sobre su corazón:

—¿Crees — la dijo — que el hombre que te ama hace tanto tiempo en silencio y a quien tú has hecho desesperar con el desprecio y los celos, crees que vaya a acordarse ahora de lo que has sido? No, no. Dios sabe cuánto te he amado y amo todavía. Dios sabe cuánto he padecido y cuántas esperanzas he abrigado para ponerme a reflexionar ahora...ahora que, si no he oído mal, no has recibido mis palabras, como las recibías en otro tiempo. Escucha, Dolores: yo no sé si a todos les sucederá lo que a mí. Te juro que a pesar de lo que ha pasado, nunca me figuré un momento que el amor de tu seductor me eximiese de la promesa que había hecho a tu padre. ¡Nunca!. Ni el día en que por casualidad sorprendí tu casa y en que te encontré radiante de alegría y de felicidad porque todavía eras amada. Jamás, como ese día, había sentido la fuerza de mis celos...¡Sí, estaba horriblemente celoso!. Pero si ese día me hubieses dicho: “Esteban, aquí está mi mano, pero llevo en mi seno el fruto de mis criminales amores”, yo me hubiera arrodillado a recibir tu mano, te habría sacado al instante de aquella casa maldita y te habría llevado inmediatamente a la iglesia para decir “ese es mi hijo: yo quiero reparar mi falta” y el hijo de mi mayor enemigo hubiera recibido mi nombre y vivido en mi choza, respetado por mí más que ninguno. Porque el que ama como yo, el que ha esperado inútilmente años enteros que se le dirija una mirada de compasión, el que ha cifrado en un solo objeto la felicidad de su vida, no repara como viene ese objeto cuando le puede alcanzar, no se acuerda que ha pasado por los brazos de todo el mundo cuando se acerca a los suyos, no reflexiona en que todos se van a reír de él cuando le vean a su lado. Pues bien, contigo, nada de esto hay, porque gracias a mi mentira, nadie puede adivinar lo que has sido durante el tiempo que has estado ausente de tu choza. Solo lo sabe el señor Pablo y Magdalena que por sí mismos se guardarán muy bien de decirlo, y María, que es mi parienta y a quien he hecho jurar que guarde siempre silencio. Pero si alguno de ellos llegare a contar lo que ha pasado y aunque la ciudad entera supiese que has sido la querida del señor Pablo, yo no me arredaría y te diría como te digo ahora: “Dolores, aquí está mi mano” (pp. 207-208).

En este sentido, y pese a la advertencia de Dolores de que nunca podrá amarle, Esteban acepta las condiciones de una vida común con tal de tenerla cerca, pese a que ella no verá en él más que un amigo-hermano:

Y bien, ¿quién te dice que no me basta tu amistad? Yo me contentaré con que correspondas con ella mi amor, o por mejor decir, convertiré mi amor en amistad, si así lo quieres. ¡Oh! ¿No es mejor conservar algo y no perderlo todo por ser demasiado exigente? [...] Yo solamente deseo tener derecho de vivir a tu lado, para verte a cada instante, para oír tu voz cerca de mí, para tener el placer de escuchar mi nombre en tus labios y poder poner en tus manos, sin que te ruborices, el precio de mi trabajo: casémonos mañana si quieres y vivamos en adelante como hermanos (210).

Este discurso de cierre es propio de un epílogo, que recapitula las emociones de Esteban y Dolores a través de toda la novela y donde no ha surgido un amor de esta conmisericordia patética de las emociones de Esteban. El narrador comprueba en esta proposición, a través del pathos (lo patético) las ideas esenciales de *La mestiza*: el honor de Esteban contrapuesto a las pasiones que han perdido el de Dolores. El final de la novela es enfática en

este sentido, pues así se garantiza conmover al lector a través de las actitudes patéticas de Esteban, donde se infiere la contraposición de las pasiones amor-odio. Así, el *Epílogo* de la novela es una peroración simétrica con el discurso de la novela, donde el extremo patético de Esteban contrasta con las pasiones de Dolores y Pablo, en las cuales a la primera le ha llevado a la deshonra y al segundo a la muerte.

5. LENGUA Y RETÓRICA

La novela de Eligio Ancona acusa un marcado estilo de escritor novel. Será común encontrar los verbos conjugados en singular utilizando la primera, segunda y tercera persona del discurso en pretérito imperfecto (copretérito): *había, decía, tenía*, etc. Lo anterior no demerita la calidad de la obra, pero es claro que Ancona utilizaba esta forma de conjugación del indicativo en contraposición con verbos conjugados en otros tiempos verbales para establecer una historia en varios tiempos. La combinación de este tiempo verbal junto con el pretérito y todas sus formas es indispensable en la novela, ya que es auxiliar en las descripciones de objetos y espacios, siendo su función marcar la permanencia en el pasado.

También es notorio el uso de neologismos y americanismos como *encomiaba, abyección, encomiados*, etc. Estas palabras y su uso en *La mestiza* indican dos condiciones de escritura: por una parte, una redacción pensada para los lectores populares y la intensa dinámica del habla en la sociedad yucateca. De la primera intención, esta redacción estaría motivada por el Romanticismo tardío al que se adscribe la obra, pues uno de sus propósitos era romper con las estructuras narrativas más convencionales. También es parte del Realismo que ya he analizado, pues una redacción que incluía palabras del uso común le daba un sentido genuino a la obra. En general, la lengua y retórica utilizada en *La mestiza* es una redacción sencilla, bien estructurada en el uso y sus conjugaciones (con la salvedad del pretérito) y sin excesivos adjetivos. También es novela que carece del uso de figuras retóricas elaboradas: la propia novela es una metáfora y la más desarrollada es el capítulo XI con la paradoja de Juana.

Por lo tanto, *La mestiza* es una novela que permite analizar las estructuras lingüísticas de un relativo uso cotidiano en la Mérida de mediados del siglo XIX, sin ser una narrativa costumbrista ni barroca en el uso de la lengua y retórica. La sencillez de la redacción debió ser parte de la intención de Ancona por acercar la literatura costumbrista y con temáticas locales a los lectores yucatecos y nacionales, sin recurrir en los adjetivos ni sustantivos, a la caricaturización de ninguno de los personajes. *La mestiza* se lee de manera fluida, salvo cuando el narrador irrumpe para hacer aseveraciones morales en el capítulo IV, titulado “Ligera digresión del autor”. Ancona no experimenta con las figuras retóricas ni con un uso académico e intelectual de la lengua, pues el propósito es que su novela sea leída por el mayor público posible, en clara consonancia con sus objetivos de instrumentalizar la literatura como herramienta de creación de la identidad y como reflexión moralizante de su época.

6. NOTA TEXTUAL: TRANSMISIÓN Y FIJACIÓN TEXTUAL

En este apartado se recogen todos los testimonios de *La mestiza* como parte del proceso de recensio que dará como resultado un texto crítico concreto a los lectores, es decir, la *constitutio textus*.

En este sentido *La mestiza* no cuenta con manuscrito conocido a la fecha. Como se ha

mencionado anteriormente, la novela fue publicada por primera vez en 1861, haciendo que la obra cuente con cinco testimonios:

a) *LMA*: La primera edición de *La mestiza* fue publicada en 1861, la cual se puede consultar en la Biblioteca Yucatanense del Estado de Yucatán. La obra fue impresa por la Sociedad Tipográfica, ubicada en la calle de Monjas, en la ciudad de Mérida. Esta es la edición príncipe que abreviaré como *LMA*. La edición es notoria por el cuidado de esta, aunque no libre de erratas que iré señalando en las notas del texto. Salvo pequeños errores de dedo, el editor y el cajista no añadieron erratas relevantes a la primera edición de *La mestiza*, como si lo harán otras ediciones.

b) *LMB*: En 1891 se publica una segunda edición a cargo de José V. Castillo, la cual utiliza a *LMA* como referencia directa. Sin embargo, esta edición agrega errores y malas lecturas de la obra, que harán que las ediciones posteriores pierdan valía ecdótica. Esta edición añade “basura textual” como se puede observar en los siguientes ejemplos:

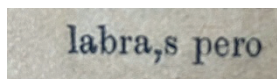


Fig. 1. Página 232 de *LMB*.

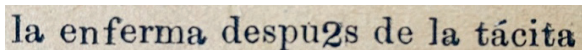


Fig. 2. Página 232 de *LMB*.

El descuido de la edición es producto del editor y no vale la pena realizar apartado de variantes. A esta edición la abreviaré como *LMB*.

c) *LMC*: Posteriormente, en 1927 la Biblioteca de la Voz Peninsular publica una nueva edición que es una reproducción de *LMB* que no añade mejoras en el texto e introduce algunas erratas. La edición de 1927 está plagada de errores, como la ausencia de fragmentos al inicio del capítulo III, así como erratas del cajista-editorial como *persamiento* en vez de *pensamiento*. A esta edición la abreviaré como *LMC*.

d) *LMD*: En 1950 la editorial “Club del Libro” publica un testimonio con reproducción de la portada de 1927 e introduciendo grabados y dibujos al final de algunos capítulos. Esta edición es la más deturpe: reproduce algunos errores de *LMA* y agrega una gran cantidad de errores de dedo, en una edición muy descuidada de la obra de Ancona. Véase por ejemplo la sustitución de *porvenir* por *provenir*, *enseñase* por *enseñase*, *arrendado* por *arredrado*, *persamientos* por *pensamientos*, *axclamó* por *exclamó*, *ninio* por *niño*, etc. Estas erratas modifican el sentido de los diálogos y pueden confundir al lector. Esta edición también hace cambios que no están presentes en *LMA*, por ejemplo, leemos en esta edición “continuó Dolores alentada por el silencio del joven” cuando en la edición príncipe dice “continuó Dolores alentada por el silencio de Pablo” (45). Otras deturpaciones que hace esta edición es: “Pablo no esperaba esa amarga reconvención; esforzándose en aparecer tranquilo” cuando en *LMA* se lee “Pablo no

esperaba esa amarga reconvención; esforzándose a parecer tranquilo” (46). Una sustitución que hace la edición por desconocimiento e ignorancia de la filología es cuando este testimonio sustituye “la dijo” por “le dijo”, ignorando las estructuras sintácticas de la época de Eligio Ancona. Otro ejemplo de esta situación que desconoce cómo funciona la lingüística de la época es “enseñándola las cartas de mi hermano” cuando en *LMA* es “enseñándole las cartas de mi hermano” (126). Sin embargo, no hay duda que lo más grave de esta edición es el cambio y modificación de palabras que rompen el sentido estético que el autor habría deseado. Ejemplo de esto es cuando se lee en esta edición “Le respondí que no era tiempo de pensar en la fiesta de un casamiento, cuando todavía llevaba en el corazón el luto de la muerte de mi padre” cuando la lectura correcta de *LMA* es “Le respondí que no era tiempo de pensar en la fiesta de un casamiento, cuando todavía llevaba en mi corazón el luto de la muerte de mi padre” (46). En otro orden de errores que reúne este testimonio, se omiten letras como en “cubrió su garganta con **un** ligera toca” cuando lo correcto es “cubrió su garganta con **una** ligera toca” en *LMA*; “Marta apagó los tizones” cuando se lee en *LMA* “Marta apartó los tizones” (93). Otras omisiones tan gravosas son “Un grito se escapó de su pecho” cuando se lee en *LMA* “Un ligero grito se escapó de su pecho” (95). Otro cambio es el de “Nada poseía, en fin, que pudiese codiciar un joven como Jaime” por “Nada poseía, en fin, que pudiese codiciar un joven como él”. Esta edición también tilda palabras sin lógica textual como en “que la conducía fuera del aposentó” cuando la lectura correcta es “que la conducía fuera del aposento”.

Por último, señalaré las graves omisiones y añadiduras del texto de 1950, edición que no respeta en ningún grado la obra de Ancona y que la deturpa totalmente. Ejemplo de esto es cuando se lee en esta pésima edición “¡Señor Pablo, señor Pablo! —dijo Dolores—Y esta casa, ¿de quién es? Señor Pablo, respóndame usted: yo no comprendo nada” cuando en *LMA* se lee “¡Señor Pablo, señor Pablo! —dijo Dolores, empezando a comprender la verdad —¿Qué es esto?”. También el editor parece haber sido muy “creativo” pues añade diálogos que no se encuentran ni en *LMA*, *LMB* y *LMC*. Ejemplo de ello son los siguientes:

“Vino — se apresuró a decir la joven tartamudeando — a pedirme la llave de mi casita, porque como hace tiempo está cerrada.

—Pero no pude encontrarla — concluyó Dolores, tartamudeando más todavía”

Cuando se lee en *LMA*:

“Vino — se apresuró a decir la joven tartamudeando — a pedirme la llave de mi casita, porque como hace tiempo está cerrada...

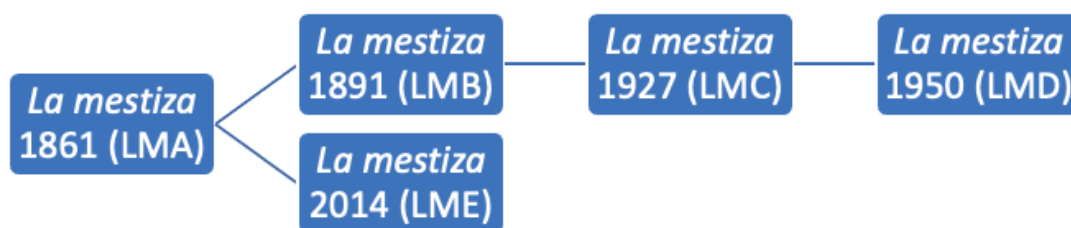
—Es razón, ¿y se la diste?

—No pude encontrarla, respondió Dolores, tartamudeando más todavía” (156).

No continuaré exponiendo lo grave, ominoso y descuidada que es la edición de 1950. Todos estos errores se repiten a lo largo del texto y lo aquí expuesto debe servir como un pequeño ejemplo de los peligros de una edición tan descuidada y que no respeta la voluntad estética del autor. A esta edición la abreviaré como *LMD*.

e) *LME*: Por último, Manuel Sol reeditó en 2014 *La mestiza* bajo la editorial de la Secretaría de la Cultura y las Artes de Yucatán y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Esta edición mejora en la corrección de los errores de las ediciones anteriores, pero no está acompañada de un apartado crítico ni su introducción es un estudio filológico a la obra de Ancona, siendo una edición divulgativa de la novela que, en una pequeña nota llamada “Criterios de edición” previa a la novela, ya nos adelanta los errores que encontraremos en la misma: “Se toma como texto base la primera edición de las novelas; y sólo se corrigen erratas evidentes” (Sol en Ancona, 2014: 47). Es notoria la ausencia de un *stemma* y deja a la imaginación del lector qué considerará “texto base” en una clara ausencia de rigor filológico en el uso de términos. En este apartado igual acusa de lo que más adolece su edición: sustituye *una arma por un arma, una alma por un alma*, etc. A esta edición de carácter divulgativo, de poca valía ecdótica y filológica, la abreviaré como *LME*.

Por todo lo anterior, el estema de la transmisión textual de *La mestiza* se constituye de la siguiente manera:



En conclusión, *LMA* es la edición príncipes que, gracias al pésimo trabajo de las posteriores ediciones, se trata de la que mejor refleja la voluntad estética del autor y en la que las erratas son mínimas y de un descuido propio de los procesos editoriales de su contexto. La ecdótica hecha hasta este punto hace evidente la necesidad de esta sexta y definitiva edición crítica a la novela *La mestiza* de Eligio Ancona, bajo criterios filológicos que restauren la obra a la intención estética del autor y corrigiendo las numerosas erratas que han salido en la presente labor de la edición crítica. Por lo tanto, si bien en este apartado he señalado de manera general los problemas que presentan las ediciones anteriores, en el cuerpo del texto iré señalando las que considere relevantes ya que, al ser erratas, la presente novela no cuenta con variantes, sino con errores perpetuados, transmitidos y aumentados por las ediciones ya señaladas.

7. CRITERIOS DE EDICIÓN

Como he señalé en el apartado anterior, la presente edición crítica de *La mestiza* ha modernizado grafías sin relevancia fonética como *yerba* por *hierba*, *gorgeos* por *gorjeos*, *recojerlo* por *recogerlo*, *hize* por *hice*, etc. En este aspecto, el de la modernización de grafías sin relevancia fonética, la labor no ha sido tan grande como sí lo ha sido el de la regularización de la acentuación y uso de mayúsculas, donde la edición *LMA* adolece en demasía. Para realizar todos los cambios mencionados, he tomado en consideración los criterios filológicos de W. Hunter en su *Método de crítica textual* y a Alberto Blecua en su *Manual de*

crítica textual. En este sentido, los criterios serán los siguientes:

A) Todas las ediciones de *La mestiza* tienen grafías impresas que no son voluntad del autor, sino de los procesos de editoriales de los siglos XIX, XX y XXI. Es claro que *LMA* estuvo bajo el cuidado de Eligio Ancona, no solo porque la Imprenta de la Sociedad Tipográfica estaba en la ciudad, sino por la cercanía de Ancona con el medio. En este sentido, el autor debió dar seguimiento al trabajo del cajista por la ya mencionada carencia de erratas en *LMA*. No sucede lo mismo con *LMB*, *LMC* y *LMD*, que como ya expliqué, el descuido en el uso de las grafías no solo debe ser atribuida al cajista sino también al impresor. *LME* apenas mejora las condiciones de la transmisión textual, pero añade errores y perpetua otros en lo que es una simple edición divulgativa. Por ende, a la modernización de grafías ya mencionada, debe añadirse el desarrollo de contracciones como usted por *U.* o *Vd.*, señor por *Sr.*, doña por *Da.*, don por *D.*, etc. Dado que estamos ante narrativa, el valor fonético y de la cadencia métrica es irrelevante, por lo cual se desarrollan dichas contracciones en todos los casos. Regularizo la grafía *x* y *s* antes de consonantes, conforme las normas académicas actuales, ante las cuales sólo se mantiene la *h* por valor fonético. Sin embargo, se mantienen palabras y grafías que refieren al contexto lingüístico del autor, influido por la lengua maya. No son muchos los casos, pero los señalaré a pie de página. Por lo tanto, la modernización que ofrece la presente edición crítica atiende a la actualización de toda grafía sin trascendencia fonética.

B) Modernizo el uso de mayúsculas y minúsculas según los criterios actuales. No lo mencionaré en notas a pie de página por no tener un aporte filológico o semántico en la obra. Ejemplo de ello “-Y Dolores?”.

C) También regularizo el uso de tilde en monosílabos y otras voces a los criterios académicos contemporáneos, sustituyendo *à* por *a*, *vió* por *vio*, *qué* por *que*, *fué* por *fue*, *huído* por *huido*, etc. Es decir, se regularizan los acentos monosilábicos, propios del siglo XIX y parte del XX. Se acentúan palabras que carecen de la tilde en *LMA* y posteriores.

D) Enmiendo lecturas erróneas, como son el nombre de personajes, palabras y oraciones inconsistentes en número y conjugación verbal y que no se correspondan con la sintaxis del texto. No conservaré dichas erratas en el cuerpo del texto y lo relego a las notas a pie de página, para evitar la jerarquización del error la intención textual de Eligio Ancona.

E) No se mantiene la puntuación y grafías de *LMA* ni posteriores, bajo el criterio de que no corresponden a la intención de Ancona, sino del cajista, editor o copista. Mantener los puntos, comas, puntos suspensivos y otros de la edición *LMA* o posteriores haría ininteligible la novela. La modificación y enmienda que hace la presente edición crítica tiene por propósito facilitar la lectura de la obra, sin perder de vista que puntuar es interpretar los textos y elegir una opción semántica. La presente puntuación de *La mestiza* es resultado de una cuidadosa y buena comprensión de la novela de Eligio Ancona.

F) En un par de casos se ha mantenido las grafías originales, ya que no me ha sido posible emendar, corregir o reconocer el error o significado de la palabra u oración. En dichos casos, no sustituyo ni cambio nada, añadiendo una nota a pie de página para que el aventajado lector resuelva la problemática que entrañe cada caso.

G) Los signos críticos solo se mantienen cuando son necesarios y contribuyen a la correcta lectura del texto, eliminando todo aquello que sea basura textual. En general, se trata de eliminar y sustituir paréntesis y puntos suspensivos sin trascendencia semántica, por lo cual no se anotará. Así, se procede a eliminar los signos críticos que hagan ruido para que la novela sea inteligible y clara.

H) No se rescata el orden de los párrafos de ninguna de las ediciones previas y en cambio se usa el criterio de la *buena lectura* acorde a la razón y sentido de la división de párrafos que rige una revisión académica como la presente.

I) Esta edición de *La mestiza* cuenta con notas a pie de página que serán de tres categorías: a) observaciones textuales sobre erratas notables en las grafías y de índole semántico; b) notas filológicas que atienden a explicar los giros, el sentido y el significado de las palabras, frases, refranes y objetos y referencias culturales que ayuden a comprender la obra en su contexto. Este tipo de notas alude a temas costumbristas, históricos, juegos verbales, conceptos y referencias de la época, así como giros lingüísticos y momentos históricos relevantes; y c) notas de sentido léxico que aclaren el uso de palabras arcaicas o de significado recóndito. Las notas filológicas de esta edición tienen por objetivo que el lector disfrute, a través de la cabal comprensión, el texto, enriqueciendo la percepción de la obra.

J) Para clarificar el significado léxico de ciertos términos, se ha usado el *Diccionario Nacional* o *Gran Diccionario Clásico de la Lengua Española* de Ramón Joaquín Domínguez publicado en 1853 en dos volúmenes. Este resulta el más cercano a las condiciones lingüísticas de Eligio Ancona, no solo por incluir americanismos, sino por la época de publicación. Se usan otros diccionarios del siglo XIX cuando no es posible encontrar el significado concreto según el giro de la oración. En todos los casos se explicará el problema o se resolverá con la compulsa de obras de la época.

Bajo estos criterios, la presente edición crítica de *La mestiza* de Eligio Ancona, el lector cuenta con una obra que respeta la voluntad del autor y ofrece un texto de fácil acceso para el disfrute, comprensión y análisis de la primera novela del escritor yucateco. Así la *Constitutio Textus* de *La mestiza* ha dado como resultado un texto crítico concreto al lector y, en el proceso, no ha sido necesario establecer un apartado de variantes, ya que las *emendatio ope codicum* y *ope ingenii* no han sido necesarias por lo dicho y se remite a notas a pie de página cuando tenga valor ecdótico o se haya tenido que tomar una decisión sobre alguna enmienda en ediciones posteriores a LMA.

8. BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Pedro Antonio de (1994). *Relatos*. Universidad de Extremadura. Salamanca.
- Alcalá Ferrández, Carlos (2013). "Cólera: mortalidad y propagación en la península de Yucatán, 1833 – 1834". En *Letras Históricas*. Número 7. Otoño 2012 – invierno 2013, pp. 115–141.
- Álvarez Boada, Manuel (2005). "La música popular en Yucatán". En *Antropología. Revista Interdisciplinaria del INAH*. Número 77. pp. 82-86.
- Alvarado, Lourdes (2016). *Educación y superación femenina en el siglo XIX: dos ensayos de Laureana Wright*. Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM 19. México.
- Ancona, Eligio (1861). "No hay peor cuña". En *El álbum yucateco*. Entrega II: 46. Imprenta de la Sociedad Tipográfica a cargo de Manuel Mimenza. Mérida.
- Ancona, Eligio (1862). "Independencia". En *La sombra de Morelos. Periódico de la Sociedad de la Juventud Democrática. Independencia, libertad, igualdad, ley, progreso, reforma*. Año 1, No. 1; Mérida, 1 de enero de 1862.
- Ancona, Eligio (1950). *El filibustero*. Ed. Yucatanense del Club del libro, Mérida.
- Ancona, Eligio (1963). *El conde de Peñalva*. Ed. Club del libro, Mérida.
- Ancona, Eligio (2014). *La mestiza*. Ed. De Manuel Sol. CONACULTA. SEDECULTA. Mérida.
- Ancona, Maricarmen (1993). "Eligio Ancona". En *Unicornio: suplemento cultural del PorEsto!*. Año 3, no. 106; Mérida, Yucatán, México, 4 de abril de 1993.
- Ancona, Eligio (1917). *Historia de Yucatán desde la época más remota hasta nuestros días*. Librería "El Quijote". Talleres Tipográficos Barcelona. Mérida.
- Aristóteles (1990). *Retórica*. Gredos, Madrid.
- Arrom M., Silvia (1992). "Historia de la mujer y de la familia latinoamericana". En *Historia Mexicana*. Vol. XLII, núm. 2, pp.379-418.
- Aut. Diccionario de autoridades (1726-1739) Real Academia Española, Madrid, Gredos, 1979, 3 vols.
- Badillo Sánchez, Alejandra, "Voces olvidadas de la Guerra Social Maya: Mujeres y menores de edad", en *La Guerra. Revista Vínculos. Sociología, Análisis y Opinión*, Año 3. Núm. 5, Marzo-Agosto, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Guadalajara, 2022; y Sullivan Paul, *Xuxub Must Die: The Lost Histories of a Murder on the Yucatán*, EU:Universidad de Pittsburgh, 2004.
- Badinter, Elisabeth (1981). *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVII al XX*. Paidós – Pomaire. Barcelona.
- Baños Ramírez, Othon (2010). "El henequén, la hamaca de henequén y el hábitat maya" en *Biodiversidad y Desarrollo Humano en Yucatán*. CONABIO, SEDUMA. CICY. 496.
- Barrera, L. C., 2015, "Tratamiento del cuerpo y control social entre los mayas itzaes, siglo XVII–S.XVIII". *Anuario de Estudios Americanos* 72 (2): 631-660.
- Barros Grez, Daniel (1876). *Pipiolos y pelucones*. Imprenta Franklin. Santiago de Chile.
- (1881). *El huérfano*. Imprenta de Franklin. Santiago de Chile.
- Bécquer, Gustavo Adolfo (1995). *Un boceto del natural*. Turner. España.
- Beristáin, Helena (2003). *Diccionario de retórica y poética*. Editorial Porrúa. México.
- Blecua, Alberto (1990). *Manual de crítica textual*. Castalia. Madrid.
- Bongarzone, Antonella (2013). "El honor y la sexualidad: historias de mujeres y de infancia abandonada entre el siglo XIX y XX". En *Arenal*, 20:1; enero-junio, pp. 109-127.
- Bracamonte, Pedro; J. Lizama (2003). "Marginalidad indígena: una perspectiva histórica de Yucatán". En *Desacatos*, no. 13, Ciudad de México.

- Breward, Christopher (1999). *The Hidden Consumer: Masculinities, Fashion and City Life 1860-1914*. Manchester University Press. Inglaterra.
- Botero Restrepo, María Mercedes (2007). "Casas comerciales y circuitos mercantiles Antioquía: 1824 – 1880". En *Revista Sociedad y Economía*. No. 12. Universidad del Valle. Colombia. pp. 93-114.
- Butler, Alban (1965). *Vida de los santos*. Collier's International – John W. Clute, S. A. México.
- Calero, Vicente (1846). "La carta misteriosa: fragmento histórico". En *El registro yucateco. Periódico literario redactado por una sociedad de amigos*. Tomo III, Imprenta de Castillo y compañía. Mérida.
- Canto Sáenz, Rodolfo (2001). *Del henequén a las maquiladoras: la política industrial en Yucatán, 1984 –2001*. Instituto Nacional de Administración Pública. México.
- Carballo, Emmanuel (1991). *Diccionario crítico de las letras mexicanas*. Oceano. México.
- Carner, Françoise (1987). "Estereotipos femeninos en el siglo XIX". En *Presencia y transparencia. La mujer en la Historia de México*. Ed. Carmen Ramos. El Colegio de México.
- Cásares G. Cantón, Raúl, Duch Colell, Juan, et al (1998). *Yucatán en el tiempo*. Inversiones Cares. Mérida.
- Cázarez Mata, José Trinidad (2019). "Formando ciudadanos". En *Relatos e Historias en México*. No. 125. México
- Cervantes, Miguel de (1998). *Don Quijote de la Mancha*. Ed. F. Rico. Instituto Cervantes—Crítica. Barcelona.
- Chico-Ponce de León, Pablo (1995). *La arquitectura vernácula de la zona conurbada de la ciudad de Mérida, Yucatán*. Unidad de Posgrado e investigación. Facultad de Arquitectura. Universidad Autónoma de Yucatán. Mérida.
- Clarín, Leopoldo Alas (1990). *La Regenta*. Castalia. Madrid.
- Collado, Mariano Antonio (2003). *Traducción de las aventuras de Telémaco seguidas de las de Aristonoo de Fénelon*. Universidad de Alicante. España.
- Cook, James (1789). *Notas sobre una travesía desde el Río Belice, en la Bahía de Honduras, hasta Mérida, capital de la provincia de Yucatán en las Indias Occidentales Españolas*. Lieutenant Cook. Londres.
- Cunin, Elisabeth (2009). "Negros y negritos en Yucatán en la primera mitad del siglo XX. Mestizaje, región, raza". En *Península*. Vol. IV, núm. 2, otoño. CEPHCIS-UNAM. Mérida: pp.33-54.
- Dávalos, Marcela (1987). "La belleza femenina en la literatura mexicana del siglo XIX". *Historias* (16). INAH. México. pp. 45-46. *Diccionario de la Real Academia Española*, en línea, 2023.
- Díaz Vergara, Cristóbal (2017). *Los oficios en Mérida: trabajo, aprendizaje y corrección, 1840-1914*. Tesis – CIESAS. Mérida.
- Domínguez, Ramón Joaquín (1853). *Diccionario Nacional o Gran Diccionario Clásico de la Lengua Española*. Establecimiento de Mellado. Madrid-París.
- Dultzin, B., Aranda, A. y M. B. Ramos (2002). "La sangría como recurso terapéutico en las enfermedades mentales en el México del siglo XIX". En *Salud mental*, vol. 25, n. 6: pp. 53-58.
- El seminario de las señoritas mejicanas. Educación científica, moral y literaria del bello sexo (1841)*. Tomo 1.
- Esquivel Pren, José (1977). "Historia de la poesía, la novela, el humorismo, el costumbrismo, la oratoria, la crítica y el ensayo". En *Enciclopedia Yucatanense*. Tomo V. Ed. Gobierno del Estado de Yucatán. México.

- Estrella, Damaris; H. Rubio y M. Medina (2017). "Los primeros médicos en Yucatán. Una revisión breve". En *Ciencia y Humanismo en la Salud*. Vol. 4, n. 3. UADY; pp.106-110.
- Evia, Carlos (S/F). *Mérida: subterráneos, túneles y pasadizos*. En: <http://ajau.org.mx/merida-subterraneos-tuneles-y-pasadizos/>. Consultado el 26 de diciembre de 2023.
- Fraile Huerta, Ruth (2004). *Historia del bastón*. You&Us. Madrid.
- Gall, Olivia (2021). "Mestizaje y racismo en México". En *Nueva sociedad*. No. 292, marzo-abril.
- Garabana, Antonio Francisco (1969). *El juguete en México durante el siglo XIX*. Artes de México.
- García Solano, Oscar (2015). *Lo que no sabías de Eligio Ancona*. Secretaria de la Cultura y las Artes. Libro Abierto. México.
- Gaspar y Roig (1855). *Diccionario enciclopédico de la lengua española, con todas las voces, frases, refranes y locuciones usadas en España y las Américas Españolas*. Imprenta y Librerías de Gaspar y Roig. Madrid.
- González, Roger y Vega, R. (2002). "Materiales de suelos de Yucatán factibles de utilizarse como cubierta en sitios de disposición de desechos sólidos". En *Revista Internacional de Contaminación Ambiental*. Vol. 18. No. 2. UNAM. México. pp. 57 —66.
- González López, Tamara (2011). "Entre el rito y la fiesta: la ceremonia bautismal en los siglos XVI — XIX". En *Hispania Sacra*, LXXIII, 148, julio-diciembre, pp. 445 —455.
- González y Lobo, Ma. Guadalupe (2007). "Educación de la mujer en el siglo XIX mexicano". En *Casa del tiempo. Cariátide*. No. 99, mayo-junio de 2007. Universidad Autónoma Metropolitana. pp. 53—58.
- Herrera Rangel, Sergio Daniel (2019). *De placeres efímeros que se desvanecen en el aire. Una historia socio cultural del fumar en México, 1880 — 1960*. Tesis. COLMEX. México.
- Hunter, William (1969). "Métodos de crítica textual". En *Hacia Calderón. Coloquio anglogermánico*, edición de H. Flasche, 13-28. Exeter: Kassel-Reichenberger.
- Iglesias, Sofía (2016). *Los mestizos en la Nueva España*. Consultado en: <https://masdemx.com/2016/12/historia-mestizos-nueva-espana-colonia-mexico/> el 31 de octubre de 2023.
- Kant, Immanuel (2004). *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*. Ed. bilingüe alemán-español, trad., estudio introductorio, notas e índice analítico de D. M. Granja Castro. Fondo de Cultura Económica. México.
- LEX, Diccionario de la Real Academia Española (1853), Real Academia Española, Madrid, 1853.
- Magaña Esquivel, Antonio (1966). *Eligio Ancona, espíritu y acción*. SEP. México.
- Manrique, Jesús (1967). "Arte, modernidad y nacionalismo (1867-1876)". En *Historia Mexicana*. Vol. XVIII, no. 2. COLMEX. México.
- Martín, Gus (2011). *The SAGE Encyclopedia of Terrorism*. California State University, Dominguez Hills. Los Ángeles.
- Mateo de la Torre, Jesús (2003). *El Papa Luna. Benedictus XIII y el Cisma de Occidente*. Editorial Quintero, Barcelona.
- Mayoral, Marina (2008). *La imagen de la mujer amada en la poesía española del Romanticismo*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Alicante.
- Mezeta Canul, Luis Ángel (2014). *El abastecimiento mercantil en la ciudad de Mérida, 1790-1850. Las redes marítimo mercantiles y las cadenas comerciales de tierra dentro a la capital yucateca*. Tesis. CIESAS. Mérida.
- Montejo Baqueiro, Francisco (1981). *Mérida en los años veinte*. Maldonado Editores. Mérida.
- Moya Gutiérrez, Arnaldo (1991). "El rito mortuario". En *Revista de Historia (Heredia)*, no. 24, pp. 23 —52.

- Nieto, Raúl (1986). "El oficio de zapatero: antecedentes y tendencias". En *Nueva antropología*, VIII, pp. 30-46.
- Olavide y Jáuregi, Pablo de (2003). *El incógnito o el fruto de la ambición*. Universidad de Alicante. Perú.
- Pardo Bazán, Emilia (2002). *El niño de Guzmán*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Universidad de Alicante. España.
- Pagés, Aniceto de (1931). *Gran diccionario de la lengua castellana, autorizado con ejemplos de buenos escritores antiguos y modernos*. Fomento Comercial del Libro. Barcelona.
- Pereda, José María de (1991). *Sotileza*. Espasa—Calpe. Madrid.
- Pérez Galdós, Benito (2002). *Zaragoza*. Biblioteca Virtual de Cervantes. Universidad de Alicante. Alicante.
- Pérez Toledo Sonia (2003). "El trabajo femenino en la Ciudad de México a mediados del siglo XIX". En *Signos Históricos*. No. 10. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa. pp. 80-114.
- (2021). "La reproducción de los oficios. De la organización gremial a la Escuela Nacional de Artes y Oficios de Hombres en la Ciudad de México, 1780-1915". En *Historia mexicana*. Vol. 71. No. 2. Ciudad México.
- Platón (1871). *El banquete*. Edición de Patricio de Azcárate. Tomo V. Madrid.
- Quezada, Sergio (2001). *Breve historia de Yucatán*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Rabell, Cecilia Andrea (1991). *Estructuras de la población y características de los jefes de los grupos domésticos en la ciudad de México*. En P. G. Aizpuru (Ed.), *Familias novohispanas, siglos XVI al XIX: Seminario de historia de la familia, Centro de Estudios Históricos* (pp. 273–298). El Colegio de Mexico.
- Riello, Giorgio (2020). *Breve historia de la moda. Edad Media hasta la actualidad*. Editorial Gustavo Gili, SL. España—México.
- Ripa, Cesare (2007). *Iconología*. Akal. México.
- Rosado Avilés, Celia (2003). *La novela histórica de Eligio Ancona. Una literatura con múltiples campos de acción*. UADY. Mérida.
- Rosal, Francisco del (1611). *Origen y etymología de todos os vocablos originales de la lengua castellana. Obra inédita de el Dr. Francisco de el Rosal, médico natural de Córdoba, copiada y puesta en claro puntualmente del mismo manuscrito original, que está casi ilegible, e ilustrada con alguna [s] notas y varias adiciones por el P. Fr. Miguel Zorita de Jesús, María, religioso augustino recoleto*. Manuscrito. Madrid.
- Nácar E. y A. Colunga, ed. (2020). *Sagrada Biblia*. Versión directa de las lenguas originales. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Patch, Robert (1976). *La formación de las estancias y haciendas en Yucatán durante la colonia*. Editorial UADY. Mérida.
- Salvá, Vicente (1846). *Nuevo diccionario de la lengua castellana, que comprende la última edición íntegra, muy rectificada y mejorada del publicado por la Academia Española y unas veinte y seis mil voces, acepciones, frases y locuciones, entre ellas muchas americanas*. Editor Vicente Salvá. París.
- Sánchez Flores, R. (1980). *Historia de la tecnología y la invención en México*. Fondo Cultural Banamex. México.
- Sánchez Despaigne, Aida Rosa (2019). "El cabello de la mujer en Contramaestre (Santiago de Cuba): de función orgánica a recurso económico". En *Batey. Revista Cubana de Antro-*

- pología Sociocultural*. Volumen 12, No. 1. pp. 101-118.
- Sánchez-Salvatierra, Jazmín (2018). "Evolution of the Hippocratic Oath: What has changed and why?". En *Revista médica de Chile*, 146, 12. Chile.
- Sánchez Suárez, Aurelio (2017). *Xa' anil naj. La gran casa de los mayas*. Universidad Autónoma de Yucatán. Mérida.
- Schmidt, Peter; Biró, Péter; Pérez de Heredia, Eduardo (2018). "El templo de los búhos de Chichén Itzá y su emplazamiento cronológico". En *Estudios de la cultura maya*, vol. 52. Ciudad de México.
- Schopenhauer, Arthur (2018). *El amor, las mujeres y la muerte*. Trad. A. López White. Independently Published. Navarra.
- Sierra O'Reilly, Justo (1845). "La Catedral de Mérida". En *El Registro Yucateco*. Mérida.
- (1977). "Conversación del domingo". En *Obras completas*. UNAM. México.
- Stuart Mill, John (2019). *La esclavitud femenina*. Editorial Verbum. Madrid
- Suárez Molina, Víctor (1977). *La evolución económica de Yucatán a través del siglo XIX*. Ediciones de la Universidad de Yucatán. Mérida.
- Thompson, G. R. (1974). *Introduccion: Romanticism and the Gothic Tradition*. Pullman—Washington State University Press. Estados Unidos de Norteamérica.
- Torres-Guerrero E., Ramos-Betancourt L., Atoche-Diéguez C., Arenas R. (2016). "Lepra en Yucatán. Reseña histórica desde sus inicios hasta nuestros días". En *Dermatología. Revista Mexicana*. Número 60 (5): pp. 427-434.
- Tucídides (1986). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Ediciones Orbis, España.
- Victoria Ojeda, Jorge (2014). "Africanos y afrodescendientes en la Mérida de Yucatán, México. Dos apuntamientos (siglos XVI a XIX)". En *Fronteras de la Historia*. Vol. 19, n. 22. Instituto Colombiano de Antropología e Historia: pp. 148-174.
- (2011). "Hallazgos de una garita colonial: historia y arqueología en el temprano camino real a Campeche (siglo XVII). En *Península*. Vol. VI. No. 2. Otoño. CEPHCIS. Mérida.
- Yoldi, María; J. Ramírez; A. Ruiz; L. C. Aguilar; D. Crail; R. Pérez; L. D. Alviso (2015). "Alucinaciones visuales en pacientes con privación sensorial: ¿síndrome de Charles Bonnet?". En *Salud mental*. Vol. 38. No. 3. México. Mayo/junio, pp. 21—45.
- Zerolo, Elías (1895). *Diccionario enciclopédico de la lengua castellana*. Granier Hermanos. París.

*La Mestiza*¹⁰

por Eligio Ancona

Edición crítica, notas y estudio de Alejandro Loeza Zaldívar / 2025

¹⁰ En la edición *LMB* se lee *Novela yucateca* y se dan datos de la Editorial yucatanense. En la edición de *LMD* se lee *Novela original*.

CAPÍTULO I

LA CALLEJUELA DE SAN SEBASTIÁN

Eran las siete y media de la mañana de un hermoso día de primavera. La atmósfera estaba limpia de vapores¹¹ y el bellissimo azul de los cielos se ostentaba entonces con toda su imponente majestad y hermosura. La luna había perdido su brillo y descendía tristemente hacia el horizonte: parecía huir como de un enemigo poderoso ante la presencia del sol, que se levantaba sobre el hemisferio opuesto, esparciendo su luz y su calor sobre la tierra.

No dejaba de participar de estos beneficios¹² una angosta callejuela del barrio de San Sebastián, formada por dos hileras de rústicas albarradas¹³, cuya mala construcción desaparecía en parte bajo un tapiz de silvestre enredadera. Extendíase sobre el piso una magnífica alfombra de verde y menuda hierba a que¹⁴ había dado frescura y suavidad el rocío de la mañana. El pincel del artista no ha producido jamás los graciosos matices que le daban innumerables florecillas esparcidas acá y allá en el desorden inimitable de las obras de la naturaleza.

Tras de las albarradas que acabamos de mencionar, descollaban¹⁵ de los solares¹⁶ vecinos un número considerable de árboles cuyas ramas se extendían sobre la solitaria callejuela para guarecerla¹⁷ de los rayos del sol. A través de la verde espesura de sus hojas y, casi ocultas entre el follaje, descubríanse algunas de esas casitas de paja en que habita nuestro pueblo, pero a las cuales se entraba, sin duda, por otras calles, porque en la que estamos describiendo no se veía una sola puerta que hiciese sospechar en ella la existencia del hombre. Y, como donde no está el verdugo está la víctima, las aves subían a escoger las ramas más altas de estos árboles para formar sus nidos y para saludar a la aurora con la armonía de sus cantos y, volando alegremente de rama en rama, o saltando sobre el terreno desigual de la callejuela, buscaban en ella, tranquilamente, su alimento.

Pero la mañana de que vamos hablando y a la hora indicada, cesaron de súbito sus alegres gorjeos¹⁸, permanecieron inmóviles por un momento, luego levantaron todas simultáneamente el vuelo formando una nube de mil colores que no tardó en ocultarse tras las copas de los árboles.

No había sido sin causa esta fuga repentina. Acababa de presentarse en la callejuela un joven de veinte a veinticinco años, de una figura bastante recomendable y simpática, que venía tarareando distraídamente una canción, como el que trae demasiado ocupado el pensamiento.

11 *vapores*: "Conjunto de partículas sutiles, levísimas y húmedas que mediante la acción del calor se elevan de los cuerpos, como tenues sustancias desprendidas" Domínguez 1853: 1705. Se refiere a la neblina matutina, propia de la región de Yucatán.

12 *beneficios*: "Utilidad, provecho" Domínguez 1853: 1561.

13 *albarradas*: "Pared de cantería" Domínguez 1853: 64.

14 *a que*: Forma que expresa convencimiento de que algo ocurre.

15 *descollaban*: "Aventajar, superar, escender, sobresalir entre otros por más alto o elevado" Domínguez 1853: 562.

16 *solares*: "El suelo donde se edifica la casa o habitación" Domínguez 1853:1561.

17 *guarecerla*: "Ampararse, acogerse, refugiarse, buscar o tomar guarida, ponerse a cubierto" Domínguez 1853: 888.

18 *gorjeos*: "Modulación del canto de las aves" Zerolo 1895: 1147.

Después de haberse asegurado de la soledad del sitio con una rápida ojeada, fue a colocarse bajo la sombra de un naranjo que extendía sus ramas fuera del recinto en que su dueño lo había plantado y se sentó sobre una piedra colocada allí al parecer con aquel objeto.

Por las frecuentes miradas que dirigía al extremo de la calle, era fácil conocer que esperaba a alguna persona. Para calmar, sin duda, su impaciencia, levantóse de repente y empezó a hacer caer con su bastoncito de ballena¹⁹ los frutos de un discreto ciruelo que, como el naranjo que le prestaba sombra, extendía sus ramas sobre la calle.

Ya partía con los dientes la ciruela más tierna que había encontrado, cuando dirigiendo la vista por la centésima vez al lugar que hemos indicado, vio aparecer al extremo izquierdo de la callejuela el blanco vestido de una mestiza. Los ojos del joven brillaron con alegría, se acomodó la segunda ciruela entre las mandíbulas y echó a correr hacia la esquina en que había divisado a la mestiza.

Pero el joven emprendió su carrera con tanta precipitación y saltaba con tal atolondramiento²⁰ sobre las muchas piedras que embarazaban²¹ el piso que, al pasar bajo un corpulento roble, que cubría la mitad de la calle, su sombrero, detenido por una rama, se deslizó de su cabeza.

El joven tuvo que detenerse también, pero al inclinarse para recogerlo, el sombrero, que era de ligerísima paja de Italia²², fue arrebatado por una violenta ráfaga que lo hizo volar a merced del viento. Su dueño lo contempló por algunos instantes, pero advirtiéndole que después de haberse elevado a una altura capaz de alarmarle, descendía hacia la misma dirección a que él había encaminado sus pasos, prosiguió con placer su carrera. El sombrero vagó algunos segundos por el aire, descendió luego y continuó impelido por el viento arrastrándose sobre la tierra. Detúvose por fin a las plantas²³ de la mestiza, quedando aprisionado entre sus pies y al mismo tiempo que el joven se detenía delante de ella.

19 *bastoncito de ballena*: el uso del bastón era común como símbolo de estatus social. Los bastones eran muy populares entre personas de todas las edades y en 1851, Hamburgo, Viena y Berlín se convirtieron en puntos estratégicos de la creación de bastones, siendo la familia Meyers una de las más distinguidas, imponiendo una moda que se hizo eco en las principales capitales europeas. Lo anterior implicó que hacia 1870 en Inglaterra se comenzara a utilizar otros materiales que no solo fuesen madera, ya que la demanda era mayor a la producción que la madera permitía. En este sentido, fue en dichos años cuando desde Inglaterra comienzan a fabricarse bastones de marfil, caparazones de tortuga, cuernos de rinoceronte y huesos de ballena. Por todo lo anterior, el bastón mencionado debía ser novedad de importación británica y que simboliza la alta posición económica del personaje. Ver *Historia del bastón* de Ruth Fraile Huertas (2004).

20 *atolondramiento*: "impetuoso, que obra sin reflexión" Domínguez 1853: 192.

21 *embarazaban*: "Dificultarse una cosa, oponerse obstáculos a su libre marcha" Domínguez 1853: 656.

22 *sombrero, era...Italia*: al igual que el mencionado bastón, el sombrero era símbolo de estatus, destacando por la confección que indica el narrador con paja proveniente de Italia. Si bien la materia prima era italiana, la confección debió ser inglesa, motivada por la revolución industrial (Riello, 2020, pp. 64-73.) Estas líneas dedicadas a la vestimenta de Pablo, confirman la teoría del historiador de la moda inglesa Christopher Breward quien en *The Hidden Consumer* afirma que el consumidor de moda en el siglo XIX es el hombre y no la mujer, como se revertiría en el siglo XX. Por su parte, en 1851, Eugène Labiche estrenó la obra de teatro *Un sombrero de paja de Italia*, la cual trata de un triángulo romántico en donde Fadinard se come el sombrero de paja de Italia de su amante Anaïs, de la cual pide el reparo, ya que su esposo es muy celoso. La mención de los sombreros de paja es muy común dentro de la literatura del siglo XIX de estatus social: "nada más fresco y gracioso que su sombrero de paja de Italia" (Bécquer 1995: 277).

23 *plantas*: "La parte inferior del pie con que se huella y pisa y sobre la que carga principalmente sosteniéndose en equilibrio el peso todo del cuerpo" Domínguez 1853: 1370.

Al inclinarse para tomar su sombrero, celoso tal vez de las voluptuosas cadenas que le había deparado la casualidad, vio teñirse las mejillas de la mestiza de un ligero encarnado²⁴, bajar rápidamente su torneado brazo y presentarle su sombrero con púdica²⁵ sonrisa.

—¡Dolores! —exclamó el joven con alegría.

—¡Señor Pablo! —respondió la mestiza.

Y después de este reconocimiento, porque no creemos que merezca otro nombre, ambos guardaron silencio. El joven contemplaba ávidamente²⁶ a Dolores, y Dolores inmóvil junto a él, tenía los ojos fijos en tierra porque sentía clavadas sobre su semblante las miradas de fuego de Pablo. Y Pablo tenía razón en devorar con sus miradas a la mestiza, porque Dolores era una bellísima criatura.

Figúrese el lector una joven de diez y ocho primaveras con esa pequeña estatura y esa complexión delicada que parecen tan esenciales a la belleza de la mujer. El color de su semblante, más claro que el que generalmente tienen las mestizas²⁷, adquiriría el de la flor del granado²⁸ cuando una palabra o una mirada de Pablo alarmaba su pudor. Sus ojos negros y rasgados tenían esa expresión indefinible que hace decir mil locuras a los poetas y que yo, que no blasono²⁹ de poeta³⁰, me abstendré de referir. Su cabello, del color de sus ojos y lustroso y suave como la seda, estaba sencillamente atado y recogido con una cinta en la parte posterior de su cabeza.

24 *encarnado*: "el color más o menos análogo al de la carne muscular en su estado natural. Colorado, rubicundo" Domínguez 1853: 670.

25 *púdica*: "Honesto, casto, ruboroso, vergonzoso" Domínguez 1853: 1417.

26 *ávidamente*: "*Inmoderada ansia, codicia, voracidad*" Domínguez 1853: 204.

27 *joven de diez y ocho...mestizas*: Estética de belleza blanqueada por Eligio Ancona, donde escapa a la belleza indígena a través del blanqueamiento. También se deja entrever el canon de belleza femenina de la época, donde la morfología y estereotipos crean una belleza que "no tiene otro fin que el de llegar al hombre; la mirada masculina da identidad a la mujer" (Dávalos 1987: 45). Además, como explica Dávalos, la belleza tiene por finalidad el matrimonio y el amor: solo lo bello es digno de ser amado. Los elementos de la belleza femenina del siglo XIX son los pies pequeños (como previamente se narró), la juventud y el tallo delgado y delicado: "las mujeres de tallo plano son sacrificadas, llenas de finura e inclinadas a la melancolía, son mejores mujeres que las otras. El tallo plano es suave y flexible, el tallo redondo es inflexible y provocador [...] Debido a que el tallo flexible y plano refleja que la mujer es buen prospecto para esposa" (Dávalos 1987: 47). Recomendando la lectura del trabajo de Dávalos para profundizar en este canon de belleza decimonónico marcado por el simbolismo del cuerpo delgado como sinónimo de belleza, amor y sacrificio.

28 *flor del granado*: "árbol [...] cuya madera es muy compacta y de un color encarnado muy oscuro" Domínguez 1853: 878.

29 *blasono*: "Jactarse, preciarse, vanagloriarse de algo: hacer ostentación de alguna cosa con alabanza propia" Domínguez 1853: 257.

30 *poeta*: crítica que hace Ancona a los excesos de los poetas románticos españoles, quienes destacaban la sensualidad y encantos femeninos. Como explica Marina Mayoral, en la poesía romántica decimonónica española encontramos que la mujer amada es "bella y pura, o bella y malvada, o bella y estúpida. En cualquier caso, el poeta no está interesado en dar detalles de su belleza, sino que la pondera como algo que no necesita descripción. Del viejo modelo medieval de la bella dama de dorados cabellos y ojos claros, mantenido a lo largo del Siglo de Oro, pervive el rasgo de la blancura de la tez, mientras que el cabello puede ser rubio o moreno, con predominio del primero y los ojos claros o negros" (Mayoral 2008). En este sentido, si bien Ancona critica a los románticos, emula la retórica decimonónica sobre la belleza. Los poetas que en el XIX habían triunfado con esta visión idealizada de la mujer son José Zorrilla (1817-1893), Gustavo Adolfo Bécquer (1836 –1870) y José de Espronceda (1808-1842) entre muchos más.

Sin duda su vestido, igual en todo al que usan entre nosotros las mujeres de su raza, era perjudicial³¹ a su talle fino y esbelto, porque no ciñéndose a la cintura, ocultaba una gran parte de sus encantos.

Pero Pablo se creía recompensado con usura, pues a través de la finísima tela que cubría su pecho, no dejaba de adivinar gran parte de los atractivos con que la naturaleza había enriquecido a la mestiza. En la posición que guardaba entonces su cuerpo, apenas podría verse la punta de su pequeño pie calzado con zapatito de raso blanco que aparecía bajo el diluvio de los encajes y bordados que remataban su vestido³².

Asombrada Dolores del obstinado silencio que guardaba Pablo, osó levantar los ojos para mirarle y le sorprendió embebecido³³ en su contemplación. Sus mejillas volvieron a encenderse y cruzó sobre el pecho su toca de muselina³⁴. Este movimiento devolvió al joven el uso de la palabra.

—¡Cuánto tiempo hace que no te veo! — exclamó en tono de reconvención³⁵.

—Ocho o diez días, señor Pablo—respondió Dolores—Pero, ¿quién tiene la culpa?

—Tú, que nunca te dejas ver en ninguna parte.

—Usted, que sólo se acuerda de mí cuando tropieza conmigo en la calle.

—¡Oh! Tú no dices eso con tu corazón, Dolores — replicó el joven con una serenidad que hizo sonreír de placer a la mestiza.

—Y, ¿por qué no, señor Pablo?

—¡Dios mío! ¿No acabas de encontrarme en esta callejuela metido dentro de hierbas? ¿Cree que haya venido aquí a ver arrastrarse los reptiles que se crían con tanta abundancia? ¡Oh, oh! Desde el día en que sorprendimos³⁶ esta callejuela, ¿te acuerdas, Dolores, de ese día? Era una mañana en que nos reunimos en la plaza de San Sebastián³⁷, y llegamos conversando hasta aquí. Me acuerdo muy bien: yo levanté la vista y no vi más que albarradas, árboles, flores y algunos pájaros que habían levantado el vuelo al acercarnos. Ninguna casa, o lo que es lo mismo, ninguna puerta en que pudiese salir alguno de repente. Este es un tesoro dijiste tú. Este es un edén

31 *perjudicial* en LMD. Errata que no implica variante.

32 *vestido*: se refiere al huipil, vestido tradicional de la mujer yucateca, la cual consiste en una túnica blanca y larga rectangular a la que se le unen costuras, cintas y tiras de tela bordados con encajes de colores y en representación de flores. Puede saberse más sobre el tema en la entrada de *Yucatán en el tiempo*.

33 *embebecido*: "con estúpida admiración" Domínguez 1853: 657.

34 *toca de muselina*: toca es "adorno que sirve para cubrir la cabeza [...] a manera de mantilla corta y muy ajustada sobre los hombros y toda la cabeza a excepción de la cara" (Domínguez 1853: 1645) y muselina es "tela fina de algodón" (Domínguez 1853: 1221).

35 *reconvención*: "Reprimenda o corrección severa acompañada de sensibles cargos, quejas, reproches" Domínguez 1853: 1451.

36 *sorprendimos*: "Coger de pronto alguna especie al ánimo, presentársele o acometerle de improviso" Domínguez 1853: 1567.

37 *parque de San Sebastián*: pequeña plaza en el centro del barrio de San Sebastián, al suroeste de la ciudad de Mérida, fundado en el siglo XVII, que fue fundado como comunidad de indios. Durante el siglo XVIII y XIX el parque se rodeó de "enormes solares en los que crecían frondosos árboles que brindaban sombra y frescura a humildes chozas cuyos habitantes cuidaban de sus aves de corral y sembradíos" (Montejo Baqueiro 1981: 215). En general dicho parque es pequeño en dimensiones, pero de gran valor simbólico en la época, ya que era parte del camino a Campeche y centro de la vida social y cultural de las personas que ahí vivían.

añadí yo, Como el paraíso en que Dios puso a Adán y Eva. Tú me preguntaste quién era ese caballero que se llamaba Adán y esa señora que se llamaba Eva y yo te lo expliqué, ¿te acuerdas?

—Sí, si me acuerdo muy bien.

—Y desde entonces nos citamos para³⁸ esta callejuela todos los días a las siete y media de la mañana.

—Es verdad.

—Ya ves – concluyó Pablo, metiéndose entre los dientes otra ciruela que traía de reserva—si te acuerdas de todo eso, debes saber que sólo puede traerme aquí un objeto.

—¿Cuál?

—El de verte.

—O el de robarle sus ciruelas al tío Andrés. ¿Negará usted que le he sorprendido en tan “honrosa” ocupación? Y que ahora mismo cuidado, señor Pablo, porque el tío Andrés no sufre cosquillas³⁹ de nadie.

El tono festivo⁴⁰ con que fueron pronunciadas estas palabras hizo sonreír a Pablo.

—¡Vamos! Tu alegría me hace creer que ya estás convencida.

—¿Convencida de qué?

—De que no sólo me acuerdo de ti, como decías, cuando tropiezo contigo en la calle.

—Señor Pablo —dijo Dolores, moviendo su hermosa cabeza—no hay que cantar tan temprano la victoria. Estoy en mis trece⁴¹.

—¿Con que yo soy el culpado?

—Seguramente. Si yo no me dejo ver en ninguna parte, como usted ha dicho, es porque no quiere venir a verme donde yo puedo estar. Es esta calle, por ejemplo, en que hemos convenido vernos, en mi casa...

—¡En tu casa! ¿Acaso sé yo tu casa?

—¿Cómo? ¿No ha estado usted en ella una mañana, conversando largo rato con tía Marta y conmigo?

—Es verdad, pero como esa casa está en una calle lejana y solitaria que se parece a otras muchas calles, no he podido encontrarla después a pesar de los esfuerzos que he hecho.

—No sólo una vez he invitado a usted a seguirme para mostrarle el camino.

—Y nunca he aceptado, porque siempre he temido encontrarme, como la primera vez, con aquella maldi...digo, con tu tía, que me miró de un modo que...ya ves. Yo tomé aquella mirada por una despedida y me resolví a no volver.

38 *para*: ‘hacia’.

39 *no sufre cosquillas de nadie*: ‘no tolera burla de nadie’, ver “No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada y no consiente cosquillas de nadie” (Cervantes 1998: 703).

40 *festivo*: “Chistoso, agudo, alegre” Domínguez 1853: 989.

41 *Estoy en mis trece*: “Mantenerse o persistir con empeño, tenacidad y pertinencia en una cosa que se ha aprendido o empezado a ejecutar” Domínguez 1853: 1647. La frase remite a una persona que no cambia de opinión y se cree que viene de la terquedad de Benedicto XIII, quien durante el Cisma de Occidente nunca renunció a ser el legítimo pontífice de la Iglesia (Maeso de la Torre 2003).

—Usted calumnia a mi pobre tía, porque ella me confesó después de esa visita, que tenía usted una conversación muy agradable y que no manifestaba orgullo para con dos pobres mestizas como nosotras. Y estoy segura que más le gustaría que usted nos visitase de cuando en cuando, que el que nos paremos todos los días a conversar.

—¿Le has hablado alguna vez de nuestras frecuentes entrevistas?

—No he tenido valor para ello – respondió Dolores ruborizándose—¡Ah! Nunca le había ocultado nada. Y por eso – continuó después de un instante de silencio—y por eso había resuelto prevenirle a usted.

—¿Qué? – preguntó Pablo.

—Mire usted: a mí también me agradaría más verle en mi casa que en la calle. ¡Dios mío! Cada vez que alguna persona pasa junto a nosotros y nos ve hablando, me mira de tal modo que me obliga a bajar los ojos avergonzada.

—Pero en una calle tan solitaria como esta...

Dolores movió tristemente la cabeza.

—Le repito a usted, señor Pablo, que estoy pronta⁴² a enseñarle el camino de mi casa, cuando usted lo desee. En ella va a encontrarse con otra persona con quien seguramente simpatizará usted.

—¿Otra persona?

—Sí, mi padre que hace algún tiempo que está en la campaña⁴³.

—¿Con que vive tu padre? ¡Nunca me lo habías dicho!

—Vive, a Dios gracias. Le han respetado las balas del enemigo. Hace quince días que nos escribió que había conseguido un mes de licencia⁴⁴ para venir a dar un abrazo a su familia y que en breve tiempo le tendríamos en Mérida.

—¿Con que habrá llegado ya?

—No ha llegado todavía y su tardanza nos había llenado tanto de inquietud que Esteban, compadecido de nosotras, nos ofreció ir a buscarle y hace seis días que partió a Peto⁴⁵.

—¿Quién es Esteban?

—Esteban es un vecino nuestro que ama mucho a mi padre y que continuamente venía a visitarnos, pidiéndonos noticias suyas.

—Ya debía estar de vuelta.

—Desde ayer le hemos estado esperando con impaciencia, porque nos prometió al irse que, aunque mi padre no pudiese venir con él por cualquier causa imprevista,

42 *pronta*: "Dispuesta" Domínguez 1853: 1412.

43 *campaña*: se refiere al llamado al servicio militar convocado por el gobernador Domingo Barret el 5 de agosto de 1847 para contrarrestar la sublevación indígena (ahora conocida como Guerra de Castas) iniciada el 30 de julio de 1847 por Cecilio Chi en Tepich, después de los excesos cometidos por las fuerzas militares en dicha localidad.

44 *licencia*: 'permiso'. Ver "obtuve licencia para pasar un mes en Sevilla" (Alarcón 1994: 189).

45 *Peto*: población al sur de la península de Yucatán, fundada en 1549 y donde, a mediados del siglo XIX, se dieron batallas entre el ejército mexicano y los indígenas rebeldes. Dicha población se encuentra a unos 180 kilómetros de la capital, Mérida. Se caracterizaba por la producción y extracción de resina de chico zapote, del cual se fabrica el chicle.

vendría él solo a calmar nuestras zozobras⁴⁶. Tal vez esté ya en casa en este momento – añadió – Adiós, señor Pablo. Si usted quiere seguirme para saber noticias de mi padre...

—¿Cuánto dista de aquí?

—Casi nada. No tenemos más que subir esta calle, dar vuelta a la derecha y la segunda casa que hay en la acera izquierda, es la mía.

—Te seguiré para aprender el camino, porque estas calles sin nombre y estas casas sin número de un barrio apartado, es fácil olvidarlas a pesar de tu explicación.

—¿Y entrará usted un momento a conocer a mi padre?

—Ahora, Dolores, tengo muchas ocupaciones: otro día.

—La misma excusa de siempre.

La mestiza suspiró imperceptiblemente y echó a andar seguida de Pablo. Caminaron silenciosamente uno junto a otro, hollándose⁴⁷ con sus plantas la suave y verde alfombra de la calle. Al llegar a la esquina en que terminaba ésta, Pablo se detuvo, indeciso. Dolores se detuvo también, echando la primera mirada al lugar en que se levantaba su casa. Un ligero grito se escapó de su pecho.

—¿Qué hay? —preguntó Pablo.

—¿No ve usted ese caballo parado frente a la puerta de mi casa?

—¡Ah, es verdad!

—Y es el caballo blanco de Esteban, pero solo. ¿Y mi padre? ¡Dios mío! ¿Qué habrá sucedido? Adiós, señor Pablo, adiós.

Y Dolores, levantando ligeramente su vestido y dejando en descubierto un lindo piececito⁴⁸ calzado, como hemos dicho, con un zapato de seda, echó a correr hacia la casita a cuya puerta estaba parado el caballo blanco de Esteban. Pablo, inmóvil en la esquina, la veía correr extasiado, fijando de cuando en cuando sus ojos en el principio de su pierna torneada, que ora⁴⁹ desaparecía bajo su ancho vestido, ora entre las hierbas. Luego que la vio entrar en la casita, quedóse pensativo algunos momentos.

—¡Oh! —murmuró entre dientes— Si su padre, a pesar de haberle ido a buscar Esteban, no ha llegado aún, quizá ha sufrido alguna desgracia. No temeré encontrarle en su casa y esperemos.

Pablo dirigió una mirada en torno suyo, vio cerca de él una piedra y se sentó en ella, clavando los ojos en la casita de Dolores.

46 *zozobras*: "Inquietud, aflicción, turbación, angustia y congoja del ánimo, que no deja sosegar o por el riesgo que amenaza o por el mal que ya se padece" Domínguez 1853: 1767.

47 *hollándose*: "Pisar, comprimir alguna cosa con los pies, dejando más o menos marcada la huella" Domínguez 1853: 947.

48 *piecitos* en LMB, LMC y LMD. Enmiendo.

49 *ora*: "disyuntiva [...] para designar con precisión los objetos o las acciones. Usase siempre repetida, con la misma significación de que, ya, bien, etc." Domínguez 1853: 1274.

CAPÍTULO II EL TÍO ANTÓN

Cerca de cuatrocientos años han pasado desde que los españoles sojuzgaron⁵⁰ a los antiguos moradores de Yucatán⁵¹ y, sin embargo, después de tan dilatado espacio de tiempo, poco o nada han adelantado los indígenas en la rústica y grosera⁵² construcción de sus cabañas de palmas⁵³. Qué triste contraste debían formar estas chozas de miserable aspecto comparadas con esos hermosos edificios de formas magníficas y colosales dimensiones, cuyos restos se ven todavía en Uxmal⁵⁴ y en Chichén⁵⁵. De esos edificios cuya arquitectura excita tanto la

50 *sojuzgaron*: "Sujetar, cominar, avasallar, someter, mandar con violencia, tiranía, despotismo" Domínguez 1853: 1561.

51 *Cerca de cuatrocientos años...moradores de Yucatán*: se refiere al proceso de colonización llevado a cabo por el imperio español entre 1527 y consumada (parcialmente) en 1546 en la península de Yucatán. Este proceso fue iniciado por Francisco de Montejo (1479 –1553), por órdenes de Carlos I de España, quien el 8 de diciembre de 1526 nombró a Montejo "Adelantado, Capitán general y alguacil mayor de Yucatán, Cozumel y Tabasco". Sobre este proceso histórico, Eligio Ancona afirmó "esta campaña, que dura veintiocho años; admiramos el valor y hasta el heroísmo con que luchan ambos contendientes y no vacilamos en censurar los actos de crueldad con que unos y otros, no pocas veces, se manchan. No aplaudimos ni condenamos la conquista. Nos colocamos entre las dos escuelas que a su turno la han glorificado y maldecido, y la examinamos bajo un punto de vista filosófico" (Ancona 1917: 10)

52 *grosera*: "Tosco, burdo" Domínguez 1853: 884.

53 *cabañas de palma*: se refiere a las casas propias de la península Yucatán, comúnmente de base elíptica, rectangular con las esquinas redondeadas o rectangular, utilizando materiales como troncos, piedra y palma, creando un espacio multifuncional. Las puertas de cada tramo largos están contrapuestas en cada extremo, siendo la única apertura que tienen las viviendas para permitir la ventilación. El valor simbólico y cultural de la casa maya implica que se trata de "una representación de la conciencia y el quehacer del pueblo maya. Es la representación del hombre constituido por el hombre mismo, de la misma forma como el dios de ellos mayas los creó a ellos" (Sánchez et al. 2017: 65). Ver el excelente trabajo sobre el tema coordinado por Aurelio Sánchez en el libro *Xa' anil naj. La gran casa de los mayas* (2017) y *La arquitectura vernácula de la zona conurbada de la ciudad de Mérida* (1995) de Chico-Ponce de León.

54 *Uxmal*: antigua ciudad maya ubicada a 80 kilómetros de Mérida, en la zona Puuc, a la que debe el nombre del estilo arquitectónico de las edificaciones que la componen. Se cree que fue fundada en el siglo VII y durante la colonia fue visitada por fray Diego de Landa en 1573, aunque no sería sino hasta la expedición de fray Diego López de Cogolludo de 1658 cuando se le nombró como actualmente se le conoce. Cercano a Eligio Ancona, en 1834, Uxmal fue investigado por Jean-Frédéric Waldeck, quien inspiró las posteriores expediciones en 1841 de John Lloyd Stephens, Frederick Catherwood y Samuel Cabot, quienes dejaron registro a través de apuntes e ilustraciones que se divulgaron y dieron nombre a las estructuras principales, como la del Adivino, Hechicero, Enano o del gran Chilán, que es una pirámide con una altura de 35 metros y 53 metros de anchura. La relevancia de la zona fue fundamental durante el periodo clásico de los pueblos mayas prehispánicos.

55 *Chichén*: se refiere a Chichén Itzá, ciudad prehispánica en el centro de la península de Yucatán, la cual se caracteriza por la pirámide de Kukulcán de 55.5 metros de ancho en cada lado rectangular por 24 metros de altura. Esta importante ciudad-estado consolidó su poder político, social, cultural y religioso en la zona durante el periodo posclásico (entre el año 900 y 1500). Durante el siglo XVI fue visitada por Francisco de Montejo y Diego de Landa, quienes dieron noticias de la zona ya deshabitada. No fue sino hasta el siglo XIX cuando John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood realizaron expediciones a Chichén Itzá.

admiración de los naturales y de los extranjeros⁵⁶ que ponen los pies en la Península, atraídos por la fama de sus ruinas.

Semejante a esas cabañas era la casita en que acababa de entrar Dolores. Su armazón descansaba sobre una pared sencilla de ocho pies de altura y blanqueada con cal, en la cual se abrían una puerta pequeña y dos ventanitas con su reja de madera. No estaba edificada en línea recta con las albarradas que formaban la calle y, en el espacio que había entre el área que ocupaba la casita y la acera de la calle, crecían a los lados de la puerta dos corpulentos ramones⁵⁷, que elevaban con orgullo sus altas copas hasta las nubes. Parecían dos gigantes colocados allí en perpetua centinela por algún genio bienhechor para guardar aquella humilde choza, asilo de la inocencia y de la virtud. Sin embargo, de lo poco delicada construcción de la casita, ¡qué aspecto tan risueño y encantador le daban aquellos hermosos árboles con la espesura de sus ramas y el verde oscuro de sus hijas, que constituyen toda la belleza de esta planta indígena!

Nada de notable ofrecía en su interior, sino el aseo y la limpieza que reinaban en ella. Los escasos y pobres muebles que la adornaban, acaso habían sido mudos testigos de la extinción de dos o tres generaciones. Veíase en un rincón una cama sin cielo y sin cortinas⁵⁸, en otro algunas sillas de cuero y en la parte más visible una mesa de madera que contenía, entre otros objetos⁵⁹, una urnita de vidrio: dentro de ella se veía una pequeña efigie de la Virgen María, cuyo vestido encarnado y azul⁶⁰ desaparecía casi bajo una multitud de rosas naturales, con que alguna mano piadosa la había cubierto aquella mañana. Una hamaca de henequén⁶¹, que

56 *excita tanto la...extranjeros*: se refiere a las ya mencionadas expediciones del estadounidense John Lloyd Stephens (1805 – 1852) y el dibujante inglés Frederick Catherwood (1799 – 1854), quienes comenzaron una expedición por América central en 1839, en la cual dejaron patente su asombro ante los vestigios arqueológicos mayas de Yucatán en el libro *Incidentes de viajes a Centroamérica, Chiapas y Yucatán* publicado en 1841.

57 *ramones*: árbol típico de la región, que llega a alcanzar alturas de 45 metros y diámetros de 1.5.

58 *sin cielo y sin cortinas*: adornos típicos de las camas de la época, que consistía en una estructura superior y paralela a la de la cama, de la cual se colgaban cortinas mientras que el cielo es “aquello que sirve como de techo o bóveda a algunas cosas, como el cielo de una cama” Domínguez 1853: 377.

59 *objeto en LMD*.

60 *Virgen María, cuyo vestido encarnado y azul*: se refiere a la Virgen de la Anunciación, imagen que desde el siglo XV se popularizó por las pinturas de Antonello da Messina a través de un cuadro del mismo nombre donde prevalece el color azul de la ropa y brocados.

61 *hamaca de henequén*: es el objeto en forma de columpio colocado entre dos paredes utilizado para dormir y descansar, introducida a la península de Yucatán en el siglo XVII, la cual tardó en instalarse entre los mayas, porque eran productos de algodón exportados desde el Caribe que por el precio eran prohibitivos para las comunidades indígenas. Othón Baños Ramírez afirma que la introducción de la técnica de tejido fue motivada por misioneros franciscanos provenientes de la isla de Santo Domingo, quienes “habrían traído el bastidor, las agujas y los hilos, para enseñar el urdido de hamaca a los feligreses como enseñaban otras materias y oficios en sus parroquias” (2010: 47). El mismo académico explica que esta introducción habría sido con fines de que los indígenas mayas evitaran la promiscuidad, al dormir en hamacas separadas. Los mayas de la región utilizaron técnicas de hacer hilos a partir de la fibra del henequén, planta típica de la región. En maya la hamaca es llamada hayabil-kaan (cordeles para tenderse) o yaab-kaan (muchos cordeles). El uso generalizado de la hamaca supuso también una reestructuración de las casas mayas, de la cual el registro más temprano es de James Cook quien en 1769 en sus *Notas sobre una travesía desde el Río Belice, en la Bahía de Honduras, hasta Mérida, capital de la provincia de Yucatán en las Indias Occidentales Españolas*, describe que “Sus poblaciones son pobres, miserables chozas, construidas con estacas de palmeras (que escogen por su rectitud) y cubiertas de palmas con las hojas hasta el suelo, semejando una gran colmena. No tienen ninguna pieza en alto, como los provincianos españoles, y lo mismo que a ellos duermen todos en sus hamacas de hierba, como se les llama, aunque están hechas de fibra de áloe, de la misma manera que el cáñamo se obtiene

ocupaba el medio de la habitación, completaba aquel pobre conjunto de muebles que demostraba la miseria de sus señores.

Pero en cambio no tenían más que extender la vista hacia el inmenso solar que se extendía detrás de la casita para bendecir a la Providencia⁶²: el terreno que ocupaba ofrecía a cada paso mil objetos que encantaban la vista.

El espacio más cercano a la casita era una especie de jardincito cultivado por Dolores, con solicitud⁶³ y esmero⁶⁴. Sin embargo, de su poca acertada distribución, presentaba un conjunto agradable. Entre la blanca y aromática azucena, cuyo delicado tallo se mecía a la más ligera impresión de la brisa y el lirio que ostentaba sus altas flores de color azulado, bajo sus verdes y largas hojas, se levantaba llena de vigor, y como orgullosa con su lozanía, la planta del tulipán, enseñando algunas flores con su corola⁶⁵ de púrpura: la rosa de Castilla, de un encarnado ligero, y la mosqueta blanca, no se desdeñaban de ocupar un lugar cercano al girasol, que en aquel momento estaba vuelto hacia la casita, aguardando que la iluminases los rayos del sol.

Detrás del jardincito había otro espacio de doble extensión en que Marta cultivaba toda especie de hortalizas. La superficie que presentaba esta especie de huerta, de una eterna verdura, se veía interrumpida de trecho en trecho por algunas florecillas silvestres, de diversos colores, que Marta arrancaba despiadadamente cuando necesitaba terreno. Pero siempre habían sido respetadas las plantas de amapola y de la flor de mayo, que gracias a la estación que entonces reinaba, ostentaba en las extremidades de sus ramas grandes copas compuestas de innumerables florecillas encarnadas, blancas y amarillas.

En la última parte del solar estaban plantados mil árboles frutales, que con su espesura cerraban la entrada a los rayos del sol. La palma entretejía sus grandes hojas con las del cocotero, como queriendo advertirle que debían unirse como hermanos por la semejanza que había puesto entre ambos la naturaleza. En un lugar privilegiado se alzaban multitud de naranjos colocados en hilera, ostentando con orgullo sus dorados frutos entre la lozana verdura de sus hojas.

Y para terminar y completar la belleza de este cuadro encantador, levantábase sobre los árboles, sobre las hortalizas y sobre las flores, la bóveda diáfana⁶⁶ y azul de los cielos, que por la noche se poblaba de estrella y en los días de tormenta, de negros y abundantes nubarrones.

del tallo; solo se echan encima una tela de algodón y cuando viajan si les coge la noche, duermen en sus hamacas colgadas entre árboles" (Cook 1769: 62). Además de los trabajos citados, recomiendo la lectura del trabajo de Francisco Molina Solís en *Historia de Yucatán* (1988) donde da detalles pormenorizados del uso de la hamaca en la región.

62 *Providencia*: "la superior disposición del altísimo para el gobierno del mundo, la paternal solicitud que Dios estiende a todas sus criaturas" Domínguez 1853: 1415.

63 *solicitud*: "cuidadosa" Domínguez 1853: 1562.

64 *esmero*: "Sumo cuidado y atención diligente en hacer las cosas con perfección" Domínguez 1853: 729.

65 *corola*: "Parte de la flor que cubre inmediatamente los órganos de la fecundación, compuesta por lo común de uno a varios segmentos o pétalos distintos y aislados" Domínguez 1853: 463.

66 *diáfana*: "Que se transparenta clara y luminosamente, que transmite con abundancia y pureza la luz a través de su cuerpo, como el cristal" Domínguez 1853: 600.

En el momento en que introducimos a nuestros lectores en la casa de Dolores, una mujer anciana y de aspecto respetable estaba sentada en la hamaca de que hemos hablado. Los años que habían encorvado un poco su espalda y surcado su frente de algunas arrugas, habían respetado, sin embargo, su cabeza que ostentaba todavía un cabello negro y abundante. Su constitución robusta y sus manos encallecidas por el trabajo indicaban que pertenecía a esa clase honrada y laboriosa del pueblo, que sabe ganar el sustento con el sudor de su frente. Esta mujer, vestida enteramente como Dolores, era la tía Marta, de quien había hablado con Pablo algunos momentos antes.

Sentado junto a ella en un taburete, estaba un joven cuya edad no pasaba de cinco lustros⁶⁷. Aquel hombre no era, en verdad, lo que se llama un buen mozo⁶⁸: sus facciones vulgares, su pelo grueso y lacio, que cubría parte de su frente y su cara redonda, no prevenían⁶⁹ en su favor. Pero su robustez, su alta estatura y su constitución nerviosa⁷⁰, le daban un aspecto resuelto y atrevido, que más bien inducía a los que le miraban a tenerle miedo. Su vestido de algodón, lleno de polvo y lodo indicaba que acababa de hacer un largo viaje.

Este hombre era un mestizo⁷¹ y se llamaba Esteban. Al entrar Dolores en su casa no pudo contener un ligero grito de espanto y quedó como clavada a dos pasos del umbral de la puerta. Marta, ahogando sus sollozos y anegada⁷² en lágrimas, se levantó de la hamaca y le echó los brazos al cuello sin pronunciar una palabra.

—¡Dios mío! ¿Qué hay? ¿Qué sucede? —preguntó Dolores con voz alterada. Pero viendo que Marta no desplegaba sus labios, se desasíó⁷³ suavemente de sus brazos y corrió a interrogar a Esteban.

—Mi padre, Esteban, ¿por qué no ha venido contigo?

Esteban la miró un instante y luego inclinó tristemente la cabeza.

—¡Habla, responde! ¡Ah! Si estuviera enfermo, me lo dirías al instante...sin duda ha muerto ya.

Y se dejó caer en un asiento, anonadada⁷⁴ bajo el peso del dolor que le causaba aquella muerte imprevista, de que ya no podía dudar. Porque si no era cierta, ¿cómo Esteban y Marta no se apresuraban a sacarla de su error?

Reinó entonces un profundo silencio, únicamente interrumpido por los sollozos de las dos mujeres. Marta había vuelto a ocupar la hamaca y, a través de las lágrimas que sin cesar se deslizaban de sus ojos, contemplaba a Dolores que acababa de ocultar su rostro entre las manos. Esteban la contemplaba también con un interés en que se leía toda la pena que le

67 *lustros*: "cinco años" Domínguez 1853: 1096. Es decir, que tenía veinticinco años.

68 *buen mozo*: "el joven alto, proporcionadamente grueso, airoso y bien formado" Domínguez 1853: 1215.

69 *prevenían*: "Advertir, informar" Domínguez 1853: 1403.

70 *nerviosa*: "De exquisita sensibilidad" Domínguez 1853: 166.

71 *mestizo*: "Epíteto aplicable a la persona o animal que debe su existencia a padres que difieren entre sí en las castas. Úsase especialmente para designar al hijo de español e india" Domínguez 1853: 1172. El concepto de mestizaje utilizado por Ancona en toda la novela responde al ideal identitario liberal del autor "El ideal identitario mestizo construido en el siglo XIX consistió en fusionar la veta indígena y la veta española de la población para constituir una sola raza y una sola cultura nacional, la mestiza, que fue postulada como sinónimo de mexicana. Este imaginario fue largamente acariciado por las elites liberales del siglo XIX" Gall 2021: 57. Desarrollo el tema en el apartado de la introducción.

72 *anegada*: "Inundar, sumergir" Domínguez 1853: 116.

73 *desasíó*: "desprenderse" Domínguez 1853: 734. Sin embargo, la grafía es neologismo del Ancona.

74 *anonadada*: "Abatirse, postrarse, rendirse" Domínguez 1853: 124. Palabra de poco uso en la época. Es neologismo.

causaba el dolor de la joven y una lágrima que acaso no le había arrancado la muerte de su amigo, rodó por su mejilla tostada por el sol.

En esta patética y dolorosa situación hubieran permanecido por mucho tiempo, si Dolores no hubiese descubierto⁷⁵ repentinamente su semblante, preguntando a Esteban.

—¡Ah! ¿Y cómo murió mi pobre⁷⁶ padre?, ¿en dónde?, ¿pudiste recoger su último suspiro?

—Sí, — respondió Esteban—por fortuna llegué a tiempo y pude conversar con él un día entero.

—¿Y qué te dijo?, ¿se acordó de nosotras? Habla Esteban, cuéntenoslo todo.

—Sí, cuéntenoslo todo—repitió Marta—¡Ah!, nosotras que esperábamos darle un abrazo en la casa en que nacimos y conversar con él muchos días, tendremos que contentarnos con saber lo que decía en Peto antes de morir.

—En Xnechil⁷⁷, señora Marta—repuso Esteban.

—¿En Xnechil?.

—Sí, escuche usted. Apenas llegué a Peto empecé a preguntar a todo el mundo por el tío Antón —con este nombre era conocido el padre de Dolores —Ninguno me daba noticias ciertas de su paradero. Pero el primer soldado de su compañía con quien topé, me dijo: “Cuatro días hace que estuvimos en Xnechil a batir⁷⁸ a los indios que se habían apoderado de él. Después de un vivo fuego que duró dos horas, los desalojamos del pueblo. Desde entonces no he vuelto a ver al tío Antón⁷⁹ ni allá ni aquí”. ¡Dios mío!, repuse yo temblando, ¡seguramente murió!. “No se desazone⁸⁰ usted” me respondió el soldado “Acaso vive todavía. Tantos fueron los heridos que no pudimos cargar con ellos. El cirujano improvisó un pequeño hospital en ese pueblo y en él se quedaron los infelices cuyas heridas eran de gravedad, no sólo por la dificultad de traerlos, sino más bien por el temor de que se agravasen con la fatiga del viaje”. Dile las gracias al bondadoso soldado, infórmeme del camino de Xnechil y me despedí de él. Sin pensar en almorzar⁸¹, aunque eran las once del día, corrí a tomar mi caballo donde le había dejado y partí a galope. ¡Oh! Nunca puedo recordar sin horror la triste escena que se presentó a mis ojos al entrar en aquella antigua población. Restos informes y ennegrecidos de innumerales casas reducidas a cenizas que humeaban todavía; grandes manchas de sangre sobre las piedras, en el suelo y en las hierbas; miembros humanos desfigurados por el hacha de los enemigos, cuya putrefacción llenaba de fetidez el aire; y una multitud de asquerosos cuervos que se disputaban aquella presa y que huían a bandadas al acercarme, era cuanto quedaba de aquel pueblo infeliz, desolado por la guerra. Apartaba la vista de aquel cuadro de destrucción y de muerte y espoleaba a mi caballo, a pesar de que el pobre animal, como si tuviese un alma capaz de sentir, devoraba el camino casi falto de aliento, hollando con sus ligeros cascos aquellos restos inanimados. Al llegar a la plaza, el “¿Quién vives?”⁸² de un centinela me

75 *descubierto*: “Poner claro, evidenciar” Domínguez 1853: 565.

76 *podre* en LMD. Es errata del editor y se enmienda por *pobre*.

77 *Xnechil*: cerca de Catmís o actualmente Catmís o Xcanteil.

78 *batir*: “Derribar, echar por tierra” Domínguez 1853: 236.

79 Posible genocidio de la población de Xcanteil.

80 *desazone*: “Incomodar, causar enfado, inquietar, disgustar” Domínguez 1853: 556.

81 *almorzado*: “Comer por la mañana alguna cosa. Comer antes de mediodía” Domínguez 1853: 91.

82 *¿Quién vive?*: “Formula interrogativa que la ordenanza previene para que el soldado puesto de centinela en cualquier parte pregunte quien es el que se acerca, llega o pasa” Domínguez 1853: 1727.

sacó de mi enajenamiento⁸³. Dirigí la vista hacia donde había escuchado la voz y vi un hombre apoyado en su fusil, parado en la puerta de una casita que habían respetado los indios. Corrí hacia él y le pregunté por el hospital. “Este es” me respondió. “¿Y el tío Antón Contreras?” “¡Ah! Acabo de relevarle precisamente. El valiente viejo se arrastró hasta aquí, se tendió sobre su jerga⁸⁴, y con la cabeza apoyada en su cartuchera⁸⁵ y el fusil al alcance de su mano, estuvo dos horas de centinela⁸⁶”. “¿Cómo? ¿Herido y de centinela?” El soldado se sonrió y me dijo: “Si los heridos no se guardasen a sí mismos, no habría quien los guardase. ¿Cree usted que haya un solo hombre sano en Xnechil?”.

Y el soldado, apoyando su brazo izquierdo en el fusil, alzó la manga de su camisa y me mostró su brazo derecho envuelto cerca del hombro con una venda manchada de sangre. Mirele lleno de asombro y le pedí permiso para ver al tío Antón. Otorgómelo al instante, até mi jadeante caballo en un árbol que estaba allí cerca y entré en el hospital. Los pobres heridos, tendidos sobre sus jergas, porque allí no había camas, olvidaban con el sueño sus males. Algunos que no podían dormir, atormentados por los dolores, exhalaban débiles gemidos que me partieron el corazón. De súbito oí una voz bien conocida, que pronunció mi nombre con una alegría mezclada de asombro. Era el tío Antón, que me hacía señas con la mano. Al acercarme a él apresurado, levantó la cabeza y me tendió los brazos. Yo me dejé caer en el suelo cerca de mi pobre amigo para poder abrazarle y estuvimos estrechados un largo rato. ¡Ah! Al sentir palpar su corazón sobre mi pecho, olvidé el triste cuadro que acababa de presentarse ante mi vista y se disipó la melancolía que me había infundido. En el instante trabamos conversación.

—Esteban, ¿tú aquí? —me dijo desasiéndose de mis brazos y volviendo a reclinar la cabeza sobre su cartuchera.

—Vine a buscarle a usted—le respondí.

—¿A buscarme? Bien, iremos tan pronto como sanen mis heridas.

Y con una serenidad admirable puso primeramente la mano sobre el pecho y luego sobre la pierna derecha, cerca de la rodilla.

—En el pecho y en el pie—me dijo con una especie de orgullo que me hizo envidiar aquellas honrosas heridas —¿Y mi hija y mi hermana?—me preguntó un momento después.

—Esperando la vuelta de usted con impaciencia.

—¡Ah!

—E inquietas con su tardanza, me suplicaron que viniese a verle a usted y a llevarle.

Vi caer de sus ojos una gruesa lágrima que se apresuró a limpiar con la manga de su camisa.

—¡Ya iremos a disipar sus temores! — me replicó en tono jovial —Si supieras que ya tengo preparado mi caballo.

83 *enajenamiento*: “Hacer perder la benevolencia, la afección, la estimación que una persona tenía a otra” Domínguez 1853: 667.

84 *jerga*: “Tela gruesa, tosca, rústica” Domínguez 1853: 1015.

85 *cartuchera*: “Cajoncito cuadrilongo de hoja de lata o madera, forrado exteriormente de cuero y con la tapa de suela charolada o teñida de negro, que los soldados llevan atrás pendiente de una correa, para llevar en él los cartuchos” Domínguez 1853: 342.

86 *centinela*: “El soldado que vela guardando el puesto que se le encarga” Domínguez 1853: 364.

—¿Cómo?

—Un hermoso potro de color castaño oscuro, con una mancha blanca en la frente en forma de estrella. Querrás saber cómo me hice de él, ¿no es verdad? Pues bien, óyeme. Estábamos en lo más fuerte de la acción cuando a través del humo que arrojaban nuestros fusiles y los del enemigo, vi un indio sobre un soberbio caballo que parecía aspirar⁸⁷ con placer el denso vaho⁸⁸ de la pólvora que ya nos ahogaba a nosotros. Contemplaba con tanto placer el caballo, que no advertí que el indio que lo montaba preparó su fusil y me apuntó. De súbito sentí un dolor agudo en el pecho que me hizo vacilar un instante y apoyarme contra un árbol. Vi sonreír al indio con una alegría infernal y arrojarle casi al mismo tiempo sobre mí, pero yo, que tenía cargado mi fusil, le apunté y disparé. Le vi caer sin vida en el suelo, en el instante en que apenas distaba de mí un paso. No hice más que extender el brazo y sujetar el caballo por la rienda. Tuve la suerte de que esto sucediese sólo en presencia de algunos amigos, que no podrían delatarme a ningún jefe. Monté en él y corrí a ocultarlo entre los árboles de un solar. Pero cuando acababa de atarlo a una rama, otra maldita bala vino a herirme en la pierna y caí para no volver a levantarme más. Me arrastré como pude hasta la plaza para que nadie sorprendiese mi tesoro y allá me encontraron los compañeros cuando acabaron de derrotar al enemigo.

Largo tiempo estuve conversando con el tío Antón, hasta que sintiéndome rendido de cansancio, tendí mi jerga al lado de la suya y me dormí. El sol había desaparecido del horizonte cuando me despertó un agudo grito. Levánteme sobresaltado y a la escasa luz del crepúsculo de la tarde, vi al tío Antón retorcerse en su jerga y asir⁸⁹ con fuerza uno de los horcones⁹⁰ de la casita, como apoyándose en él para levantarse.

—¿Qué tiene usted? —le pregunté con espanto.

—No lo sé —me respondió moderándose— Lo que siento es indefinible... parece que me despedazan las carnes. No es esta la primera vez que saco el pellejo agujereado y, sin embargo, nunca había experimentado un dolor tan intenso⁹¹.

—¡Gran Dios! ¿Y qué será?

Mi infeliz amigo, que parecía cuidarse de sus dolores menos que yo, no me respondió. Al cabo de algunos instantes, me dijo:

—Tú no has comido desde que llegaste y tendrás hambre, sin duda.

Fue entonces cuando recordé que no había almorzado aquella mañana. El tío Antón conoció en mi silencio que había acertado.

87 *aspirar*: "Atraer, absolver, renovar el aire exterior introduciéndolo en los pulmones" Domínguez 1853: 184.

88 *vaho*: "El vapor sutil tenue que se eleva y sale de alguna cosa caliente o húmeda" Domínguez 1853: 1676.

89 *asir*: "Coger con la mano o prender alguna cosa de manera que no se escape ni vaya" Domínguez 1853: 181.

90 *horcones*: "Madero vertical que en las casas rústicas sirve, a modo de columna, para sostener las vigas o los aleros del tejado" Domínguez 1853: 952.

91 Parece referir a septicemia, por bacterias en la sangre derivadas de una herida y/o bala no extraída de la refriega. Esta derivará en gangrena, como se leerá más adelante.

—Ve a comer, Esteban —prosiguió—En la única casa que hay en el lado opuesto de la plaza verás, como aquí, un centinela inmóvil en el umbral de la puerta. Allí hay algunas mujeres prisioneras⁹² que nos han dejado para preparar los alimentos. Probarás por primera vez el rancho⁹³ del soldado en campaña.

—¿Cómo? ¿Y le he de dejar a usted aquí solo cuándo...?

—Nada temas —me interrumpió sonriéndose—Los soldados deben sufrir solos sus males, gracias a los continuos padecimientos a que los expone la guerra.

Y su sonrisa al terminar estas palabras, era tan triste que me heló la sangre en las venas. No obstante, mi hambre era tal, que salí del hospital al instante.

Cuando volví, un cuarto de hora después, le encontré acostado sosegadamente⁹⁴, contemplando la luz de una vela que ardía en un farolito de vidrio pendiente del techo. Conversamos tranquilamente mucho tiempo, pero ¡ay!, algunas horas después se aumentaron de tal suerte sus dolores, que el valiente viejo empezó a interrumpir con sus gemidos el silencio de la noche.

—Esteban—me dijo con un acento⁹⁵ tristísimo, que todavía resuena en mis oídos—Esteban, yo me siento morir. ¡La gangrena ha invadido mi cuerpo!

Dolores no pudo contener un ligero grito que interrumpió a Esteban. La pobre joven creía oír resonar también en sus oídos la voz doliente con que aquel padre querido anunciaba a su mejor amigo su próxima muerte.

—Continúa, Esteban—dijo Marta después de un corto silencio.

Esteban parecía pedir licencia a Dolores con sus miradas, pero advirtiéndole que la joven no le veía, continuó:

—La confesión de mi pobre amigo me dejó un momento inmóvil de espanto.

—Quizá está usted en un error—le dije para infundirle una tranquilidad que yo no sentía.

—No hay qué hacerse ilusiones, amigo mío. No pocas veces he visto al soldado atormentado por este mal horroroso. ¡Oh!, todos sus síntomas los siento y los veo sobre este cuerpo que en breve será presa de los gusanos.

Yo incliné la cabeza y no encontré qué responderle.

—Esteban—me dijo después—aprovechemos estos últimos instantes en hablar de los dos seres más queridos que dejo sobre la tierra. ¡Oh, cuánto bendigo a la providencia por haberte traído a la cabecera de mi lecho de muerte para llevarles mis últimas palabras! Mira...

Y me enseñó su sombrero de guano⁹⁶ que estaba al alcance de su mano, en cuyo fondo descubrí, a la claridad de la vela, prendida una carta.

92 *mujeres prisioneras*: durante la Guerra de Castas, el bando militar yucateco – mexicano tomaba como prisioneros pocos hombres, dando prioridad a las mujeres y niños, a quienes sometían a la servidumbre en condiciones de esclavitud. Para más datos sobre esta esclavitud producto de la guerra, refiero al trabajo *Voces olvidadas de la Guerra Social Maya: mujeres y menores de edad* de Alejandra Badillo Sánchez.

93 *rancho*: “La comida dispuesta para ser comida entre varios, que de pie y formando círculo, van despachándola a cucharadas con cierta especie de regularidad o turno” Domínguez 1853: 1444.

94 *sosegadamente*: “Quieto, tranquilo” Domínguez 1853: 1568.

95 *acento*: “Modulación de la voz para espresar la alegría, el dolor, la compasión, etc” Domínguez 1853: 18.

96 *sombrero de guano*: sombrero hecho con las hojas de la palmera seca, propias de la región.

—Muchos días hace que escribí ese papel. Si hubiese muerto en la guerra antes de haberla enviado a su destino, el que lo hubiera encontrado sobre mi cadáver, habría leído en él la súplica de un pobre soldado en que pedía le llevasen su carta de despedida a su hija y a su hermana. Toma —añadió desprendiendo la carta de su sombrero y poniéndola en la mano que yo le alargaba.

La recibí sin pronunciar una palabra y la guardé maquinalmente⁹⁷ en mi faltriquera⁹⁸. El creyó comprender mi silencio y me dijo:

—No creas que he olvidado el secreto que me has revelado ahora.

—Verdad es —prosiguió Esteban, interrumpiendo su narración— que no les he hablado a ustedes de ese secreto.

—¿Y por qué? —preguntó Marta.

Esteban titubeó algunos instantes.

—Ya lo leerá usted en la otra carta—dijo al fin—y comprenderá la causa.

Y volvió a tomar el hilo de su narración:

El tío Antón deseaba escribir el papel, pero le era imposible en el estado en que se hallaba.

—Despierta—me dijo—a ese sargento que duerme cerca de la puerta envuelto en una capa negra, que además de andar siempre con recado⁹⁹ de escribir en la faltriquera, podrá hacernos la carta, porque sólo tiene una herida en el brazo izquierdo.

—¿Y llevará con paciencia la molestia que vamos a causarle?

—Le ofreceremos mi hermoso caballo castaño, que es lo único que poseo ahora.

Así se hizo. El sargento, que quizá era allí el militar de mayor graduación, creyó, cuando me atreví a despertarle, que los indios atacaban otra vez a Xnechil, pero quedó agradablemente sorprendido al oír la voz del tío Antón que le ofrecía tan soberbio precio por tan poco trabajo.

Una hora después se concluía la carta. La gangrena todavía no había invadido por fortuna el brazo de mi amigo y, con el papel puesto sobre mi sombrero, que le coloqué en el pecho, pudo escribir por última vez su nombre.

Cuando el sargento se hubo retirado y envuelto otra vez en su capa, el tío Antón siguió hablando conmigo.

—Ya no me resta más que morir—me dijo—Yo no sé si volveré a ver este pequeño hospital iluminado por los rayos del sol que todas las mañanas vienen aquí a confortarnos y no se van hasta el mediodía. ¡Ah, pobre hija mía! ¡Pobre Marta! —continuó después de un instante—Yo pedía continuamente a Dios que me permitiese verlas y abrazarlas antes de bajar el sepulcro. ¡Oh, Esteban, qué duro es morir lejos de las personas con quienes siempre hemos vivido! ¡Qué duro es no poder decir el último adiós a los seres que hemos amado tanto! Pero, ¿por qué me quejo? ¿No estás tú aquí, amigo mío, enviado por Dios para cerrarme los ojos y cubrir de tierra mi sepulcro? No, no me quedará más. ¡Dios mío, bendita sea tu providencia!

97 *maquinalmente*: “distraidamente y sin deliberación” Domínguez 1853: 886.

98 *faltriquera*: “Bolsillo de las prendas de vestir” RAE. Palabra que no se encuentra en los diccionarios del siglo XIX, sólo en uno del siglo XVII bajo el término *fratiquera* que se describe como “Bolsa vieja” (Rosal 1611: 300). Claramente es arcaísmo que, sin embargo, era muy utilizado en la época por otros escritores “mil objetos de valor, que caben fácilmente en una faltriquera” (Pérez Galdós 2002: 169).

99 *recado*: “El conjunto de objetos o instrumentos necesarios para hacer ciertas cosas” Domínguez 1853: 1454.

Su acento era tan triste y no obstante tan lleno de resignación, que sentí por primera vez inundarse mis ojos de lágrimas. Yo le escuchaba con religioso silencio. Hubiera creído profanar aquella escena sublime, mezclando mi voz con la suya. ¿Qué había de decirle? ¿Había de infundirle con palabras vulgares alguna esperanza de vida, cuando él hablaba con tanta fe y resignación de su próxima muerte?

—¡Oh, Esteban! —me dijo, reanimándose súbitamente— me parece ver en este instante mi casita del barrio de San Sebastián como la dejé a mi partida. Dolores y Marta, ajenas de lo que pasa en este rincón lejano, están tranquilamente entregadas al sueño. Veo la luz vacilante de una lámpara que arde en la mesa de la Virgen. Veo el lindo y candoroso semblante de mi hija apoyado sobre una de sus manos. Nunca la había visto tan bella.

Dolores sintió erizársele los cabellos y juntando las manos, llena de admiración, exclamó:

—¡Gran Dios! Efectivamente, encendíamos todas las noches una lámpara a la Virgen, después de orar por la vuelta de mi pobre padre.

—Mucho tiempo siguió hablando conmigo—prosiguió Esteban con acento conmovido—¡Oh! Nunca olvidaré aquella noche tristísima pasada a la cabecera de un moribundo. Las palabras que pronunció entonces han quedado profundamente grabadas en mi memoria. Cerca del amanecer empezó a faltarle la voz.

—¡Amigo mío! —me dijo trabajosamente— siento que mi lengua va perdiendo su movilidad. Acaso ya no podré hablar más. Pon tu mano sobre la mía y no la apartes hasta que me veas morir.

Casi fueron las últimas señales de vida que dio. Sólo cuando el sol del nuevo día, que temía no volver a ver, vino a iluminar con sus rayos las rojas¹⁰⁰ paredes del hospital¹⁰¹, vi reanimarse sus ojos y brillar con alegría. Después quedó en una completa inmovilidad y a las nueve de la mañana había expirado.

A la tarde enterré su cadáver en una sepultura que yo mismo había cavado en el cementerio y me alejé de Xnechil con el corazón oprimido de dolor.

100 *rojas*: era común desde la época prehispánica hasta el siglo XX la utilización de la tierra roja o Kancab para la construcción de edificios, lo cual daba el tono rojizo en el interior y exterior de los edificios. Este tipo de tierra permitía abaratar precios de construcción y por su abundancia permitió la edificación de estructuras de estos colores, incluso en fachadas de iglesias. Ver el artículo *Materiales de suelos de Yucatán* de Roger González y Ricardo Vega.

101 *hospital*: no existen registros de hospitales en el siglo XIX en Peto. Por lo tanto, debe ser entendido como "La casa o habitación en que hay muchos enfermos [...] establecimiento donde se recogen los militares enfermos, para ser cuidadosamente asistidos, con opción a una parte de sus haberes" (Domínguez 1853: 955). Parece poco probable que se refiera a un hospital en términos contemporáneos.

CAPÍTULO III

LA ÚLTIMA VOLUNTAD DE ANTÓN

Cuando Esteban hubo terminado su narración, sacó dos cartas de su faltriquera y se las presentó a las dos mujeres. Dolores se apresuró a tomarlas, las estuvo contemplando mucho tiempo, como si hallase placer en tocar con sus dedos aquel papel en que su padre había apoyado la mano y después se las alargó¹⁰² a Marta en silencio. Esta las recibió y se entretuvo en mirar tristemente los caracteres escritos en la cubierta. ¡Infelices! Parecía que ambas querían devorar con sus ojos, arrasados en lágrimas, aquellas cifras misteriosas, que contenían el último deseo de un padre y de un hermano. Pero, ¡ay!, ni Marta ni Dolores sabían leer.

Descuidada casi totalmente entre nosotros la educación del bello sexo¹⁰³, solo pueden instruirse las mujeres que tienen dinero para pagar un maestro¹⁰⁴. Por lo que hace a Esteban,

102 *alargó*: "Ceder o dejar a otro una cosa" Domínguez 1853: 71.

103 *bello sexo*: forma de expresión que refiere a la mujer y que se asienta en la tradición del Romanticismo alemán. Sobre el concepto, valga recordar que a mediados del siglo XVIII, Immanuel Kant en *Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* (1764) establece la diferencia sexual donde afirma que bello es al sexo femenino lo que lo sublime al masculino, es decir, que la mujer es a lo bello lo que el hombre a lo sublime, creando un principio estético que masculiniza la racionalidad y embellece lo femenino: "Lo sublime conmueve, lo bello encanta [...] lo sublime deber ser siempre grande, lo bello también puede ser pequeño. Lo sublime debe ser sencillo, lo bello puede estar adornado y ornamentado" (Kant 2004: 98). En este sentido, Kant afirma que "Quien por primera vez tuvo la idea de designar a la mujer con el nombre de bello sexo posiblemente quiso decir algo galante, pero acertó mejor de lo que él mismo pudo suponer [...] El bello sexo tiene inteligencia al igual que el masculino, sólo que es una inteligencia bella; mientras que la nuestra ha de ser una inteligencia profunda, expresión eivalente a sublime" (Kant 2004: 32). A todo esto, debe considerarse igual el obrar femenino según la filosofía y estética legada por Kant a los escritores del XIX, ya que más adelante en la novela, las acciones de Dolores se reduce a acciones morales-inmorales, haciendo eco de lo escrito por Kant: "Las mujeres evitarán lo malo no porque es injusto sino porque es feo [...] Me parece difícil que el bello sexo sea capaz de principios" (Kant 2004: 34). Así, los personajes femeninos de Ancona se hacen eco de la estética de la época, donde las acciones de las mujeres no estaban relacionados con la virtud noble, sino con la virtud bella.

104 *instruirse las mujeres...maestro*: la educación mexicana a principios del siglo XIX era de carácter confesional, dogmática y basada en la memoria, con el objetivo de aprender a leer, escribir y matemáticas básicas, además de la doctrina cristiana a través del catecismo del padre Ripalda. Sin embargo, conforme avanza el siglo XIX, las ideas de la Ilustración influyen en una visión de la educación como fuente de libertad, abundancia y felicidad, contrario a la ignorancia que solo hacía esclavos. En este sentido, Joaquín Fernández de Lizardi comienza en 1818 la publicación de *La Quijotita y su prima*, considerado el primer manual de educación para la mujer. En sus páginas encontramos temas como Deberes de lactancia y primeros cuidados de la madre para con su hija en la niñez, Educación intelectual, Educación moral y Educación física. Por su parte, en 1841 es publicado *El semanario de las señoritas mejicanas. Educación científica y moral y literaria del bello sexo*. En el Semanario se lee claramente cual es el modelo de mujer que se busca formar: "Ilustrada la joven de nuestros días por medio de una educación esmerada, ella será sin duda sabia, modesta, recogida y amable como su edad, graciosa y verídica como la naturaleza, grave y profunda como el siglo a que pertenece y capaz de seguir bajo la protección del hombre del movimiento de las luces y de avanzar y elevarse con él en la rápida carrera de los progresos" (*Seminario* 1841: VI). Todo lo anterior era educación para las mujeres que tuviesen los recursos económicos para adquirir dichos materiales, así como la instrucción de algún maestro o maestra, con lo cual, no sorprende que para 1821 el 99.38% de la población mexicana era analfabeta. Para más detalles sobre este tema, remito a *Educación de la mujer en el siglo XIX mexicano* de Ma. Guadalupe González y Lobo.

había tenido la desgracia de nacer en una época en que a nadie se obligaba a ir a la escuela¹⁰⁵ y su padre se contentó con enseñarle su oficio. El pobre hombre no comprendía que fuese necesario saber leer para hacer zapatos¹⁰⁶.

—¡Dios mío! —exclamó Marta —¿quién va a leernos estas cartas?

—Yo, señora Marta —respondió una voz en el umbral de la puerta.

Esteban, Marta y Dolores volvieron a un tiempo la cabeza hacia donde había sonado la voz y vieron a Pablo que con la sonrisa en los labios se acercaba al grupo que formaban. Antes que le invitasen a sentarse, Pablo tomó asiento y se colocó entre Dolores y Marta.

—¡Ah! ¿Qué tienen ustedes? —exclamó fingiendo admiración, al notar las lágrimas de las dos mujeres.

Nadie le respondió. De pronto Marta, llena de asombro, le contemplaba con aquella especie de desconfianza que tanto había desagradado a Pablo en su primera visita. Esteban, al advertir el desembarazo con que había entrado y tomado asiento, se preguntaba a sí mismo, quién era aquel rico señor que parecía tan amigo de la casa y a quien, sin embargo, nunca había visto. Leíase¹⁰⁷ claramente en los ojos del mestizo el disgusto que le causaba la mirada de Pablo clavada obstinadamente en Dolores y que había hecho ruborizarse¹⁰⁸ a la joven por un momento.

—Mi padre ha muerto, señor—respondió Dolores al joven, sin atreverse a pronunciar su nombre.

—¿El hermano de usted? —preguntó Pablo dirigiéndose a Marta.

—Sí señor, mi hermano.

Y Marta refirió al joven en pocas palabras lo que acababa de escuchar de boca de Esteban.

—Yo leeré a ustedes esas cartas—dijo Pablo cuando Marta hubo concluido su relación¹⁰⁹, enseñándoles las misivas.

105 *obligaba a ir a la escuela*: a través del decreto del 19 de octubre de 1833 se emprendió una importante reforma educativa a través de la creación de la Dirección General de Instrucción Pública, que establece una dependencia federal con miras a organizar y supervisar la enseñanza a nivel nacional a través del modelo lancasteriano que reforzaba la educación cívica y la doctrina cristiana. Sin embargo, el narrador hace referencia al manifiesto del 7 de julio de 1859 del presidente Benito Juárez, la cual estableció una educación liberal, gratuita y obligatoria, pues se afirmaba que, mediante la instrucción, los pueblos podían alcanzar la prosperidad. Remito al artículo *Formando ciudadanos* de José Trinidad Cázares Mata, para más detalles sobre la obligatoriedad y reformas educativas del siglo XIX.

106 *hacer zapatos*: entre los oficios más populares de la Mérida del siglo XIX está el de zapatero, el cual aparece como oficio de 33 personas en el censo de 1841 (p.18). Como se narra, el oficio era aprendido de generación en generación, sin embargo, el ayuntamiento daba el permiso para el ejercicio de zapatero: “el ayuntamiento mandaría formar de manera anual un sínodo que se compondría de tres a cinco maestros. Este jurado evaluaba a los principiantes bajo pruebas de preguntas y respuestas sobre los conocimientos teóricos del arte. En el caso de oficios concretos como carpinteros, herreros y zapateros debían mostrar el producto de su trabajo en tiempo real, dentro del recinto de los exámenes” (p.62). Para más detalles del oficio remito al trabajo *Los oficios en Mérida: trabajo, aprendizaje y corrección, 1840–1914* de Cristóbal Díaz Vergara y a *El oficio de zapatero: antecedentes y tendencias* de Raúl Nieto Calleja.

107 Leíase en LMA y leíase en LMD. Evidente errata que introduce LMD.

108 En LMD falta el resto de esta oración y brinca de la página 23 a la 26.

109 *relación*: “Narración, narrativa, relato” Domínguez 1853: 1471.

Marta vaciló un instante. ¿No era profanar el secreto que encerraba la última despedida de su pobre hermano, haciéndosela saber a un desconocido, que la leería con la sonrisa en los labios? Pero reflexionando que siempre le hubiera sido necesario acudir a un extraño, le entregó los papeles a Pablo. La pobre mujer tuvo un momento tentaciones de suplicarle que en vez de leerlos la enseñase a deletrear, para que un día pudiese saber lo que su hermano le decía en sus cartas.

—Léalas usted, señor Pablo—le dijo—y le aseguro que quedará gustoso. El pobre Antón ponía la pluma¹¹⁰ que daba gusto, como que había sido educado por un buen amo que le destinaba para capellán¹¹¹ de su casa.

Llamole, desde luego, la atención a Pablo una de las cartas cuyo sobrescrito¹¹² llenaba toda la cubierta.

—¡Oh, qué sobrescrito tan triste tiene ésta! —exclamó el joven y leyó en voz alta estas palabras: “Amigo o enemigo, sea quien fueres el que fija la vista en estos renglones, el infeliz sobre cuyo cadáver has encontrado, esta carta te suplica que se la entregues a su hija o a su hermana que viven en Mérida, en el barrio de San Sebastián”.

Pablo rompió la cubierta entre el religioso silencio que guardaron los circunstantes¹¹³ después de la lectura de aquellas palabras.

—Otra cubierta¹¹⁴, — dijo al instante—con el nombre de usted, señora Marta. Y rompiéndola del mismo modo que la primera, se encontró debajo un pliego entero plegado en muchos dobleces y escrito con hermosa letra. La carta decía así:

“Cuando leas, mi querida Marta, este papel, ya yo quizá habré cesado de existir. Lo escribo, sin embargo, gracias a la providencia de Dios que me ha conservado lleno de salud y de vida. Cuando un rico va a dejar este mundo, la ley le rodea de hombres públicos para que puedan disponer con seguridad de su familia y de sus tesoros, y para que custodien su última voluntad hasta su muerte¹¹⁵. Cuando lo va a dejar un pobre, nadie se acuerda que tiene también hijos y que para morir con tranquilidad, necesita pensar antes en la suerte de estos hijos

110 *ponía la pluma*: ‘se expresaba bien por escrito’. Comp. “Rafaela, a su vez, empezaba a dar consistencia al ensueño. Aquel galán que tan discreto ponía la pluma, que tan bien razonaba, que tantas cualidades revelaba en las páginas de su epistolario, iba infiltrándose a su fantasía ansiosa de ventura” (Pardo Bazán 2002: 15).

111 *capellán*: debe referirse al capellán de altar, ya que los capellanes debían ser sacerdotes y siendo Antón padre de Dolores no podría haber cumplido con el celibato del dogma católico. Por lo tanto, el capellán de altar era aquel que “el que cantan las misas solemnes” (Domínguez 1853: 325).

112 *sobrescrito*: “Lo que se escribe o el letrado que se pone en la cubierta de las cartas, pliegos, oficios o comunicaciones y documentos análogos. El papel que sirve de cubierta a una carta” Domínguez 1853: 91.

113 *circunstantes*: “Que está alrededor” Nuñez de Taboada 1825: 326.

114 *cubierta*: “Papel con que está cerrada una carta” Domínguez 1853: 39.

115 *Cuando un rico...muerte*: las dinámicas referentes a los ritos funerarios variaban según la posición social del individuo, ya que las investigaciones actuales están basadas en la identificación de los rituales de los grupos económicos dominantes, ya que solo estos podían testar en base a sus bienes. En general, no se explica que ocurre con el cadáver de Antón, pero se infiere que terminaría en una fosa común, en el contexto de la Guerra de Castas. Para ver más sobre los rituales y ordenanzas relativas a los ritos funerarios, recomiendo *El rito mortuario* de Arnaldo Moya.

y asegurarles un provenir que los aparte de los extravíos de la juventud. Entonces el pobre que se ve olvidado de la ley, pero tranquilo en la Providencia que nunca olvida a nadie, confiará desde ahora en la piedad de los hombres y colocará sobre su cuerpo su última voluntad, para que el que la encuentre después de muerto la ponga en manos de su familia. En esta azarosa guerra

que hace víctimas a millares¹¹⁶, ¿quién puede estar seguro de que enviará mañana la carta que acaba de escribir? ¿Quién no teme morir de un instante a otro de una muerte repentina que no le permita desplegar¹¹⁷ los labios? Y aunque no muriera así, ¿quién puede asegurarle que antes de faltarle la voz, encontrará una alma caritativa que se digne encargarse de su mensaje? Yo procuraré al caer en el campo de batalla, colocar este papel sobre mi pecho para que todos lo vean. Pero, ¡ay, quizá mi cadáver caerá, como el de otros muchos, en un monte apartado y solitario en que no penetre la vista de ningún hombre! Entonces, ¡oh, Marta, Dios tenga compasión de mi pobre hija!

Sí, porque la suerte de mi hija es lo que ocupa mi pensamiento hace algún tiempo. ¡Cosa rara! Nunca había pensado en lo que sería de ella después de mi muerte, sino cuando vi después de la primera batalla nadar en arroyos de sangre los cadáveres de mis amigos. ¿Quién soy yo, me he dicho muchas veces, para que Dios aleje de mí el plomo enemigo, cuando perecen tantos hombres más dignos, acaso que yo, de la vida?

Mi buena hermana Marta: no he cesado de pensar en estos días que tienes doce años más que yo y que de un momento a otro puede arrebatarte la muerte del lado de mi hija. ¡Oh, esta idea me hace temblar horriblemente!

Tú conoces los peligros a que está expuesta una mujer infeliz, abandonada en su juventud por la muerte de sus padres, en medio de los atractivos del mundo: tú conoces también los horribles extravíos a que puede conducirla la falta de un pan para llevar a su boca. Tú sabes, en fin, el desprecio con que nos mira esa raza de hombres que se cree superior a nosotros, porque no vestimos como ellos y porque conservamos menos pura en nuestras venas la sangre que ellos trajeron de Europa. Los hijos de esta raza que ven a nuestras mujeres hermosas y que no comprenden cómo pueda existir en ellas la idea del honor, les llenan de oro las manos y manchan su reputación sin remordimiento¹¹⁸.

Dolores, querida Marta, aún no ha cumplido diez y siete años. Es una bellísima muchacha que excita con razón los celos de todas las mujeres y no tiene más patrimonio que su virtud y su hermosura¹¹⁹. ¿Quién cuidará de conservar puro este precioso tesoro cuando tú no existas? Escúchame, hermana mía. Tú te acordarás, sin duda, que hasta la edad de veinte y seis años estuve sirviendo a un buen señor en clase¹²⁰ de criado.

116 *La Guerra de Castas tuvo tres momentos: de 1847 a 1849, de 1850 a 1860 y de 1861 a 1901. La novela solo refiere a las dos primeras. El 3 de mayo de 1901 el último reducto de los mayas se rindió ante el ejército mexicano cuando el general Ignacio A. Bravo ocupó Chan Santa Cruz, momento en el cual la Guerra de Castas había cobrado la vida de cerca de 250 mil personas (Valverde 2023)*

117 *desplegar: "Aclarar y hacer patente lo que estaba oscuro y poco inteligible" Domínguez 1853: 587.*

118 *Crítica a los españoles y exaltación del mestizaje. Ver tema en la Introducción.*

119 *virtud y hermosura: tema relativo al honor de la mujer en función de la virginidad, construcción social del siglo XIX y tema que desarrollo en la Introducción.*

120 *clase: "Rango jerárquico, categórico" Domínguez 1853: 387.*

A su munificencia¹²¹ debemos esa casita en que hemos vivido tanto tiempo. Hubiera terminado mis días con gusto en su compañía, si el amor no hubiera venido a arrebatarme de su lado. Pero todavía recuerdo que el día de mis bodas, me dijo “Antón, tú me has dejado para casarte: te doy la enhorabuena porque tu mujer es bonita y virtuosa. Ya no perteneces a mi familia, pero acuérdate siempre de lo que te digo en este momento: si alguna vez necesitas de socorro ajeno, acude a mí antes que a ninguno”.

Nunca, gracias a Dios, tuve necesidad de irle a recordar su promesa, pero después de mis días y de los tuyos, querida Marta, preciso será implorar su protección para nuestra querida Dolores. Es verdad que hace mucho tiempo que el buen señor descansa en la morada de los justos. Pero vive todavía la joven esposa que tomó cuatro años antes que me separase de su servicio. Caritativa y virtuosa señora que, a pesar de su corta edad, sólo salía de su casa acompañada de dos mujeres de su servidumbre para ir a la iglesia y para distribuir algunas limosnas entre los indigentes que no podrían ir a mendigar por las calles. Todavía recuerdo la placentera sonrisa que se dibujaba en sus labios cuando tomaba en mis brazos a su hermoso niño y le llenaba de caricias. ¡Ay, así ella como su esposo me miraban con tal predilección que nunca se borrarán de mi memoria sus bondades!

Esta virtuosa señora, hermana mía, es la mejor égida¹²² que podemos encontrar para nuestra Dolores. Ella se interesará en su favor al verla tan bella y tan buena. Dolores, gracias a tus cuidados, cose con perfección la ropa blanca y borda a las mil maravillas. ¡Oh, mi antigua ama no se desdeñará en recibir en su casa a mi hija y darle el pan en trueque de sus habilidades! Por otra parte, Dolores cuya buena índole conozco, no se envergonzará¹²³ de servir a una mujer que trata a cuantos la rodean con tanta amabilidad¹²⁴ y dulzura, y no cesará de dar gracias a la Providencia por haberle destinado una colocación tan dichosa.

Cuando recibas mi carta, que quizá será como te he dicho, después de mi muerte, si ningún hombre honrado se ha presentado a ofrecer su mano a Dolores, correrás con ella a casa de esa señora y le enseñarás en mi nombre este papel. Añádele también todo lo que tu buen corazón te dicte, y tendrás una ligera prueba de sus bondades en la deferencia¹²⁵ con que te escuche. No sé si te he dicho alguna vez su nombre, aunque mil veces debes haberme oído pronunciar el de su esposo. Se llama doña Elvira Pérez de Moncada.”

—¡Mi madre! —exclamó Pablo, interrumpiendo la lectura. Difícil será explicar la sensación que produjo la súbita exclamación del joven en las personas que la escucharon. Las lágrimas que Marta había derramado con tanta abundancia durante la lectura de la carta de su hermano, se secaron al punto¹²⁶ en sus ojos y miró a Pablo con espanto. Dolores levantó la cabeza que había tenido constantemente inclinada y al encontrarse con la mirada de Pablo clavada en ella con mal disimulada alegría, sintió subir el rubor a sus mejillas y volvió a inclinarse. Esteban levantó también la cabeza lleno de asombro, pero al instante pareció tranquilizarse fijando la vista en la segunda carta que Pablo tenía en las rodillas.

121 *munificencia*: “Nombre de una virtud, usado algunas veces como sinónimo de generosidad y otras como equivalente de magnanimidad” Domínguez 1853: 1219.

122 *égida*: “Protección, amparo, defensa” Domínguez 1853: 647.

123 *envergonzará*: “Reverenciar, respetar” Domínguez 1853: 698.

124 Se lee *amabilidd* en *LMD* pero en *princeps LMA* se lee *amabilidad*. Enmiendo errata.

125 *deferencia*: “Adhesión al dictamen o proceder ajeno, postergando el propio, por respeto, moderación o delicadeza” Domínguez 1853: 536.

126 *al punto*: ‘al momento’.

—¿Su madre de usted? —dijo al fin Marta, sintiendo impulsos de arrancarle a Pablo la carta.
—Sí, señora Marta—repuso éste—No pocas veces he oído hablar a mi madre de un antiguo criado que nunca me soltaba de sus brazos.

Decía esto con tanta serenidad, que nadie se hubiera figurado que mentía. Marta guardaba un sombrío silencio, esperando que el joven continuase la lectura de la carta. Pablo no se hizo de rogar mucho tiempo y continuó así:

“Si no pudieses averiguar dónde vive esta virtuosa señora, podrás informarte de aquel precioso niño que siempre estaba en mis brazos y que ahora es el señor don Pablo Moncada, que se halla al frente de una casa de comercio¹²⁷.

¡Adiós, querida Marta! Perdona a tu pobre hermano, que con su triste carta ha venido a aumentar, quizá, las lágrimas que habrás derramado, como buena hermana, al noticiarte¹²⁸ de mi muerte al portador de este papel. Perdóneme esta carta tan lúgubre como el temor de la muerte que me la ha inspirado. ¡Oh! No tengo vergüenza de confesártelo, querida Marta. Nunca la idea de la muerte había venido a oprimirme tanto el corazón como esta mañana. ¿Y por qué? Porque nunca tampoco como esta mañana había visto tantos montones de cadáveres y tantos arroyos de sangre. ¡Dios mío! ¡Cuánto ha debido sufrir de los blancos este pueblo infeliz que derrama con tanta abundancia la sangre de sus enemigos! ¡Ah! ¿Quiénes somos nosotros para vengarnos con igual encarnizamiento de estos miserables indígenas, cuya sangre corre en nuestras venas mezclada con la de los que nos hacen combatir con ellos?

¡Adiós por última vez, hermana mía! Yo no sé lo que me hace decir el considerar que cuando leas esta carta, acaso habré ya abandonado la vida. ¡Adiós, querida Marta! Ruega al señor algunas veces por el descanso de mi alma.”

Al terminarse la lectura de esta carta, reinó entre los circunstantes un triste silencio, que explicaba la profunda impresión que les había causado. Pablo, que no parecía dispuesto a interrumpirlo, tomó entre sus dedos la segunda carta y entregó la primera a Marta. Entonces Esteban que sabía de memoria el contenido de aquel papel, estuvo un momento desasosegado; hizo un movimiento como queriendo levantar, pero luego volvió a quedar inmóvil, resuelto a escuchar tranquilamente. La segunda carta estaba concebida en estos términos:

“Querida Marta: mi buen amigo Esteban pondrá en tus manos este papel al notificarte mi muerte. ¡Sí! Porque me ha prometido quedarse en este lúgubre hospital hasta que la cruel enfermedad que va mortificando paulatinamente mis carnes haya acabado de invadir mi cuerpo. Él cavará mi sepultura y me enterrará en el cementerio de este pueblo, asolado ya

127 *casa de comercio*: eran empresas que se dedicaban a la exportación e importación de materiales. En estas casas de comercio “se vincularon directamente con el mercado externo. En efecto, los mercados urbanos de manufacturas de consumo fueron abastecidos por casas comerciales que importaban productos directamente desde Inglaterra y en menor medida de Francia. Entre las mercancías importadas figuraban manufacturas de algodón así como piezas de lana, lino, sedas y un volumen limitado de calzado y de prendas confeccionadas. También se introducían artículos de cerámica fina, joyería, junto con jabones y productos de tocador, fármacos, papel y una amplia variedad de artículos de ferretería” (Botero 2007: 94).

128 *noticiarte*: “Dar a comunicar noticias: hacer sabedor a alguno de una cosa, informarlo” Domínguez 1853: 1246.

por la guerra. ¡Ah, mis cenizas¹²⁹ reposarán lejos de mí hija y mi hermana! ¿Qué importa? ¿No es mejor así y no que los cuervos me hubiesen devorado como a un perro?

Pero no quiero hablarte de mi muerte: no quiero perder un tiempo precioso en hablarte de un suceso, cuyos tristes pormenores te referirá Esteban de palabra.

¡Oh! Tú sabes qué alegría tan grande he sentido al verle a mí lado, no sólo porque al expirar encontraré la mano de un amigo que estreche la mía, sino porque ha venido también a quitarme un gran peso que oprimía mi corazón: el porvenir de mi hija, cuya incertidumbre me inquietaba tanto, a pesar de que había hecho todo lo posible para fijarlo, no amargaré ya los últimos momentos de mi vida. Esteban se encarga de él. Esteban, hermana mía, me ha pedido la mano de Dolores.”

Si el nombre de la madre de Pablo, escrito en la primera carta de Antón, obligó al joven a interrumpir su lectura, las palabras que acababa de leer en la segunda hicieron que el papel se deslizase de sus manos. Marta, cuyo aspecto sombrío había ido creciendo por grados, soltó una exclamación de alegría y Dolores, después de haber mirado a Esteban con sorpresa y espanto, inclinó instintivamente su cuerpo hacia Pablo, para alejarse del mestizo. Este en nada reparó, porque a pesar de la tristeza de esta escena, hizo un movimiento de triunfo en su asiento y pareció desafiar con sus miradas a Pablo.

—¿Con que¹³⁰ ese era el secreto que no habías querido comunicarnos? —le preguntó Marta a Esteban, sonriendo por primera vez después de la noticia de la muerte de Antón.

—Ese es, efectivamente, señora —respondió Esteban—el secreto que me abstuve de revelar, porque lo creía inútil, sabiendo que el pobre del tío Antón lo había ya escrito.

Marta, cuya experiencia y penetración¹³¹ tendrán lugar de apreciar nuestros lectores en el discurso de esta narración, viendo que Pablo se tardaba en continuar su interrumpida lectura, le dijo con una sonrisa triste todavía, pero agradable.

—No extrañe usted, señor Pablo, verme reír con las lágrimas en los ojos, porque comprendo, como mi pobre hermano, el buen partido conque Dios quiere recompensar las virtudes de mi sobrina. ¡Oh! El mismo Antón, a pesar de sus dolencias, debió haber reído como un loco al escuchar la proposición de Esteban. Sí, señor Pablo, porque Esteban es un muchacho de muy buenas cualidades que, o mucho me equivoco o deben estar escritas en ese papel que se le ha resbalado a usted de las manos.

Y Marta se inclinó para tomar la carta que había quedado a los pies de Pablo; la sacudió para quitarle el polvo que había recogido en el suelo y se la presentó¹³² al joven, siempre sonriendo. Pablo que se había arrepentido ya, sin duda, de haber dejado adivinar su sorpresa, recibió de manos de Marta el papel, con una sonrisa que hizo palidecer a Dolores.

129 *cenizas*: “Los restos mortales, los despojos fúnebres, las reliquias o residuos de algún cadáver” Domínguez 1853: 362. No debe confundirse con el polvo que queda después de la cremación, ya que esta no fue permitida por la Iglesia católica y el proceso de cremación solo fue utilizado a partir de 1873 con la presentación de una cámara de cremación hecha por el profesor Brunetti en una exposición en Viena.

130 Se lee *Conque* en *LMD*. Enmiendo errata.

131 *penetración*: “Perspicacia, agudeza de ingenio, claridad de talento, facilidad de comprensión” Domínguez 1853: 1337.

132 *presentó*: “poner una cosa en cierta disposición” Domínguez 1853: 1401.

“Mi buen amigo, hermana mía: – prosiguió Pablo leyendo—mi buen amigo me ha confesado que hace mucho tiempo que ama a mi hija; pero que sea por timidez natural, o por el temor de sufrir una repulsa que le hubiera quitado todas sus esperanzas, jamás se había aventurado a hablar de su amor. Me ha suplicado al mismo tiempo que yo interponga mi influencia de un padre querido y respetado para inclinarla a él, y yo se lo he prometido muy gustoso. Porque en verdad nadie lo merece como Esteban. Yo le conocí desde la edad de siete años, cuando su padre empezaba a ponerle la horma¹³³ y las leznas¹³⁴ en las manos. ¡Oh sí! Casi desde su infancia ha estado constantemente dedicado al trabajo y cuando su padre murió, dejándole por única herencia los viejos instrumentos de su oficio, no temió la miseria; porque, aunque apenas tenía quince años, sabía trabajar como un hombre de veinticinco y pudo sostener a su anciana madre con el sudor de su frente. Desde que está bajó al sepulcro, ha hecho algunos ahorros que le hacen desear una compañera para partirlos con ella y para hacerle olvidar su soledad en el mundo.

Dolores, hija mía (porque esta carta no solamente se dirige a mi hermana sino también a ti), Dolores: Esteban tiene un corazón tan bueno como el tuyo y tú conoces el respeto con que le miran los jóvenes de su edad por la honradez con que siempre se ha conducido. Ningún hombre puede ofrecerte un porvenir tan tranquilo y lisonjero como él. Él hará continuar a tú lado esa paz y felicidad que has disfrutado conmigo y con tu buena tía en nuestra linda casita del barrio de San Sebastián.

Acaso habrás oído leer ya la carta que escribí hace tiempo a mi hermana y que en unión de ésta debe haberle entregado Esteban. Pues bien, hija mía, si te casas con este joven apreciable, no te verás nunca obligada a servir a esa señora, que por buena y humana que sea, te privaría de la libertad. ¡Oh, y la libertad es un bien preciosísimo que nunca pueden hacer olvidar las doradas cadenas de cualquiera servidumbre!

Ten presente, sin embargo, hija mía, que conozco mis obligaciones y que no puedo forzarte a darle la mano a Esteban. Pero no olvides que, si es cierto que el alma rota la cárcel del cuerpo¹³⁵, tiene facultad como espíritu de abarcar con su mirada el universo, tu padre te sonreirá desde el cielo el día en que te desposes con su mejor amigo. ¡Adiós por última vez, hija mía, adiós, mi buena hermana! Vuestros nombres y el de Dios serán las últimas palabras que articularán mis labios.

133 *horma*: “Molde o modelo que sirve para dar a una cosa la forma que debe tener: como la que sirve para hacer los botones, los zapatos, las caretas, las figuras de barro: para formar los sombreros, etc.” Domínguez 1853: 121.

134 *leznas*: “Instrumento que se compone de un hierrecillo con su punta sutil y un mango de madera, usado por los zapateros y otros oficiales, para agujerear, coser y respuntar” Domínguez 1853: 257.

135 *cárcel del cuerpo*: la frase y concepto surge en la obra de Platón, quien afirma que “el cuerpo es una cárcel para el alma” (Platón 1871: 312). El concepto del griego remite a que las necesidades del cuerpo impiden que algunos deseos del alma se lleven a cabo. Sin embargo, durante la Edad Media esta idea se tergiversó como una negación del cuerpo en los deseos carnales, justificando la moral religiosa para imponer el celibato como virtud. En este sentido, la obra de Ancona se rige bajo el principio moral del alma encadenada a los deseos carnales. También es tópico literario, como, por ejemplo, la famosa obra *Cárcel de amor* de Diego de San Pedro (1492).

Terminada la lectura de las cartas y después de algunas reflexiones sobre su contenido y sobre la muerte del tío Antón, Pablo se despidió de las dos mujeres, dijo un adiós casi imperceptible al mestizo y salió de la casita. Esteban, que a pesar del cansancio que debía sentir después del viaje acelerado que acababa de hacer, no se hubiera atrevido a levantarse dejando a Pablo al lado de Dolores. Se despidió un momento después, recibiendo las gracias que Marta daba por sus buenos servicios. Y la pobre anciana y su sobrina se quedaron solas con su dolor.

CAPÍTULO IV

LIGERA DIGRESIÓN DEL AUTOR

Antes de pasar adelante en nuestra narración, creemos conveniente hacer aquí una breve pausa para bosquejar ligeramente el carácter de cada uno de los individuos que hemos introducido en nuestra novela. El carácter moral¹³⁶, o sea ese conjunto de inclinaciones, vicios y virtudes que existen en todos los individuos de la raza humana, determina y explica ordinariamente casi todas las acciones de la vida del hombre. Creeríamos, pues, faltar a nuestro deber, si no hiciésemos penetrar a nuestros lectores en el interior de cada uno de los personajes de este drama sencillo, así como le hemos dado una pintura imperfecta de su exterior en los capítulos anteriores.

Pablo, como se ha visto ya, galanteaba¹³⁷ a una pobre muchacha que, sencilla y tierna, se apresuraba a beber la miel que destilaban los labios de un joven tan arrogante. El origen de estos amores databa de una fecha no muy reciente.

Pablo, cuya tienda se hallaba en una calle contigua al mercado principal de la ciudad¹³⁸, mientras con el codo apoyado en el mostrador y la barba en la palma de la mano, procuraba disipar su fastidio mirando a cada una de las personas que pasaban frente a su puerta. Pablo, decimos, hacía mucho tiempo que había empezado a fijar inadvertidamente los ojos, con más curiosidad que en los demás transeúntes, en una linda mestiza que todas las mañanas atravesaba aquella calle con un cestito en la mano en que llevaba el alimento diario de una pobre familia.

Su andar modesto, pero al mismo tiempo de una gracia infinita que seducía¹³⁹, le permitía contemplar con alguna detención¹⁴⁰ su airoso talle¹⁴¹ y su semblante preciosísimo. Sucedió

136 *moral*: "Regla de costumbres o de las acciones humanas, basada en estos tres principios fundamentales: 1ro la noción del bien y del mal; 2do el conocimiento del deber, o sea, de la obligación de hacer el bien y evitar el mal; 3ro la noción del mérito o del demérito, o sea la firme creencia o el convencimiento de que el que obra bien debe ser premiado y que el que obra mal debe ser castigado" Domínguez 1853: 1207.

137 *galanteaba*: "Cortear, obsequiar, procurar por todos los medios posibles grangear o atraerse la voluntad de alguno, aunque más comúnmente la de una mujer" Domínguez 1853: 837.

138 *mercado principal de la ciudad*: se refiere al mercado grande de Mérida, ubicado durante las décadas del veinte y treinta del siglo XIX en una plazuela del barrio de San Cristóbal. Se le conoció a dicho mercado como La Placita, el cual era "el mercado más representativo de la ciudad, se localizaba a dos calles al sur de la catedral y dos calles al poniente del mercado de granos. Un criollo campechano de mediados del siglo XIX describió la vida de este mercado de manera colorida: La placita es el lugar del mercado diario de carnes, frutas y hortalizas de la capital del Estado, desde las seis de la mañana hasta las doce, y la fonda de los pobres desde que sale el sol hasta dos horas después de haber anochecido. los primeros que la pisan son los traficantes en carne de ganado vacuno y de cerdo, que poco después de rayar el alba comienzan a colocar sus mesas, afilar sus cuchillos y prepararlo todo para la venta, ocupando el interior y los arcos del portal de dicha plaza" (Mezeta 2014: 210).

139 *seducía*: "Deshonrar a una mujer, especialmente si es virgen y se la rinde con mentidas ofertas" Domínguez 1853: 1533.

140 *detención*: "Reflexión" Gaspar 1853: 765.

141 *airoso talle*: airoso es "esbelto, elegante" (Domínguez 1853: 57) y *talle* es "proporción del cuerpo desde los hombros a la cintura" (Domínguez 1853: 1590). Se refuerza el ideal femenino esbelto propio del Romanticismo.

un día que la joven levantase los ojos al pasar frente al almacén y se encontrasen con los del hermoso mancebo¹⁴² fijos en ella: la muchacha bajó al punto la cabeza ruborizada, pero a la mañana siguiente volvió a mirar por la puerta consabida. Pablo aventuró entonces una sonrisa que fue correspondida al punto del modo más hechicero del mundo. Llegó también un día en que el joven, sin saber lo que hacía, porque ciertamente no se creía enamorado, se parase en el umbral de su puerta a la hora en que pasaba Dolores, para poderla contemplar más tiempo. Y de la puerta a la calle, como había sucedido de la calle al mostrador, empezaron a cruzarse diariamente largas miradas y alegres sonrisas, con tanto placer del mancebo, como rubor de la muchacha.

Parecerá extraño a nuestros lectores que, tratándose de un rico señor y de una pobre mestiza, se contentase el primero con mirar y sonreír a Dolores durante un largo espacio de días y tachará a Pablo de excesivamente tímido. No consistía, sin embargo, en esto. Era que el joven no se acordaba de Dolores sino cuando se aproximaba la hora en que debía pasar frente a su puerta.

Pero una mañana, a la hora indicada, la esperó inútilmente: la joven no apareció. Aquel día la tuvo presente una hora más que de ordinario y al siguiente la esperó más temprano, pero también en balde. A la tercer mañana Pablo llegó a desasosegarse y tomando su sombrero se dirigió a la calle en que veía aparecer y desaparecer diariamente a la joven. Una vez en aquella calle, tuvo la suerte de elegir el barrio de San Sebastián y no tardó en descubrir a Dolores en una de sus callejuelas solitarias. Dio un grito de alegría, la detuvo y habló con ella por primera vez. Seducido por la dulzura de su voz y las gracias de su conversación, le suplicó que le enseñase el camino de su casa. La joven echó a andar y le introdujo en su aseada cabaña. Pablo quedó desagradablemente sorprendido al encontrarse con la buena Marta, que después de haberse puesto pálida al ver entrar a su sobrina en tal compañía, entabló con él una conversación, en que en vano se esforzó el joven a introducir a Dolores. La sexagenaria tía contestaba a todas sus preguntas, aunque fuesen hechas directamente a Dolores.

Pablo pareció quedar tan disgustado de la interminable charla de Marta, que no se había atrevido a volver a su casa hasta el día en que hemos dado principio a nuestro relato. Pero en cambio, desde aquel acontecimiento, cada mañana, al regresar Dolores del mercado, se encontraba con Pablo en la callejuela que hemos descrito al principio de nuestra narración y conversaban tranquilamente durante un cuarto de hora, que insensiblemente se fue alargando.

¿Qué fin podían tener aquellos amores entre una pobre mestiza y un rico señor que tanto distaba de ella por su fortuna, por su raza y por su educación?

Pablo no era uno de esos hombres odiosos, demasiado comunes por desgracia, que creen que el oro es el único bien que puede existir sobre la tierra. No era uno de esos corazoncillos corrompidos que, después de saciar un deseo impuro y pasajero, juzgan que hacen demasiado con pagar a una mujer infeliz el honor que le han arrebatado¹⁴³. No: educado por una madre virtuosa y joven todavía, había aprendido a respetar en ella la virtud de las mujeres.

142 *mancebo*: "Joven o mozo de pocos años, aunque adolescente ya" Domínguez 1853: 1118.

143 *juzgan que...arrebatado*: es referencia a los donjuanes que una vez consumado el acto sexual, se desinteresaban en la mujer a la que no correspondían con un matrimonio, según las costumbres socioculturales de la época.

Indignábase al oír el impudente cinismo conque muchos de sus jóvenes amigos se jactaban de sus innumerables conquistas y, no pocas veces, les había dicho que mentían¹⁴⁴.

Por eso, cuando el joven, después de algunas conversaciones con Dolores, llegó a advertir que empezaba a amarla realmente, entró en serias reflexiones consigo mismo y formó el propósito de no volverla a ver más.

—Yo no intento casarme con esa pobre muchacha—pensaba Pablo—y si sigo hablando con ella como hasta aquí y viéndola sola conmigo en esa callejuela solitaria, me veré obligado a seducirla. ¡Oh no, pobre Dolores! Yo la olvidaré.

Pero como no era fácil olvidar a aquella mujer seductora que, además de su belleza, daba a conocer en cada una de sus palabras la candidez de su alma, Pablo sólo tuvo valor para permanecer fiel a su propósito un día y lo quebrantó al siguiente. Esto bastó para que en mucho tiempo no pensase en volverlo a formar, porque Dolores se mostró tan solícita¹⁴⁵ en averiguar la causa de aquella falta y le reprendió tan dulcemente que Pablo le juró que no volvería a pasar nunca un día sin verla.

Pero todavía triunfaron sus buenos principios. Espantado cada vez más del incremento que iba tomando en su corazón aquella pasión naciente, resolvió combatirla con todas sus fuerzas. Montó una mañana a caballo para ir a una de sus haciendas, diciéndole a su madre que estaría en ella quince días a fin de que no le diesen tentaciones de volver antes de aquel tiempo. Pero también quebrantó su propósito y las reprensiones de Dolores le arrancaron otra vez un juramento que muy pronto volvió a olvidar.

Desde entonces las mismas escenas se repitieron con harta frecuencia y Dolores llegó a acostumbrarse a aquellas fugas repentinas cuya causa nunca pudo comprender. En el momento en que presentamos a Pablo en el principio de nuestro relato, todavía existía en su corazón esa lucha entre su amor y su virtud. Tal era, sin embargo, la influencia que ejercían en él los encantos¹⁴⁶ de Dolores, que nunca en presencia suya pudo creer ni aun en la posibilidad de olvidarla un momento.

Dolores había recibido de la naturaleza un corazón ingenuo y sensible que no le fue difícil a Marta dirigir por el sendero de la virtud. Y decimos a Marta, porque el buen Antón, entregado continuamente al trabajo en un taller de carpintería en que estaba colocado en clase de oficial¹⁴⁷, nunca había podido encargarse de la educación de su hija. Confiado en su hermana, como en sí mismo, quedaba encantado con la conversación de Dolores, cuando por la noche descansaba en el seno de su familia, de los trabajos del día.

Viviendo en aquella casita cercana al campo, Dolores había crecido casi fuera de la sociedad. Cuando cumplió quince años, Marta, que había ido constantemente al mercado, dejándola a cuidar su casita, prefirió cambiar de ocupación con ella, creyéndola más segura en la calle que abandonada en un lugar tan apartado. Y en efecto fue así: porque aquella modestia y compostura con que la joven se presentaba en todas partes había cerrado los labios a todo el mundo y nunca una palabra indecorosa había venido a alarmar su pudor.

144 *mentían*: "Discrepar, no convenir dos o más cosas entre sí" Domínguez 1853: 1166.

145 *solicita*: "Cariñosa, afectuosa" Domínguez 1853: 1562.

146 *encantos*: "Place de contemplación, excitado en el alma por el atractivo deslumbrador de la belleza y de todo lo que halaga nuestros sentidos, por la vista de un objeto querido" Domínguez 1853: 669.

147 *clase de oficial*: el oficio de carpinteros estaba agrupado en gremios y pequeños talleres, en los cuales el cargo de oficial era el de mayor rango (ver Pérez Toledo 2021).

Así es que Dolores, fuera de esas secretas inspiraciones de la naturaleza que hacen advertir al hombre su tránsito de la infancia a la pubertad casi puede decirse que conservaba a los diez y ocho años la tranquilidad y feliz ignorancia de la niñez. Por eso cuando el amor vino a sorprender su inocencia, ella, que no lo conocía, no pudo prevenirse contra él. Su corazón virgen y sensible se entregó sin temor alguno a la inclinación que le arrastraba dulcemente hacia Pablo. No empezó a conocer la naturaleza de esta inclinación sino cuando empezó también a advertir la inquietud que le causaba las frecuentes ausencias de Pablo, al considerar que aquel joven con quien hablaba y se sonreía todas las mañanas podía haber enfermado o sufrido algún grave accidente, sintiendo oprimírsele el corazón y brotar algunas lágrimas de sus ojos.

La vergüenza que sentía subírsele a la cara cuando sorprendía a Pablo contemplando con avidez¹⁴⁸ sus encantos mal encubiertos por su ligero vestido, y la conmoción inexplicable que se apoderaba de su cuerpo cuando el joven tocaba su mano con la suya, le hicieron acabar de conocer la fuerza de aquella pasión que tan tarde venía a advertir. Pero sea que no previese los peligros a que podía conducirla su amor, sea porque ella amase con más intensidad que Pablo, sea, en fin, que éste tuviese mayor dominio sobre sí mismo que ella, Dolores nunca pensó, como Pablo, en combatir su pasión.

Si a pesar de haber consultado siempre con Marta sus menores caprichos, le había ocultado hasta entonces sus frecuentes entrevistas con Pablo esta conducta inexplicable provenía más bien de la vergüenza que le hubiera causado revelar su secreto, que de la conciencia de obrar mal o de correr algún peligro; porque Pablo, reprimido hasta entonces por aquella modestia que había contenido a todo el mundo, sólo se había atrevido a decirle que la amaba y a tocar, como hemos dicho, ligeramente su mano.

Marta era una pobre viuda que había sido llamada por Antón a la temprana muerte de su mujer para cuidarle a su hija, creyendo que su buena hermana la amaría como madre. Y no fueron burladas¹⁴⁹ las esperanzas de Antón, porque Marta, que no tenía a quién amar, amó desde luego a su sobrina como si fuera hija suya. Ella que, a pesar de su ninguna instrucción, tenía esa inteligencia que basta para gobernarse en el mundo y la experiencia que le daban sus años, había dirigido acertadamente el corazón de Dolores e inculcándole todas sus virtudes.

Cuando Antón partió para la guerra, recomendándole a su hija con las lágrimas en los ojos, Marta había redoblado su vigilancia y tomado las precauciones que hemos dicho, menos por obedecer las órdenes de su hermano, que por el temor de que se perdiese aquella niña tan querida, que entraba ya en la adolescencia. Las miradas ardientes de Pablo no habían contemplado quizá con tanto placer como Marta, las esbeltas y acabadas formas con que la naturaleza había enriquecido el exterior de Dolores. ¡Ah, no pocas veces se había estremecido la pobre Marta, sintiendo anticipadamente celos del esposo que algún día poseería tantos encantos!

Le ha cabido el último lugar a Esteban en nuestro examen. Era Esteban un muchacho honradísimo y de una conducta irreprochable y poseía, en fin, todas las buenas cualidades que había enumerado Antón en su carta. Pero las mujeres, que ordinariamente se apasionan más

148 *avidez*: "Inmoderada ansia, codicia, voracidad" Domínguez 1853: 204.

149 *burladas*: "Frustrar, fallir, desvanecer ideas o esperanzas ajenas" Domínguez 1853: 288.

de un calavera¹⁵⁰ que de un hombre de bien, se sentían más bien dispuestas a mirarle con admiración y respeto que a quererle y amarle. Dolores, sin ser una mujer vulgar¹⁵¹, participaba del mismo sentimiento.

Hacía mucho tiempo que se había acostumbrado la joven a verle casi diariamente en su casa y sin sentir ninguna inclinación hacia él, le trataba con la misma dulzura y amabilidad que a todo el mundo. Conversaba con él con franqueza y alegría en presencia de Marta. Pero cuando alguna vez se encontraban solos, Dolores no podía explicarse el embarazo¹⁵² que sentía y se separaban después de cambiarse pocas palabras. Y hemos dicho alguna vez, porqué la joven, sin saber por qué y, acaso sin advertirlo, procuraba evitar siempre hallarse a solas con él, cosa que a Marta no disgustaba en manera alguna.

Esteban no dejaba de advertir esta secreta repugnancia que hacia él sentía Dolores y, como es de suponerse, despedazaba su corazón. No pocas veces se había preguntado si el embarazo que experimentaba la joven a su lado y, aquel afán de huir de él, cuando no había quien los acompañase, provenía de un pudor excesivo, que él podía hacer cesar con aventurar la declaración de su amor. Pero Esteban, que no podía hacerse ilusiones mucho tiempo acerca de la naturaleza de estos sentimientos, nunca se atrevió a abrir su corazón a la mujer a quien adoraba en secreto. Y aquel joven de un carácter tan resuelto, que nunca había concebido un deseo sin ponerlo en práctica al instante y a quien no había arredrado¹⁵³ temor alguno en la vida, se sentía tan tímido y cortado ante la pobre muchacha, como el esclavo más humilde ante la presencia de un amo bárbaro y brutal.

Y sin embargo, el desgraciado Esteban cada día sentía crecer más su amor. Después de haber reflexionado mucho en el partido¹⁵⁴ que le convenía adoptar para conseguir su deseo, se fijó en una idea: pedir a Antón la mano de su hija. No dudaba que su buen amigo se la concediese con la mejor voluntad del mundo y creía que Dolores no la rehusaría, presentándosela su padre. Ya pensaba seriamente en llevar a cabo este proyecto, cuando Marta le envió a Peto a buscar a su hermano y Esteban no desperdició la ocasión, como hemos visto.

150 *calavera*: "La persona de poco seso o juicio" Domínguez 1853: 358.

151 *vulgar*: "Trivial, bajo, común" Domínguez 1853: 1735.

152 *embarazo*: "obstáculo a la libre y expedita ejecución de alguna cosa; impedimento contrariedad, tropiezo" Domínguez 1853: 425.

153 *arredrado*: "Apartar, remover, separar, alejar" Domínguez 1853: 168.

154 *partido*: "resolución que se adopta para la consecución de algún objeto" Domínguez 1853: 1320.

CAPÍTULO V

ÚLTIMA ENTREVISTA EN LA CALLEJUELA

Se pasaron muchos días después de aquel en que Marta y Dolores recibieron la noticia de la muerte de Antón. Pablo no había cesado de concurrir¹⁵⁵ todas las mañanas a la callejuela de San Sebastián para detener a Dolores a su vuelta del mercado. En las primeras entrevistas después de tan triste acontecimiento, la joven no supo hablar de otra cosa que, de la muerte de su padre, refiriéndole a Pablo todos los tristes pormenores que había escuchado de boca de Esteban. Pensaba que nadie podría comprender mejor su dolor y enjugar¹⁵⁶ con más acierto sus lágrimas que Pablo, que debía extender su amor a todo lo que ella amaba. Y la pobre y sencilla criatura se engañaba, porque durante sus lúgubres relaciones no una sola vez había murmurado Pablo entre dientes que era pensar demasiado en un difunto, a quien ya habrían gastado los gusanos. Pero nunca se había atrevido a decírselo en voz alta, contenido siempre por aquel respeto que le inspiraba el candor y la modestia de la joven.

Desde que Pablo supo que había otro hombre que amaba como él, o quizá más que él a Dolores, no había vuelto a pensar en aquellas largas ausencias que tanto alarmaban a ésta. Comprendió que habiendo un competidor que se presentaba a la joven, pidiendo su mano, debía ser preferido a él, que aún no había manifestado un solo deseo siquiera. Desde entonces sintió empezar a endurecerse su corazón y creyó que iban abandonándole aquellos nobles sentimientos conque en otro tiempo sabía sobreponerse a su pasión para escuchar la voz interior que le mandaba respetar el honor de una virgen tan pura y tan inocente.

¡Y cosa extraña! Mientras él conocía que iba aumentándose su pasión, a la idea de tener un rival, creía que iba disminuyéndose en el corazón de Dolores aquel amor que se figuraba haberle inspirado para siempre. Ya la joven no se detenía con tanto placer y franqueza como antes a conversar con él, y siempre parecía querer abreviar aquellas cortas entrevistas que en otro tiempo formaban toda su delicia. Pablo la había visto muchos días caminar algunos pasos sin volver la cabeza, después de haber escuchado repetidas veces la señal con que acostumbraba detenerla: su conversación, en otro tiempo alegre y sembrada de chistes, se había vuelto seria y melancólica y aquella sonrisa franca y candorosa, en que se reflejaba la tranquilidad de su alma, parecía haber desaparecido para siempre de sus labios. Pablo atribuyó todo esto, al principio, al sentimiento que debía haberle causado la muerte de su padre; pero al fin hubo de desengañarse, porque mucho tiempo después de este acontecimiento y cuando el nombre de Antón no se mezclaba ya en sus conversaciones, Dolores no había vuelto a recobrar su antigua alegría.

Era que la joven había pensado y meditado mucho en el contenido de la última carta de su padre. Aquel deseo de un moribundo expresado en el papel con esa lúgubre tristeza que inspira la idea de una muerte próxima, no cesaba de atormentar un momento la memoria de la joven. Ella, que siempre había amado y respetado a su padre como la mejor hija, siempre había procurado adivinar sus menores deseos para obedecerlos antes que los expresase. ¡Cómo temblaba ahora al conocer la invencible repugnancia que le causaba el último deseo de su padre y sin duda el más importante, puesto que se trataba del porvenir y tranquilidad de su vida!

155 *concurrir*: "Asistir" Domínguez 1853: 424.

156 *enjugar*: "Limpiar [...] las lágrimas [...] con que se ha mojado alguna parte del cuerpo [...] las lágrimas a alguno, consolarlo" Domínguez 1853: 684.

Y sin embargo, no era el temor de despreciar la recomendación de un padre querido lo que había contribuido más a alejar la paz y la alegría de su corazón. Era que, como temía Pablo, al ver presentarse a Esteban pidiendo desde luego su mano, se había preguntado qué era lo que deseaba Pablo. Aquel joven de su raza que la amaba en secreto hacía tanto tiempo, cuando se resolvió a declarar su pasión, manifestó también las puras y sanas intenciones que abrigaba, Pablo, a pesar de que había transcurrido seis meses desde que la conocía, no le había dicho aún las esperanzas que alimentaba su corazón. Ella también, entregada hasta entonces a gozar de aquel dulce sentimiento, que por primera vez se le revelaba, no había pensado nunca en el fin que podían tener sus amores con Pablo.

Pero llegó un día en que tuvo necesidad de penetrar en el corazón de su amante para adivinar su secreto. ¡Ah! Esto no era muy difícil y Dolores creyó adivinarlo al instante. Sí, Pablo sin duda abrigaba criminales intenciones contra ella y esperaba llevarlas al cabo un día, que acaso no estaba muy lejano, burlándose de su inocencia y valiéndose de la debilidad en que la había hecho caer su amor. Si no había tenido valor para declararse todavía, era sin duda porque la creía aun suficientemente embriagada con su amor para dejarse arrebatar impunemente su inocencia.

Y al interpretar así las intenciones de Pablo, Dolores temblaba y se decía que era preciso olvidarle. Pensaba que tenía en su mano el remedio del mal que la amenazaba y que con tomar a su vuelta del mercado otra calle de la que traía diariamente, evitaría aquel peligroso encuentro que le robaba su tranquilidad. Pero nunca acertaba a mudar de camino y cuando Pablo la llamaba, no tenía fuerzas para despreciar su voz y se detenía a escucharle como siempre. ¡Ay! La infeliz conocía que cada una de aquellas dulces entrevistas era un nuevo eslabón añadido a la cadena que la unía a Pablo, pero no tenía valor para romperla y seguía caminando a su perdición.

Entretanto, Marta, contenida al principio por la reciente muerte de su hermano, se atrevió un día a hablar a Dolores del enlace deseado por su padre en sus últimos momentos. La joven escuchó en silencio, pero le respondió que no habiendo aún pasado dos meses después de la muerte de aquel, era ofender su memoria el pensar tan pronto en la alegría de una boda. Marta tuvo que contentarse con esta respuesta, pero no se dejó engañar por ella. Veía la indiferencia con que, a pesar de la recomendación de Antón, seguía Dolores mirando a Esteban y su buen corazón se sobrecogía de temor y tristeza. Rodeada continuamente la joven de su tierna vigilancia, Marta no creía que otro amor impidiese a su sobrina pensar en Esteban.

Pero de súbito una idea vino a iluminar sus dudas y a hacerla temer que se engañaba. La pobre mujer empezó a acordarse de aquella mañana en que había visto volver a Dolores del mercado acompañada de Pablo. Recordó que los ojos de ambos jóvenes se encontraron mil veces durante la corta visita de éste y que las sonrisas que entre ellos se cruzaron entonces, parecían las de dos personas que se conocían desde tiempo atrás. ¿Y por qué Pablo había escogido para su segunda visita el momento en que Dolores acababa de perder en su padre, su mejor apoyo?

Y tras estas reflexiones de Marta, mil y mil pruebas iban presentándose a su espíritu, una tras otra, para confirmar y robustecer sus temores. Pablo no había podido disimular su alegría al leer en la primera carta de Antón que éste recomendaba a Dolores al cuidado de su madre después de los días de Marta; y cuando leyó en la segunda que el moribundo disponía de la mano de su hija, recomendando por sus buenas cualidades al esposo que le destinaba, el papel se había deslizado de sus dedos, expresando en su semblante la sorpresa desagra-

dable que le causaban aquellos renglones¹⁵⁷. Y Dolores, sin duda, le amaba también, porque a pesar de las lágrimas que cubrían sus ojos, se había sonreído con él un momento y mirado con repugnancia a Esteban.

Todo esto no era, sin embargo, para Marta más que una ligera sospecha de la causa que impedía a su sobrina pensar en la recomendación de su padre; porque confiaba en el buen sentido de la joven, no creía que se le ocultase el peligro de aquellos amores con un rico señor, que seguramente no intentaba casarse con ella. Con todo, esta ligera sospecha era suficiente para que creyese necesario redoblar su vigilancia, si no quería desmentir¹⁵⁸ la confianza que en ella había depositado Antón al dejar a Dolores en su compañía hasta después de su muerte.

El buen Esteban, que se creía con derecho para ser mirado ya con menos indiferencia que antes, no se había atrevido, sin embargo, a romper su antiguo silencio, porque creía advertir que desde que Dolores sabía su amor, procuraba huir de él con más empeño que antes de conocerlo. Él también, después de mil dudas y reflexiones sobre la causa de aquella indiferencia que se aumentaba de día en día, había llegado como Marta a fijar su pensamiento en Pablo. La horrible pasión de los celos se apoderó entonces de su corazón y creyó que ella le obligaría, al fin, a vencer su timidez, para pedirle explicaciones a la que ya le debía mirar como esposo. Pero como si Dolores hubiese adivinado lo que intentaba, se ocultaba cada día más de él y raras veces la encontraba acompañada de Marta. Esteban no se atrevía a decirle nada en presencia de ésta y devoraba sus penas en silencio. Tres meses después de la muerte de Antón, Pablo y Dolores conversaban en el lugar acostumbrado.

—Dolores — le decía el joven—hace mucho tiempo que la alegría desapareció de tu semblante, pero confieso que nunca te había visto tan triste como ahora.

Era en efecto así: la joven no había osado levantar los ojos en aquella mañana para mirar a Pablo; con la vista clavada en la hierba parecía encontrar un alivio a su dolor, contemplado la verde alfombra que se extendía a sus pies.

—¡Ah, señor Pablo! —respondió Dolores sin alzar la cabeza—es que anoche he soñado con mi padre.

—¿Y eso te entristece? Volver a ver en sueños a una persona a quien hemos amado mucho, es volver a una época dichosa cuya pérdida lloramos. Eso en vez de entristecer nos hace desear otros sueños semejantes.

—Verdad es que hay sueños así. Cuando soñaba en mi padre después de haberse ido a la guerra, le veía tenderme los brazos y hacerme hablar para escuchar mi voz, como lo hacía todas las noches en nuestra casa a su vuelta del taller. Pero anoche, señor Pablo, se me presentó irritado, mostrándome en silencio a Esteban, cuyas manos tenía entre las suyas.

Esta era la primera vez que Dolores se atrevía a recordar a Pablo el último deseo de su padre. Pablo hizo un ligero gesto de disgusto que no podía ser notado por la joven y le dijo:

157 *renglones*: "La serie de letras o escritura en línea recta o en regla; cada una de las líneas de cualquier escrito" Domínguez 1853: 1477.

158 *desmentir*: "Negar lo que otro afirma o asevera; decir a alguno que miente: rechazar el dicho de otro convenciéndolo de falso, gratuito, inventado o incierto" Domínguez 1853: 579.

—Dolores, debías procurar desterrar de tu memoria esos tristes recuerdos que insensiblemente van marchitando tu semblante y acabarán por matarte. Tu mismo padre, que te amaba tanto, te reprendería si pudiera, ese sentimiento exagerado. ¿Cómo está tu tía Marta? Hablemos de los vivos y olvidemos a los muertos – añadió sonriendo, sin recordar que Dolores no podía verle.

—¿Y por qué no hemos de hablar de mi padre, señor Pablo? —dijo la joven en tono de reconvención y alzando esta vez los ojos para mirarle. Pablo no respondió y por primera vez desde que conocía a Dolores no pudo sostener su mirada.

—Sí, hablemos de él —continuó Dolores alentada por el silencio de Pablo— Sí, hablemos de él y también de ese buen Esteban que con su presencia dulcificó¹⁵⁹ los últimos momentos de mi padre.

—Lo único que yo aprecio en Esteban—dijo Pablo —es una excelente cualidad que tu padre, por un olvido inexplicable, no expresó en su panegírico¹⁶⁰.

—¿Cuál?

—El talento. Esteban no es, sin duda, un hombre vulgar, cuando ha podido haceros creer que emprendió un largo y peligroso viaje por amor a tu padre, no habiéndolo hecho sino por interés propio. ¡Oh, sí! No es un hombre vulgar el que, conociendo tu corazón supersticioso, encontró para ganarlo el excelente medio de que tu padre pareciese hablarte desde su tumba ¡Ah, le envidio a Esteban la mitad de su talento!

Dolores sentía oprimírsele el corazón al oír hablar a Pablo de esta manera. No sólo se atrevía a interpretar mal los buenos sentimientos de Esteban y a burlarse de su dolor, sino que se burlaba también de las personas a quienes ella amaba y respetaba más.

—¡Ah! — le dijo a Pablo—nunca le había oído a usted pronunciar tan crueles palabras. ¡Era yo una necia al esperar que un señor como usted respetase el dolor de una pobre familia como la nuestra!

Pablo no esperaba esa amarga reconvención¹⁶¹; esforzándose a parecer tranquilo.

—Dolores—le dijo —tú me has invitado a hablar de Esteban y yo te he dicho lo que pienso de él. Si mi modo de pensar te ofende, olvidémosle y no volvamos a nombrarle.

—No, señor Pablo, sigamos hablando de Esteban, porque hace pocos días que tía Marta me habló también de él.

—¿Y qué te dijo?

—¿No lo adivina usted? Me dijo que creía necesario recordarme, aunque yo no lo había olvidado un momento, lo que su hermano había deseado respecto de mí antes de morir.

—¡Ah, conque la buena Marta se interesa por Esteban! Veamos, ¿y tú que le respondiste?

—¡Dios mío! En aquel momento sólo pude hallar un subterfugio¹⁶² muy trivial. Le respondí que no era tiempo de pensar en la fiesta de un casamiento, cuando todavía llevaba en mí corazón el luto de la muerte de mi padre.

159 *dulcificó*: "Amansar, suavizar a alguno" Domínguez 1853: 638.

160 *panegírico*: "Alabanza o aplauso que se dirige a una persona, ensalzando alguno de sus hechos" Domínguez 1853: 1305.

161 *reconvención*: "Reprimenda o corrección severa acompañada de sensibles cargos, quejas, reproches" Domínguez 1853: 1459.

162 *subterfugio*: "Elogio artificioso, excusa mala o capciosa, pretexto engañoso, especie de mentira" Domínguez 1853: 1572.

—La respuesta que debía darse era, sin embargo, muy sencilla e ignoro cómo no se te ocurrió. Puede suceder muy bien que me engañe, pero, en fin, veamos, ¿tú quieres a Esteban? Dolores miró a Pablo llena de asombro. El joven quedó tan complacido del modo conque le miraba, que se olvidó un momento de lo que iba diciendo.

—Te comprendo, pobre criatura —continuó al fin—ese buen Esteban te causa repugnancia y antes quisieras perder la vida que entregarle tu mano.

Dolores inclinó tristemente la cabeza como si quisiera aprobar con su silencio lo que decía Pablo.

—Entonces, ¡Dios mío, le hubieras dicho sencillamente a tu excelente tía que Esteban no te gustaba y que no querías admitirle por esposo!

—¿Cómo? —exclamó Dolores, más bien asombrada que enfadada del tono festivo y casi burlesco con que habían sido pronunciadas estas palabras.

—Yo leí la carta en que se hablaba de eso—repuso Pablo—y no recuerdo que tu padre te mandase en ella casarte con Esteban, pues como él mismo dice, conocía sus facultades y se limitaba a darte un consejo.

—Tía Marta previno esa objeción al hablarme del asunto y me dijo que el consejo era tal que no debía despreciarse, porque Esteban con sus buenas cualidades era el único ser que podría interesarse por mi luego que ella descendiese al sepulcro.

—¡Bah! Tu padre era el hombre más previsor del mundo y temiendo que no te agradase mucho el enlace que te proponía, encontró en su antigua señora un apoyo seguro para su hija. Y no creo que la buena Marta haga a mi madre la injuria de juzgarla menos a propósito que Esteban para encargarse de tu porvenir después de su muerte.

Dolores vaciló un instante, pero luego respondió:

—¿Y no recuerda usted, señor Pablo, que la carta en que mi padre pone mi suerte en manos de su antigua señora se escribió mucho tiempo antes que la otra en que me recomienda casarme con Esteban para librarme de servir?

—Lo recuerdo perfectamente, Dolores, pero también conozco que, si tu padre hubiera creído inútil la primera carta, la hubiera quemado antes que entregársela a Esteban, juntamente con la segunda.

Dolores no supo qué responder a estas palabras y calló. ¡Ay!, la joven no acertaba a decirle a Pablo todo lo que sentía y se repetía continuamente a sí misma, teniendo qué limitarse a explicarle imperfectamente y con rodeos el pensamiento que cada día desgarraba más su corazón.

CAPÍTULO VI LA SOCARRONERÍA¹⁶³ DE MARTA

Distraídos Pablo y Dolores en su conversación, no repararon en una mujer que acababa de doblar la esquina inmediata, entrando en la callejuela en que ellos hablaban. Esta mujer era Marta que, andando despacio y con la cabeza inclinada, parecía escoger para cada paso el lugar en que había de colocar sus plantas¹⁶⁴. Repentinamente hirió sus oídos un murmullo de voces, levantó los ojos y se quedó muda e inmóvil de asombro ante el grupo que formaban Pablo y su sobrina. Allí veía confirmadas las horribles sospechas que, por su confianza en Dolores, calificaba de ligeras¹⁶⁵; allí estaba explicada la causa que impedía a la joven pensar en obedecer el último deseo de su padre.

Hacía algunos instantes que Marta contemplaba a los dos amantes con su sombría mirada y, sin embargo, ellos no la habían visto todavía. La buena mujer, detenida al principio por el espanto, no sabía qué hacer para remediar el mal que tan cerca de ella veía y vacilaba en mil confusos pensamientos que se ofrecían en tropel¹⁶⁶ a su imaginación. Si hubiera obedecido a los primeros impulsos de su corazón, se habría adelantado a Pablo y le habría gritado que era un infame en abusar así del candor¹⁶⁷ y la inocencia de su sobrina. Pero con esa calma tranquila y reflexiva que da comúnmente una larga experiencia, Marta supo contenerse después de un momento de reflexión y, con paso mesurado¹⁶⁸, se adelantó hacia los jóvenes con la sonrisa en los labios.

—Buenos días, señor Pablo —dijo con voz tranquila.

Pablo y Dolores, por un movimiento instintivo, se apartaron uno del otro algunos pasos y miraron a Marta con espanto. El primero no tardó en recobrar su serenidad, pero la pobre joven, pasado el primer momento de asombro, apartó los ojos de Marta, avergonzada y confusa. ¡Ay, era la primera vez que tenía qué sonrojarse de una falta!

Pero la prudente Marta parecía no haber visto nada y con la sonrisa más agradable que sabían formar sus labios, continuaba dirigiéndose a Pablo.

—¡Ah, señor, cuánto me alegro de volverle a ver a usted! Deseaba mucho darle otra vez las gracias por la deferencia con que se prestó usted a leernos las cartas de mi hermano, la mañana en que tuvimos noticia de su muerte. Nunca echaré en olvido tan eminente favor.

—Ni yo olvidaré jamás, señora Marta —respondió Pablo— a las personas a quien tuve la fortuna de prestárselo. Mire usted —añadió con la sonrisa más natural del mundo —deseando adquirir noticias de ustedes, me paseaba por este barrio cuando vi a Dolores y no pude menos que detenerla para preguntarle de su salud y de la de usted.

—Gracias —repuso Marta, con un acento que engañó al mismo Pablo.

163 *socarronería*: "La astucia, falsedad, superchería o bellaquería, con que alguno pretende su interés, o disimula su intento" Domínguez 1853: 1559.

164 *plantas*: "Calzado" Domínguez 1853: 259.

165 *ligeras*: "Leve o insignificante, de poca importancia" Domínguez 1853: 1075.

166 *tropel*: "sin orden y confusamente" Domínguez 1853: 1657.

167 *candor*: "Sinceridad, ingenuidad, candidez, pureza de alma" Domínguez 1853: 191.

168 *mesurado*: "Comedido, circunspecto, modesto o bien mirado" Domínguez 1853: 1172.

Entretanto, Dolores que aún no había osado levantar la cabeza, no cesaba de admirarse del descaro con que mentía Pablo. ¡Ah! Él que sabía urdir¹⁶⁹ tantas mentiras con la sonrisa en los labios, no temería, sin duda, burlarse de su inocencia¹⁷⁰. En cada palabra que salía de su boca creía adivinar la maldad de su corazón. Después de la última palabra de Marta, el mismo embarazo que experimentaban los actores de esta hipócrita escena, les obligó a guardar un silencio que acaso los atormentaba más que las mentirosas palabras con que creían engañarse mutuamente. Marta fue la primera que se vio precisada¹⁷¹ a hablar.

—Ahora que ya sabe usted que estamos buenas mi sobrina y yo, y que nosotras también le vemos con salud, perdone usted que nos retiremos a nuestra pobre casita. ¡Ah, señor Pablo! Se paga tan mal el trabajo de la mujer, cuando puede encontrarlo, que nos vemos obligadas a trabajar todo el día y aun parte de la noche para ganar nuestro miserable alimento¹⁷². ¡Adiós, señor Pablo! Vamos, Dolores —añadió Marta, señalando a su sobrina el camino de su casa.

Dolores adelantó dos pasos hacia el camino indicado, pero al advertir que Marta no se movía, quedó inmóvil también y se atrevió a mirar a su tía como para preguntarle la causa de aquella súbita detención. La buena mujer que, aunque parecía abstraída contemplando una hermosa amapola de un solar cercano, no perdía ni un solo movimiento de su sobrina, no se dió, sin embargo, de la entendida¹⁷³.

—¿No nos vamos? —se atrevió a preguntarle la joven con acento tímido.

—Vamos, Dolores.

Dolores dió otro paso, pero Marta la detuvo al instante por el vestido.

—¿Cómo? —le dijo—¿Sin decirle adiós al señor Pablo? ¡Ah! Eres una ingrata: él te detiene en el camino para informarse de nuestra salud y tu te apartas de él sin despedirte.

Dolores quedó tan aturdida de la formalidad con que decía la tía Marta estas palabras, que tardó mucho tiempo en hablar.

—Adiós, señor Pablo—balbuceó al fin sin acertar a mirar al joven.

—Adiós, Dolores. Casi ya había olvidado su nombre —añadió Pablo, dirigiéndose a Marta, después de haber sonreído imperceptiblemente a la joven.

169 *urdir*: "Fraguar, maquinar, disponer algún plan, alguna trama o complot contra alguna o contra algún orden de cosas" Domínguez 1853:1670.

170 *burlarse de su inocencia*: "Deshonrar" (Domínguez 1853: 288). En sentido de la época, burlar el honor era perder la virginidad, lo cual tenía valores simbólicos de la sociedad.

171 *precisada*: "determinado, definido claramente y con distinción" Domínguez 1853: 1397.

172 *Se paga...alimentos*: las mujeres de las clases populares de la sociedad del siglo XIX mantenían una dinámica social y económica arraigada a trabajos como el servicio doméstico, el hilado y la costura, así como la preparación y venta de alimentos. Hacia 1842 el 72.9% de las mujeres que trabajaban lo hacían como sirvientas, mientras que un 9.6% lo hacía como lavanderas y un 9.3% era relativo al trabajo como cocinera. El personaje de Dolores remite a los problemas de encontrar un trabajo y que este esté bien remunerado, apelando a la crisis económica de 1811 hasta 1848. Para más detalles de las mujeres y el trabajo en el siglo XIX, remito a los trabajos Historia de la mujer y de la familia latinoamericana (1992) de Silvia M. Arrom y El trabajo femenino en la Ciudad de México a mediados del siglo XIX (2003) de Sonia Pérez Toledo.

173 *de la entendida*: 'por entendida'. La frase parece errata que procede desde la edición príncipe y que está en LMB, LMC, LMD y LME. No hago a corrección ante la duda y anfibología de la oración y aporoto esta nota para su mejor comprensión. La oración remite a la frase 'darse por entendida' que significa: "manifestar alguno con señales o palabras, que está en el hecho de alguna cosa, en lo principal o interesante de ella" (Domínguez 1853: 691).

—No es extraño—respondió Marta siempre sonriendo—Después de tres meses que han pasado desde que nos vimos la última vez, es muy natural un olvido semejante.

E inclinando graciosamente la cabeza se alejó de Pablo, llevando por delante a Dolores que, llena de aturdimiento, iba tropezando en todas las piedras del camino.

Anduvieron en silencio hasta su casa. Marta, que se había detenido un momento en la de Esteban, que vivía cerca, para tomarle la llave de su puerta, llegó un instante después que su sobrina, que no se había atrevido a detenerse con ella en presencia de Esteban.

Apenas entraron, Marta, después de haber atrancado¹⁷⁴ la puerta, se arrojó en los brazos de Dolores, mostrándole las lágrimas que acababan de brotar de sus ojos.

—¡Oh, dime por Dios—exclamó con acento conmovido—dime por Dios si es verdad lo que acaba de decirme el señor Pablo!

Acaso la buena Marta no deseaba tanto persuadirse de la veracidad de Pablo, cuanto asegurarse de que su sobrina no había aprendido a mentir en tan peligrosa escuela. Dolores tembló entre los brazos de Marta y no se atrevió a responder.

—Respóndeme—añadió Marta, apartándose de la joven y mirándola fíjamente.

—Ha mentido, señora—respondió Dolores, huyendo la mirada de su tía.

Marta volvió a abrazar a Dolores con alegría y haciéndola sentar en un taburete mientras ella se sentaba también en la hamaca, le dijo:

—Todavía son las ocho y media, es decir, media hora antes de la que vuelves ordinariamente: todavía podemos conversar un rato para entregarnos después al trabajo. No sabes — continuó Marta—cuánto me alegro de lo que acabo de descubrir. ¡Oh, tú eres aún una niña que no se atreve a manchar sus labios con una mentira, cuando yo soy una vieja que ha estado mintiendo sin rubor un largo rato! Sí, Dolores, porque yo mentía al hacer creer al señor Pablo, con mi sonrisa, que estaba tranquila y contenta en su presencia. Mentía, sí, porque me daban impulsos en aquel momento de levantar una de las grandes piedras de la calle para aplastarle la cabeza. Fingía creer en sus palabras, cuando estaba segura ya de que todos los días te veía en la callejuela solitaria en que acababa de encontrarle contigo. ¿No es verdad, hija mía, que esta mujer tan falsa no merecía dirigir a una criatura tan buena como tú? Y, sin embargo, menester¹⁷⁵ es que la dirija, mientras ella no se resuelva a tomar el esposo que su padre le destinó.

Marta calló un instante y esforzándose en dar a su voz la dulce inflexión que contra su voluntad había perdido al terminar las últimas palabras, continuó:

—Yo no sé, hija mía, si el temor de hacerte saber cosas que hubiera querido que ignorases siempre, me ha obligado a no descubriarte todos los peligros a que está expuesta una pobre mujer de tu edad. Y ahora que sé que no ha faltado quien se haya atrevido a levantar de tus ojos la venda que yo no me había atrevido a levantar, tampoco te hablaré de esos peligros, porque creería hacer una injuria a tu buen corazón si no te juzgase capaz de evitarlos después de haberlos conocido. Sí, tú mil veces habrás deseado ardientemente romper el lazo que con tanta dureza se te ha tendido, pero no habrás acertado a ejecutarlo tú sola. Respóndeme, Dolores, ¿no es verdad que mil veces has querido rogarle al señor Pablo que no vuelva a detenerse en la calle?.

174 *atrancado*: "Cerrar perfectamente la puerta, asegurándola por dentro con una o más trancas" Domínguez 1853: 193.

175 *menester*: 'necesario'. Ver "La necesidad o la falta de alguna cosa" Domínguez 1853: 1164.

Dolores respondió afirmativamente con la cabeza.

—Pues bien, he encontrado ya un medio facilísimo de evitar esas continuas entrevistas que te hacen tanto mal. Lo poco que he andado esta mañana, con el fin de espiarte Dolores, porque no quiero ocultarte nada, lo poco que he andado me ha hecho conocer que tendré fuerzas hasta para llegar al mercado como antes, mientras tú vuelves a hacerte cargo de tu antigua ocupación de cuidar la casa mientras vuelvo. No deja de tener esto otras ventajas, porque siendo tus costuras más estimadas que las mías, podremos ganar más dinero, trabajando tú más de lo ordinario.

Dolores inclinó la cabeza y no respondió. No pocas veces se le había ocurrido este medio, pero nunca había tenido valor de proponérselo a Marta. Entretanto, ésta continuó:

—Poco a poco irás olvidando al que nunca debiste haber conocido, dejándole de ver. Porque no se atreverá a perseguirte hasta aquí. ¡Oh! Pero si tal hiciese, prevenle, Dolores, que Marta no se dejará robar con tanta facilidad el tesoro que ha estado cuidando hace diez y ocho años. Pero tú callas —añadió la buena mujer, con un acento conmovido al notar el triste y obstinado silencio que guardaba la joven—tú callas y no has acertado a responderme una vez sino con la cabeza. Sí, sin duda le amas mucho, cuando a pesar de conocer el mal que te hacía, no tenías fuerzas para separarte de él. ¡Oh! Nunca me hubiera atrevido a hablarte como ahora, si no supiera que aunque te privo de un placer momentáneo, es para hacer la felicidad de toda tu vida. ¡Por cuántos sinsabores habrán tenido muchos que pasar en su juventud, sin haber logrado después un momento de tranquilidad! Tú no, quizás, Dolores. Acaso la providencia, para premiar tus virtudes, te prepara un porvenir dulce y tranquilo. Quién sabe si cuando logres desterrar de tu corazón el amor que te ha hecho concebir un mal hombre, halle cabida en él el reconocimiento y la gratitud hacia un joven honrado, que te ama seguramente, como no puede amarte ningún otro hombre. Ya sabes de quién quiero hablarte, Dolores. Tu padre, que parecía adivinar que era necesario velar por ti desde su tumba, nos escribió esas cartas que guardo con tanto cuidado, para que a cuantos hombres se te presentasen codiciosos de tu hermosura pudieses compararlos con Esteban y notar al punto la diferencia. ¡Oh! Y no pudo escoger mejor punto de comparación, porque estoy segura que Esteban la sostendrá siempre ventajosamente y que al fin logrará ablandarte sin haber desplegado una sola vez los labios para decirte que te ama. Y ahora, Dolores—agregó Marta mudando enteramente de voz—vamos a preparar el almuerzo porque después de haber hablado tanto esta mañana me siento con tanta hambre como cuando solo tenía veinte y cinco años. Pero antes quiero suplicarte que me perdones.

—¡Perdonarle a usted! —exclamó la joven, deshaciéndose en lágrimas y extendiendo los brazos a Marta.

Marta no se hizo de rogar, y levantándose de la hamaca, estrechó por tercera vez a Dolores entre sus brazos.

—¡Bueno!—dijo a su sobrina entre risueña y llorosa —¡Bueno! Ya desatas la lengua. Sí, perdóname hija mía y olvida mi sermón sin temor alguno, puesto que lo que te he dicho lo sabes tanto como yo.

Al principio no le salió mal a Marta su medida¹⁷⁶. A la mañana siguiente, como ella esperaba, encontró a Pablo a su vuelta del mercado en la consabida callejuela, le dijo “Adiós”

176 *medida*: “La disposición, prevención o precaución que se toma para el logro mejor o más fácil de un asunto” Domínguez 1853: 1155.

con la mayor amabilidad y dejó al joven estupefacto. Cuando entró en su casa, su primera mirada fue para Dolores. La joven tenía en los ojos una señal que no dejó dudar a Marta que había derramado innumerables lágrimas durante su ausencia. Y, sin embargo, de que deseaba ocultar su semblante a su tía, para que no adivinase su dolor, se atrevió a mirarla, como para preguntarle si había visto a Pablo. Pero Marta fingió no verla ni comprenderla y le puso en las manos algunas golosinas que había traído.

El segundo día fue igual. Marta volvió a saludar a Pablo en la misma callejuela y al entrar en su casa descubrió otra vez en los ojos de su sobrina las huellas de mil lágrimas recientes.

Al tercer día, Pablo se atrevió a detener a Marta.

—Perdone usted que yo la detenga, porque quiero hablar con usted un momento.

—¡Oh, señor Pablo! — exclamó Marta, como si se admirara de verlo en aquel lugar—¿Le gusta a usted mucho nuestro pobre barrio de San Sebastián?

—Tanto — respondió Pablo—que pienso comprar en él una quinta¹⁷⁷.

—Bonito pensamiento para quien tiene dinero.

—Usted me dirá cuales son las quintas mejores del barrio y yo escogeré la que se halle más cercana a su casita, porque quiero que seamos vecinos, para que yo mande hacer un jardincito igual al que tiene usted en su solar. Me enseñará usted el modo de sembrar y cultivar las flores.

—No soy yo quien siembra y cultiva las flores.

—¿Y quién?

—Dolores.

—Pues bien, Dolores será quien me dé lecciones. Y a propósito de Dolores, ¿cómo está?

—Rebosando de salud, como siempre, gracias a Dios.

—Yo temía que hubiese enfermado, porque como me dijo hace algunos días que ella iba al mercado siempre, y no la he visto desde que ando por aquí escogiendo la quinta...

—Es verdad, antes ella iba, pero ahora no.

Pablo guardó silencio, no sabiendo cómo preguntar lo que quería. Marta se divirtió en atormentarle un instante y continuó.

—A cualquiera otro, señor Pablo, no me atrevería a decirle la causa de esta mudanza, pero a usted que sabe todos los secretos de la familia, ¿por qué he de ocultarsela?, ¿usted se acuerda de lo que decía la segunda carta de mi hermano?

—Difícil me sería ahora—respondió Pablo sonriendo—distinguir lo que decía la primera de lo que decía la segunda.

—Ya se ve —repuso Marta —preciso es amar mucho a la persona que las escribió para cordarse de esas minuciosidades. La segunda carta era la que hablaba del casamiento de Dolores.

—¿Del casamiento de Dolores?

—Con Esteban.

—¡Ah, es cierto! El muchacho aquel que lo vio morir en no sé qué pueblo.

—¡Ese! ¿Pues creerá usted que el muy bribón¹⁷⁸ se da ya la importancia de un marido para tiranizar a su novia?

177 *quinta*: "Especie de caserío, casa de campo o sitio de recreo" (Domínguez 1853:1435). El comentario es sarcástico, ya que el barrio de San Sebastián, como se ha dicho antes, era habitado por clases sociales económicas desfavorecidas.

178 *bribón*: "Pícaro, bellaco" Domínguez 1853: 279.

—¿Es posible?

—Como lo digo. Voy a revelarles a usted lo que pude escuchar una noche, mientras ellos conversaban en la puerta de la calle, de ese modo con que conversan los que se aman mucho, esto es, muy arrimaditos el uno al otro y como amenazándose a cada instante con un beso.

—¿Qué? ¿Y ellos conversaban así?

—Sí, pero como me creían lejos, hablaban casi en voz alta. Esteban le decía a Dolores que era endiabladamente celoso.

—¡Celoso! —repitió Pablo sin poder disimular su asombro.

—Sí, y que tenía celos de las personas que la miraban durante las dos horas que empleaba en ir y volver del mercado todos los días. Y la mañana siguiente Dolores me dijo que estaba resuelta a no volver al mercado. Yo quise declararle que había oído su conversación con Esteban, de la noche anterior, para disuadirla de su propósito. Pero después reflexioné que era mejor que se fuese acostumbrando a obedecer al que en breve ha de ser su esposo.

—Adiós, señora Marta.

—Adiós, señor Pablo.

Marta no esperaba que Pablo hubiese creído la mitad de lo que acababa de decirle. Además, después de esta conversación se sintió más llena de inquietudes que nunca. Aquella obstinación en ir a esperar a Dolores durante tres días seguidos en un lugar tan lejano y el afán de preguntarle por ella, le hicieron sospechar a Marta que el amor de Pablo fuese mayor de lo que ella se había figurado. Haciendo estas reflexiones llegó a casa de Esteban y entró. El joven mestizo estaba ya informado por Marta de los amores de Pablo con Dolores: había recibido la noticia con dolor, pero sin sorprenderse; sus sospechas se habían realizado. Cinco minutos después salía Marta de casa de Esteban y entraba en la suya que apenas distaba treinta pasos. Dolores, que la esperaba con impaciencia, porque había ya pasado la hora en que acostumbraba volver, creyó leer en su semblante que había sucedido algo extraordinario.

—¡Ah, qué tarde vuelve usted ahora! —exclamó sin atreverse a declarar todo su pensamiento.

—Un poco. Me detuve algún tiempo, conversando con el señor Pablo.

—¿Y qué le dijo usted?—repuso Dolores involuntariamente y arrepintiéndose antes de concluir la frase.

—¿Qué le dije? Que dentro de dos o tres meses debes casarte con Esteban.

Dolores se puso pálida y no pudo abstenerse de preguntar:

—¿Y qué respondió?

—El me dijo “Adiós” y se alejó de mí.

CAPÍTULO VII

ESTEBAN Y MARTA EN CAMPAÑA¹⁷⁹

A las siete de la mañana del día siguiente, Pablo se presentó en casa de Dolores. Había sabido escoger bien la hora porque Marta acababa de salir. Al ruido de la puerta que se abría, la joven, que hacía labor¹⁸⁰ junto a la puerta opuesta, alzó los ojos y vio a Pablo que entraba sin ceremonia¹⁸¹. Dio un ligero grito de alegría, se levantó apresurada y se adelantó hacia el joven, extendiendo involuntariamente los brazos. Pero aún no había dado cuatro pasos cuando se detuvo y retrocedió pálida y temblando hasta arrimarse a una de las hojas de la puerta.

—¡Ah! ¿Qué viene usted a hacer, señor Pablo?—preguntó angustiada.

—¿Cómo?—exclamó éste rebosándole los ojos de alegría —A recibir ese abrazo que con tan buena voluntad me has ofrecido.

Y se adelantó hacia Dolores con los brazos abiertos. La joven quiso gritar y huir, pero antes de que pudiese abrir los labios y mover el pie, se sintió oprimida suavemente contra el pecho de Pablo. La enamorada criatura no supo entonces oponer resistencia. La conmoción desconocida que recorrió al punto todo su cuerpo, embriagándola de un placer que por primera vez se le revelaba, le hizo temer un momento quedar desmayada en los brazos de Pablo. Sólo pudo notar que los labios del joven buscaban los suyos y cuando iba a obedecer a esta señal por un impulso irresistible, sintió abrirse repentinamente la puerta de la calle al mismo tiempo que Pablo se desasía con violencia de sus brazos. Levantó los ojos llena de asombro y un ligero grito se escapó de su pecho.

Esteban, con algunos objetos en la mano, cuya forma no pudo distinguir, se hallaba en pie en el umbral de la puerta de la calle que había abierto de par en par. Pablo, a dos pasos de distancia de Dolores, contemplaba al mestizo en un ademán que manifestaba al mismo tiempo la sorpresa y la cólera.

Esteban no parecía más tranquilo: con los ojos encendidos en ira miraba alternativamente a Pablo y a Dolores, como queriendo adivinar lo que había ocurrido en la actitud del primero y en el rubor de la joven. Seguramente no había tenido tiempo de ver el abrazo. Pero insensiblemente¹⁸² se fue tranquilizando y entró en la casita.

Los objetos que traía Esteban y cuyas formas no pudo distinguir Dolores en primera vista, eran un zapato de mujer todavía empezado y colocado en su horma¹⁸³, dos leznas¹⁸⁴ y un tirapié¹⁸⁵ puesto en su garganta a manera de rosario.

179 *campaña*: de la frase 'Estar o hallarse en campaña', que significa "estar o hallarse fuera de cuarteles, operando contra el enemigo" Domínguez 1853: 315.

180 *labor*: "Obra de coser, de aplanchar, de bordar" Domínguez 1853: 1040.

181 *ceremonia*: "Cumplimiento, afección, acción obsequiosa o muestra de urbanidad que se dan los particulares" Domínguez 1853: 368.

182 *insensiblemente*: "Que no se siente o no se percibe, que obra o se verifica sin sentirse, sin percibirse a primera vista" Domínguez 1853: 990.

183 *horma*: "Molde o modelo que sirve para dar a una cosa la forma que debe tener, como la que sirve para hacer [...] los zapatos" Domínguez 1853: 953.

184 *leznas*: "Instrumento que se compone de un hierrecillo con punta muy sutil y un mango de madera, del cual usan los zapateros y otros artesanos para agujerear, coser y respuntar" Zerolo 1895: 1370.

185 *tirapié*: "Correa larga, angosta y circular en que los zapateros ponen el pie como en un estribo, pasándolo además por encima de la rodilla para sujetar el zapato que cosen" Domínguez 1853: 471.

—Buenos días, señor Pablo —dijo el mestizo con un acento cuya dulzura dejó asombrado al mismo Esteban.

Pero no obtuvo respuesta. No se inquietó por esto y, sentándose en un taburete, puso el zapato en sus rodillas, le aseguró con el tirapié y se puso a coser con la mayor flema¹⁸⁶ del mundo.

Pablo le veía obrar sin atreverse a manifestarle la cólera que sentía rebosar dentro de su pecho. Cuando le vio inclinarse para coser, miró a Dolores que aún no había vuelto de su emoción y la preguntó con los ojos lo que significaba aquello. La joven, que le entendió sin duda, se encogió de hombros y fue a sentarse otra vez a continuar su labor. Solo Pablo quedaba en pie, acaso porque no había resuelto lo que debía hacer.

—No dejará usted de extrañar, señor Pablo — dijo Esteban sin levantar la cabeza—verme trabajar en una casa en que estoy de visita.

—El tiempo es el tesoro más precioso del que vive de su trabajo —respondió Pablo sentenciosamente.

Y el joven, después de haber vacilado en el partido que debía tomar, se resolvió a imitar la flema de Esteban, tomó asiento cerca de Dolores y se puso a mirarla en silencio.

La acción de Pablo no dejó de chocar un tanto a Esteban y estuvo a punto de olvidar los consejos de Marta. Creemos que el lector habrá comprendido ya que Marta no había tenido poca parte en esta escena de sorpresa. Al instante, sin embargo, recobró Esteban su aparente tranquilidad y siguió cosiendo con la cabeza inclinada. Pero queriendo vengarse de algún modo de Pablo, creyó que aquel era el momento más oportuno de aprovechar las lecciones que Marta que había dado el día anterior.

—Así es—dijo anudando el hilo de la conversación interrumpida —y yo, que estimo tanto el tiempo como una conversación con mi novia, he querido conciliar de este modo ambas cosas.

Dolores alzó los ojos llena de asombro y miró a Esteban. Era la primera vez que éste se atrevía a darle el nombre de novia en presencia suya. Pablo comprendió lo que significaba el asombro de la joven y, cuando ésta se volvió a mirarle, encontró en sus labios una sonrisa tan irónica y burlesca, que no pudo menos que compadecerse de Esteban.

Este, seguro del efecto que debían producir las palabras que había arrojado, no levantó un momento la cabeza y continuó hablando mucho tiempo en el mismo sentido. Cada vez que Esteban decía mi novia, en lugar de Dolores, Pablo sonreía como la primera vez que había escuchado esta palabra y Dolores, que involuntariamente notaba esta sonrisa, se estremecía sin saber por qué.

Pablo, que no deseaba mucho encontrarse con Marta, se levantó media hora después, se despidió y salió. Dolores tembló al verse sola con Esteban. Estuvo un momento tentada de dejarle solo e ir ella a su jardincito a solazarse¹⁸⁷ con sus flores, pero considerando la pesadumbre que había de causarle a aquel joven respetuoso que por complacerla se privaba hasta de exponerle sus justas quejas, desechó este pensamiento tan pronto como lo concibió. Y no tuvo de que arrepentirse, porque algunos instantes después se levantó Esteban y sonriendo amargamente, le dijo con un acento que revelaba el triste estado de su corazón:

186 *mayor flema*: "proceder despacio. Dícese frecuentemente de los que no se alteran por cosa alguna, o bien se alteran muy poco" Domínguez 1853: 805.

187 *solazarse*: "Alegar, recrear, divertir. Se usa más comúnmente como pronominal, en la acepción de explayarse, distraerse, esparcirse, buscar solaz, después de trabajos u ocupaciones mentales; o bien por pura recreación, holganza y sin especial necesidad de descanso. Entiéndese a significar goces sobre motivos amorosos" Domínguez 1853: 1562.

—Sé que hubiera debido salir al mismo tiempo que el señor Pablo para ahorrarte el inevitable disgusto que con mí presencia te habré causado un momento. Pero si me hubiera ido juntamente con el señor Pablo, éste habría visto mi casa y la buena de tu tía Marta, que sabe más que nosotros, me ha dicho que ese joven debe siempre ignorar donde vivo. Y sin acordarse de decir adiós, dejó a Dolores asombrada.

A la mañana siguiente y a la misma hora volvió a presentarse Pablo en la casita. Pero cuando todavía cerraba tras sí la puerta, sintió que volvía a abrirse por una fuerza opuesta a la suya. Volvió la cabeza al instante y se dio de cara con Esteban. Pablo sintió subírsele la sangre al rostro y no fue dueño de reprimir su cólera.

—¿Quién te ha mandado? —dijo Esteban en actitud amenazadora —¿Quién te ha mandado venir a importunarme con tu presencia cada vez que me presento en la casa del antiguo criado de mi padre?

—No hay que incomodarse, señor Pablo—respondió el mestizo con sonrisa fisgona— Todo consiste en que ha escogido usted para presentarse en la casa del antiguo criado de su padre, la misma hora en que acostumbro visitar a mi novia.

Pablo soltó una irónica y ruidosa carcajada, que hizo olvidar a Esteban en un momento los sabios consejos de Marta.

—¿Tu novia? ¡Mientes, imbécil! Demasiado conoces la repugnancia con que te mira la mujer a quien te atreves a dar ese nombre, para hablar con sinceridad de esa manera.

Esteban no supo entonces contenerse y olvidando ese respeto tradicional que su humillada raza¹⁸⁸ ha profesado siempre a los blancos, gritó alzando su voz sobre la de Pablo.

—Demasiado conozco, en efecto, no solamente la indiferencia con que me mira Dolores, sino también la causa que la produce. Y yo, señor Pablo, a quien mi amigo encargó el porvenir de su hija en sus últimos momentos, no la perderé jamás de vista, sino para obligarla a que cumpla la voluntad de su padre, a lo menos para librarla de quien como usted...

Y no tuvo valor para concluir su frase. Adelantose hacia dentro con un movimiento brusco, que obligó a Pablo a retroceder algunos pasos y, cerrando tras sí la puerta, continuó con acento casi tranquilo.

—Me olvidaba, señor Pablo, de que con nuestras voces podíamos atraer a esta callejuela solitaria la gente del barrio, ávida¹⁸⁹ siempre de penetrar en los secretos de la familia. Ahora que estamos cerrados¹⁹⁰ en casa de Dolores, hablemos de ella en presencia suya para

188 *humillada raza*: se refiere a los mestizos, quienes durante la colonia novohispana (1523 –1810) fueron rechazados sistemáticamente por el sistema de castas impuesto por la corona española. Los mestizos fueron marginados del orden colonial pero también por los indígenas, ya que su mezcla de español e indio no permitía la integración cultural y/o política en ninguna de las dos categorías racializadas del orden novohispano, impedidos de ocupar puestos reales o eclesiásticos, ni puestos públicos, como prohibió Carlos V a partir de 1549. En este sentido “En la sociedad de castas que se había formado en la Nueva España, el ser mestizo era una tragedia, pues los españoles consideraban a las culturas indígenas como inferiores y a los nacidos de uniones tan desiguales unos seres sin ninguna valía social ni racial. Los mestizos fueron explotados terriblemente por los blancos, quienes se aprovechaban de su condición marginada e ilegítima. Los mestizos podían casarse legítimamente con otras castas, pero nunca con una española o una criolla” (Iglesias 2016). Sobre este tema, central en la novela, puede consultarse el apartado sobre las problemáticas sociales del mestizo como proyecto nacional poscolonial en la Introducción a este trabajo.

189 *ávida*: “Ansioso, deseoso en demasía, codicioso, voraz” Domínguez 1853: 204.

190 *cerrados*: “oculto, recóndito, velado y escondido” Domínguez 1853: 370.

que sepa a que atenerse en adelante, respecto a cada uno de nosotros. ¡Oh, señor Pablo! Usted me ha provocado a hablar y no debe incomodarse porque me aproveche de ocasión tan preciosa para decir cuanto tengo guardado hace tiempo en mi corazón.

Dolores, pálida y en pie cerca de la puerta del solar, contemplaba alternativamente a Pablo y a Esteban. La pobre mujer deseaba hallarse a cien leguas¹⁹¹ de distancia de aquel lugar, pero un poder invisible que la dominaba en aquel momento, le impedía dar un solo paso fuera de su casita.

La cólera de Pablo había llegado a tal grado que no debía atribuirse a otra causa el silencio que había guardado, mientras Esteban alzaba la voz tan irrespetuosamente. Nunca hubiera creído que el mestizo se propasase hasta a hablarle de aquella manera.

—¿Y qué interés pueden tener para mi tus secretos?—exclamó Pablo recobrando de súbito el uso de la palabra—¿Vas a quejarte de que Dolores no se digna mirarte siquiera, cuando su padre, que no podía violentar su corazón, te concedió su mano imprudentemente? Si Antón sólo aspiraba a la felicidad de su hija, ¿te atreverás a hablar de tu amor en su presencia, sabiendo el horror que le causan tus pretensiones?

—Y usted, señor Pablo, que sabe cuanto estimaba mi difunto amigo el honor de su hija, ¿ignora acaso cuánto mancha su reputación el afán con que la persigue usted incesantemente? ¡Oh! Yo, por lo menos, si no hago feliz a Dolores, recordándola el último pensamiento de su padre, soy solamente desgraciado. No tengo nada de qué acusarme: obro de esta manera creyendo hacerle un bien. Pero usted, señor Pablo, que ha sabido infundirle un amor tan grande; usted que intenta burlarse de su candor y su sencillez, usted, no temo decirlo, es un infame.

Pablo sintió crujir sus dientes unos contra otros y se adelantó hacia Esteban con los puños cerrados. El mestizo sonrió irónicamente y permaneció impasible en su lugar. Dolores, que a pesar del espanto que la dominaba, nada perdía de vista, creyó notar en aquel momento por la primera vez, que Pablo era un pigmeo¹⁹² comparado con el mestizo y que el cuerpo delicado y aristocrático¹⁹³ del primero, mediría la tierra¹⁹⁴ apenas le tocase el atleta¹⁹⁵ de Esteban. Extendió la tímida joven sus manos hacia los dos enemigos, como para detenerlos y con paso vacilante se acercó a ellos.

En aquel momento dos recios golpes sacudieron la puerta de la calle. Pablo y Dolores se detuvieron y Esteban, que era el más tranquilo y el que se hallaba más próximo a ella, la abrió al instante. Marta, con un cestillo en la planta de la mano, pero todavía vacío, se adelantó seria e inquieta, dirigiendo su mirada inquisitorial a cada uno de los circunstantes. Pablo con los brazos caídos la miraba a la vez con cólera y asombro. Dolores se precipitó en sus brazos, dando un grito de alegría y Esteban, como si hubiese previsto esta sorpresa, sonreía con cierta malignidad. Después del forzoso silencio que produjo la súbita aparición de Marta y cuando el semblante de Pablo empezaba a serenarse, esforzando sus labios para una sonrisa, la buena

191 *cien leguas*: 'muy lejos' (son 482 kilómetros). El sistema imperial de medición fue sustituido por el sistema métrico decimal a finales del siglo XIX en México, a través de la disposición de la ley del 16 de junio de 1895 sobre pesos y medidas (ver Sánchez 1980: 296-297).

192 *pigmeo*: "personas muy pequeñas o de muy poca estatura" Domínguez 1853: 1360.

193 *aristocrático*: "Orgullosa, presuntuosa, que tiene aires o se da tono de grande" Domínguez 1853: 161.

194 *mediría la tierra*: de la frase *medir el suelo* que significa "Tender el cuerpo en el suelo, naturalmente o por efecto de alguna caída apresurada o violenta" Domínguez 1853: 1156.

195 *atleta*: "ágil para las luchas o los combates" Domínguez 1853: 192.

anciana, desasiéndose de los brazos de su sobrina, le dijo entregándole el cestillo que aún conservaba en la mano.

—Ve a comprar, Dolores, nuestro alimento del día y apresúrate, por que vas ahora más tarde que lo ordinario.

Dolores vaciló un instante, mirando con inquietud a Pablo y a Esteban pero tranquila con la presencia de Marta, recibió el cestillo, cubrió su garganta con una ligera toca de muselina y salió de su casa, echando a Pablo una furtiva mirada. Todo volvió a quedar en silencio. Algunos instantes después Marta prosiguió:

—Esteban ve a continuar tu trabajo en tu casa, aquí no puedes trabajar con tanta facilidad como allí.

Esteban acogió con alegría estas palabras y se despidió. Pablo y Marta se quedaron solos. Estos preparativos no alarmaron en manera alguna al joven, a pesar de la solemnidad que les daba el aspecto serio de Marta y cuando ésta después de haber visto salir a Esteban, se volvió a mirar a Pablo, encontró en sus labios su sonrisa habitual.

—¡Oh, señor Pablo!—exclamó Marta con acento lleno de dignidad—arrojemos la máscara conque hace tiempo nos cubrimos y conque usted intenta cubrirse todavía. Sí, arrojémosla; porque ha llegado el día en que ni puedo ni debo sostenerla. Así, señor Pablo, así —añadió Marta, viendo ponerse a Pablo serio y pálido a la vez —así es en efecto como debemos hablar ahora.

Pero al terminar estas palabras, la frente de Marta desarrugose repentinamente y brotando de sus ojos algunas lágrimas que dejó correr por sus mejillas se adelantó hacia el joven juntando sus manos y elevándolas en ademán de súplica. Había sido tan violenta esta transición, que Pablo retrocedió dos pasos asombrado y escuchó de la pobre mujer estas palabras:

—¡Ah, señor Pablo! ¿Por qué se empeña usted en alejar la tranquilidad del humilde asilo de dos pobres mujeres que nada le han hecho? ¿Qué daño ha hecho esa cándida criatura, para que usted se empeñe en robarle su honor, la única joya que posee? ¡Oh, por Dios! Usted es un rico señor de mil prendas¹⁹⁶ excelentes, que puede hallar a cada paso innumerables mujeres de su raza, que tendrían a orgullo poseer su corazón, ¿por qué entonces ha puesto usted los ojos en una infeliz muchacha a quien seguramente nunca ofrecerá su mano?.

—¿Y quién le asegura a usted, Marta? — exclamó Pablo con voz alterada por la rabia—¿Quién le ha dicho a usted que yo abrigue tan criminales intenciones?

Marta volvió a alejarse al instante de Pablo por un movimiento de indignación, enjugó sus lágrimas y recobrando la dignidad que había depuesto un momento:

—Le había rogado a usted, señor Pablo —le dijo—que arrojemos la máscara que hemos llevado mucho tiempo. Pero veo con sentimiento¹⁹⁷ que usted no ha querido hacer caso de mi súplica.

Marta calló un momento y luego con un acento lleno de amargura y sonriendo irónicamente, continuó de esta manera:

—¿Quién me asegura que usted abrigue criminales intenciones? ¡Ah! Una mujer de mi edad no necesita que nadie le diga lo que intenta un señor como usted con una pobre mestiza, a quien ha logrado enloquecer con su amor. Veamos, señor Pablo, respóndame usted, aunque sea con un gesto desdeñoso y compasivo, ¿trata usted de casarse con Dolores?

196 *prendas*: "Alhajas o pieza de ropa" (Domínguez 1853: 1399). Es decir, que Pablo es rico, ya que las alhajas, así como la ropa eran posesiones materiales de gran valía, que incluso se podían dejar en garantía de un crédito o préstamos económico.

197 *sentimiento*: "Dolor, pena, aflicción, pesar, disgusto" Domínguez 1853: 1539.

Pablo guardó silencio, porque le hubiera sido difícil responder categóricamente a esta pregunta, que él mismo se había dirigido mil veces. Entretanto, Marta continuó:

—Ese silencio me explica suficientemente, señor Pablo, la respuesta que usted no quiere darme.

Pero con no poco asombro de Marta, Pablo, mudando enteramente la altanera expresión de su semblante, le dijo con un acento que no dejaba dudar de la sinceridad de sus palabras.

—Usted calumnia mis sentimientos, Marta. Bien sé que con mi conducta doy lugar a que sospeche de mí. Pero escúcheme usted, señora y compadezcame antes de acusarme. Me pregunta usted —continuó Pablo—si intento casarme con su sobrina y yo le responderé sinceramente que nunca he pensado en ello. Y si usted me redargüye¹⁹⁸ entonces que intento seducirla, cuando no me propongo olvidarla, le contestaré a usted con no menos sinceridad, que se me calumnia, interpretando de este modo mi afición a Dolores. Hace más de un año que la conozco y que la amo a pesar mío: sí, a pesar mío, señora Marta, porque no una sola vez he intentado olvidar a Dolores, dejando de acudir por algunos días a la callejuela solitaria en que constantemente nos veíamos. Y hubo ocasión en que desconfiando de tener bastante dominio sobre mi corazón, hallándome cerca de ella, anduve mucho tiempo en el campo buscando el olvido con la ausencia. Pero siempre fueron inútiles mis afanes. ¡Oh! Llame usted a Dolores y pregúntela si no muchas veces me ha reñido por haber faltado hasta quince días consecutivos a nuestras dulces entrevistas. Sí, Marta: yo pugnaba por olvidarla porque presentía que no estaba muy lejano el día en que me sería fácil seducirla; pero juro que cuantas veces se apoderaba de mí este pensamiento, el remordimiento que me hacía experimentar, me obligaba a desecharlo al instante.

Marta, que escuchaba a Pablo con ansiedad no dejó de notar que sólo había hablado en pretérito.

—¿Y ahora? —le preguntó, viendo que guardaba silencio.

—Ahora, Marta—repuso Pablo—no soy más malo que antes, aunque confieso que hace mucho tiempo que he dejado de pensar en olvidar a Dolores, acaso por lo mismo que hay quien quiere obligarme a que la olvide.

Marta inclinó tristemente la cabeza: ella no dudaba de las palabras del joven, pero su misma confesión sincera alarmaba más a la pobre mujer que las hipócritas sonrisas con que antes intentaba engañarla.

—Gracias, señor Pablo —dijo Marta después de un momento de silencio—Le doy a usted las gracias por haberme hablado con tanta franqueza y ahora quiero suplicarle que me ayude a salvar a mi sobrina. ¿No es verdad que si usted continúa viéndola constantemente como hasta aquí, llegará un día en que como usted dice, ni usted se acordará de sus buenos propósitos anteriores, ni ella sabrá defenderse?

—Así lo temo, señora Marta.

—Pues bien, hagamos un pacto. Pero antes, permítame usted hacerle otra pregunta. ¿No es verdad que está usted horriblemente celoso de los derechos que alega ese pobre Esteban?

198 *redargüye*: "Convertir el argumento contra el que lo hace" Domínguez 1853: 1461.

—No ha contribuido poco el amor de ese imbécil para hacerme olvidar los buenos propósitos de que acabamos de hablar —respondió Pablo sin poder disimular en su acento el odio que le inspiraba Esteban.

—He aquí el pacto—dijo Marta satisfecha, al parecer, de aquella respuesta —Conven- gamos en que si usted vuelve a poner los pies en mi casa, al día siguiente amanecerá Dolores casada con Esteban.

Pablo miró a Marta con asombro.

—¿Qué es lo que se atreve usted a proponerme?

—Nada más sencillo, señor Pablo. Usted, con el temor de ver a Esteban en posesión de la mujer a quien ama tanto, no se atreverá a infringir el pacto, mientras yo, para cumplir con la segunda parte, que aun no me ha dado usted tiempo de proponerle, me comprometo a no hablar a Dolores, y Dolores, no teniendo con quien comparar a Esteban, acabará por amarle, o por lo menos no le mirará con la indiferencia que ahora y se casará con él. Usted se librará de un remordimiento eterno y Dolores vivirá feliz, que es lo único a que debe usted aspirar, si es que de veras la ama.

Pablo guardó silencio un instante y respondió:

—Duro es el pacto a que usted quiere ligarme y yo creería decir una mentira, si me com- prometiese a observarlo rigurosamente.

—¿Qué dice usted?

—Que no quiero dar una palabra que después, quizá me vea obligado a quebrantar.

—¿Cómo? —exclamó Marta, volviendo a encolerizarse— ¿Conque usted no me hablaba sinceramente al decirme que nunca había abrigado un mal pensamiento contra la inocencia de esa pobre criatura? ¡Oh, señor Pablo! Nunca hubiera creído que usted volviese a engañarme con tanta facilidad.

—Habla usted así, Marta — repuso Pablo procurando contener su cólera próxima a estallar —porque no puede comprender lo que pasa en mi corazón. Aunque no quiera ligarme a ese pacto terrible, prometo hacer cuanto pueda.

—Y yo le prometo a usted —gritó Marta, interrumpiendo a Pablo—que aunque no quiera ligarse a este pacto, yo lo observaré rigurosamente por mi parte, obligando a Dolores a casar- se con Esteban el día en que vuelva usted a mi casa.

Y volviéndole las espaldas a Pablo, como queriendo despedirle, arrojó sobre una per- cha¹⁹⁹ la toca que aun no había tenido tiempo de quitarse.

—Es imposible que nos separemos así—dijo Pablo, poniéndose enfrente de Marta—Ya he dicho que lucharé con mi corazón para cumplir con su voluntad, hasta donde alcancen mis fuerzas. Tenga usted presente, además, que Dolores no se casará con Esteban al día siguiente de haberme presentado aquí, porque nadie puede obligarla y ella jamás consentirá en sacrifi- carse. Y ahora, ¡adiós, señora Marta!

—¡Oh, no! —exclamó esta, deteniendo a Pablo por el brazo —Usted no saldrá de aquí hasta que Dolores vuelva, porque corre peligro de que usted la detenga en la calle.

199 *percha*: "Estaca o madero largo y delgado" Domínguez 1853: 1341.

Y señalándole a la vez la hamaca y las viejas sillas que adornaban su casa, fue a colocarse en la puerta de la calle, resuelta a impedirle la salida. Pablo no opuso resistencia. Eligió la hamaca, se tendió en ella y se puso a silbar una alegre marcha²⁰⁰ con la mayor satisfacción del mundo, acaso para librarse de hablar con Marta. Un cuarto de hora después llegó Dolores y Pablo se despidió de las dos mujeres, con tanto agrado y tranquilidad, como si nada hubiera sucedido.

200 *marcha*: "Pieza musical" Domínguez 1853: 1143.

CAPÍTULO VIII

LA PASIÓN Y LA CONCIENCIA

Se pasaron muchos días sin que Pablo, fiel a la vaga promesa que Marta le había arrancado, se presentase en la casita. La buena tía empezaba ya a advertir que había confiado demasiado en la inestabilidad de las cosas humanas, al prometerse que Dolores llegaría a olvidar a Pablo con no verle en mucho tiempo. La ausencia de éste, lejos de curar a la joven, parecía que cada día agravaba su mal. En lugar de ir mirando a Esteban con menor repugnancia, según se había prometido Marta, cada vez huía de él con mayor empeño. Si antes conversaba con el mestizo en presencia de ésta, había cesado ya de dirigirle la palabra cuando no podría esconderse de él antes que llegase, porque cierta de la hora en que acostumbraba hacer sus visitas, nunca le faltaba un pretexto para ir a calentarse al fuego de la cocina, o a aspirar la fragancia de sus flores.

¡Pobre Dolores! Aquel amor que Pablo había logrado encender en su corazón y procurado excitar con su presencia durante un año entero, no era fácil que se olvidase con una ausencia de tres o cuatro semanas. ¡Ah! No pocas veces aquella pura e inocente criatura que jamás había concebido un solo mal pensamiento, gracias a la santa educación que había recibido y a pesar del respeto y veneración con que miraba a Marta; no pocas veces decimos, acusó a su tía de bárbara y cruel en sus largas meditaciones. Porque la alegre niña que antes se entregaba con placer al trabajo y al cultivo de sus flores, sin pensar en el día de mañana, había empezado a meditar largas horas durante sus tareas cotidianas y mientras conciliaba el sueño en el lecho, que tanto alivio presta en la noche a la clase trabajadora. Era que un pesar hondo y secreto la impedía gozar de esa tranquilidad benéfica concedida por la naturaleza al pobre pueblo tan poco favorecido comúnmente por la sociedad.

Sí, Dolores no pocas veces había acusado a Marta de bárbara y de cruel porque se atrevía a alejar de su presencia al hombre que ella amaba en tan alto grado. Sin duda Marta no podía comprender esto, pensaba Dolores, porque en su edad había olvidado ya la fuerza que tienen las pasiones en la juventud.

Pablo, entretanto, no se hallaba más tranquilo. Había visto pasar melancólico y pensativo aquellos largos días en su horrible almacén, cuyo estrecho recinto le hacía pensar tristemente en la amplitud del lindísimo solar de Dolores. Esta interesante criatura, cuya imagen le había ocupado al principio algunos minutos, después muchas horas y por último el día entero, había llegado ya a alejar de su corazón todo pensamiento que no se dirigiese a ella.

El joven, que conocía ya demasiado el estado de su amor, había andado prudente en no ligarse a la rigurosa promesa que Marta quería exigirle. Pero conociendo todas las ventajas reales que podrían alcanzar él y Dolores con aquel medio, había combatido hasta entonces con todas sus fuerzas y si Marta hubiera podido presenciar las fuertes tentaciones que sufría todas las mañanas, poniéndose el sombrero en la cabeza para volverlo a arrojar al instante, se habría compadecido de él y le habría pedido perdón de las palabras conque le despidió la última vez que había ido a visitar a su sobrina.

Pablo, llegó al fin a persuadirse que era preciso poner término a la ansiedad que le atormentaba. Un mes había pasado sin ver a la mestiza y desde entonces no había disfrutado un momento de tranquilidad. Formó entonces un terrible proyecto.

Lo hemos dicho ya y lo repetimos ahora. Había una gran diferencia entre el amor de Pablo y el de Dolores. Ésta había empezado a amar sin saber si amaba todavía y aquel había

estudiado los progresos que de día en día había hecho su afición a la mestiza; porque Dolores aún en aquel tiempo conservaba su inocencia de niña y Pablo, gracias a las prerrogativas²⁰¹ de su sexo, había empezado a conocer el mundo desde que había abandonado el regazo de su madre para ir a la escuela.

Creemos haber dicho también que si Pablo no poseía los más rígidos principios en punto a moral, sabía, sin embargo, respetar la inocencia y la virtud en la mujer en quien los hallaba. Por eso, habiendo encontrado estas dos santas cualidades en la joven mestiza, nunca había osado alarmar su pudor con una palabra indecorosa, ni abrigado contra ella ningún mal pensamiento, como había dicho sinceramente a Marta. Pero en la época a que aludimos, el amor de Pablo había llegado al mayor grado de fuerza posible, en él, acaso por los mismos obstáculos y contradicciones que encontraba, pues sabido es que éstas y aquellos sirven de poderoso incentivo para avivar las pasiones. Pero hablemos ya del proyecto de Pablo.

Convencido el joven de que hubiera sido para él un sacrificio muy costoso renunciar a Dolores e indignado de que quisiese disputársela un rival de la calidad de Esteban, se resolvió, por fin, a lo que se hubiera resuelto otro hombre en su lugar, desde el primer día que conversó con la joven mestiza. En una palabra: se resolvió a seducir²⁰² a Dolores.

¡Ah, cuanto remordimiento anticipado le costó ésta terrible resolución! ¿No era un crimen imperdonable intentar seducir a aquella pura e inocente niña que le había entregado su corazón sin desconfianza y sin advertir el mal que podía hacerle? ¿No era una maldad que le acarrearía un eterno remordimiento, arrebatarle su provenir a aquella pobre muchacha, porque todo el porvenir de la mujer se encierra en la honradez y la pureza de su vida?

Pablo conocía todo esto y por eso, antes de tomar definitivamente la resolución de que hemos hablado, tuvo que pasar por muchos combates entre su amor y su virtud. Pero un día llegó a decirse que muchos hacían tranquilamente lo que él pensaba hacer y que el mundo no andaría mejor ni peor porque él abandonase o llevase a cabo su proyecto. ¡Hay tantos que pretenden acallar sus remordimientos con decirse las mismas palabras!

201 *prerrogativas*: "Privilegio, gracia" Zerolo 1895: 1745.

202 *seducir*: "Corromper moralmente hasta cierto punto; engañar con arte y maña, persuadir suavemente al mal, etc. Dishonrar a una mujer, especialmente si es virgen y se la rinde con mentidas ofertas" Domínguez 1853: 891.

CAPÍTULO IX

MARTA DUERME Y DOLORES LLORA

Era de noche. La Luna creciente, semejante a una gran ceja de color amarillo, acababa de ocultarse tras la espesa arboleda del solar de Dolores. Millares de estrellas desparramadas en agradable desorden por todo el firmamento, suplían aquella falta con la ténue claridad que pueden enviar hasta la tierra desde su infinita distancia. La lluvia había cesado desde la tarde, dejando sobre la superficie de la tierra gran cantidad de agua que reflejaba la oscura bóveda del cielo con todas sus bellezas. Algunas nubes ligeras de color ceniciento vagaban hacia el Oriente, desapareciendo insensiblemente tras la casita. La brisa de la noche mecía con un movimiento apenas perceptible las altas copas de los árboles y las grandes hojas de la palma y del cocotero. El canto monótono y penetrante del grillo interrumpía únicamente el majestuoso silencio que durante la noche reinaba siempre en aquel apartado lugar.

Las últimas campanadas de las diez acababan de extinguirse sucesivamente en el reloj de la Catedral²⁰³ y en las garitas²⁰⁴, cuando un hombre apareció en la esquina de la calle de Marta. Iba cubierto con una gran capa negra, más bien, sin duda, con el objeto de no ser conocido que con el de guarecerse²⁰⁵, porque el calor del día apenas había disminuido con la lluvia y la ausencia del sol. Después de haber pasado una de las pocas casas de la calle, antes de llegar a la de Marta, creyó oír el ruido de una puerta o ventana que se abría. Volvió la cabeza y detúvose un instante, pero no escuchando después cosa alguna que le alarmase, continuó su marcha. Después de haber andado unos diez pasos detúvose otra vez y se puso a reflexionar. La albarrada frente al lugar en que se hallaba, había caído en parte formando una especie de escalera y, además, el sitio estaba despejado de las hierbas y arbustos espinosos que guarecían por todas partes aquel grosero muro de piedra. El encubierto, sin vacilar mucho tiempo, puso el pie derecho en la especie de escalón de que hemos hablado, luego el izquierdo en la superficie de la albarrada y de allí saltó al solar con la mayor facilidad del mundo. Una alfombra de hierba y hojas secas apagó el ruido que debía producir aquella ligera caída.

El encubierto, después de haber vagado algunos instantes entre los árboles, encontróse en el jardincito de Dolores. El suave aroma que despedían algunas flores en aquella hora, le hizo detenerse a aspirar el aire embalsamado²⁰⁶. Y después de haber reflexionado un instante,

203 *reloj de la Catedral*: se refiere al reloj de la torre sur de la catedral de san Ildefonso, contruida en Londres en 1731 y que marcaba las horas

204 *garitas*: "Casilla en figura de linterna con ventanilla a los lados, que sirve para comodidad y resguardo de los centinelas" (Domínguez 1853: 846). Como se ha dicho antes, el barrio de san Sebastián estaba en la periferia de Mérida y estaba atravesada por el camino real a Campeche. Eligio Ancona da noticias de una garita que debió existir al inicio-final de dicha vía. Las garitas eran puestos de seguridad que estaban al inicio de dicho camino a Campeche. Esta garita se encontraba "perdida" o sin registros, sin embargo, Jorge Victoria Ojeda realizó un trabajo arqueológico que dio con ella y que, junto con la novela de Ancona, reafirman el lugar donde debió estar la garita: "Con base en el análisis de los vestigios arquitectónicos se prone que la edificación, localizada hoy día en el patio de un predio de la calle 64, en Mérida, fue en el siglo XVII e inicio del XVIII una garita que celaba la entrada y salida de comerciantes, viajeros y demás personas que transitaban por esa vía, la más importante de la red peninsular" (2011: 48).

205 *guarecerse*: "a cubierto de la persecución" Domínguez 1853: 888.

206 *embalsamado*: "Aromatizar, perfumar, impregnar de sustancias aromáticas" Domínguez 1853: 656.

se sentó en una piedra que parecía colocada allí para abrazar con una sola mirada la extensión del jardincito y clavó los ojos en la puerta de la casa que apenas distaba veinte pasos de aquel lugar. Repentinamente hirió sus oídos un ruido que le hizo levantarse apresurado. Creyó sentir los pasos de un hombre que pisaba con precaución las hojas secas que cubrían el piso del solar. Miró alrededor de sí hasta donde podía alcanzar su vista y sólo vio la espesa arboleda que terminaba el horizonte del solar y una pequeña cocina de paja, semejante en su construcción a la casita, que se destacaba negra y sombría entre la huerta de Marta. Por otra parte, el ruido que le alarmó un instante había cesado del todo, y tranquilo el visitador nocturno se aproximó con precaución a la casa y pegó el oído a una de las anchas rendijas de la puerta.

El encubierto, en quien los lectores habrán adivinado quizá a Pablo, quedó satisfecho de lo que había oído. Una persona dormía, roncando pausadamente y otra confiaba a la noche sus penas con ahogados sollozos, que hubieran partido el corazón a cualquiera otro que no fuese Pablo.

—¡Bueno! —murmuró éste— Marta duerme y Dolores llora. La ocasión no puede ser más propicia.

Y el joven dió dos ligeros golpes en la puerta y volvió a pegar inmediatamente el oído a la misma abertura.

Marta seguía roncando, pero los sollozos de Dolores se apagaron súbitamente: los golpes sin duda la habían hecho enmudecer de espanto. Pablo sonrió con satisfacción y aplicando los labios a la rendija más ancha que pudo encontrar.

—¡Dolores! —exclamó en voz baja, dando otros dos golpes ligeros, sobre la puerta. A estos golpes siguieron un ligero grito de Dolores y un ronquido prolongado y estrepitoso de Marta, que puso fin a su sueño.

—¿Quién es? —preguntó la buena mujer con la voz gangosa del que acaba de despertar.

—¡Maldita vieja! —murmuró Pablo detrás de la puerta, mordiendo de cólera los labios.

—¿Quién es? —repitió Marta.

El canto lejano de un gallo fue lo único que respondió a la vigilante tía.

—Dolores — continuó, creyendo despertar a su sobrina — Levántate. Veamos quién llama a la puerta.

La joven debió temblar de pies a cabeza a estas palabras, pero tuvo valor para fingir, por primera vez en su vida, haciéndose la dormida.

—¡Dolores, Dolores!

Uno de esos sonidos inarticulados, precursores del acto de volver de un sueño, respondió a Marta. ¡Ay! La joven iba haciendo grandes progresos en el arte de engañar.

—¡Dolores! —repitió Marta.

—¿Me habla usted? —preguntó Dolores, pronunciando con dificultad.

—¡Ah, qué sueño tan pesado! —exclamó Marta— nunca habías estado así.

—¡Es cierto! —pensó Pablo, que no perdía una palabra de la conversación de las dos mujeres— Porque nunca había fingido dormir como ahora.

—¿No has oído golpes? —preguntó Marta.

—¿Golpes?

—Sí, enciende luz, mientras me levanto a abrir la puerta.

—¡Dios mío! — exclamó Dolores con voz temblorosa cuya causa no podía adivinar Marta— ¿Se atreve usted a abrir la puerta a esta hora?

—¿Y por qué no? —preguntó Marta.

Pablo, que devoraba su rabia en silencio tras la puerta, sintió las pisadas de Marta sobre el suelo. Una maldición se escapó de sus labios y corrió de puntillas a ocultarse tras un grande rosal de Castilla. A través de la oscuridad, que envolvía el inmenso solar, creyó distinguir una sombra, que al retroceder de la puerta al rosal, había retrocedido también hacia la arboleda lejana, desapareciendo entre su espesura. Pero Pablo, preocupado por el repentino despertar de Marta, apenas se creyó seguro en su escondite, se olvidó de la sombra y con los ojos clavados en la puerta a través de las hojas del rosal, esperó el desenlace de aquella escena que hacía latir precipitadamente su corazón.

No duró mucho su ansiedad. Al cabo de tres minutos vio iluminarse súbitamente las rehendijas de la puerta, al mismo tiempo que los rayos de la luz que salían de ellas formaban sobre las flores y la hierba una multitud de listas de fuego²⁰⁷ que llegaban hasta él. Pensaba ya en abandonar su escondite por otro rosal cercano, que además de la mayor espesura de sus hojas se hallaba en la oscuridad, cuando oyó abrir ruidosamente una puerta. Calculó que sería la de la calle, porque en la que él miraba con avidez no notó el menor movimiento.

-Ninguna alma viviente se ve por la calle—dijo Marta.

Sus palabras se deslizaban maravillosamente por las anchas aberturas de la puerta y, gracias al silencio de la noche, Pablo no las perdía, aunque se hallase a mayor distancia que antes.

-¡Por la calle! —pensó Pablo—¿Cómo has de encontrar en la calle lo que está en el solar?

E interrumpió su silencioso monólogo para oír mejor a Marta que continuaba:

-Y, sin embargo, me atrevería a jurar que oí dos o tres golpes.

Un momento después, Pablo oyó cerrar la puerta mientras Dolores decía a Marta:

-Durmamos: no hay que inquietarse por nada.

La luz se apagó al instante y la casita y el solar volvieron a quedar sumidos en la oscuridad de la noche. Pablo no volvió a escuchar una palabra, aunque había abandonado ya su escondite para aproximarse otra vez a la puerta.

Pasado algún intervalo de tiempo, Pablo creyó que era tiempo de volver a obrar, porque los ronquidos de Marta llegaban ya a sus oídos. Devanábase²⁰⁸ los sesos pensando qué partido tomar, cuando vio abrirse silenciosamente aquella puerta cruel ante de la que tanto tiempo había esperado y presentarse en el umbral una mujer, que semejante a una aparición fantástica, parecía no asentar la planta sobre la tierra. La blancura de su ancho ropaje, que Pablo estaba tan acostumbrado a ver, resaltaba de tal manera entre la oscuridad de la noche, que el joven se sintió sobrecogido como ante la presencia de un ser supervisor y tuvo un momento tentaciones de arrojarle a los pies de la mestiza.

Pero un instante le bastó para recobrarle y con un acento lleno de alegría exclamó:

—¡Dolores!

¡Ah! Si Pablo hubiera podido contemplar a la joven a otra claridad que a la de las estrellas, no se habría expresado así, porque en la palidez de su semblante hubiera leído el hondo pesar que la devoraba.

—Señor Pablo —dijo Dolores en voz baja —conocí su acento²⁰⁹ de usted cuando pronunció mi nombre a través de las rendijas de esta puerta y aunque hubiera debido decirle a tía

207 *listas de fuego*: no comprendo el significado de la expresión. No es errata ni se encuentra en ningún texto del siglo XIX del CORDE. ¿Se refiere a las líneas de luz (fuego) que se escapan a través de la ventana? Lo dejo a criterio del lector.

208 *Devanabase*: "Apegarse, adherirse a una cosa" Zerolo 1895: 843.

209 *acento*: "Modulación de la voz" Domínguez 1853: 18.

Marta quién había venido a interrumpir su sueño, preferí salir yo misma a preguntarle a qué ha venido.

La joven se expresaba con un acento lleno de dignidad, que Pablo nunca había escuchado de sus labios.

—Dolores, —respondió el joven con una voz casi respetuosa—aunque sería inútil responder a esa pregunta, voy a responderte.

—¡Oh no! No me responda usted, ya sé lo que va a decirme. ¡Por Dios, señor Pablo, no me diga usted nada!

—¿Y entonces?

—Me he equivocado: quise decirle a usted que había formado el propósito de salir a despedirle.

—¿A despedirme?

—Sí, la hora y el lugar en que usted se ha presentado, me infunden un miedo...

—¡Ah! Tu tía y Esteban no nos han dejado otra hora ni otro lugar y preciso será contentarnos con este. ¿Y por qué quejarnos? La noche es tan bella y la claridad de las estrellas es tan seductora, que a esta hora creemos amar mejor que durante el día. Y cuando yo no conocía el amor, nunca comprendía mejor la necesidad que tenemos de amar a alguno sobre la tierra, que cuando fijaba los ojos en la luna, en las altas y silenciosas horas de la noche.

—Sí, sí, es verdad—murmuró Dolores con un acento lleno de emoción y sin pensar tal vez en lo que decía—Es verdad. Casi todas las noches mientras tía Marta hace sus cigarros a la luz de la lámpara que encendemos a la Virgen, desde que murió mi padre, yo vengo a sentarme sobre esa gran piedra rodeada de azucenas, a aspirar el aroma de mis flores. Fijo los ojos en el cielo y mientras admiro el número de las estrellas y me compadezco de la luna que desaparece tras una nube despiadada, dejo correr mi pensamiento.

—Y piensas en el amor, ¿no es verdad?

—¡Sí, sí! Siento eso que usted dice de un modo que me enajena tanto, que cuando tía Marta me llama una hora después, me parece que no ha transcurrido un minuto. Y cuando suele preguntarme qué he pensado durante esa hora, no acierto a responderle, porque tampoco yo sabría decirme a mi misma lo que he hecho. Solo sé que he sido feliz un instante, aunque hayan corrido de mis ojos abundantes lágrimas, impidiéndome ver la luna con todo su brillo.

—¿Y así te habías atrevido a pensar en despedirme?—dijo Pablo con un acento de reconvención²¹⁰.

Dolores suspiró e inclinó la cabeza.

—Y aun ahora pienso en eso —respondió después de una corta pausa—¿Quién le dice a usted, señor Pablo, que sea tan feliz ahora como cuando estoy a solas con mi pensamiento? ¡Oh! Cuando estoy sentada allí mirando el cielo, ninguna inquietud viene a turbar mi dulce pensamiento, mientras que ahora...

—¿Cómo? —exclamó Pablo—¿Con que mi presencia te causa alguna inquietud?

—Sí, sí—repuso Dolores en voz alta y como si reuniese todas sus fuerzas para responder. Pero al instante, suavizando su acento, prosiguió:

—¿Por qué, señor Pablo, he de ocultar lo que continuamente pienso y lo que todos los días me dice tía Marta?

210 *reconvención*: "Reprender [...] volviéndole en contra su mismo argumento, explotando para hostilizar la fuerza que tiene su propia razón" Domínguez 1853: 1451.

Y cuando la joven creyó tener valor para decir lo que había pensado, un torrente de lágrimas salió de sus ojos y Pablo la vio llevar a su semblante un pañuelo tan blanco como su vestido.

—¡Pobre Dolores! —dijo Pablo conmovido sinceramente— Tu tía Marta es muy cruel cuando...

—¡Oh, no diga usted eso! —interrumpió la joven, descubriendo su semblante— Tía Marta es una mujer santa, que llora más que yo cuando ve mis lágrimas. Y cuando ha tenido que reprenderme... ¡Ah, porque es duro decirlo, señor Pablo! Hace algún tiempo que tía Marta ha tenido necesidad de reprenderme a mí, que nunca le había dado el más ligero disgusto. Pues bien, cuando me reprende, no lo hace con voz áspera y ademán colérico, sino estrechándome en sus brazos, o arrojándose a mis pies y suplicándome en vez de regañarme.

Pablo no supo qué responder a estas palabras. El acento triste e ingenuo con que se expresaba la mestiza llegaba hasta su corazón y le despedazaba como un remordimiento. En aquel instante sintió vehementes²¹¹ impulsos de arrojarse a los pies de Dolores, confesarle el criminal proyecto que había concebido contra ella, para pedirle perdón y huir para siempre de su presencia.

Una larga pausa siguió a las últimas palabras de la mestiza. Pablo, con la cabeza inclinada, parecía aspirar con placer la brisa de la noche impregnada con las partículas olorosas que despedían las flores del jardín cercano. Dolores miraba distraídamente su ancho vestido mecido ligeramente por el viento.

Repentinamente un búho solitario pasó agitando las alas sobre el grupo que formaban ambos jóvenes y, con sus graznidos lúgubres y sombríos, interrumpió el silencio de la noche. Dolores, supersticiosa como lo son todas las gentes del pueblo²¹², sintió que un estremecimiento ligero recorría todo su cuerpo y con acento sobrecogido dijo a Pablo:

—¡Váyase usted, señor Pablo! demasiado hemos contravenido las órdenes de mi pobre tía, que duerme en este instante bien ajena de mi desobediencia. ¡Ah! ¿Por qué ha venido usted a arrebatarme esta noche mi tranquilidad?

—¡Tu tranquilidad! —repitió Pablo, admirado— ¿Acaso disfrutas tu un momento de tranquilidad? No, pobre Dolores: no se me oculta el estado de tu corazón. Yo te he escuchado esta noche, puesto el oído en una de las rendijas de esa puerta, los suspiros y sollozos con que desahogabas tus penas, mientras tu tía Marta roncaba estrepitosamente.

—¡Oh! Esta ha sido una noche terrible para mí. ¿Cómo he tenido valor para engañar tan descaradamente a tía Marta? ¡Ah! Mire usted el mal que me ha hecho viniendo aquí. Hasta cuando mi buena tía me preguntó una vez si le amaba a usted, no sólo le confesé la verdad, sino que le referí toda la historia de nuestros amores. ¡María santísima! —prorrumpió de súbito la joven, interrumpiéndose.

—¿Qué tienes? —preguntó Pablo asombrado.

La mestiza acababa de abrir instintivamente la puerta que un momento antes había cerrado por temor de que Marta despertase con la conversación y tenía ya un pie dentro de la casa.

211 *vehementes*: "Dícese de lo que mueve o se mueve con ímpetu o violencia, u obra con demasiada fuerza y eficacia" Domínguez 1853:1689.

212 *Repentinamente un búho...pueblo*: dentro de la cultura maya peninsular, los búhos son considerados aves que presagian una desgracia, ya que se les asocia con el dios del inframundo. En este sentido, era considerado mensajeros de la muerte, incluso creyendo que eran brujas convertidas en aves. Ver Schmidt, Biró, Pérez 2018: 11 —49.

—¿No ha oído usted?—dijo en voz muy baja, como si temiera ser oída. Y abriendo más la puerta, retrocedió otro paso hacia dentro.

—¿Qué?

—Pasos, frente a mí.

—¡Bah! — dijo Pablo con indiferencia—Mil veces me ha parecido lo mismo y aunque he examinado el terreno con la vista, nada he encontrado. Son las hojas secas de los árboles que el viento hace correr y rozar sobre el piso.

—Sin embargo, creo haber descubierto allá a lo lejos, el bulto de un hombre que se ha ocultado después entre los naranjos.

Y la joven abrió desmesuradamente los ojos procurando distinguir a través de la oscuridad que envolvía el inmenso solar.

Pablo dirigió involuntariamente los ojos hacia el punto indicado.

—¡Ah!—exclamó Dolores—ahora sí que no me engaño. Oiga usted.

Pero el ruido que había llegado a los oídos de la joven se apagó con el de sus palabras y cuando acabó de hablar se había extinguido completamente.

Sea que Pablo concibiese verdaderamente algún temor o más bien para tranquilizar a Dolores, se adelantó hacia la hilera de naranjos con paso acelerado. De súbito una llama vivísima e instantánea como la luz de un relámpago, y cuya naturaleza no podía ocultarse a Pablo, iluminó rápidamente uno de aquellos naranjos y el vestido blanco y azul de un hombre que se ocultaba tras sus ramas que llegaban hasta el suelo. Pablo, aunque deslumbrado un momento, tuvo tiempo de ver todo esto y encorvó instintivamente su cuerpo, esperando oír una explosión y el silbido de una bala. Pero se engañó: la llama no tuvo resultado.

Entonces, guiado por uno de esos rápidos discursos que a impulsos del temor saben formar los hombres en los mayores peligros, corrió hacia el naranjo, creyendo que aquel oculto enemigo no tendría tiempo para prepararse. Pero el árbol estaba distante y Pablo tenía necesidad de correr formando caprichosas curvas, única defensa que podía oponer entonces. Por un momento se creyó fuera de peligro. Pocos segundos le faltaban para llegar al término de su carrera y ya creía ahogar entre sus brazos al traidor que se escondía para asesinarle, cuando la misma llama volvió a iluminar el naranjo seguida de una fuerte detonación, que resonó por algunos instantes en todo el barrio sumido en el profundo y majestuoso silencio de la noche.

Y entre ese eco multiplicado y repetido por las casas, por las paredes y por los árboles, se dejó oír un grito desgarrador que debió estremecer al criminal de pavor y remordimiento. Después de un instante se sintieron los pasos precipitados de un hombre que huía y enseguida la carrera de otro hombre que parecía perseguir al primero. Estos pasos se perdieron insensiblemente hacia la arbolada y algunos minutos después el silencio más profundo dominaba el solar.

CAPÍTULO X EL ASESINO DE PABLO

Un cuarto de hora después, casi todos los vecinos de Marta estaban reunidos en su casita. Todos los hombres estaban armados. Dos o tres llevaban escopetas, algunos palos o sendos²¹³ garrotes y otros, finalmente, empuñaban esa arma cuyo uso es tan común y general en el país: el machete²¹⁴.

Todos rodeaban a Marta, quien con una vela en la mano, única luz que iluminaba su choza, miraba con alegría tantos defensores decididos, al parecer, a arrostrar²¹⁵ por ella una sangrienta batalla. Y aunque ella era el punto de atención general, no había logrado ser escuchada. Mil veces había abierto los labios para pronunciar algunas palabras, pero creyendo imposible hacerse oír, había tomado el partido de callar, con la esperanza tal vez de que calmada aquella efervescencia, muy natural después de un acontecimiento escandaloso, todas acudirían a ella, conociendo que era imposible entenderse mutuamente.

En efecto, cada uno de aquellos hombres, no contento con hablar con el que tenía al lado, procuraba esforzar la voz para ser oído de los demás. Veinte palabras se pronunciaban a un tiempo, lo que impedía que se oyese una sola. Y cuando creía que sus labios no bastaban para calmar al auditorio que querían formarse, levantaban sobre las cabezas de todos, sus escopetas, palos o machetes, y parecían amenazar a la multitud.

—¡Entendámonos!—gritó un mocetón²¹⁶ de musculosas formas, golpeando el suelo con su grueso garrote—Que nos digan lo sucedido.

A esta voz, enérgica, acompañada de un ruido que a nadie se había ocurrido hacer, todas las bocas callaron. Aprovechándose de este silencio, un mestizo que había sido cochero de un diputado²¹⁷, adelantó un paso en medio del círculo y exclamó:

—Pido la palabra o, más bien—añadió después—que se le conceda a la tía Marta.

—Sí, sí — exclamaron muchas voces a un tiempo—que hable la tía Marta.

—¡Qué hable, qué hable! — repitieron todos en coro.

—¡Silencio! — gritó el primero que se había hecho escuchar, engreído con su anterior victoria—Ya esto parece una merienda de negros²¹⁸.

213 *sendos*: "grande, vasto, desmesurado" Pagés 1931: 157.

214 *machete*: se refiere a la popularización de dicha herramienta agrícola, derivada de su uso durante la guerra de Independencia de México (1810 – 1821), dada su popularidad como herramienta agrícola de trabajo. La popularidad de esta arma en México y en el Caribe puede ser consultada en *The SAGE Encyclopedia of Terrorism* de Gus Martín.

215 *arrostrar*: "Afrontar todo género de riesgos, de disgustos, de contratiempos, de azares" Domínguez 1853: 171.

216 *mocetón*: "Persona joven, alta, corpulenta y membrudo" Pagés 1914: 799.

217 *cochero de un diputado*: los cocheros eran un oficio popular en el siglo XIX. La referencia al diputado es porque el narrador hace énfasis en su elocuencia a la hora de pedir la voz y poner orden entre la muchedumbre.

218 *merienda de negros*: 'desorden, confusión o un momento caótico'. Es frase con connotaciones racistas que evocan el tráfico de negros y su explotación. La frase refiere a los momentos de dispersión de los negros y negras en los cuales cantaban y bailaban, creando ruido y un "desorden" contrario a las normas de los blancos esclavistas.

¡Ah! Perdóneme usted—añadió bajando la voz y dirigiéndose a un africano²¹⁹ que tenía a su lado casualmente.

Todos callaron para escuchar a Marta.

—Yo dormía, —dijo ésta, paseando una mirada por todo el auditorio—cuando me hizo saltar de la hamaca la detonación que les ha despertado a ustedes y que les ha hecho acudir a defender a dos pobres mujeres que viven sin amparo en esta pobre casa. De lo cual doy a todos las gracias.

Todos inclinaron a su vez la cabeza, tartamudeando algunas palabras que nadie pudo comprender.

—Pero lo que ustedes no oyeron tal vez—continuó Marta—fue un grito que siguió a la explosión.

—¡Un grito!—interrumpió la multitud.

—Mi mujer lo oyó—exclamó uno de los circunstantes²²⁰—También dice que oyó abrir y cerrar una puerta.

—Y yo —dijo otro, cuya casa lindaba con el solar de Marta—oí la carrera de algunos hombres.

—¡Es posible!—prorrumpieron²²¹, atónitos, algunos.

—Yo no oí carreras. —prosiguió Marta—Lo de la puerta, es cierto. Dolores tuvo valor para levantarse y abrir la puerta del solar para ver lo que sucedía.

Todos dirigieron con admiración la vista a un lugar fuera del círculo para mirar a Dolores. La joven estaba sentada en un taburete, apoyados los codos en sus rodillas y la cabeza en las palmas de las manos. Ajena a lo que pasaba en derredor²²² suyo, enjugaba con los dedos sus lágrimas, que gracias al oscuro rincón que había escogido, se ocultaban a todos los circunstantes.

—¡Ah! se me olvidaba decir a ustedes—continuó Marta—que media hora antes poco más o menos, oí golpes en la puerta. Abrí la de la calle y, aunque registré con los ojos hasta donde podía alcanzar mi vista, a nadie vi. Volví a cerrar y nos acostamos.

219 *un africano*: se refiere a un afrodescendiente. Remito al trabajo de Jorge Victoria Ojeda, titulado *Africanos y afrodescendientes en la Mérida de Yucatán, México. Dos apuntamientos (siglos XVI a XIX)*, el cual evidencia que los afrodescendientes que habitaron Yucatán habían huido de las colonias británicas (Belice) u obtuvieron la libertad de otra manera en el Caribe (Jamaica, Santo Domingo, etc.) También en dicho texto se afirma que el orden colonial había impuesto iglesias de negros, lo cual implica que estaban relacionados con los barrios de la ciudad. Sin embargo, dichas iglesias fueron suprimidas durante el siglo XIX: "Mérida estuvo dividida en parroquias por razas y [...] posteriormente se modificó la clasificación, de manera que hubo, a más del sagrario-catedral para los habitantes del centro de la ciudad, los curatos suburbanos de Santiago, San Cristóbal y Santa Ana, mientras que el de africanos, mulatos y pardos fue suprimido después de 1822 debido a las disposiciones de los tiempos independentistas" (Victoria 2014: 168). Por lo tanto, la novela evidencia que diáspora de afrodescendientes en Mérida había migrado a otros barrios, como lo es San Sebastián. En términos de la literatura, la referencia que hace el narrador y el personaje al negro-africano remite al estatus de los afrodescendientes entre "la cotidianeidad y la alteridad, entre popularidad y marginalidad, entre apropiación anormalidad, entre integración y racialización, entre fascinación y rechazo" (Cunin 2009: 35).

220 *circunstantes*: "Concurrentes, asistentes, espectadores: las personas que se hallan presentes, asisten o concurre" Domínguez 1853: 383.

221 *prorrumpieron*: "Proferir repentinamente y con fuerza o violencia una voz, suspiro u otra demostración de dolor o pasión vehemente" Zerolo 1895: 1758.

222 *derredor*: "Circunferencia o círculo de una cosa" Zerolo 1895: 799.

—¡Bien! ¿Y qué piensan ustedes de todo esto? —preguntó uno.
—Pienso—respondió otro—que han entrado ladrones esta noche en el solar de la tía Marta.
—Seguramente—apoyaron muchas voces.
—Pues yo no lo creo así—exclamó un tercero—¿Para qué habían de disparar los ladrones un fusil?

—Bien dicho—clamó la voluble²²³ multitud.

Todos callaron, entregándose a la reflexión o esperando que se alzase una voz para sacarles de dudas. En medio de este silencio se sintieron los pasos de un hombre que entraba en la casita. Todos volvieron la cabeza y vieron a Esteban que traía en la mano una escopeta mejor parada que las de los demás.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó introduciéndose en el círculo.

—¿Qué?—respondió el que estaba a su lado—Nada se sabe a derechas²²⁴. Se ha oído la detonación de un arma de fuego, un grito, cerrar una puerta, carreras de hombres...¿Qué se yo!. Pero nadie nos dice qué significan todos estos pormenores.

—Lo que es la detonación—repuso Esteban—yo también la oí y por eso he venido.

—Y por eso hemos venido todos, pero nada hemos hecho.

—Hagamos entonces—dijo Esteban.

—¿Y qué?—preguntó el africano.

—Registremos el solar—dijo uno—pueda que encontremos...

—¿A los ladrones?—interrumpió el africano con ironía, para vengarse del que un momento antes le había injuriado impunemente—Si hubo tales ladrones estarán ya durmiendo a pierna tendida, mientras nosotros estamos desvelados y gritando inútilmente.

Algunas sonrisas acogieron estas palabras.

—Yo no digo que encontremos a los ladrones—repuso el que había hablado antes—pero sí encontraremos algunos vestigios que podrán disipar nuestras dudas.

—¡Bien contestado! —dijo Esteban—¿Quién quiere seguirme? Vamos al solar.

—¡Al solar!—exclamaron todos blandiendo sus armas.

Y se precipitaron en tropel tras Esteban que acababa de abrir la puerta. El solar fue invadido por veinte o treinta hombres, llevando algunas luces que Marta les dio. Dentro de la casita solamente quedaron ésta, Dolores y algunas mujeres.

—Me habrán robado—dijo Marta—todos mis utensilios de cocina.

—Razón hay para temer—dijo una de aquellas mujeres—El mes pasado nos dejaron sin comer un día ciertos ladroncillos, cuyo nombre nunca pudimos saber.

—No puedo resistir el deseo de ver lo que me han robado—añadió Marta, lanzándose en pos de la multitud.

Su primer cuidado fue correr a la pequeña cocina de paja, pero no encontró allí vestigios que confirmasen sus temores. La puerta estaba amarrada del mismo modo que la habían dejado antes de acostarse. Marta se tranquilizó y se puso a mirar en derredor suyo.

223 *voluble*: "Inconstante, mudable, vario, versátil" Domínguez 1853: 1731.

224 *nada se sabe a derechas*: 'no se sabe bien'. Derechas: "procede bien y rectamente" Domínguez 1853: 524.

Algunas luces desparramadas por toda la extensión del solar, semejantes a grandes luciérnagas, brillaban y se apagaban alternativamente, ocultándose tras de los rosales o de los árboles. Algunos hombres separados de los demás vagaban en la obscuridad, pareciendo más bien divertidos en contemplar sus sombras que con proporciones gigantescas proyectaban en el piso y en los árboles alguna luz lejana que vacilaba al impulso del aire ligeramente agitado de la noche.

Repentinamente hirió los oídos de Marta una exclamación de alegría y vio acudir precipitadamente a todos aquellos hombres al punto de que había partido. En un instante formaron un solo grupo, del cual salía un murmullo de voces que hizo pensar a Marta que se discutía algún asunto interesante.

Algunos momentos después, la multitud volvió a dispersarse en distintas direcciones para examinar a la vez todo el terreno. Una sombra pasó entonces tan cerca de Marta que la buena mujer, digna hija de Eva²²⁵, no pudo abstenerse de llamarla.

—¿Quién dio ese grito? —le preguntó cuando se hubo detenido delante de ella.

—Ignacio—respondió la sombra—que ha encontrado tras un naranjo, la huella de dos pies descalzos impresa en la tierra humeda.

Marta dejó oír una exclamación de sorpresa.

—Y además, un papel enrollado a manera de cartucho con algunos granos de pólvora.

Y el noticiero²²⁶, sonriendo satisfactoriamente, se alejó, desapareciendo entre la espesura de los árboles. Algunos instantes después, Marta vio aparecer a otro hombre en quien reconoció a Esteban.

—¿Usted aquí, señora?—le preguntó.

—Sí—respondió Marta—Temí que los ladrones se hubiesen aprovechado del aislamiento de esta cocina para robarme mis utensilios, que aunque pocos y pobres, no tengo otros.

Esteban vaciló un instante antes de hablar.

—¡Vaya! Usted cree en tales ladrones.

—Yo...así lo han dicho todos y lo he creído.

—Pues bien... pero mejor será que entremos en la cocina, porque aquí nos interrumpirán a cada paso.

Marta se quedó inmóvil.

—Lo que voy a decir a usted—añadió Esteban, acercándose a la puerta y desatando el nudo que la sujetaba—quisiera que usted y yo lo olvidásemos después de haberme escuchado.

Y entró seguido de Marta que aún no había vuelto de su asombro. Esteban buscó a tientas un palo y atrancó la puerta. Marta se puso en cuclillas²²⁷ junto al fogón, revolió las cenizas y encontró algunos carbones encendidos. Arrimó algunos tizones y hojas de maíz y una llama viva que hacía honor a la habilidad de Marta, no tardó en inundar toda la cocina.

Esteban se sentó sobre un grosero banquillo de madera y Marta sobre una piedra lisa

225 *digna hija de Eva*: remite al pasaje bíblico del Génesis 2 y 3, por la tentación de la serpiente a Eva. Sin embargo, la idea la curiosidad relativa al género femenino es propia de la cultura occidental. En este sentido, Cesare Ripa representa a la Curiosidad en 1593 como una mujer voluble, como se aprecia en su Iconología de dicho año. En este sentido, en la mujer era considerada curiosa, lo cual era inadecuado, incorrecto y moralmente reprochable.

226 *noticiero*: "El que da noticias" Gaspar y Roig 1855: 654.

227 *cuclillas*: "postura o acción de doblar el cuerpo de suerte que las asentaderas descansen en el calcañal del pie" Domínguez 1853: 497.

colocada allí para aquel objeto. Esteban, para estar más cerca de Marta, se había aproximado al fogón y la claridad que despedía la llama iluminaba su semblante. Marta no tardó en levantar la cabeza con sonrisa triunfante. El orgullo legítimo con que el trabajador contempla su obra se leía en sus miradas y con un acento jovial preguntó a Esteban:

—¿Con qué tú no crees en los ladrones?

—A menos, señora—respondió Esteban—que usted me tome por un ladrón.

Marta hizo un ademán de no comprender.

—Porque yo—añadió Esteban—fui uno de los que entraron esta noche en el solar y quien disparó ese tiro de escopeta que ha puesto en movimiento a todo el barrio.

—¡Tú!—exclamó Marta asombrada.

—Yo—respondió secamente el mestizo.

Una larga pausa siguió a esta lacónica respuesta.

—¡No acabo de comprender!—dijo Marta—¿Qué objeto pudo haberte traído?

—Vine en pos de un hombre que, como yo, entró furtivamente saltando la albarrada. ¿Y sabe usted quién era ese hombre?

—¿Quién?

—El señor don Pablo Moncada—respondió Esteban con voz sorda.

Marta dio un salto y se puso en pie, sintiendo a la vez huir toda la sangre de sus venas.

—¡El señor Pablo!—gritó extendiendo sus brazos hacia Esteban.

—Tranquílese usted, señora—dijo éste, alarmado con el grito de Marta—Veinte o treinta hombres discurren en este momento cerca de nosotros y pueden oírlos.

—Tienes razón—dijo Marta, calmándose—¿Por qué hemos de dar motivo a esos hombres para que nos escarnezcan²²⁸? Porque, —añadió la pobre mujer con una tranquilidad que hizo temblar a Esteban —¿no es verdad que vas a anunciarme el deshonor de mi sobrina?

—No, no —se apresuró a responder Esteban—No, señora, yo estaba allí para impedirlo.

Marta creyó volver a la vida y acertó a sonreírse para dar las gracias a Esteban.

—¿Y de qué modo supiste...?—preguntó Marta al cabo de algunos instantes sin atreverse a concluir la frase, creyendo que Esteban la entendería perfectamente.

—Acababa de apagar mi luz—dijo Esteban—después de haber concluido un par de zapatos que debo entregar mañana, cuando oí los pasos de un hombre en la calle. Como conocí por el ruido que gastaba botas²²⁹, me sorprendí y no pude resistir la tentación de abrir el postigo²³⁰ de la puerta. Asomé la cabeza y vi a un hombre envuelto en una capa negra que caminaba en dirección de esta casa. De súbito se detuvo cerca de las amapolas y un momento después la vi saltar con agilidad y ligereza la albarrada. Sentí erizarme los cabellos de espanto y tuve que asir²³¹ las delgadas barras del postiguillo²³² para no caer. Pero esto fue instantáneo.

228 *escarnezcan*: "Ensañarse contra alguno, encruelecerse con él tratándolo desapiadadamente y sin consideración ni miramiento de ninguna clase" Domínguez 1853: 682.

229 *gastaba botas*: 'desgastaba la bota', expresión que significa que pisaba con fuerza.

230 *postigo*: "Especie de puerta falsa que ordinariamente está colocada en sitio escusado en la casa o edificio" Domínguez 1853: 1393.

231 *asir*: "agarrar, echar la mano, tomar con la mano alguna cosa" Domínguez 1853: 181.

232 *postiguillo*: de postigo que es "puerta falsa que ordinariamente está colocada en sitio escusado de la casa" Domínguez 1853: 1393.

En un momento tomé mi resolución, porque creía haber adivinado, estremeciéndome horrorosamente, quién era el que se ocultaba bajo aquella capa negra, que al principio sólo me infundió un miedo supersticioso. Tomé mi escopeta, descolgué un saquito que contenía polvora y plomo, y prendiéndome²³³ en el cinto el primer cuchillo de zapatería que hallé a tientas, me lancé a la calle sin acordarme de cerrar la puerta. Salté la albarrada en el mismo lugar en que la había saltado el encubierto y, como conozco bien el terreno, no tardé en verle sentado en medio del jardincito de Dolores. Como estaba cerca, temí que me descubriese y corrí a ocultarme tras un naranjo. Mi primera diligencia fue cargar mi escopeta a la claridad de las estrellas y, puesto el dedo índice en el gatillo, esperé.

Esteban se detuvo un momento para respirar y continuó:

—Apenas me había colocado en aquel lugar, cuando vi al señor Pablo acercarse a la puerta y luego oí dos golpes. Yo no puedo explicar lo que sentí en aquel momento, pero cuando otros dos golpes dados en la puerta me volvieron la razón, encontreme cerca del jardín con el cuchillo en la mano derecha. ¡Oh! Si el señor Pablo no hubiese dado otra vez esos dos golpes, le hubiera asesinado en medio de mi enajenamiento.

Insensiblemente la voz de Esteban, tranquila al principio, iba tomando una inflexión sombría, que hacía erizársele los cabellos a Marta.

—De súbito —continuó Esteban—vi al señor Pablo apartarse de la puerta y venir hacia el lugar en que estaba. Yo, que había empezado a retroceder, me oculté apresuradamente tras el naranjo más cercano. No tardé en ver iluminarse la casa y oír abrir una puerta. Por un instante temí que usted sorprendiese al señor Pablo, pero cuando la casa volvió a sumirse en la oscuridad de la noche y cuando todo quedó en silencio otra vez, ¡oh!, entonces di gracias a Dios con todo mi corazón.

—¿Cómo? —interrumpió Marta asombrada—¿No querías que yo saliese a evitar el peligro que amenazaba a mi sobrina?

—Señora, —respondió Esteban—si usted hubiera descubierto al señor Pablo, le habría reprendido llorando y le habría rogado, arrojándose a sus pies, que abandonase aquel lugar. Y el señor Pablo se hubiera reído de sus lágrimas y de su humillación, como lo ha hecho otras veces. ¡Oh señora! Ese hombre, incapaz de ablandarse, merece un castigo que le corrija para siempre y yo, persuadido de que Dios me había enviado allí con este objeto, no esperaba más que un movimiento que me desagradase para cumplir la voluntad de Dios.

—¡Esteban, Esteban! —dijo Marta reprendiendo dulcemente al mestizo—Dios nunca puede inspirar malos pensamientos.

—Yo no sé si es un mal pensamiento el que había concebido, pero creo que si volviera a ver al señor Pablo del mismo modo que le vi entonces, le quitaría la vida, creyendo hacer un beneficio.

Marta se estremeció y no pudo responder. El acento con que el mestizo pronunció esta amenaza, indicaba que la cumpliría al pie de la letra. Entre tanto éste continuó.

—El señor Pablo volvió a acercarse a la puerta y un momento después vi aparecer desde mi escondite el vestido blanco de una mujer. El aborrecimiento y los celos me embriagaron en aquel momento de tal manera, que ya había preparado la escopeta para dispararle, pero

233 *prendiéndome*: “engancharse” Domínguez 1853: 1399.

entonces advertí que Dolores se hallaba tan cerca del señor Pablo, que era muy fácil hacer una víctima inocente en lugar de castigar al culpado. Este temor me redujo a una cruel inacción y mucho tiempo estuve despedazándome el puño con los dientes, sin poderme resolver a nada. Mis ojos estaban clavados, sin pestañear, en la puerta que había vuelto a cerrarse y, a la claridad de las estrellas, creía ver una alegre sonrisa en los labios de Dolores que tenía vuelta la cara hacia mí. Una ansiedad cruel me devoraba y oía distintamente los latidos de mi corazón. De súbito, un pensamiento que creí inspirado por Dios, me hizo sonreír de placer. Cambiándome al lado opuesto del solar no encontraría a Dolores en la misma dirección que al culpado. Pero para esto era preciso que me metiese más dentro de la arboleda para que no me viesan. Seguí la hilera de los naranjos no sin volver a cada instante la cabeza hacia la puerta. No anduve sin duda con bastante precaución porque de repente vi al señor Pablo separarse de Dolores y venir hacia mí. Ahogué una exclamación de alegría próxima a salir de mis labios y le apunté, seguro de no darle a Dolores porque estaban ya bien separados. ¡Oh!, si hubiera salido el tiro, el señor Pablo hubiera quedado allí sin vida. Pero sólo ardió el cebo²³⁴ y no tardé en ver a aquella sombra negra correr hacia mí, formando curvas para defenderse. Por fortuna, yo que conocía mi escopeta, estaba prevenido para todo y al instante quedó repuesto el cebo. Entonces disparé y un grito de Dolores que llegó al mismo tiempo a mis oídos me dejó inmóvil de espanto algunos instantes, pero reflexionando que no podía haberla herido, porque estaba seguro de la dirección que había tomado la bala, empuñé con la derecha mi cuchillo y esperé al señor Pablo que se adelantaba hacia mí en línea recta. Pero repentinamente un pensamiento vino a quitarme todo el valor. Aquella detonación que había retumbado tanto en mis oídos había, sin duda, puesto en pie a todo el barrio y de un momento a otro el solar iba a ser invadido por una multitud de curiosos. Abandoné apresuradamente aquel lugar y el señor Pablo corrió tras de mí. Saltó la albarrada diez segundos después que yo, pero en lugar de seguirme desapareció por la calle opuesta.

Cuando Esteban hubo acabado de hablar, Marta alzó los ojos para mirarle. La llama del fogón que había cuidado de alimentar al principio había disminuido considerablemente, y la claridad vacilante que despedía entonces daba un tinte tan fatídico al semblante de Esteban que Marta se levantó al instante.

—¿Eso es todo cuanto tenías qué decirme? —le preguntó.

—Todo —respondió Esteban.

Y se levantó también apoyándose en el cañón de su escopeta. Marta apartó los tizones para extinguir completamente la llama y, seguida de Esteban, salió de la cocina. Cuando entraron en la casa²³⁵, encontraron ya reunidos a todos sus buenos vecinos, que comentaban de mil opuestas maneras los únicos vestigios que se habían encontrado del dudoso acontecimiento de aquella noche. Media hora después se habían retirado ya todos, dejando solas a Marta y Dolores.

234 *cebo*: "pólvora que se pone en la cazoleta de una arma de fuego y a la cual se prende este" Domínguez 1853: 357.

235 Como el lector habrá notado, la casa de Marta – Dolores tiene al menos cuatro espacios, que son la casa principal, la cocina, el jardín y, aunque no se menciona, debía existir un espacio de letrina. En este sentido, esta casa sería una "vivienda un poco más amplia y mejores condiciones de iluminación y ventilación" donde existían "subdivisión y densificación de las casas" (Ribera 2003: 21).

—¿Tienes sueño? —preguntó Marta a su sobrina, que aun no había abandonado su rincón.
—¿Sueño? No —respondió la joven.
—Entonces podemos esperar que amanezca, conversando. Apenas faltarán tres horas para el alba.

Dolores no respondió, pero acercó su asiento a Marta que acababa de sentarse en la hamaca.

—Dolores, —añadió Marta con voz dulce y tranquila—ya lo sé todo. Ya sé que ese tiro de fusil que ha alarmado a todo el barrio fue dirigido al señor Pablo, que conversaba contigo.

El espectro de Antón que se hubiese aparecido a la joven, evocado milagrosamente de su tumba para echarle en cara sus imprudentes amores, no la hubiera aterrorizado tanto como estas palabras de Marta. Un ligero grito se escapó de su pecho y llevó las manos a su semblante²³⁶ para ocultar su vergüenza, aunque debía estar segura que la débil claridad que iluminaba la casita, no podía permitir que ninguno leyese su confusión en su rostro.

—También sé —continuó Marta dando a su acento una inflexión más dulce todavía —también sé quién fue el que quiso herir al señor Pablo. ¿Lo sabes tú? ¿No lo sabes o no lo adivinas?

—¿Quién le ha dicho a usted todo eso? —preguntó Dolores balbuciente²³⁷. Marta conoció que la joven evadía una pregunta para librarse de contestar.

—Responde a mi pregunta y después responderé a la tuya.

—¡Señora! —tartamudeó Dolores.

—¡Vamos! — exclamó Marta con impaciencia—Decididamente ese loco amor te ha hecho perder todas tus buenas cualidades. ¿Por qué temes decirme tanto que Esteban fue el que quiso herir al señor Pablo? Verdad es que no pudiste verle, pero no creo que al instante no lo hayas adivinado.

Dolores deseaba sinceramente que la tierra se abriese en aquel instante y la tragase²³⁸, para alejarla de la presencia de su tía.

—¿Crees—continuó Marta,—que voy a reprenderte? No, demasiado hemos hablado otras veces sobre el asunto, y ahora me contentaré con referirte una historia, mientras sale el sol a llamarnos al trabajo.

Marta se levantó, puso una vela entera en un candelero de barro, encendió un cigarro de pajilla del país²³⁹ y volvió a sentarse en la hamaca. No tardó en principiar la prometida historia, de que no queremos privar a nuestros lectores.

236 *semblante*: “La cara, la faz, el rostro, el aspecto” Domínguez 1853: 1536.

237 *balbuciente*: “que no acierta a pronunciar con claridad” Domínguez 1853: 218.

238 Desarrolla la expresión “trágame tierra” que “denota una gran vergüenza que mueve a quien lo dice a desear verse oculto de las gentes” (DRAE).

239 *cigarro de pajilla del país*: el cigarro no se industrializó sino hacia finales del siglo XIX, por lo cual el personaje de Marta debe estar haciendo un cigarro con tabaco que debía provenir de Córdoba, Orizaba o San Andrés Tuxtla armado con papel español (Herrera 2019: 20). Por geografía, el cigarro de Marta era de origen veracruzano, destacando con el tabaco cubano, el cual gozaba de gran prestigio entre las élites mexicanas del siglo XIX. Remito al trabajo *De placeres efímeros que se desvanecen en el aire. Una historia socio cultural del fumar en México, 1880–1960* de Sergio Daniel Herrera Rangel.

CAPÍTULO XI

JUANA

Hace muchos años —comenzó Marta— que existía en este mismo barrio de San Sebastián un buen anciano cuyo único patrimonio consistía en una choza de paja y un solar.

Tenía una hija única que apenas contaba diez y ocho años y a quien amaba como a la niña de sus ojos. Verdad es que Juana merecía este amor y sabía corresponderle, dando continuamente a su padre señales de su cariño y coplaciéndole en todo, de manera que el buen viejo no cesaba de bendecir a la providencia cada vez que sus ojos se fijaban en su hija.

Lo único en que podía ejercitarse era en cultivar su pequeña posesión²⁴⁰ y Juana le ayudaba en este sencillo y agradable trabajo. Su solar, mejor sembrado que el nuestro, contenía innumerables hortalizas, algunas flores y muchos árboles frutales, que ostentaban su eterna verdura en todas las estaciones del año y ninguna pulgada de terreno había desperdiciada.

Por la mañana, antes de salir el sol, se levantaban padre e hija. El buen viejo tenía ya tan pocas fuerzas que no podía sacar agua del pozo. Juana se encargaba de esto y, cuando había ya llenado una gran pila que se hallaba contigua al pozo, iba a vestirse. Cuando su padre la veía volver un instantes después, blanca como una paloma y ostentando en su garganta un rosario de corales engarzados en oro, que caía sobre su abultado pecho, sonreía con orgullo y la ayudaba a poner sobre su cabeza un cesto lleno de todas las producciones de su solar que el anciano recogía mientras su hija sacaba agua del pozo. Juana acogía ruborizada las sonrisas de su padre, y rebotando de contento iba al mercado a realizar su venta.

Entretanto el anciano se ponía a regar. Arrancaba las malas hierbas, sembraba, podaba los árboles que lo necesitaban: en suma, todo lo hacía en las dos horas que su hija tardaba comúnmente en el mercado. Cuando concluía su trabajo, iba a sentarse a la puerta a esperar a Juana, fumando su cigarro y calentándose a los rayos del sol.

Juana volvía a las nueve con el cesto vacío: todo lo había vendido. Entregaba a su padre el precio de su común trabajo y entraban a almorzar alegremente. Después del almuerzo, Juana se ponía a coser y su padre a trabajar en algunas obras de henequén²⁴¹ hasta que entraba la noche. Verdad es que con esto lucraban muy poco, pero el cultivo del solar les recompensaba y no faltándoles cosa alguna: con razón se creían felices.

240 *pequeña posesión*: en la introducción está desarrollado el tema de la mujer, la potestad, el honor y la estructura patriarcal de las familias mexicanas del siglo XIX. Sin embargo, es importante señalar que ésta potestad de la mujer a la que remite la novela no es simbólica ni poética, ya que la mujer del siglo XIX “tenía un papel subordinado en casi todas las esferas de la vida; en lo político no podía desempeñar ninguna función, en lo económico, aunque podía disponer de sus bienes, necesitaba de la autorización de su marido, padre o tutor para cualquier transacción. Las hijas solteras estaban sujetas a la patria potestad hasta la muerte del padre o hasta que éste las emancipara” (Rabell 1991: 273).

241 *henequén*: “Planta [...] con hojas de pencas radicales, carnosas, en pirámide triangular, con espinas en el margen y en la punta, color ver claro, de 15 a 20 cm de anchuras en la base y de hasta 3 m de longitud” DRAE. La palabra henequén no fue introducida sino hasta 1914 en el Diccionario de Pagés. El henequén fue trascendente en la economía y sociedad yucateca, ya que de sus pencas se elaboraban fibras que permitía hacer ropa, artesanía, cestería, etc. Sin embargo, la novela remite a un momento previo al boom comercial e industrializado del henequén, el cual tiene un auge de 1880 a 1918, marcando su decadencia el fin de la Primera Guerra Mundial y la introducción de fibras sintéticas que sustituyeron el producto henequero. Remito al trabajo *Del henequén a las maquiladoras: la política industrial en Yucatán* de Rodolfo Canto Sáenz, para más información sobre los procesos históricos, económicos e industriales para comprender la relevancia del henequén en la península de Yucatán entre el siglo XIX y gran parte del XX.

Mucho tiempo vivieron así sin inquietarse por nada. Juana siempre estaba alegre, con la sonrisa en los labios o cantando las tonadas que estaban en boga en el barrio²⁴². Su padre la veía entregarse con gusto a los placeres de la juventud y al mirarla tan bella y llena de salud y de vida, su orgullo de padre se creía satisfecho. Sin embargo, algunas veces, pero esto era muy raro, Juana veía al anciano sentado tristemente en su hamaca, con la cabeza inclinada y con los ojos arrasados en lágrimas. Corría a él, se sentaba a su lado y echándole sus torneos brazos al cuello:

—¿Qué tienes?—le preguntaba con un interés verdaderamente filial²⁴³.

—¡Juana! —exclamaba su padre, dando un profundo suspiro.

—¡Dios mío! ¿Por qué no respondes? ¿Estás enfadado conmigo? ¿Qué he hecho? Si es algún mal, dímelo para que me corrija al instante.

—¡Oh, no! Tú no has hecho nada. Eres una excelente muchacha, un ángel. Y sin embargo, es por ti por quien derramo estas lágrimas.

—¿Por mí?

—Sí, cada día vas creciendo más y te vas poniendo más hermosa. He reparado que los jóvenes de nuestra raza que pasan por aquí te miran con cierta especie de admiración mezclada de respeto. Por ellos no me inquieto y si alguno quisiera tomarte por esposa, no le rehusaría tu mano, aunque me causaría un gran dolor separarme de ti. Pero cuando pasa por nuestra puerta por casualidad algún español, te mira con ojos tan codiciosos, que me hacen estremecerme por ti.

— Entonces — añadió Marta a manera de paréntesis—todavía dábamos a todos los blancos el nombre de españoles.

— ¡Cuidado, hija mía!—continuaba el anciano, devolviendo a Juana sus caricias—¡Cuidado con esos señores! No los mires ni les muestres los dientes²⁴⁴, aun los veas muy hermosos y vestidos con riqueza.

Juana se ponía colorada como la flor de los granados²⁴⁵ que cultivaba en su solar y prometía a su padre seguir fielmente sus consejos.

Como te he dicho, todas las mañanas iba al mercado. Hacía muchos días que había advertido que un joven español estaba siempre inmóvil en una esquina donde ella había de pasar precisamente. Desde que la veía entrar en la calle, clavaba en ella los ojos y cuando pasaba junto a él tosía con fuerza, sin duda para llamarle la atención. Pero Juana, que no había

242 *cantando las...barrio*: debe tratarse de algún son, romance o jarana procedente del fandango español, pues como explica Álvarez Boada, el acervo musical popular eran "romances, seguidillas, canciones y danzas que cobraron mayor auge hacia principios del fandango español, como Las Angaripolas, Los Aires, El Jarabe Gatuno, El Toro Grande, Toritos, Peteneras, Rondeñas y otros sonecitos yucatecos como El Chuleb, El Zopilote, La Xochita, El Pichito, La yuya, El Churixito, La Torcaza y La Garza [...] hacia la mitad del siglo XIX se garantizó la ejecución con orquesta en las vaquerías y la jarana reemplazó la presencia de los antiguos sonecitos, de cuya existencia poco queda en la memoria popular" (Álvarez 2005: 83).

243 *filial*: "Perteneiente o relativo al hijo; propio de los hijos, natural en ellos" Domínguez 1853: 797.

244 *muestres los dientes*: 'sonrías'. Una dentadura sana también remite a un símbolo de salud y juventud en la época. La expresión también es relativa a "plantarle cara" (Domínguez 1853: 606), es decir, mostrarse.

245 *granados*: "Árbol [...] con el troco tortuoso, los ramos delgados a proporción; las hojas oblongas, verdes, lustrosas; las flores a manera de rosas, de color de grana" (Domínguez 1853: 878). Es decir, que se pone roja.

olvidado los consejos de su padre, apenas levantaba los ojos a la altura del pecho del joven y veía su vestido europeo y una cadena de oro que brillaba sobre la blancura de su camisa, cuando los bajaba de nuevo llena de confusión y continuaba apresurada su camino. Muchas veces oía los pasos del joven que la seguía de lejos, pero jamás se había atrevido a volver la cabeza para mirarle.

Tenían el anciano y su hija una vecina llamada Cecilia, que era panadera. Ella era la que les hacía pan, porque el anciano nunca había querido que Juana trabajase el que habían de comer. Además, la joven no podía hacerlo, aunque quisiese, porque toda la mañana la pasaba en el mercado y sus costuras era muy estimadas en el barrio y aún en la ciudad, por cuyo motivo siempre las tenía en abundancia.

Así es que Juana dos veces al día entraba en la casa de Cecilia a tomar el pan, porque Cecilia no tenía con quién mandarlo. Estas dos visitas diarias habían engendrado entre la joven y la panadera cierta especie de intimidad. Juana llegó a notar de repente que Cecilia empezaba a mostrarla ya mayor aprecio que el ordinario. Cuando llegaba le decía que había pan hecho, pero que estaba frío. La invitaba a sentarse mientras hacía el que debía llevar, para que ella y su padre comiesen el pan acabado de hacer. Juana le daba las gracias y refería a su padre la deferencia con que la trataba Cecilia.

Porque en verdad parecía que cada día se aumentaba más el amor de la panadera hacia ella. En aquellos cortos instantes que lograba detenerla dos veces al día para que esperase el pan, le hacía mil caricias, le decía que era la muchacha más linda del barrio y que debían envidiar su belleza todas las mujeres. Se deleitaba en oírla hablar y le dirigía mil chanzas²⁴⁶ inocentes sobre los jóvenes que se morían por ella. Tal era la expresión de Cecilia.

Una mañana, al entrar Juana en casa de la panadera, quedó muy sorprendida al ver sentado en una hamaca, ennegrecida por el humo, al mismo joven español que todas las mañanas encontraba al ir al mercado. Cecilia, que trabajaba el pan en un rincón de la casa, porque no tenía cocina como nosotras, conversaba familiarmente con él. Juana se detuvo avergonzada en el umbral de la puerta con los ojos bajos y las mejillas sonrosadas.

—Vine por el pan, Cecilia —dijo con voz apenas inteligible.

—¡Adelante, Juanita!—gritó la panadera sin interrumpir su trabajo—Toma asiento o hamaca, si la prefieres.

La hamaca de que hablaba Cecilia no distaba dos pasos de la que ocupaba el joven español y los dos únicos asientos que poseía la panadera, parecían colocados con intención entre las dos hamacas.

—Gracias —dijo la joven, que había observado todo esto con una rápida ojeada—Mi padre me dijo que volviese al instante.

—Pero, querida mía, —objetó la panadera—¿quieres que tu padre, que ya no tiene dientes, coma un pan hecho desde las siete de la mañana? Espera: dentro de cortos instantes habré concluido este.

Juana, no sabiendo ya qué responder, dio algunos pasos, alargó el brazo cuanto pudo hacia uno de los asientos para colocarlo lo más lejos posible del español, sin parecer ridícula y se sentó en él con modestia. Al principio no tuvo valor para alzar los ojos hacia el joven. Pero cuando Cecilia le dirigió algunas palabras para hacerla hablar únicamente tuvo que levantar la cabeza y entonces fue cuando vio por primera vez acaso el semblante del español.

246 *chanzas*: "Dicho burlesco y gracioso" Domínguez 1853: 513.

A Juana le pareció un joven muy hermoso. Sus ojos, de un negro perfecto, estaban clavados en ella con una expresión nada equívoca que manifestaba su admiración. Juana, agradablemente sorprendida, sintió arder sus mejillas y apenas tartamudeó algunos monosílabos para responder a Cecilia.

Entretanto, el español, que no había desplegado los labios desde que Juana había aparecido en la puerta, empezó a dirigirle la palabra luego que se hubo sentado. La pobre muchacha quedó absorta cuando oyó una voz dulce y varonil que le hablaba de su vida privada como podía hacerlo ella misma. Le habló de su anciano padre, del cultivo de su pequeña posesión con que se ganaba la vida y de su destreza en la aguja. Juana no se enfadaba de escucharle y experimentó cierto disgusto cuando Cecilia la llamó presentándole el pan envuelto en una servilleta más blanca que la nieve²⁴⁷.

Juana, sin saber por qué, al llegar a su casa no tuvo valor para referir a su padre su encuentro con el español. Siempre había sido tan ingenua que jamás le había ocultado una acción suya, pero esta vez apenas abrió sus labios cuando se arrepentía con gran sorpresa suya y, o enmudecía al instante o hablaba de otra cosa. Cuando por la tarde volvió Juana a casa de Cecilia, no pudo contener su curiosidad de saber quien era el joven que por la mañana había visto.

—Se llama don Jaime —respondió la panadera con entusiasmo— Es un caballero excelente, de muy buena familia, a quien conocí hace tres años.

—¿Y cómo? —preguntó Juana.

—Vas a oírlo—repuso Cecilia—Estaba entonces tan enferma que no podía trabajar, ni curarme, porque no tenía dinero. Una tarde, don Jaime que volvía de cazar, con una escopeta al hombro, entró aquí pidiéndome agua. Se la di y después de haberla bebido me preguntó si estaba yo enferma. Expliquéle entonces mi mal y la imposibilidad en que me hallaba por mi miseria de ponerme en cura. El generoso caballero con gran sorpresa mía sacó de su bolsillo algunas monedas de plata y asentándolas sobre una mesa, salió diciéndome que allí tenía dinero para subvenir a mis necesidades y que si no era suficiente, volvería cuatro días después trayéndome más.

—¿Y volvió?—preguntó Juana simpatizando, desde luego, su buen corazón con aquel caballero tan generoso, como le llamaba Cecilia.

—Exactamente. Me dio otra suma igual a la primera con la cual pude curarme del todo, gracias a Dios y al señor Jaime. Desde entonces no se olvida de mí y nunca pasa una semana sin que venga a mi casa dos y hasta tres veces.

Juana quedó encantada con este noble rasgo de Jaime. Su acción había sido, sin duda, desinteresada, porque Cecilia ya era mujer de edad para que pudiese tener un amante y ninguna persona vivía con ella. Nada poseía, en fin, que pudiese codiciar un joven como Jaime.

¡Pobre Juana! Era incapaz de sospechar que todo lo que se refería del joven español era una ficción, y que su generosidad era una mentira. Sin embargo, era así desgraciadamente. Conociendo Jaime que le era imposible entrar en casa del anciano padre de Juana, escogió

247 *más blanca que la nieve*: símil que acusa las lecturas de Eligio Ancona, ya que en la península de Yucatán no existe la nieve y no había lugar cercano para crear esta referencia. El autor solo la conocería por pinturas y referencias literarias. Ver "vestidos de delicado lino más blanco que la nieve" (Collado 2003: 170); "un ángel descendido del cielo, con un traje más blanco que la nieve" (Olavide y Jáuregui 2003: 28).

a Cecilia por tercera de sus torpes amores. La perversa mujer se prestó gustosa a servirle, porque hizo brillar a sus ojos las monedas de plata de que Cecilia habló a Juana, atribuyéndolas a su generosidad. Habíanse convenido ambos en perder a la joven y tenían formado un plan que aquella mañana empezó a ponerse en práctica sin que lo echase de ver la inocente víctima.

No me detendré ahora en referirte todos los combates que tuvo que sufrir la pobre joven. Jaime con su exterior agradable, sus palabras seductoras y la capa de virtud con que le había disfrazado diestramente Cecilia, se granjeó²⁴⁸ el afecto de Juana, afecto que no tardó mucho en degenerar en amor. Todas las mañanas, cuando iba a casa de su vecina a buscar el pan del almuerzo, conversaba alegremente con Jaime. La panadera, entretanto, aunque bajo el mismo techo que ambos jóvenes, parecía no hacer caso de su conversación, así es que el caballero pudo fácilmente infiltrar el peligroso veneno de la seducción en el corazón de la inexperta doncella.

Llegó un día en que Juana, no creyendo suficientes a la amistad que profesaba a Cecilia aquellos dos cortos instantes que diariamente le dedicaba, empezase, invitada por la panadera, a acompañarla todas las noches hasta las ocho, hora en que ambas se recogían. Su anciano padre había condescendido con el deseo de la joven, porque durante aquel tiempo se divertía con algunos amigos, vecinos suyos, que le visitaban todas las noches en su choza. Esta condescendencia perdió a la muchacha.

Al principio, aquellas veladas entre las dos amigas fueron deliciosas. Nunca persona alguna vino a importunar con su presencia las confianzas que su mutua amistad les arrancaba y Juana estaba contenta porque nada tenía que temer. Pero repentinamente una noche se encontró Juana con el joven español al entrar en casa de la panadera. Sintió un secreto temor a su presencia y habló muy poco y con menos alegría de la que mostraba todas las mañanas al conversar con el mismo Jaime. Desde entonces ambos jóvenes se reunieron todas las noches en casa de la panadera.

Entretanto, el anciano padre de Juana iba decayendo naturalmente. Los muchos años que contaba eran un peso que se aumentaba insensiblemente y que cada día le agobiaba más. Su cabeza se había inclinado mucho las fuerzas le faltaban, sus piernas flaqueaban con frecuencia y sus manos temblaban ya de tal modo que no podía conducir las jícaras²⁴⁹ de agua con que antes daba vida a sus legumbres y a sus flores. Juana no podía hacerlo todo pero, como el cultivo de su solar era el pan que comían todos los días el padre y la hija, no podían abandonarlo so pena de morirse de hambre. Tuvieron necesidad de valerse de un muchacho que mediante un pequeño sueldo, mientras Juana iba al mercado con su venta ordinaria, iba a regar los sembrados a presencia del viejo que presidía aquel trabajo, que no podía ya hacer, sentado en un lugar bañado por los rayos vivificantes del sol de la mañana. Este sueldo disminuía el corto caudal de aquella pobre familia. Además, el anciano había dejado de trabajar en las obras de henequén que en otro tiempo aumentaban sus entradas.

Juana cometió la imprudencia de referir a Cecilia su pobreza en presencia de Jaime. Éste ofreció a la joven ir a ver a su padre para presentarle algún socorro, pero Juana se opuso dando las gracias al español. Pensó, y con razón, que el orgullo y la dignidad de su padre no le

248 granjeó: "Adquirir, ganar, obtener la voluntad de alguno, su cariño." Domínguez 1853: 879.

249 jícaras: "vasija pequeña de loza más o menos fina" Domínguez 1853: 1016. En el caso de Yuca-tán, proceden del árbol *Crescentia cujete*, de forma redonda que al secarse y ser partida a la mitad deja un par de vasijas con varios usos en la región, desde prácticos (como llevar agua) hasta rituales.

hubieran permitido recibir aquella especie de limosna de manos de persona alguna, y mucho menos de las de un joven de la calidad de Jaime: porque Juana, por un secreto presentimiento, sabía que el anciano hubiera creído recibir el precio del honor de su hija.

Pero cuando Juana fue a la mañana siguiente a casa de Cecilia, Jaime le entregó un bolsillo de seda que contenía cierta cantidad de dinero. La joven, ya porque no tuviese valor para rehusar nada que viniese de manos de una persona tan querida, o por amor a su padre, pues conocía que sin aquel socorro no podía subsistir, pasó por la vergüenza de recibir aquel dinero que no había ganado. Por supuesto, nada supo el anciano. Juana guardó aquel pequeño tesoro en lugar seguro y todas las mañanas al volver del mercado añadía algunos reales a la cantidad que había producido su venta.

Se pasaron algunas semanas. Juana iba tres veces al día a casa de Cecilia y dos de ellas, esto es, por la mañana y por la noche, encontraba precisamente a Jaime. El amor había echado profundas raíces en su corazón y hubiera creído morir de dolor si el español hubiese faltado una sola vez a sus dulces entrevistas, que siempre tenían lugar ante la muda presencia de Cecilia.

Dos veces más le había entregado igual suma a la primera y Juana no se había atrevido a rehusarla. Después de haber recibido una vez, ¿qué pretexto podía alegar para no recibir otras, cuando su padre parecía cada día más próximo a la tumba?

Una noche se sorprendió Juana cuando al entrar en casa de Cecilia no vio a Jaime.
—¿Y el señor Jaime?—preguntó tímidamente a la panadera.
—Aún no ha venido—respondió ésta con serenidad.
—¡Dios mío!—repuso Juana con interés—¿Qué le habrá sucedido? ¿Acaso habrá enfermado?
—¡Quién sabe!

Esta indiferencia de parte de la panadera chocó a la joven.
—Parece que a usted poco le interesa la salud del señor Jaime.
—¿Y a ti, Juana?
—¿A mí? ¡Oh! Yo sentiría mucho que enfermase, porque le tengo cariño. ¿No es el bienhechor²⁵⁰ de mi padre?
—Veré si viene ya: espérame aquí.

Cecilia se levantó y salió a la calle. Algunos instantes después sintió Juana los pasos de una persona que se acercaba, alzó la cabeza y vio entrar a Jaime quien cerró la puerta tras sí, dándole una vuelta entera a la llave. Dio un grito al considerarse a solas con el joven español, quiso levantarse de la silla que ocupaba, pero le faltaron las fuerzas.

A la hora acostumbrada, Juana atravesaba el corto espacio que separaba la vivienda de Cecilia de la de su padre ocultando el rostro entre sus manos. Acababa de dejar su honor, para no recobrarlo jamás, en casa de su infame amiga. Dos meses después de este acontecimiento, el padre de Juana al salir de su casa, dio una terrible caída. Jaime, que estaba en casa de Cecilia, le vio caer y corrió a levantarlo. Juana, que esperaba el pan del almuerzo, voló tras el joven y ambos condujeron al anciano a una cama porque los gritos que daba les hicieron creer que no podría sufrir el movimiento oscilatorio de la hamaca. El mismo Jaime corrió en busca de un médico, quien declaró no tener remedio el anciano. Una hora después, había perdido el

250 *bienhechor*: "El sujeto caritativo, liberal, limosnero, que compadece y alivia con recursos la desgracias de sus semejantes" Domínguez 1853: 252.

uso de la palabra: una respiración trabajosa y algunos ahogados sollozos que parecían partir del fondo de su alma, eran las únicas señales de vida que daba ya. Su pobre hija, no pudiendo resistir el dolor inmenso que oprimía su corazón, cayó desmayada a los pies de su lecho de agonía²⁵¹.

A las dos de la tarde exhalaba el pobre viejo el último suspiro después de haber recibido el sacramento de los moribundos²⁵². Había muerto quizá, bendiciendo interiormente a su hija, porque nunca supo su deshonor.

Juana se quedó sola en el mundo. Rogó a Cecilia que la recibiese en su casa, o por mejor decir, que viniese a vivir con ella en la suya, pues jamás pudo resolverse a abandonar la cabaña en que había nacido y en que había muerto su padre. Cecilia se prestó gustosa a este cambio y Jaime se alegró también porque se ahorra de caminar algunos pasos todos los días. Dejó Cecilia su oficio de panadera para poder entregarse, en unión de Juana, al cultivo del solar. Únicamente hacía el pan para que comiesen ambas, después que volvía de vender en el mercado el fruto de su común trabajo.

Por su pudor, fácil de comprender, Juana ya no salía de su casa por temor de que el mundo notase su preñez²⁵³. Al principio las dos mujeres nada tuvieron qué temer y se creyeron felices, porque además de lo que ganaban personalmente, el inagotable bolsillo de don Jaime se les franqueaba²⁵⁴ con una generosidad sin límites. Pero insensiblemente el joven español empezó a escasear sus visitas, hasta que dejó completamente de asistir a la humilde choza de Juana. Esto fue notado por la infeliz dos o tres meses antes de dar a luz el fruto de sus criminales amores.

Juana, que amaba mucho a su seductor, empezó a llorar noche y día, preguntando sin cesar a Cecilia qué se había hecho de él. La infame mujer no sabía qué responder a su víctima, y la exhortaba a que olvidase a Jaime del mismo modo que Jaime la había olvidado. Este era el único consejo que podía dar aquel mal corazón.

Cumpliose el tiempo de la preñez de la joven. Dio a luz sobre la misma cama en que seis meses antes había espirado²⁵⁵ su padre, un niño que fue bautizado como hijo expósito²⁵⁶ de Cecilia. Nació el día de San Joaquín²⁵⁷ y este nombre recibió en la pila de su bautismo²⁵⁸.

251 Refiere a una embolia y/o accidente cerebrovascular.

252 *sacramento de los moribundos*: se refiere a la unción de los enfermos que consiste en poner aceite bendecido en la frente y en las manos con las palabras *Per istam sanctam unctionem et suam piisimam*. En este caso, se le aplica de manera *post mortem*.

253 *preñez*: "Estado de la hembra preñada" Domínguez 1853: 1400. Es decir, que estaba embarazada.

254 *franqueaba*: "Conceder, proporcionar liberal y generosamente alguna cosa" Domínguez 1853: 819.

255 *espirado*: "Finar, exhalar el último suspiro, morir" Domínguez 1853: 738.

256 *expósito*: "Que se aplica al niño o niña que ha sido echado a las puertas de alguna iglesia, casa u otro paraje público, por no tener con que criarle sus padres, o porque no se sepa quienes son" Salvá 1846: 503.

257 Se refiere al 16 de agosto, en el rito romano, aunque los "benedictinos y algunos católicos de oriente celebran juntos a San Joaquín y Santa Ana el 26 de julio" (Butler 1965: 341.) Después del Concilio Vaticano II (1962 –1965) quedó como el 26 de julio para ambos santos. Su patronazgo está asociado a los padres, abuelos y casados, lo cual es irónico dado que el niño es producto de un romance que no procede de matrimonio y en el que el padre no estará presente.

258 *pila de bautismo*: "Pieza de piedra cóncava, con su pedestal de lo mismo y lapa de madera, que hay en las iglesias parroquiales para administrar el sacramento del bautismo" Domínguez 1853: 845.

Juana creyó ver en él un vivo retrato de Jaime y, como Jaime, había sido dotado por la naturaleza de un exterior agradable: el niño era precioso y bello como un ángel, aunque hijo de un amor impuro. Su joven madre no se cansaba de mirarle a través de sus lágrimas y le cubría de caricias.

Desde el día de su penoso alumbramiento, Juana había creído empezar a notar que Cecilia, lejos de amarla como antes, la miraba ya con cierta especie de aversión que no se tomaba el trabajo de disimular. Cuando inmóvil todavía en su lecho e imposibilitada de levantarse le pedía su voz suplicante algún objeto, la antigua panadera se levantaba refunfuñando²⁵⁹ y se lo presentaba sin desplegar los labios y sin dignarse mirarla. Aunque siempre la hablase con dulzura, porque Juana a pesar de conocer que Cecilia bajo una fingida capa de amistad la había perdido, la amaba mucho todavía, aunque la hablase con dulzura, decimos, la perversa amiga le respondía siempre con palabras duras y amargas que lastimaban el sensible corazón de la desgraciada joven. ¡Ah! Pensaba Juana: ¿qué le había hecho ella para acarrearle tan indigno tratamiento? ¡Pues qué! ¿No debía también cargar sobre sus hombros una parte del trabajo de aquella obra para la cual había contribuido infamemente?

Cuando Juana hacía todas estas²⁶⁰ amargas reflexiones con las lágrimas en los ojos y cuando temía que el sentimiento que le causaba naturalmente aquella detestable ingratitud, unido a todos los pesares que despedazaban su corazón, le quitase la vida, tomaba a su hijo en brazos, le apretaba contra su pecho y posaba mil veces sus labios sobre el hermoso y delicado semblante del niño. Así desahogaba siempre su dolor.

Una mañana que Cecilia había vuelto alegremente del mercado, lo que era extraordinario, mientras puesta de cuclillas en medio de la casita contaba escrupulosamente el producto de su venta y mientras Joaquinito apretaba con sus labios de rosa el pezón de su madre, Juana habló a Cecilia en estos términos:

—Cecilia, tú no puedes hacerlo todo. Desde el día en que mi parto me postró en esta cama, tú sola atiendes el cultivo del solar, vas al mercado y haces el pan que comemos diariamente. Actualmente no puedo ayudarte como antes, ni creo que podré ayudarte en mucho tiempo. Mi hijo es muy pequeño todavía y nadie puede cuidarlo como la que lo ha llevado en sus entrañas ¿Por qué no tomar otra vez aquel hortelano²⁶¹ que mientras la enfermedad de mi padre nos sirvió por un corto sueldo?

Cecilia interrumpió su trabajo, levantó la cabeza y miró a Juana con una irónica contracción de labios. La alegría con que había entrado desapareció, como por encanto, de su semblante, desde que la joven había pronunciado las primeras palabras.

—¿Y con qué vamos a pagar ese sueldo?—preguntó con un acento imposible de describir—¿No sabes que desde el día en que nació tu hijo gastamos doble de lo que gastábamos antes, cuando no ganamos ya sino la mitad de lo que ganábamos en otro tiempo?

Una amarga sonrisa contraía los labios de Juana, oyendo a Cecilia expresarse con tanta aspereza. Cecilia, creyendo que se dudaba de lo que decía, se levantó hecha una furia, pateó el suelo con violencia y gritó:

259 *refunfuñando*: "Hacer o producir cierto ruido o sonido con las narices, en señal de enojo o de disgusto" Domínguez 1853: 1465.

260 *estar en LMA*. Corrijo errata.

261 *hortelano*: "El encargado de cuidar una huerta, o que lo tiene por oficio" Domínguez 1853: 954.

—¿Con que no? Cuando tú podías trabajar y el cultivo del solar estaba a tú cuidado, pudiste conservarle del modo que quedó a la muerte de tu padre. Ahora yo que no puedo hacer lo mismo porque otras ocupaciones de que no puedo prescindir, como sabes muy bien, me lo impiden. Me he visto obligada a cuidar solamente de una parte, dejando todo lo demás abandonado. ¿Dónde está, además, el precio de tus costuras que nos aliviaba en gran parte? Y nuestros gastos, ¿no han aumentado considerablemente? ¿No hemos tenido que añadir a los ordinarios otros muchos en virtud de tu alumbramiento? ¿Con qué dinero quieres entonces que paguemos un hortelano?

—¡Cecilia, Cecilia!—repuso Juana haciendo esfuerzo para no incomodarse—La cólera te impide conocer la razón. El sueldo de ese hortelano es una bicoca²⁶² y su trabajo nos producirá diez veces más de lo que tengamos qué pagarle. Además, en corto tiempo podré empezar a coser.

Cecilia no respondió: levantó el cestillo que contenía algunas monedas y fue a ocultarse en la cocina. En todo el día no dirigió a la joven una palabra.

Juana se sorprendió cuando a la mañana siguiente oyó tocar las nueve y Cecilia no había vuelto del mercado, porque antes de esta hora regresaba ordinariamente. Se levantó, acostó a su hijo y corrió a la puerta, como si esperando a Cecilia en aquel lugar, acelerase su venida. Pero inútilmente: las diez y las once sonaron sucesivamente con un eco fatídico en los oídos de la cuitada²⁶³ Juana, y Cecilia no había aparecido aún. La infeliz se sobresaltó, sintió un hambre excesiva y corrió a la cocina. Nada había preparado y tuvo que resolverse a hacer por sí misma su pan.

Para hacer el pan de la tarde y el de los días sucesivos, si acaso Cecilia no volvía, Juana se decidió a trasladar a su casita todos los utensilios de la cocina. Así lo hizo y con los ojos clavados en su hijo que descansaba en la cama pudo preparar su comida. Triste alimento, en verdad, porque Cecilia al volver del mercado era la que traía las pobres viandas²⁶⁴ que comían cotidianamente.

Por la noche Juana no encontró una luz para alumbrar su choza. Corrió al pequeño baúl en que guardaba su dinero y nada encontró. Su perversa amiga había huido llevándose consigo todo su pequeño caudal²⁶⁵. Juana tuvo que acostarse a oscuras, buscando a tientas a su hijo. Pero en vano se esforzó en conciliar el sueño. Mil tristes reflexiones se sucedían unas tras otras en aquellas altas horas de la noche en que el hombre se encuentra a solas con su conciencia cuando el dolor o el remordimiento le impiden dormir. Con qué indecible pena consideraba la horrible situación a que la había conducido la fuga de la mujer infame que la había perdido, entregando su honor a un joven que también la había abandonado.

Quiso invocar a Dios, ese único y último consuelo que queda al desgraciado cuando ha sido olvidado por los hombres, pero no tuvo valor para orar, recordando aterrorizada que había ofendido a Dios, manchando su inocencia con un crimen. ¿Qué derecho tenía para exigir de la providencia²⁶⁶ un beneficio, la criatura que no había hecho sino mal?

262 *bicoca*: "cosa de poca estima y aprecio" Núñez 1825: 200.

263 *cuitada*: "Incómoda" Domínguez 1853: 504.

264 *viandas*: "El sustento y comida que alimenta y nutre a los animales racionales" Domínguez 1853: 1706.

265 *caudal*: "Hacienda, bienes de cualquiera especie, copia de dinero, capital" Domínguez 1853: 354.

266 *providencia*: "la superior disposición del Altísimo para el gobierno del mundo, la paternal solicitud que Dios extiende a todas sus criaturas, el cuidado amoroso con que se digna atendernos, regirnos y conservarnos" Domínguez 1853: 1415.

Juana vio penetrar por las rendijas de sus puertas los rayos del sol de la mañana, sin haber gustado aún un momento de sueño y de tranquilidad. Se levantó apresurada y en vano recorrió hasta los últimos rincones de su choza buscando con qué desayunar. Cecilia había huido en el momento en que se habían agotado todas las provisiones. Juana no pudo resistir a tantas desgracias como se habían amontonado sobre su cabeza desde el día anterior. El mal alimento que había tomado diez horas antes, el insomnio de la noche pasada y el dolor que le causaban tantos pesares juntos, la postraron al fin. Sintió que las fuerzas la abandonaban, que una nube le obscurecía la vista, creyó ver que las paredes de su choza daban vueltas en torno de ella, que la cama en que descansaba su hijo volaba por los aires. Dio un grito y cayó sin sentido en medio del aposento.

Cuando volvió en sí, no pudo comprender de pronto lo que pasaba en derredor suyo. Gran número de sus vecinos había invadido su casa. Un anciano, que en unión de algunas otras personas rodeaban la cama en que se hallaba acostada, tenía en la mano algunas hierbas aromáticas y un frasquito de un licor que no conocía. Sin pensar en averiguar lo que todo esto significaba, su primer pensamiento fue su hijo. Hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y después de una rápida ojeada, vio a una mujer sentada cerca de la puerta de la calle, que tenía en el regazo al niño y le daba el pecho. Un rayo de alegría iluminó su pálido semblante, dejó caer su cabeza y se sintió muy aliviada.

Pero no duró mucho tiempo aquella tranquilidad. Un pensamiento amargo y doloroso, que hizo aparecer el rubor en sus mejillas, vino a renovar en aquel instante todos sus dolores. Recordó que nadie, a excepción de Cecilia, había sabido hasta entonces su deshonor. Pero con este acontecimiento el mundo entero debía haber adivinado ya su secreto a presencia de aquel niño inocente, que colocado en los brazos de una mujer extraña, parecía olvidado de los de su madre. Entonces la joven que un momento antes había mirado con gratitud a todas aquellas gentes caritativas que habían acudido a socorrerla, bajó los ojos avergonzada por temor de encontrar las miradas que la multitud clavaba en ella y aguardó con impaciencia que se retirasen todos para dejarla sola con su vergüenza.

He aquí lo que había sucedido y lo que Juana no supo sino hasta después de muchos días. Pocos momentos después de haber caído sin sentido su madre, Joaquinito se despertó y empezó a llorar, pero nadie acudió a enjugar sus lágrimas. Dos mujeres vecinas de Juana pasaron en aquel instante frente a su puerta y oyeron los gritos del niño. Al principio no se alarmaron y continuaron su camino, pero como a medida que avanzaban aumentaban los gritos, retrocedieron y se pusieron a escuchar. No se oían esas tiernas palabras y caricias que las madres saben hacer para acallar y consolar a sus hijos. Empujaron la puerta, pero no cedió. Acecharon entonces por el agujero de la cerradura y fue cuando vieron a Juana tendida sobre el suelo, y como al mismo tiempo advirtieron su inmovilidad y su palidez, adivinaron la verdad. Dieron voces pidiendo socorro y en un instante se reunió todo el corto vecindario en aquel lugar. La puerta cedió a sus esfuerzos y pudieron suministrar a la pobre madre y a su hijo el auxilio que necesitaban.

Cuando Juana pudo hablar dio las gracias con voz débil y conmovida a sus generosos vecinos quienes, seguros ya de que no necesitaba de sus socorros, se despidieron de ella deshaciéndose en ofrecimientos. La infeliz madre pudo entonces respirar y corrió a olvidar su vergüenza al lado de su hijo.

Abreviaré mi narración —continuó Marta después de una corta pausa —Publicada la deshonor de Juana con el suceso que acabo de referirte, la joven se resolvió a salir de su casa

con su hijo en brazos para implorar la compasión de los corazones sensibles. La voz de la desgracia siempre es elocuente y persuasiva y no faltó quien se lastimase de sus desventuras y le diese algún socorro.

Pero como no toda su vida había de vivir de la caridad pública, desde el día siguiente empezó a trabajar. Volvió a encontrar sus costuras y a llamar a un hortelano que la ayudase en el cultivo del solar e iba como antes al mercado a vender sus producciones. Tuvo que pasar por la vergüenza de conducir en brazos, a presencia del mundo entero, el fruto de sus criminales amores, prueba irrecusable²⁶⁷, aunque inocente, de su deshonor. Todas las mañanas regresaba del mercado con el rostro encarnado de rubor, con los ojos fijos en tierra y el paso precipitado. Se dejaba caer en su cama, rugía como una fiera herida e impotente para vengarse y derramaba amargas lágrimas que humedecían el semblante de su tierno hijo.

Joaquinito había cumplido un año. Un día, mientras Juana cosía mirando de cuando en cuando al niño, que jugaba sentado sobre una estera de palmas²⁶⁸, le vio caer repentinamente dando un ligero grito. La joven madre soltó la aguja al punto, se levantó apresurada y corrió a socorrerle. Pero apenas había dado algunos pasos cuando se detuvo, inmóvil de espanto, con los ojos clavados en el niño con una expresión que explicaba todo su terror.

Joaquinito estaba tendido sobre la estera, sufriendo mil convulsiones violentas que agitaban todo su cuerpo. Parecía querer arrastrarse como un reptil, moviendo los pies y los brazos y con el puño cerrado se daba golpes en el pecho. Sus ojos habían quedado blancos enteramente y salían de sus órbitas. Sus labios se apretaban y ensanchaban alternativamente, dejando paso a la lengua; sus venas levantadas parecían próximas a reventar y la tierna piel de su cara estaba amoratada²⁶⁹.

Juana, inmóvil de espanto, al principio, corrió a su hijo y le levantó en sus brazos. Pero con el movimiento que le producían las convulsiones, apenas pudo, reuniendo todas sus fuerzas, dejarle caer sobre la cama. Corrió a la puerta y con acento desgarrador gritó repetidas veces:

-¡Un médico, un médico!

Un chiquillo acudió a sus voces y Juana le suplicó que fuese a buscar un médico. El muchacho echó a correr y diez minutos después volvió diciendo que el médico más cercano a quien había visto no había querido venir al saber a quién debía socorrer. Había despedido al mensajero, diciéndole que las personas que pagaban su trabajo eran más acreedoras al socorro de sus luces²⁷⁰, que a cada instante le demandaban.

Juana miró a su hijo que en este momento parecía ahogarse con una espuma sanguinolenta que echaba por la boca y narices, y recomendándole al cuidado de una mujer que había acudido a sus gritos, corrió acompañada del muchacho a casa del médico sin acordarse de cubrir su cabeza con una toca²⁷¹. Llegó a la casa y encontró al médico en el zaguán²⁷², disponiéndose a salir.

267 *irrecusable*: "Inevitable" Núñez 1825: 864.

268 *estera de palmas*: "La pieza cosida de pleitas de [...] palma para cubrir el suelo de las habitaciones" (Domínguez 1853: 751). Es decir, un tapete-alfombra del material mencionado.

269 *amoratada*: "Lívido, cárdeno, de color morado" Domínguez 1853: 106.

270 *luces*: "conocimiento de las cosas" Domínguez 1853: 1113. Es decir, que todo el barrio conoce de su circunstancia y son pocos los que se atreven a socorrerla.

271 *toca*: "Adorno que sirve para cubrir la cabeza" Domínguez 1853: 1625. Era propio de la vestimenta femenina de la época, implicando parte del recato urbano.

272 *zaguán*: "El sitio cubierto dentro de la casa inmediato al umbral de la puerta principal, que sirve de entrada en ella" Domínguez 1853: 1757.

—¡Mi hijo, señor! —exclamó arrojándose a sus pies e interceptándole el paso —¡Mi hijo! ¡Se muere mi hijo!

El médico reconoció al muchacho que la acompañaba y adivinó de quién se trataba.

—¿No me oye usted? —continuó Juana con voz desgarradora y mirando al médico con sus hermosos ojos cubiertos de lágrimas —¡Por Dios! Corra usted a salvarle la vida: tal vez sea tiempo todavía.

Con no poco asombro de Juana, el médico la sonrió con agrado y le tendió los brazos para levantarla. Mandó luego al muchacho que se colocase tras su carruaje y guiase a la casa de Juana. Salió a la calle, metióse en una calesa²⁷³ que estaba en la puerta y el cochero recibió la orden de partir al galope. Juana voló tras el carruaje y llegó a su casa dos minutos después que el médico. Este tenía en sus brazos al niño que parecía ya enteramente sano, al mismo tiempo que con la mano derecha estudiaba atentamente su pulso.

A este aspecto, la joven madre se puso a reír como una loca, se precipitó a los pies del médico, abrazó sus rodillas y le daba las gracias pidiéndole al mismo tiempo a su hijo, como si tocándole hubiese de cerciorarse mejor de su salud. El médico mandó salir a algunas personas que estaban en la casa y, cuando se hubo quedado solo con Juana, le dijo echando al niño sobre la cama.

—Lo que ha tenido ese niño es un ataque de alferecía²⁷⁴. Estos accesos se repetirán con frecuencia y si no se toman las precauciones necesarias el enfermo perecerá infaliblemente. Aunque se salve siempre de esos accesos, si se curasen mal, degenerarían en otras enfermedades mortales.

Juana hizo un ademán de sorpresa y de sobrecogimiento²⁷⁵.

—¡Dios mío! Y, ¿qué debo hacer? —preguntó balbuciente.

El médico pareció vacilar un instante, miró al rededor de sí y luego, con una sonrisa que dejó helada a Juana, le dijo:

—Lo que hay que hacer cuesta mucho dinero y tu...

—Y yo —interrumpió Juana con un acento de indefinible tristeza— nada tengo para pagar a un médico y para comprar medicinas.

—¡Bah! —repuso el médico acercándose a Juana con un ademán que la hizo retroceder de espanto— Una joven como tú siempre posee un tesoro inagotable en su belleza.

Y extendió los brazos hacia la joven que corrió a refugiarse cerca de la puerta y dirigió al médico una mirada llena de dignidad y de fiero desdén. En aquel momento el niño lanzó un grito semejante al que dió principio a su primer acceso y las mismas convulsiones volvieron a agitar todos sus miembros. La pobre madre, semejante a un eco, repitió aquel grito y se abalanzó sobre su hijo. El profesionista, en vez de socorrerle se dirigió a la puerta de la calle con una terrible sonrisa en los labios. Juana advirtió este movimiento y corrió a detenerle.

—¿Cómo? —le dijo— ¿Tendrá usted valor para ver perecer a mi hijo sin dignarse socorrerle con su ciencia?

273 *calesa*: "Carruaje que se compone de una silla de madera cubierta de vaqueta, abierta por delante, puesta sobre dos varas con dos ruedas" Domínguez 1853: 307.

274 *alferecía*: "Enfermedad convulsiva frecuente en los niños" Núñez 1825: 109.

275 *sobrecogimiento*: "Estremecimiento súbito por sorpresa, afecto repentino que se experimenta sobre motivos de horror o espanto, de admiración o estrañeza" Domínguez 1853: 1558.

El médico parecía no escuchar estas palabras y con un ligero impulso iba caminando hacia la puerta de la calle, arrastrando a Juana que se había colgado de su brazo.

—¡Caballero, por Dios, mi hijo se muere! ¿No lo ve usted?.

Y Juana, reuniendo todas sus fuerzas, pudo vencer el impulso con que el hombre la arrastraba y le condujo hacia la cama en que el niño sufría horribles convulsiones. Aquel hombre, duro e insensible, miró con sangre fría este espectáculo que desgarraba el corazón de Juana. La infeliz joven se arrojó por tercera vez a sus pies y con ese acento y ademán patético que la naturaleza suministra a una madre en una situación tan triste como esta, pidió compasión para el hijo de sus entrañas. El médico la levantó y rodeando con el brazo derecho la cintura de la joven, a la vez que la devoraba con lúbricas²⁷⁶ miradas, le explicó el precio a que volvería la salud de su hijo.

Juana se desprendió de sus brazos con un ademán violento y repelió lejos de sí a aquel ser infame, con un movimiento de viva indignación. Pero en aquel momento miró a su hijo y creyó notar que las convulsiones eran más violentas que nunca. Su semblante estaba negro y apretaba su lengua hinchada con su tierna dentadura: parecía, en fin, próximo a espirar.

Juana, sin saber ya lo que hacía, se precipitó en los brazos del médico y prometió pagar con el precio que se le había exigido la vida de su hijo.

Media hora después el mal discípulo de Hipócrates²⁷⁷ salía de la choza de Juana con una sonrisa de satisfacción en los labios. La vida del niño había sido salvada, franqueando a aquel hombre infame que así abusaba de su ciencia, los tesoros de belleza con que la naturaleza había enriquecido a la desgraciada madre.

El médico volvió algunas veces más, so pretexto de saber si el enfermo adelantaba²⁷⁸ con el método curativo que había prescrito.

Joaquinito sanó completamente, pero su infeliz madre no tardó en maldecir al hombre que le había salvado, notando que la había dejado en cinta²⁷⁹. ¡Desgraciada! No pocas veces se puso a considerar que quizá el médico la había engañado, amedrentándola con la muerte de su hijo, que tal vez para conseguir sus impuros deseos le había hecho creer en la gravedad de aquellos accesos, que acaso no eran mortales como le había dicho.

276 *lúbricas*: "Muy propenso o inclinado a la lujuria; lascivo, lujurioso, libidinoso, voluptuoso, que escita o está excitado impura o lascivamente" Domínguez 1853: 1090.

277 *Hipócrates*: se refiere al griego nacido en 460 a. C. en Cos y fallecido en Tesalia en 370 a. C., considerado el padre de la medicina, ya que la escuela que fundó sentó las bases de la medicina como ciencia al establecer los conceptos de salud y enfermedad, desde el enfoque del diagnóstico y terapia. Del Corpus hipocraticum procede el juramento hipocrático, el cual era recitado por los estudiantes de medicina que terminaban los cursos que les certificaba en el ejercicio de la medicina. La novela de Ancona hace referencia a este fragmento de dicho juramento: "En cualquier casa que entre, lo haré para bien de los enfermos, apartándome de toda injusticia voluntaria y de toda corrupción, principalmente de toda relación vergonzosa con mujeres y muchachos, ya sean libres o esclavos" (en Sánchez-Salatierra 2018: 12). La única institución educativa que certificaba en medicina era la Universidad Literaria, fundada en 1824 y adscrita al Seminario Conciliar de San Ildefonso, donde además de medicina, se impartía cátedra de ingeniería y jurisprudencia.

278 *adelantaba*: "Progresar en cualquier cosa" Domínguez 1853: 81.

279 *en cinta*: "Estar preñada o embarazada alguna mujer" Domínguez 1853: 103.

Entretanto, se vio amenazada de una espantosa miseria, en el momento en que estaba próximo a nacer su segundo hijo, el hijo de aquel miserable que se había atrevido a abusar de su ternura de madre. Entonces acudió al último recurso que le quedaba: vender la choza en que había nacido y en que había muerto su padre, bendiciéndola. Hacía mucho tiempo que había vendido sus pocas alhajas de oro y plata y algunos vestidos que, en su triste situación, había creído inútiles.

Un vecino suyo le compró la casa con la condición de dejarla en ella en clase²⁸⁰ de inquilina mientras pudiese pagar el alquiler. Juana guardó con mano avara el dinero que le produjo esta venta. Pero algunos días después de su segundo alumbramiento lo había gastado todo. La joven no se arredró²⁸¹ y creyó que con su trabajo podía afrontar el porvenir. Pero, ¡ay!, si cuando sólo tenía un hijo tuvo necesidad de vender sus muebles, sus alhajas y sus vestidos para poder subsistir, ¿cómo podía subsistir ahora únicamente con su trabajo cuando dos inocentes criaturas la llamaban madre y le pedían pan con lágrimas en los ojos? Me acerco al fin de mi narración, hija mía. ¡Fin terrible y horroroso con que Dios quiso castigar el primer desliz de aquella mujer desgraciada! Escúchame.

Al tercer mes no pudo Juana pagar el alquiler de su casita. El hombre a quien se la había vendido se presentó al cuarto, echando llamas por los ojos y previniendo a Juana que si no podía pagar aquellos dos alquileres vencidos, se saliese de la choza. La joven le suplicó llorando que le concediese dos días para buscar otra vivienda. El propietario pareció enternecido, le concedió lo que pedía y salió sonriendo a su inquilina.

Juana aprovechó aquellos dos días para recorrer una gran parte de la ciudad con sus dos hijos en brazos, solicitando quién quería recibirla de esclava²⁸². Pero no hubo quien no la despidiese al verla cargada con dos niños tan pequeños.

Al tercer día, Juana, rendida de cansancio y de fatiga, esperó, temblando, al propietario. Éste no dejó de presentarse con exactitud y, oída la triste respuesta de la joven, exigió por el alquiler de su casa el mismo precio que el médico por salvar la vida de Joaquinito.

Juana, sonrojada de cólera y de vergüenza, se levantó como movida por un resorte del asiento que ocupaba y ya iba a cubrir de improperios a aquel hombre, cuando reportándose²⁸³ de súbito le pidió, como la primera vez, dos días para resolverse. El propietario accedió y se retiró lleno de esperanzas.

La joven necesitaba aquellos dos días para tomar una horrible resolución que desde el día anterior atormentaba su espíritu. Recordó con fatídica sonrisa que mil veces, yendo de su casa al mercado, habían llegado a sus oídos palabras conque todo el mundo encomiaba²⁸⁴ su belleza y su hermosura.

280 *clase*: "Rango, jerarquía, categoría" Domínguez 1853: 387.

281 *arredró*: "Retraer, disuadir, hacer volver atrás o variar de propósito, de rumbo, de camino" Domínguez 1853: 168.

282 *esclava*: "El que vive en mísera y degradante dependencia humillado, deshonorado y sujeto a un ímprobo trabajo, a continuas e improductivas fatigas" Domínguez 1853: 719. Si bien la esclavitud había sido abolida desde la Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos de 1824, era constante el tráfico de esclavos en la península de Yucatán, como Eligio Ancona expone en su novela *Uno de tantos* (ed. Sara Angulo, 2024).

283 *reportándose*: "Reprimir" Rodríguez Navas 1918: 557.

284 *encomiaba*: "Alaba o encierra alabanza" (Domínguez 1853: 673). La palabra como verbo era neologismo que el propio Domínguez apunta en su diccionario.

La miseria la perseguía con todos sus horrores y si no tomaba ante ella un remedio cualquiera, muy pronto vería perecer de hambre a sus hijos. Cuando el propietario volvió al fin del término señalado, Juana había tomado su resolución y le recibió en sus brazos. ¿Qué más he de decir? En breve la fama de la belleza de Juana y de la facilidad de conseguirla, se extendió por todo el barrio y la ciudad. La infeliz vio desaparecer la miseria de su casa con el oro que dejaban en sus manos sus admiradores. Sí, porque la resolución que tomó en medio de su desesperación, la madre que temía ver perecer de hambre a sus hijos fue la de hacer con sus encantos un comercio impuro y escandaloso. Y el mundo entero, en cambio de algunas viles monedas, fue admitido en sus brazos del mismo modo que lo habían sido el médico y el propietario de la choza en que vivía.

Algunos años pudo vivir de esta manera y, durante este tiempo la desgraciada se esforzaba en persuadirse que era feliz. Sus hijos vivían contentos y crecían hermosos y robustos porque tenían pan. Pero ella...ella que sonreía con tanto agrado al mundo entero, no pocas veces pasaba noches enteras de insomnio, derramando amargas lágrimas y maldiciendo a los que la habían arrojado a tal grado de abyección²⁸⁵ y de miseria. Y, sin embargo, esto no era todavía demasiado.

Llegó un día en que aquellos tesoros de belleza, tan encomiados²⁸⁶ y codiciados por todos, dejaron de atraer a su choza a sus antiguos admiradores y la miseria volvió a presentársele más espantosa y amenazadora que nunca. Nada hay tan terrible y contagioso que acostumbrarse a practicar el mal. El infeliz que ha dado el primer paso en la senda del crimen, no tarda en dejarse arrastrar por un fácil declive que le conduce insensiblemente a un precipicio espantoso.

Esto fue lo que le sucedió a Juana. Cierta ya de que se ignoraba el camino de su choza, acudió al último recurso, al último grado de corrupción a que puede llegar la mujer: fue a sepultar los restos de su marchita belleza en un infame y asqueroso lupanar²⁸⁷.

Una mañana al volver a su choza, después de haber pasado la noche entera en una de esas orgias²⁸⁸ impuras a que la arrastraba su situación, no encontró a ninguno de sus hijos. La desgraciada madre los llamó a voces, pero nadie le respondió. Salió a atronar²⁸⁹ la calle con sus gritos y se detenía en cada puerta a preguntar por los niños.

Repentinamente hirió sus oídos²⁹⁰ una voz infantil que la llamaba desde una ventana. La desolada madre dirigió la vista a aquel lugar y vio el sonrosado semblante de Joaquinito, pegado tras una reja de madera. Juana, llena de alegría, corrió a la casa a que correspondía la ventana y sacudió la puerta con tres recios golpes. Una mujer, a quien Juana conocía, vino a abrirla al instante:

—¡Mis hijos, Agustina!—le dijo buscando en vano un hueco entre el cuerpo de ésta y la puerta para entrar en la casa.

285 *abyección*: "Abatimiento, humillación. Desprecio, olvido en que se tiene a una persona que se ve abatida, arruinada" Domínguez 1853: 13.

286 *encomiados*: "Ponderar, ensalzar, poner en las nubes" (Domínguez 1853: 673). Domínguez indica que es neologismo.

287 *lupanar*: "burdel [...] lugar o casa que sirve de guarida a gente de mal vivir" Domínguez 1853: 1096.

288 *orgias*: "Festín en que, al mismo tiempo que se goza de los placeres de la mesa, se apuran los goces del amor y se da una completa expansión a todas las pasiones" Domínguez 1853: 1278.

289 *atronar*: "Que hace las cosas de prisa y sin consideración" Núñez de Taboada 1825: 158.

290 *hirió sus oídos*: "hacer los objetos impresión en estos sentidos" Núñez de Taboada 1825: 241.

—¿Tus hijos?—respondió la mujer interceptándole el paso —¡Desgraciada! La madre que abandona a sus hijos días y noches enteras y sin acordarse de que puedan tener hambre y sed, no es madre ... ¡es indigna de sus hijos! No volverás a ver a los tuyos mientras yo viva.

Y la mujer desapareció cerrando la puerta. Juana dió un grito de dolor, se abalanzó sobre aquella puerta que no cedió a sus esfuerzos y cayó desmayada sobre la menuda hierba que alfombraba el piso de la calle.

Cuando volvió en sí se halló tendida sobre una dura cama en un aposento que ella conocía demasiado. Se hallaba en una de esas casas de prostitución que tanto había frecuentado en unión de los libertinos²⁹¹. La dueña de aquella casa la había encontrado sin sentido en la calle y la había trasladado allá. Juana no teniendo ya hijos, no volvió a su choza y habitó desde entonces aquel infame lugar.

Algunos meses después, la joven empezó a advertir sobre su cuerpo una de esas asquerosas enfermedades que tarde o temprano debía acarrearle la mala vida que llevaba. Consultó a la dueña de la casa y ésta le prescribió algunos remedios que agravaron aquel mal espantoso en vez de cortarlo. Una inmunda lepra que había ido invadiendo insensiblemente su piel, no tardó en postrarla en una mala cama, de la cual no se movía sin sentir agudísimos dolores²⁹².

Una mañana que estaba pidiendo a gritos que la llevasen al hospital a terminar sus días con los consuelos de la medicina, sintió pasos cerca de sí y vio entrar en el aposento a la mujer que algunos meses antes la había conducido a aquella casa.

—¡Por Dios!—dijo con lágrimas en los ojos—Mándeme usted al hospital²⁹³.

—¡Al hospital! —respondió la mujer—¿Y quien querrá llevarte al hospital que está tan distante? ¿Quién puede sufrir el mal olor que exhala tu cuerpo?

—¿Cómo? —gritó Juana con acento desgarrador—¿Se atreverá usted a dejarme morir aquí sin ningún socorro?

—¡Oh no, aquí no!—exclamó la mujer.

Y con un rápido movimiento suspendió²⁹⁴ a Juana por un brazo y la obligó a ponerse en pie. La joven dio un grito de dolor e iba ya a arrojarle a las plantas de la inhumana mujer para implorar su compasión, cuando se sintió arrastrar por la mano de hierro de aquella furia infernal, que la conducía fuera del aposento. Juana era arrojada, por fin, hasta del inmundo lupanar en que encuentran asilo aun las más abyectas²⁹⁵ criaturas. Desde el lugar en que se hallaba,

291 *libertinos*: "Disoluto, corrompido, vicioso" Domínguez 1853: 1072.

292 *Una inmunda lepra...dolores*: pese a que se podría creer que se trata de una enfermedad venérea, la lepra era común en la población yucateca del siglo XIX. Justo Sierra ya daba noticias del primer lazareto de la península fundado en Campeche en 1783 y en 1795 se fundaron otros tantos en Mérida, Chiapas y Campeche. También destaca la participación del médico yucateco Francisco Cásares Arredondo quien en 1894 presentó un estudio sobre la incidencia de lepra en Yucatán, con una estadística de 125 casos comprobados. De finales del siglo XIX también es el libro *La cuestión de la lepra* de Juan Miró, quien documentó los casos y la prevalencia de la enfermedad en la península. Para más sobre la cuestión recomiendo la lectura de *Lepra en Yucatán. Reseña histórica desde sus inicios hasta nuestros días* de Torres-Guerrero, Betancourt, Atoche-Diéguez y Arenas.

293 *hospital*: se refiere al Hospital General, creado en 1833 por el gobernador López Constante y que se ubicó en el barrio de La Mejorada, a la lado de la Iglesia del mismo nombre.

294 *suspendió*: "Levantar, colgar, sostener" Domínguez 1853: 1580.

295 *abyectas*: "Bajo, vil" Domínguez 1853: 13.

la joven pudo descubrir como a cien pasos de distancia la casita en que había nacido y vivido tanto tiempo. Un rayo de alegría brilló en sus ojos cansados de llorar y en aquel momento un deseo súbito, inmenso, de volver a ver aquel asilo risueño en que había sido tan feliz, le prestó fuerzas milagrosas para arrastrarse hasta su antigua choza.

Detúvose en el umbral de la puerta porque vio dos personas extrañas sentadas en una hamaca colgada en medio de la casita. Estas dos personas eran una mujer y un niño. La primera la miró algunos instantes en silencio y, levantándose de la hamaca y conteniendo al niño que quería acercarse a Juana, le preguntó con aspereza:

—¿Qué quiere usted?

—¿Qué quiero? —respondió Juana, devorando con sus miradas cada uno de los rincones de su antigua choza—¿Qué quiero? Esta es mi casa, esa es la cama en que nací yo, en que murió mi padre y en que nacieron mis dos hijos ¿Y hay quien se atreva a preguntarme qué quiero?.

Y Juana se sintió con fuerzas para arrastrarse hasta la cama que todavía ocupaba el mismo lugar en que la había dejado y se arrojó sobre ella con una alegría frenética e insensata, sin que pudieran detenerla la mujer y el niño, que al notar las asquerosas llagas que cubrían su cuerpo, retrocedieron horrorizados hasta la puerta de la calle.

Juana, entretanto, se reía como una loca, revolcándose sobre la cama y llenando de besos la sucia manta que la cubría. Repentinamente cesó aquella insensata alegría y enderezando la cabeza, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Mis hijos, mis hijos! ¡Voy a morir!.

La mujer a quien Juana miraba con ojos desencajados, se encogió de hombros y le mandó que se quitase de la cama y saliese de su casa. Pero Juana no la oía y seguía gritando.

—¡Mis hijos, mis hijos! ¡Voy a morir!

En aquel instante, como enviados por el cielo para consuelo de aquella madre infeliz, aparecieron los hijos a quienes llamaba, en el umbral de la puerta, mirando con avidez hacia el lugar en que luchaba Juana con los horrores de la agonía.

Era que los niños que jugaban en la calle, oyeron las voces de su madre y atraídos por una curiosidad infantil, llegaron hasta su antigua habitación. Juana, al verlos, dio un grito de alegría, se sentó sobre la cama y les extendió sus brazos, pronunciando sus nombres y pugnando por levantarse.

Joaquinito conoció²⁹⁶ a su madre a pesar de la horrible lepra que desfiguraba su semblante y, tomando de la mano a su hermanito, corrió hacia la cama. Pero apenas había dado algunos pasos cuando la fetidez²⁹⁷ que exhalaba el cuerpo de la moribunda le hizo detenerse, miró a su madre con asombro, advirtió su estado y lanzando un grito de horror huyó precipitadamente, arrastrando en pos de sí al otro niño.

Cuando Juana quiso detenerlos con el ademán y la palabra, los niños habían desaparecido. Entretanto, la mujer y el niño a quienes había encontrado en la casa, se mantenían en la puerta de la calle, mirándola con horror y mandándole todavía que se saliese de la choza.

296 *conoció*: "Discernir, percibir, alcanzar algo el entendimiento, formar o tener idea de alguna cosa" Domínguez 1853: 435.

297 *fetidez*: "Hediondez, corrupción, putrefacción: hedor intolerable [...] mal olor" Domínguez 1853: 793.

—¡Oh, me tienen asco!—exclamó Juana con un acento de honda desesperación y despedazando con los dientes el cobertor de la cama —¡Me tienen asco hasta mis hijos! Y olvidan que soy su madre y que por ellos llegué hasta el mayor grado de corrupción y que...¡Oh, esto es horroroso, maldición!.

No te repetiré las últimas palabras que pronunció Juana antes de morir, para no horrorizarte. Un cuarto de hora después de haber visto huir a sus hijos de su presencia, aquella joven hermosa que había sido la delicia de su padre y que había excitado la envidia de todas las mujeres y la admiración de todos los hombres, exhalaba el postrer²⁹⁸ suspiro, profiriendo horribles blasfemias y maldiciendo el día en que había nacido.

Marta había alzado insensiblemente la voz al pronunciar estas últimas palabras con un acento lleno de indignación, que secó las lágrimas de Dolores en sus ojos. Porque la joven no había cesado de derramarlas durante la relación²⁹⁹ de Marta, que más de una vez había interrumpido con sus sollozos. Después de una corta pausa, Marta continuó:

—Esta es la historia que te prometí y que deseo que quede grabada profundamente en tu memoria, no obstante que es una fiel pintura de la vida de muchas infelices, que burladas por un infame seductor llegan insensiblemente al grado de abyección a que llegó Juana y terminan como ella su existencia.

El crepúsculo de la mañana penetraba ya a través de las rendijas de puertas y ventanas y Marta se levantó haciendo notar a su sobrina estas señales del nuevo día. Pero cuando hubo acabado de estirarse los brazos y piernas para desperezarse³⁰⁰, Marta extendió la palma de la mano hacia la joven que acababa de levantarse y le dijo:

—Se me olvidaba hacerte una advertencia. Te he dicho ya que la última vez que hablé con el señor Pablo, le hice prometerme que no volvería a poner los pies en nuestra choza, so pena de casarte con Esteban el día en que olvidase su palabra. Con el suceso de esta noche, ese día ha llegado ya y Esteban no tardará en venírnoslo a recordar. Creo que aunque le señalemos el término de un mes para hacer los preparativos necesarios, no se incomodará mucho y esperará con paciencia.

Dolores, espantada del acento de firmeza con que pronunció Marta estas palabras, se dejó caer otra vez en el asiento.

298 *postrer*: "lo que es último en orden" Domínguez 1853: 1393.

299 *relación*: "Narración, narrativa, relato" Domínguez 1853: 1471.

300 *desperezarse*: "quitar la pereza" Domínguez 1853: 761.

CAPITULO XII

LA SEÑORA DOÑA ELVIRA PÉREZ DE MONCADA

Dolores no dejó de pensar que mandándole Marta casarse con Esteban en virtud de haber infringido Pablo la palabra que le había arrancado, se la imponía un duro castigo por una culpa que no había cometido.

Sin embargo, esperó el término de aquel mes de libertad que se le concedía, con esa especie de resignación con que el hombre espera un suceso adverso cuya realización no puede impedir. Marta, al notar esta aparente tranquilidad, se alegraba interiormente y no dejaba de atribuirse el mérito de tan saludable conversión, pues se persuadía sinceramente que sus consejos y advertencias habían hecho, al fin, reflexionar a su sobrina y aceptar resignada el remedio eficaz que le prescribía contra las seducciones de Pablo.

Esteban no cesaba de recibir buenas noticias y, aunque Marta le decía que tuviese esperanzas, el mestizo no se dejaba engañar tan fácilmente, porque lejos de advertir algunas mudanzas con respecto a Dolores, veía con desesperación que cada vez huía de su presencia con más empeño que nunca.

Entretanto, el día de aquel casamiento tan deseado por Antón en sus últimos momentos, se aproximaba lentamente. Esteban esperaba con inquietud, Marta con alegría y Dolores con una pena que procuraba ocultar a los ojos de su tía. Pablo daba a entender con su ausencia y su inacción que ignoraba completamente el acontecimiento que se preparaba.

Pero el hombre propone y Dios dispone³⁰¹. Una mañana, Marta al despertar, se sintió con calentura. Pero esta mujer, de un espíritu fuerte y varonil³⁰², obligada siempre a trabajar incesantemente para poder comer, no acostumbraba guardar cama en sus enfermedades y sabía sufrirlas y curarlas en pie. Cuando llegó la hora de ir al mercado, Marta, según costumbre, tomó su cestillo³⁰³ y su toca³⁰⁴ y salió sin decir nada a Dolores.

Pero Marta se olvidaba de que tenía ya sesenta años y de que los viejos deben ser tratados con mayor benignidad que los que no lo son. No sabía que la calenturilla que había despreciado iba a degenerar en un mal más terrible que cuantos había padecido.

En la tarde del mismo día, la pobre mujer, que empezaba a sentir un malestar y una revolución general en todo su cuerpo³⁰⁵, se dejó caer en la cama de sus antepasados, pidiendo

301 *el hombre propone y Dios dispone*: refrán parémico que tiene su origen en "El hombre dispone su camino, pero al Señor corresponde disponer sus pasos" (Proverbios 16, 9). Es relativo a la resignación, pese a lo que tiene planeado el personaje, quien verá destruidos sus planes y expectativas.

302 *varonil*: "Esforzado [...] valeroso" Domínguez 1853: 1687.

303 *cestillo*: "diminutivo de cesto" que es "Cesta [...]" sin asas ni aro y generalmente de un trabajo menos esmerado" Domínguez 1853: 372.

304 *toca*: "Adorno que sirve para cubrir la cabeza" Domínguez 1853: 1625.

305 Puede tratarse de fiebre amarilla, enfermedad endémica en Yucatán durante el siglo XIX que se transmite por mosquito. Los síntomas de la enfermedad son fiebre, cefaleas, dolores musculares, náuseas, vómitos y cansancio. Sobre la propagación de esta enfermedad en el siglo XIX, esta tuvo un pico en 1858 (fechas en las que probablemente comienza a escribir la novela Eligio Ancona) de la que da detalles Renán A. Góngora-Biachi en "La erradicación de la fiebre amarilla en Mérida, Yucatán: una historia de tenacidad y éxito" de 2004.

agua a gritos, porque sentía una sequedad extraordinaria en los labios, en la lengua y en la garganta. Dolores acudió, diligente, con el agua, haciendo, llena de asombro, mil preguntas a su tía. Fue entonces cuando Marta le habló de la calentura que había sentido desde la mañana.

La enferma durmió muy poco en la noche. Dolores, sentada en un taburete³⁰⁶ a la cabecera del lecho, no se acostó, hasta que a las dos de la madrugada, Marta, que no había cesado de mandarla a la hamaca, le dijo con un acento que no admitía réplica, que se fuese a dormir. Cerca del amanecer cerró los párpados de la enferma un sueño vivificador que le duró hasta las siete de la mañana.

Cuando despertó vio a Dolores en pie cerca de la puerta de la calle, mirando hacia fuera por la estrecha abertura que dejaba la puerta entornada³⁰⁷ cuidadosamente. La joven tenía en la garganta su toca de muselina³⁰⁸ y en la mano derecha el cestillo con que Marta iba al mercado todos los días.

—¿A dónde vas? —le preguntó de súbito su tía.

La joven volvió la cabeza, ligeramente ruborizada, como si hubiese sido sorprendida en alguna falta.

—Al mercado —respondió con voz apagada.

—¿Cómo? ¿Y me dejas, estando enferma?

Esta reconvencción hizo un instante vacilar a Dolores.

—Estoy esperando a Margarita a quien acabo de llamar para que venga aquí mientras vuelvo del mercado y además, si usted quiere, avisaré también a Esteban.

—¡Conque de noche te empeñas en cuidarme y de día me quieres dejar! Mejor sería suplicar a Margarita que fuese al mercado para que puedas quedarte a mi lado.

Dolores inclinó la cabeza y no respondió, pero arrojó su toca sobre una percha y el cestillo sobre un asiento. Margarita, que era vecina y amiga de la casa, no tardó en llegar y oída la súplica de Marta fue muy gustosa al mercado.

Al cuarto día la enferma se sintió peor a pesar de habersele hecho todos esos remedios que las clases más ignorantes del pueblo sabe aplicar para las enfermedades comunes. La rebelde calentura en vez de cesar era cada vez más fuerte. Marta respiraba con algún trabajo y no cesaba de quejarse de un dolor agudísimo de cabeza, de la sequedad de sus ojos, labios y lengua, que iba en aumento y de una debilidad extremada. Entretanto una tos seca que le sobrevenía de cuando en cuando, le arrancaba gritos de impaciencia. Por la tarde la calentura aumentó de tal manera que la enferma empezó a delirar. Esteban corrió en busca de un médico, que llegó al anochecer. Después de haber examinado a Marta, declaró que la enfermedad era una calentura ardiente que presentaba los mayores síntomas de gravedad. Mandó que no se hiciese a la enferma sino lo que él prescribiese y que cesasen los remedios que hasta entonces se le habían suministrado. La familia y los amigos de Marta la abandonaron llenos de confianza en manos del médico.

306 *taburete*: "asiento raso sin brazos y sin respaldo" Domínguez 1853: 1585.

307 *entornada*: "Volver, inclinar, dirigir la puerta o la ventana hacia donde se cierra" Domínguez 1853: 694.

308 *muselina*: "Especie de tela fina de algodón" Domínguez 1853: 1221.

Pero los socorros de la ciencia fueron también inútiles. A pesar de la dieta, baños y sangría³⁰⁹ a que fue sujeta la enferma y de las amargas pociones³¹⁰ que se le hicieron beber, la tenaz calentura seguía y todas las tardes aumentaba con un delirio que duraba hasta la noche.

Algunos días después de haber sido llamado el médico, mandó que Marta se confesase. Dolores dio un grito al escuchar esta orden y corrió a cubrir la boca del médico, temiendo que su tía le oyese, pero ésta la detuvo con una tranquila sonrisa. Lo había oído todo sin sobresaltarse.

La mañana siguiente, la enferma, que se sentía aliviada y Dolores, oyeron detenerse un carruaje a la puerta de su choza. No dejaron de sorprenderse, porque diez minutos antes había partido la calesa del médico y fuera de ésta ningún otro carruaje llegaba jamás a los umbrales de su humilde casita.

Dolores se puso en pie, la enferma levantó la cabeza y ambas clavaron los ojos en la puerta de la calle. Un instante después entraba por esa puerta y se detenía en medio de la estancia una mujer de cuarenta a cuarenta y cinco años, vestida rigurosamente de negro y con un devocionario³¹¹ lleno de doraduras³¹² en la mano.

Representaba la edad que hemos dicho: los años y una vida de conveniencias habían engrosado su talle y, aunque su cara no dejaba ver arruga ninguna, algunas hebras blancas se descubrían ya entre su negro y abundante cabello. Llevaba un traje de sarga³¹³ corto, como el de todas las viejas y beatas³¹⁴ que desprecian la moda y que permitía descubrir sus zapatos negros y su medias blancas que resaltaban entre el color obscuro del resto de su vestido.

Dolores y Marta no cesaban de contemplarla, cada vez más admiradas. Después de algunos instantes que la desconocida empleó para habituar sus ojos a la obscuridad casi completa en que estaba sumergida la estancia de la enferma, se adelantó hacia Dolores y tendiéndole la mano con un aire de protección y familiaridad, le preguntó:

—¿Tú eres Dolores?

Y sin aguardar la respuesta que la joven no acertó a dar, se dirigió a la cama en que Marta, con la cabeza levantada, la miraba todavía.

—¿Cómo se encuentra usted, Marta?—la preguntó con acento lleno de cariñosa solicitud.

Un acceso de tos que sobrevino a la enferma en aquel momento fue su única respuesta.

—Esa tos debe desesperarla a usted mucho —continuó la desconocida, sentándose cerca de la cama, en el taburete que algunos minutos antes había ocupado el médico —Creo, sin embargo, que mi hijo me ha ponderado³¹⁵ la enfermedad de usted, puesto que...

309 *sangría*: "Incisión de una vena, para que por su cisura salga o se evacúe la sangre en la cantidad conveniente" Domínguez 1853: 1524. Era procedimiento médico común en la época, lo cual purgaba al "enfermo de uno o varios de los cuatro humores que había producido en exceso alguna parte del cuerpo o que se habían atascado en los órganos" (Dultzin, Aranda, Ramos 2002: 54).

310 *pociones*: "bebida o confección líquida medicinal" Domínguez 1853: 1377.

311 *devocionario*: "El libro que contiene varias oraciones" Núñez 1825: 522.

312 *doraduras*: "Aplicación del oro a la superficie de alguna cosa para darle la apariencia de este metal" Domínguez 1853: 632.

313 *sarga*: "tela sérica que hace cordoncillo, con alguna más seda que el tafetán doble" Domínguez 1853: 1527.

314 *beatas*: "La mujer que viste hábito religioso y fuera de comunidad, vive en su casa particular con recogimiento, ocupándose en obras de virtud y caridad cristiana" Domínguez 1853: 239.

315 *ponderado*: "sujeto vano y presuntuoso, que exagera [...] las cosas" Domínguez 1853: 1385.

—¿Su hijo de usted?—interrumpió Marta.

—Sí, mi hijo. Ustedes le conocen, ¿no es verdad? —dijo la desconocida, volviendo la cabeza para mirar a Dolores —Él me habló de la enfermedad de usted —añadió, volviendo a clavar los ojos en Marta —y también de...

—¿De qué, señora?

—Yo no sé, Marta, si será crueldad venir a tratarle a usted de un asunto tan grave cuando una enfermedad penosa la tiene postrada en cama, pero he creído que era preciso hacerlo, si es que debemos respetar la voluntad de los muertos y, sobre todo, de un muerto como el pobre de Antón, hermano de usted, a quien mi difunto esposo y yo hemos amado tanto.

—¡Ah! ¿Usted es doña Elvira, la madre del señor Pablo?—preguntó Marta llena de terror y levantando medio cuerpo de la cama, como queriendo arrojarle sobre su interlocutora.

—Sí, sí, yo soy—respondió doña Elvira, huyendo instintivamente la cabeza que tenía inclinada sobre la cama.

—Y viene usted, señora...

—A recordarle a usted, Marta, que Antón me confió el porvenir de su hija antes de bajar al sepulcro.

La enferma dejó caer todo su cuerpo sobre la cama con un ademán de abatimiento y de cólera. Hubo un momento de silencio durante el cual Dolores, que no había perdido una palabra del diálogo anterior, se iba acercando hacia la cama por un movimiento invencible de curiosidad. Marta volvió a levantar repentinamente la cabeza y, mirando con expresión sombría a la madre de Pablo, desplegaba ya los labios para hablarla cuando advirtió el movimiento de Dolores.

—Dolores — le dijo—me parece que es hora ya de ir preparando el baño. Es — añadió dirigiéndose a doña Elvira—un baño tibio de pies, que por orden del médico me doy dos veces al día.

Dolores hubiera dado gustosa diez años de vida para permanecer en la estancia en la que la madre de Pablo venía a hablar de un asunto de sumo interés para la joven, pero no había remedio: era preciso obedecer a su tía y, sobre todo, atender a su salud y Dolores tuvo que correr a la cocina a calentar el agua para aquel baño del cual dependía quizá la vida de Marta.

La enferma y doña Elvira quedaron solas. La rica señora miraba a la mujer del pueblo con una expresión llena de ternura y de interés, y la mujer del pueblo a la rica señora con el recelo y la desconfianza del pobre a quien se viene a arrebatar su único tesoro.

—¿Con que el señor Pablo le ha hablado a usted de eso?—dijo Marta luego que Dolores hubo desaparecido.

—Sí—respondió doña Elvira—Me dijo que Antón escribió a usted una carta antes de morir.

—Dos, señora.

—¿Dos?

—Dos cartas que usted puede leer al instante para saber verdaderamente las esperanzas que abrigaba Antón al morir.

Doña Elvira guardó silencio.

—¡Oh, señora!—continuó Marta, exaltándose a medida que hablaba—usted ha sido engañada, y yo, a quien el cielo conserva todavía la voz y la acción para defender a una pobre muchacha que quedará sin amparo cuando yo cierre los ojos, yo, señora, quiero sacar a usted del error en que está, enseñándola las cartas de mi hermano. Tenga usted la bondad de levantarse y abrir el cajón de esa mesa, que en él encontrará esas cartas atadas con una cinta negra.

Doña Elvira no se movió de su asiento a pesar de que Marta señalaba tenazmente con el dedo la única mesa que se veía en su pobre choza.

—¡Dolores!—dijo Marta con un grito que se ahogó en su garganta. La pobre mujer olvidaba que la debilidad y la calentura habían agotado la fuerza de sus pulmones.

—¿Para qué llama usted a Dolores? —preguntó doña Elvira, extendiendo la palma de la mano hacia la enferma, para impedirle que volviese a llamar.

—Para que le traiga a usted esos papeles, señora.

Doña Elvira se encogió de hombros.

—¡Vaya!—exclamó—Si quisiera leerlos ya me hubiera levantado a buscarlos. ¿No ve usted que no he traído mis anteojos? Los viejos — añadió sonriendo—tienen ojos y no ven.

Los ojos de Marta se clavaron involuntariamente en el dorado devocionario que su interlocutora jugaba entre sus dedos. La devota señora comprendió aquella muda objeción y se apresuró a desvanecerla.

—¡Oh, no sucede lo mismo con este ordinario de misa³¹⁶ que estoy acostumbrada a leer desde niña! Para éste no necesito de anteojos.

—Es igual — dijo Marta—Ya que usted no puede leer las cartas de mi hermano, yo, que las sé casi de memoria, le repetiré a usted su contenido.

—Hable usted, Marta. Mi hijo me ha hecho de usted un elogio que no me permitirá dudar.

—¡Oh, señora!—interrumpió Marta—mucho siento corresponder mal al señor Pablo, porque cuando él ha hablado tan bien de mí, me veo en la precisión de hablar mal de él.

Marta no tardó en explicar a doña Elvira el contenido de la última carta de Antón, de que Pablo parecía no haber hablado a su madre. La piadosa señora escuchó llena de asombro a la enferma y cuando hubo concluido le preguntó.

—¿Y ese Esteban ama a su sobrina de usted?

—¡Oh, señora! ya ve usted que hizo un largo y peligroso viaje solo por ver a su padre y pedirle la mano de Dolores.

—¿Y Dolores le corresponde?

Marta vaciló un instante. La muerte que veía tan próxima y, sobre todo, la buena fe y sinceridad con que la interrogaba aquella señora, que tanta fama de virtud y santidad tenía, le impidieron mentir con aquella gracia y desembarazo con que en otro tiempo correspondía a las simulaciones y embustes³¹⁷ de Pablo.

—Algunos días—respondió al fin—faltaban solamente para que se celebrase ese casamiento tan deseado por mi hermano, cuando mi enfermedad vino a retardarlo.

Marta quiso decir impedirlo, pero creyó más conveniente pronunciar la palabra conque hemos terminado su respuesta. Hubo un instante de silencio, que la enferma aprovechó para estudiar en el semblante de doña Elvira el efecto que producía en ella la revelación que acababa de hacer.

—¿Y mi hijo—preguntó doña Elvira—tenía noticias de esta otra carta?

—Seguramente, señora. El nos la leyó del mismo modo que la primera, porque ni mi sobrina ni yo conocemos una letra³¹⁸.

316 *ordinario de misa*: "Conjunto de oraciones y ceremonias que son comunes a todas las misas del año" Zerolo 1895: 1601.

317 *embustes*: "Mentira artificiosa" Domínguez 1853: 660.

318 *conocemos una letra*: es decir, que son analfabetas.

—Pero, ¿qué motivo pudo haberle inducido a ocultarme una, cuando me ha hablado de la otra?
A pesar del estado en que se hallaba Marta, no pudo dejar de sonreírse del aire de inocencia y sencillez con que la buena señora manifestaba sus dudas.

—¿No lo adivina usted, señora?

Doña Elvira movió la cabeza en ademán negativo.

—¡Ah!—exclamó Marta, convirtiendo en un instante su anterior sonrisa en un sentimiento sincero de respeto y admiración—Usted, señora, que continuamente se eleva al cielo en sus oraciones y que ha consagrado a Dios todas las facultades de su alma, no ha tenido ocasión ni voluntad para examinar lo que pasa en el mundo y para adivinar en cada una de las acciones del hombre sus pasiones y sus deseos. El hijo de usted, señora, está enamorado de mi sobrina.

Doña Elvira hizo un movimiento de sorpresa, inclinándose ligeramente sobre la cama.

—¡Mi hijo enamorado de Dolores!

—¿No es verdad, señora, que esto le indigna a usted tanto como a mí y que se dice usted interiormente como yo, que el señor Pablo nunca debió haber puesto los ojos en mi sobrina?

—¡Mi hijo enamorado de Dolores!

—Y usted, señora, ¿comprende el fatal resultado que tendrían para mi sobrina esos amores, si no encontrase en usted quien la guíe y la proteja, como yo la he guiado y protegido mientras el cielo me ha concedido vida y salud? ¡Oh! Perdone usted a esta pobre moribunda que ve mil peligros para una persona tan querida a quien la muerte arrebatará de su lado; perdónela usted que se atreva a acusar al señor Pablo delante de su virtuosa madre para asegurar un porvenir feliz y tranquilo a esa pobre joven, a quien ama como si fuera su hija.

—Marta, ¿qué va usted a decirme?

—Que el amor del señor Pablo no es un capricho ni un deseo pasajero. No señora, es un amor que se ha irritado con los obstáculos y que ha crecido insensiblemente a medida que se han aumentado estos; y como su hijo de usted nunca puede haber pensado en casarse con una pobre mestiza, ha puesto mil medios para seducirla hasta entrar una noche furtivamente en mi solar y llamar a las puertas de mi choza para hacer salir a Dolores.

—¿Mi hijo, mi hijo? Le confieso a usted, Marta, que nada de eso creería si usted no me lo dijera. ¿Cómo Pablo, a quien yo he educado y en quien he creído descubrir ese fondo de buenos sentimientos que la naturaleza no ha concedido a todos, Pablo ha tenido valor para intentar corromper a una joven incauta?

—El amor, señora, es una pasión terrible que da al traste con las más sólidas virtudes³¹⁹. Pues, ¿qué? ¿Cree usted que Dolores ha sido educada con menor esmero por su pobre padre y aun por mí? ¿Acaso no ha recibido también de la naturaleza esos buenos sentimientos de que usted acaba de hablar? Y, sin embargo...

319 El amor como destructor del orden social, moral y de relaciones filiales es parte de los principios del Romanticismo como movimiento estético. Véase la afirmación del filósofo del Romanticismo, Arthur Schopenhauer: “rompe las relaciones más preciosas, quiebra los vínculos más sólidos y elige por víctimas ya la vida o la salud, ya la riqueza, la alcurnia o la felicidad que hace del hombre honrado un hombre sin honor, del fiel un traidor y que parece ser así como un demonio que se esfuerza en trastornarlo todo” (Schopenhauer 2018: 82). Desarrollo el tema en la Introducción.

—¿Qué?

—¿Por qué he de temer confesárselo a usted todo? Dolores ha concebido por el señor Pablo un amor mil veces mayor que el de su hijo de usted.

—¡Ah!—exclamó doña Elvira con una admiración que crecía por momentos—Eso es horrible y yo que lo ignoraba todo. Pero, ¿cómo entonces —añadió después de una corta pausa— cómo Dolores ha consentido al fin en casarse con Esteban?

—¿Lo ve usted, señora?—prorrumpió Marta, triunfante—He allí lo que acabo de decirle. Era que yo no lo perdía un momento de vista. Yo, señora, fui quien con continuos sermones alcanzó ese milagro. Dolores no tiene valor para combatir por sí sola el amor que ha avasallado³²⁰ su corazón. Pero haya una persona a su lado que la dirija y que la recuerde sus obligaciones y yo le aseguro a usted, señora, que su virtud triunfará siempre. Y esa persona dentro de algunos días, porque yo viviré muy poco, señora, esa persona, según la voluntad de mi hermano, es usted, doña Elvira.

—¿Yo, Marta? ¡Ahora imposible!

—¿Qué dice usted, señora?

—¿Cómo cree usted que con lo que acaba de decirme vaya a recibir a Dolores en mi casa? ¿Quiere usted que yo reuna bajo un mismo techo a esos dos jóvenes que se aman hace tanto tiempo del modo que usted dice, para atizar³²¹ el crimen que usted ha logrado impedir? Marta, eso es imposible, lo repito.

—Señora, señora—dijo Marta volviendo a levantar medio cuerpo sobre la cama—Usted no puede hablar así sinceramente, porque recuerdo que me dijo al entrar que debemos respetar la voluntad de los muertos.

Doña Elvira se puso de pie y arregló el sobretodo³²² sobre su garganta.

—Marta, ahora que he hecho todo lo que debía hacer...

—¡Oh! Usted no puede dejarme así, señora, no lo consentiré.

Y la enferma, sacando de debajo de las sábanas un brazo seco y descarnado detuvo a doña Elvira por el vestido. Doña Elvira bajó los ojos sobre Marta y adivinando en la expresión de su semblante la pena que la casaría abandonarla en aquel momento, volvió a sentarse en el taburete que acababa de desocupar.

Los ojos de Marta expresaron agradecimiento, y volviendo a ocultar su brazo bajo las sábanas y a recostar su cuerpo en la cama, habló así a doña Elvira:

—Hace un momento, señora, cuando usted me reveló su nombre, tuve intenciones de negarle a mi sobrina, porque acababa de formar el proyecto de casarla con Esteban antes de morir, y el sacerdote que debe venir a confesarme dentro de dos horas, debía hablar al párroco para que el casamiento tuviese lugar entre³²³ tres días. Dolores, que ya había consentido en dar su mano a Esteban, no hubiera desoido la voz de su tía moribunda que sólo le hubiera suplicado que adelantase algunos días el matrimonio y Esteban se hubiera vendido esclavo para pagar el dinero que le pidiesen para acelerar su dicha. Pero usted misma, señora, me ha hecho

320 *avasallado*: "Subyugar, sojuzgar, sujetar, dominar, someter, rendir" Domínguez 1853: 201.

321 *atizar*: "Exitar o irritar las pasiones, dar pábulo a los afectos, estimularlos, provocarlos; encender o exasperar los ánimos, los instintos" Domínguez 1853: 191.

322 *sobretudo*: "Especie de ropa ancha y larga, con mangas, abierta por delante, que principalmente sirve para abrigo y defensa de las aguas" Domínguez 1853: 1559.

323 *entre*: 'dentro de'.

mudar de pensamiento. Acabo de conocer que aquellas virtudes de que me hablaba Antón en vida y de que hace un último elogio en la carta que me escribió antes de morir, son solamente una imperfecta pintura de la verdad. Y yo, señora, a quien ha hecho concebir en un instante un sentimiento de veneración y respeto hacia esas virtudes, no creo que haya una persona en el mundo que no sienta a su lado lo mismo que yo he sentido. ¡Oh! Dolores estará mil veces mejor guardada en casa de usted, que en mi humilde choza, no respetada por ninguno. Yo estoy segura que el señor Pablo, que debe amar y venerar a su madre con todo el amor y veneración que ella merece, no se atreverá a mirar a mi sobrina viéndola continuamente a su lado. Además, señora, ¿no en breve tiempo debía casarse Dolores con Esteban? No porque yo muera ha de olvidar cuanto le he dicho y cuanto me ha prometido y usted queda en mí lugar para obligarla con sus advertencias y exhortaciones de una manera más eficaz de la que yo he podido emplear hasta ahora.

Doña Elvira había escuchado este largo discurso de Marta con señales de duda y cuando hubo concluido levantó la cabeza, que había inclinado ante los elogios de Marta y le dijo:

—Es verdad que Pablo me ha guardado siempre las consideraciones del mejor hijo y que nunca ha cometido en mi presencia la menor falta. Y por eso, Marta, me ha sorprendido demasiado lo que usted me ha dicho ahora de él. Nunca le hubiera creído capaz de pensar en lo que ha hecho. Pero usted misma acaba de decirme que las pasiones dan al traste³²⁴ con las más sólidas virtudes. Y si esto es cierto, ¿acaso es imposible que Pablo olvide el respeto que debe a la casa de su madre para proseguir en ella lo que ha comenzado en esta choza?

—Adivino, señora, a dónde va usted a parar. Creo que va a decirme que, cuando el señor Pablo le hizo saber que Antón le había encomendado a Dolores para después de mi muerte, era porque se proponía olvidar el respeto debido a la casa de su madre.

Doña Elvira pareció admirada de que se hubiese adivinado un pensamiento que no se le había ocurrido.

—Pero su hijo de usted—continuó Marta—no sabía que Dolores iba a casarse dentro de pocos días con Esteban. Y además, señora, habiéndole yo prevenido a usted ya del amor de su hijo, tendrá usted cuidado de manifestarle que lo sabe ya todo y de mandarle³²⁵ que olvide a mi sobrina y el señor Pablo no se atreverá a desobedecer sus órdenes, ni a burlar las precauciones que usted tome en virtud de mi advertencia.

Doña Elvira continuaba guardando silencio. Marta, que se creía ya próxima a conseguir su triunfo, no tardó en continuar:

—¡Por Dios, señora, no se haga usted sorda a las súplicas de una moribunda! Cumpla el deseo de mi pobre hermano, ¿o quiere obligarme a hacer una boda precipitada para que presencie una fiesta en medio de mi agonía? ¡Y quien sabe! Acaso Dolores, que repugna ese casamiento y aun el mismo Esteban que suspira hace tiempo por él, se opondrían por mi misma a verificarlo. Y, sobre todo, ¿quién me asegura que viviré de aquí a tres días, el menor espacio de tiempo posible que he creído necesario para prepararlo todo? ¡Oh, señora! Prométame usted que cuando saquen mi cadáver de mi pobre choza para llevarlo a la sepultura, vendrá usted a buscar a mi sobrina para llevarla a su casa. Necesito de esa promesa para esperar tranquila la muerte. ¡Dios mío! ¿Qué sería de la pobre Dolores si yo expirase, dejándola abandonada, sin amparo, sin haber logrado casarla con Esteban?.

324 *dan al traste*: "destruir alguna cosa, abandonarla, perderla, descuidarla, no hacer caso de ella" Domínguez 1853: 1645.

325 *mandarle*: "Dar órdenes a otros con cierta superioridad" Domínguez 1853: 1119.

Doña Elvira inclinó ligeramente su cuerpo hacia la cama y mirando a la enferma y extendiendo sobre ella la palma de la mano, le dijo, con un acento solemne:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios y de Antón! Muera usted tranquila Marta, porque yo le hago la promesa que acaba de exigirme.

Marta volvió a sacar su descarnado brazo de debajo de las sábanas y apoderándose de aquella mano bienhechora que se extendía sobre su lecho, estampó en ella los labios calenturientos con ademán lleno de efusión y de gratitud.

—¡Gracias señora, es usted un ángel!

Doña Elvira sintió que los labios de la enferma quemaban su piel y retiró involuntariamente la mano. Los ojos de Marta brillaban con una expresión de tranquila alegría, que contrastaban notablemente con la palidez y extenuación de su semblante. Doña Elvira volvió a levantarse de su asiento.

—Todavía, señora —le dijo Marta —todavía no. Tenga usted la bondad de llamar a Dolores, pues sabe que yo no tengo ya voz para llamarla.

Doña Elvira se acercó a la puerta en que había visto desaparecer a Dolores y pronunció dos veces su nombre. La joven no tardó en aparecer. Doña Elvira la tomó de la mano y la condujo cerca de la cama.

—Esta señora —le dijo Marta cuando la vio a su lado —es la virtuosa viuda del amo a quien sirvió tu padre en su juventud. Según los deseos de éste, después de mi muerte, que la veo ya tan próxima, te conducirá a su casa para que allí a su sombra esperes tranquilamente el corto tiempo que te falta para casarte con Esteban. Porque la he hablado, hija mía —añadió, buscando en vano los ojos de Dolores —la he hablado de cuanto puede hacer la felicidad y tranquilidad de su vida, puesto que va a encargarse de tu porvenir. Ella será tu tercera madre y no te apartará de su lado hasta poner tu mano en la de tu esposo.

Dolores escuchaba en silencio y con la cabeza inclinada, sin manifestar que producían en ella otro efecto las palabras de Marta que el dolor y la tristeza. Parecía que la tristeza que le causaba oír hablar a una persona tan querida de su próxima muerte, le impedía prestar atención a lo que decía.

—Esteban —continuó Marta —irá algunas veces a casa de tu protectora para avisarte el día en que deban cumplirse los deseos de tu padre, los míos y los de todos los que se interesan por tu felicidad.

Doña Elvira miró con involuntaria sorpresa a Marta, pensando acaso que no le había hablado antes de tales visitas de Esteban. La enferma acababa de dejar caer la cabeza sobre la cama, fatigada de haber hablado tanto. Doña Elvira comprendió que era tiempo de retirarse definitivamente y se despidió, deseándole salud a Marta y dándole algunas esperanzas de vida. Marta escuchó estas palabras de consuelo moviendo tristemente la cabeza y diciendo:

—Ya no puedo vivir, señora, moriré muy pronto.

CAPÍTULO XIII

METAMORFOSIS DE DOÑA ELVIRA

El sacerdote, según había dicho Marta a doña Elvira, llegó a las diez del día y oyó la confesión de la enferma. Desde entonces y, como si Dios le hubiese conservado la razón para que tuviera tiempo de confesar sus pecados y morir tranquila, Marta empezó a delirar sin intermisión³²⁶. Un desasosiego³²⁷ continuo la agitaba en la cama y miraba de un lado a otro sin fijar la vista en ningún objeto, ni aun en Dolores que no se apartaba de su lado y tenía clavados los ojos en su faz, con una expresión triste y dolorosa. La enferma siguió agravándose por momentos y por la noche se le administró el sacramento de los moribundos³²⁸. A las dos de la madrugada del siguiente día, Marta, según sus recelos manifestados diez y ocho horas antes a doña Elvira, espiraba antes del tiempo que había creído necesario para asegurar el porvenir de Dolores. Pero la pobre mujer moría tranquila, recordando que aun quedaba en el mundo quien velase sobre ella.

Dolores se arrojó sobre el cadáver aun caliente y le regó mucho tiempo con sus lágrimas. ¡Ay! Marta, con quien ella había vivido desde su nacimiento, a quien había amado tanto y que era el último individuo de su familia que quedaba en el mundo, la abandonaba algunos meses no más después de la muerte de su padre.

Fue necesario arrancar los brazos de Dolores del cadáver para separarla de él. Pero la joven se dejó caer sobre un asiento, a la cabecera de la cama en que yacía Marta y nadie pudo moverla de aquel lugar.

Pero Dolores se olvidaba de que había pasado dos días y dos noches enteras sin dormir. Cansada de luchar con un sueño rebelde, que cerraba involuntariamente sus párpados, accedió por fin a las repetidas súplicas de Margarita, la vecina de quien hemos hablado, y fue a acostarse a su choza, no sin haberle hecho prometer primero que iría a despertarla antes que los restos de su tía fuesen conducidos a la sepultura. Eran las doce del día y Dolores se persuadió de que con un sueño de cuatro horas tendría para reparar sus fuerzas. Arrojóse al lecho de Margarita y rendida por los insomnios anteriores, no tardó en cerrar los ojos.

Cuando despertó de aquel pesado sueño, se levantó apresurada y habiendo salido a la calle, vio llena de pena y admiración que el sol sólo alumbraba las altas copas de algunos árboles. Corrió a su choza, entró en ella y la examinó con una rápida ojeada. El lecho en que descansaban los restos de Marta estaba vacío. La joven se detuvo inmóvil de espanto en medio de la estancia, e interrogó con sus tristes miradas a algunas personas que todavía estaban allí.

—¿Y tía Marta? —exclamó al fin con un acento desgarrador —¡Ah, Margarita me ha engañado!

Una mujer vestida enteramente de negro, que Dolores no había podido ver, sentada en un rincón de la casita, se levantó de un asiento y se acercó a ella. Dolores, al descubrirla tan cerca de sí, retrocedió algunos pasos por un secreto movimiento de horror.

—La han llevado ya a enterrar, hija mía—le dijo la mujer enlutada³²⁹, con una voz dulce y cariñosa.

326 *intermisión*: "suspensión temporal de alguna obra, labor u otra cosa cualquiera" Domínguez 1853: 995.

327 *desasosiego*: "Inquietud, zozobra, sobresalto, turbación, agitación, malestar" Domínguez 1853: 555.

328 *sacramentos de los moribundos*: se refiere a la unción de los enfermos, sacramento católico que reciben los moribundos por parte de un sacerdote, encomendando al enfermo terminal a Jesucristo.

329 *enlutada*: "Oscurecer, ennegrecer" Domínguez 1853: 682.

—¡La madre del señor Pablo! —murmuró Dolores, conociendo a doña Elvira más bien por su negro vestido que por su semblante, pues el crepúsculo de la tarde alumbraba apenas la casita con su tenue claridad.

—Sí, yo soy, hija mía: soy yo.

—¿Y viene usted a arrancarme tan pronto de mi pobre choza? —preguntó Dolores, asomándole las lágrimas a los ojos.

—Tal fue la voluntad de la pobre Marta.

—¿Cómo? ¿En este instante, señora?

—¡Oh, no! ¿Me crees tan cruel que te impida llorar con todos esos amigos de Marta que han venido a confundir sus lágrimas con las tuyas? No, hija mía: no nos iremos hasta que se haya despedido el último.

—Gracias, señora, gracias —repuso Dolores, no comprendiendo por qué derramaba tantas lágrimas al pronunciar estas palabras.

Y haciendo un esfuerzo supremo de valor, la joven fue a encender luces para alumbrar por última vez su choza. Doña Elvira la sentó después a su lado y contestó por ella a los pésames que le daban los amigos de Marta, porque Dolores no tenía voz para hacerlo. Y ya no era sólo el dolor que le causaba la muerte de Marta, lo que le embargaba el uso de la palabra. El pensamiento de tener que abandonar dentro de algunos instantes, quizá para siempre, aquella casita en que había nacido y en que había vivido con su padre y con Marta, la hacía estremecerse a cada momento en el asiento que ocupaba y mil veces quiso arrojarle a las pies de doña Elvira para suplicarla que no la obligase a seguirla. Cuan preferible le parecía en aquel instante su humilde choza el opulento palacio a que, sin duda, iba a conducirla su rica protectora.

Entretanto, los vecinos y amigos de aquella casa que se disolvía para siempre, iban despidiéndose por última vez de Dolores. La joven los veía salir con indecible pena y cada persona que se levantaba le costaba una lágrima. Hubiera deseado que permaneciesen allí horas, días enteros, para que no la arrancasen tan pronto de su casita.

Pero todas aquellas personas veían que doña Elvira sólo esperaba que se retirasen para llevarse a Dolores y media hora después de haber anochecido, se había despedido la última. Dolores advirtió con terror que se había quedado sola con doña Elvira.

—Vamos, hija mía —le dijo ésta— ¿Has hecho ya tus preparativos?, ¿tienes algo qué llevar a mí casa?

—¡Yo, señora, yo! —exclamó Dolores sin saber lo que decía.

—¡Pobrecita! Adivino lo que te ha sucedido. Con la pena que te ha causado la muerte de tu excelente tía, lo has olvidado todo.

Dolores vio a doña Elvira dirigirse a un pequeño baúl que estaba en un rincón de la casita. La joven dió un suspiro y la siguió, resignada. De súbito le ocurrió un pensamiento que creyó inspirado por el cielo y no tardó en explicárselo a doña Elvira:

—Llevemos ese baúl, señora, tal como está, pues me servirá de no poco consuelo tener siempre conmigo los vestidos de tía Marta, que contiene juntamente con los míos.

Doña Elvira llamó al cochero y le mandó atar el baúl tras el carruaje.

—Vamos ahora, hija mía —dijo en seguida a Dolores— De tus muebles y de la choza ya pensaremos qué hacer. Por ahora cerrémosla y llevemos la llave.

Doña Elvira apagó las dos luces que ardían sobre la mesa de la Virgen para obligar a salir a Dolores que había quedado inmóvil en medio de la estancia. Cuando la joven se vio a

obscuras se dirigió a la puerta de la calle en la que encontró a su protectora. Pero apenas se halló en el umbral de la puerta, y comprendió que jamás volvería a entrar por ella, sintió una opresión dolorosa en su corazón, dió un grito y se precipitó dentro de su choza. Doña Elvira hizo un movimiento de impaciencia y quiso detenerla, pero era ya tarde. La joven acababa de abrir la puerta opuesta y se había lanzado al solar con el frenesí de un insensato. Doña Elvira quiso saber a lo que había salido y, a la claridad de las estrellas, la vio correr por toda la extensión del solar, como una loca, pronunciando palabras que no pudo comprender. ¡Ah! La joven se despedía, sin duda, de los árboles, de las legumbres de Marta y de las flores de su jardín, que iba a dejar para siempre. La pobre y humilde cocina recibió también su último adiós, y corriendo siempre volvió a entrar en la casita con dos azucenas en la mano. Sin reparar en doña Elvira, buscó a tientas la cama, se arrodilló junto a ella y sollozando exclamó:

—¡Adiós, mi pobre casita! ¡Adiós, padre mío! ¡Adiós, tía Marta! Si no me arrancaran de aquí, no creyera nunca separarme de vuestro lado.

Se levantó luego, besó la cama, besó las paredes que encontró a su paso y salió luego a la puerta de la calle en que ya la esperaba doña Elvira, después de haber cerrado la del solar.

—Hija mía, — le dijo ésta —¿por qué entregarse a esos excesos?.

—¡Señora, señora! — respondió Dolores con acento tristísimo—Es muy doloroso verse una obligada a abandonar el rincón en que ha vivido feliz con personas que la han amado tanto.

Doña Elvira puso, en fin, la mano sobre la llave de la puerta.

—¡Ah, perdón, señora! —exclamó Dolores, deteniéndola—Se me olvidaban las cartas que mí padre nos escribió antes de morir.

La joven empujó de nuevo la puerta, corrió a la mesa, abrió el cajón y no tardó en salir con las cartas en la mano. Pero sin detenerse un instante, pasó como una saeta³³⁰ junto a doña Elvira y se precipitó en el fondo del carruaje que debía conducirla, como temiendo que volviesen a faltarle las fuerzas para abandonar su choza. No tardó en reunírsele doña Elvira y partió el carruaje con tanta alegría de la dama como pena de Dolores. Después de haber cruzado por un laberinto de calles y plazas, la calesa se detuvo frente a una casita de mampostería³³¹ en la calle de Santa Ana³³². A pesar del estado de su corazón, Dolores, que esperaba llegar a una casa de mejor apariencia que cuantas se extendían a su vista en aquella calle, quedose admirada considerando la pequeña puerta ante la cual habían bajado de la calesa.

Pero todavía creció más su admiración cuando vio a doña Elvira sacar una llave de un bolsillo de su negro vestido y abrir la puerta en que tenía clavados los ojos. ¿Cómo aquella rica señora no tenía un solo criado que saliese a abrirle las puertas de su casa? Dolores necesitó oír tres veces la voz de doña Elvira que le mandaba entrar con la misma dulce autoridad que había empleado con ella desde que la conocía, para resolverse a pasar por aquella puerta que la tenía tan admirada.

330 *saeta*: "Flecha delgada y larga" Domínguez 1853: 1516.

331 *mampostería*: "Obra hecha de cal y canto" (Domínguez 1853: 1118). A diferencia de la casa de Dolores, esta es de material que indica un mayor estatus socioeconómico.

332 *calle de Santa Ana*: se refiere al barrio de Santa Ana, que en un principio se llamó Paseo de Santa Ana y que fue concluido en 1733 por órdenes del gobernador y capitán general de Yucatán Antonio de Figueroa y Silva. Este barrio fue poblado durante la colonia y los primeros años independientes por la población blanca-criolla, como una estrategia para alejarse del centro de la ciudad y el sur, habitado por mulatos, indígenas y mestizos (ver Casares G. Cantón, Raúl, et. al. *Yucatán en el tiempo*, 1998).

Pero la joven estaba destinada a caminar de asombro en asombro. La pieza en que acababa de entrar era una pequeña sala de veinte y cinco pies³³³ de longitud y quince³³⁴ de latitud. Estaba alumbrada por la luz de una vela que ardía dentro de un guardabrisa³³⁵ colocado sobre una mesa de caoba. Otra mesa con un espejo, cuatro rinconeras³³⁶ y algunas sillas con recientes doraduras³³⁷, fueron los muebles que se presentaron a los atónitos ojos de Dolores. La joven no cesaba de preguntarse cómo aquella pequeña casa con pobres³³⁸, aunque decentes muebles, podía ser la de la madre de Pablo.

Apenas había tenido tiempo de examinar el lugar en que se hallaba y de hacer estas reflexiones, cuando vio a doña Elvira acercarse a la puerta, cerrarla con llave y quitarla de la cerradura para guardarla en el bolsillo de su traje, después de haber despedido al cochero que acababa de meter el baúl de Dolores.

La joven oyó con terror que la calesa en que habían venido no era la de doña Elvira, y luego aquella puerta que había visto cerrarse, como la puerta de una cárcel, la hicieron concebir por fin una horrible sospecha. El asombro de Dolores, que iba creciendo por grados, acababa de secar en sus ojos las lágrimas con que había bajado del carruaje. Este asombro no podía ser mudo por más tiempo y preguntó a doña Elvira:

—¿A dónde me ha traído usted, señora?

—¿A dónde? A mi casa.

— A su casa de...

Pero en aquel momento la joven vio aparecer en los labios de su interlocutora una sonrisa maliciosa, extraña sin duda en ella, que la dejó muda de espanto y heló³³⁹ la sangre en sus venas. En seguida vio a ésta despojarse del ancho sobretodo que cubría su garganta luego del negro traje que le daba tan fúnebre aspecto y arrojándolo todo sobre un asiento, se presentó a la atónita vista de Dolores con el vestido blanco de las mestizas, igual enteramente al que ésta tenía. La joven retrocedió algunos pasos, mirando con terror la repentina metamorfosis de su conductora.

Y en aquel momento mil dudas se agolparon a su imaginación, que vinieron a confirmar su primera sospecha. En aquel momento reflexionó en lo que el dolor le había impedido observar: en que era extraño que una mujer, como la madre de Pablo, hubiese hecho con ella todo lo que su conductora había hecho, tratándola a la vez con aquella familiaridad, que en cualesquiera otras circunstancias hubiera llamado su atención.

333 *veinte y cinco pies*: siete y medio metros, aproximadamente.

334 *quince*: cuatro y medio metros, aproximadamente.

335 *guardabrisa*: farol "de cristal abierto por arriba y por abajo, dentro del cual se colocan las velas para que no se corran o apaguen con el aire" (Zero 1895: 1165). Era palabra originada en el Caribe, como apunta Zero y que es recogido por primera vez por Gaspar y Roig en 1855.

336 *rinconeras*: "Pieza interior de la caja del piano, que por medio de una cuña evita el movimiento del diapasón" Domínguez 1853: 189.

337 *doraduras*: "Aplicación del oro a la superficie de alguna cosa para darle la apariencia de este metal" Domínguez 1853: 632.

338 *pobres*: 'pocos'.

339 *heló*: "Pasmarse a uno, sorprenderlo, sobrecogerlo" Domínguez 1853: 910.

—¿Quién es usted, señora? —exclamó la joven con un ademán que pintaba³⁴⁰ todo su estupor³⁴¹.

—¿Quién soy yo? ¿Ahora te acuerdas de preguntármelo?

Y la joven volvió a ver en los labios de su conductora la misma maliciosa sonrisa que un momento antes había helado la sangre en sus venas. Entretanto seguía retrocediendo y se había acercado instintivamente a la única ventana de la casa, cuyos postigos estaban abiertos.

—Señora, señora—continuó Dolores—¡Por Dios! ¿Qué es esto? ¿Por qué me contesta usted así? ¿Qué casa es esta?

—¡Eh, eh! No hay que alborotarse—respondió la mujer, haciéndola seña de que callase.

—Respóndame usted, señora, o sacaré al instante la cabeza por esta ventana y gritaré para que todos me oigan y para que echen abajo esa puerta que usted ha cerrado.

En aquel momento la joven vio abrirse una puerta enfrente de ella y aparecer un hombre que corrió hacia el lugar en que estaba y la estrechó entre sus brazos antes que tuviese tiempo de gritar.

—¡El señor Pablo!—murmuró Dolores, oponiendo una débil resistencia.

—¡Vamos!—exclamó Pablo desprendiéndose de sus brazos y mirándola con plácida sonrisa—No hay que reñir de ese modo a la que desde ahora va a ser tu compañera.

Pasado el primer momento de asombro, Dolores sintió apagarse, como por encanto a la presencia de Pablo, aquella exaltación con que en medio de su indignación y asombro, había hablado a su conductora. Notó con inquietud que había quedado aprisionada entre la ventana y el cuerpo de Pablo y se atrevió a fijar los ojos en el joven. Y Dolores, como por magia se creyó transportada a aquella callejuela solitaria del barrio de San Sebastián, que en tiempos más felices había presenciado sus dulces entrevistas con Pablo y escuchado los interminables coloquios con que mutuamente se confesaban su amor. Porque a la débil claridad que iluminaba el semblante del joven creyó, verle del mismo modo que le veía siempre en aquel pintoresco lugar. Esto es, bello y hermoso y mirándola dulcemente con una ligera sonrisa que tan bien sentaba en sus labios.

—Magdalena —dijo de repente Pablo, dirigiéndose a la mujer que había conducido a Dolores—déjenos usted solos.

La voz de Pablo sacó a la joven de aquella especie enajenamiento en que la habían sumergido sus recuerdos.

—¡Magdalena, Magdalena! —exclamó llena de asombro—¿Quién es Magdalena?

Pablo le señaló con el dedo a la aludida, que en aquel instante desaparecía por la puerta de la que él había salido un momento antes.

—¡Señor Pablo, señor Pablo! —dijo Dolores, empezando a comprender la verdad —¿Qué es esto?

Pablo miró a Dolores con asombro.

—¿Usted me ha hecho conducir aquí? — continuó Dolores — Y esta casa, ¿de quién es? Señor Pablo, respóndame usted. Yo no comprendo nada.

Pero Pablo continuaba guardando silencio, pareciendo siempre admirado de que Dolores le hiciese semejante pregunta.

340 *pintaba*: "Señal exterior o indicio por el cual se conoce la calidad de las cosas y aun de las personas" Domínguez 1853: 1363.

341 *estupor*: "Asombro, pasmo, admiración profunda, glacial efecto de sorpresa grande" Domínguez 1853: 762.

—¿Dónde está doña Elvira? ¡Lléveme usted a su presencia!

La joven iba exaltándose a medida que hablaba, porque volvía a sentir el miedo que había desaparecido un instante a la aparición repentina del joven.

—¡Esta es una infamia³⁴²! —exclamó de súbito, grandemente alarmada con el silencio de Pablo— ¡Pobre tía Marta, pobre de mí! ¡Hemos sido engañadas miserablemente!

Y en lugar de aquella fiera exaltación con que en presencia de su conductora iba a abalanzarse a la ventana a pedir socorro al vecindario, se dejó caer en un asiento próximo, brotando de sus ojos un torrente de lágrimas. Pablo acercó un asiento al suyo, se sentó en él y tomándole una mano y apretándola suavemente entre la suya, le dijo:

—¡Dolores, Dolores! ¿Por qué lloras?

La joven se sintió hondamente conmovida, porque el acento con que Pablo había pronunciado estas palabras, era dulce y armonioso como el arrullo³⁴³ de las tórtolas, que ella había escuchado tantas veces con envidia desde su abandonado jardín.

—Señor Pablo, ¿por qué me ha mandado usted conducir aquí?

—¿Vas a reñirme, Dolores, como has reñido a la pobre Magdalena?

—Ese nombre me hace temblar. ¿Quién es esa mujer que ha logrado engañar a tía Marta?

—Esa mujer es más humana³⁴⁴ que tú. Compadecida de mi amor, compadecida de la dureza con que he sido desterrado de tu presencia por una celosa tía se ha ofrecido a...

—¡Señor Pablo! —interrumpió Dolores, levantándose del asiento con un movimiento de indignación— Esto es odioso y nunca hubiera creído que usted se atreviese a engañarme de esta manera. ¡Oh! Apenas la pobre tía Marta acaba de desaparecer bajo un poco de tierra del cementerio; me arrebatan de la choza en que he nacido, y sin esperar que acabe de enjugar mis lágrimas, se habla de olvidar las exhortaciones y advertencias que no cesó de hacerme hasta el momento de su muerte.

Pero era muy difícil que Dolores se mostrase mucho tiempo dura e inflexible en presencia de Pablo y, antes de terminar estas palabras con que le reprendía indignada, nuevas lágrimas brotaron de sus ojos. Pablo volvió a tomarla de la mano y atrayéndola dulcemente al asiento que acababa de abandonar:

—Dolores, Dolores —le dijo— siéntate y escúchame.

La joven obedeció al movimiento de la mano de Pablo y volvió a dejarse caer en el asiento como quien obra por una voluntad extraña e irresistible.

Pablo, sin soltar su mano, la contempló un instante en silencio, como si quisiera fascinarla con la mirada, y con esa inflexión de voz que llegaba hasta el corazón de la joven.

—Dolores—le dijo—tú me acusas de que me atrevo a hablarte de mi amor cuanto³⁴⁵ la buena Marta acaba de morir todavía y aun no se ha secado el llanto de tus ojos. Y yo voy a vindicarme³⁴⁶, porque por un sentimiento de que no debo culparte, has calumniado mi corazón. Te amo demasiado a ti, bastante he respetado a tu excelente tía, para que yo olvide tan pronto su muerte y para exigirte que la olvides. Sí, Dolores, yo he respetado tu dolor y lo respetaré

342 *infamia*: "Juicio oprobioso y denigrante, que el público forma de aquella persona que por sus indignos hechos y bajezas merece el descrédito" Domínguez 1853: 982.

343 *arrullo*: "Halago, requiebro, ternura, lisonja" Domínguez 1853: 172.

344 *humana*: "Compasivo, benigno, afable, lleno de caridad" Domínguez 1853: 958.

345 *cuanto*: 'cuando'.

346 *vindicarme*: "Vengar o tomar satisfacción de algún agravio, ofensa" Domínguez 1853: 1720.

mientras lo exijas. Si me has encontrado ahora en este lugar, no creas que he venido a hablarte de mi amor. No: he venido únicamente porque temía lo que acaba de suceder. La sorpresa que necesariamente debía causarte la transformación de tu conductora, temí que estallase al momento, como en efecto ha estallado, que le hicieses cargos³⁴⁷ a Magdalena y que te abalanzases a la calle y te arrojas en brazos del primero que acudiese a tus gritos, en lugar de aceptar este asilo³⁴⁸ que tu mismo padre escogió para ti antes de bajar a la tumba.

La joven miró a Pablo llena de sorpresa. Pablo creyó adivinar lo que significaba esta mirada y añadió:

—Sí, Dolores: si me he atrevido a arrancarte de tu choza ha sido por cumplir con la última voluntad de tu padre.

—Luego esta casa —dijo la joven— es...

—La de mi madre.

Dolores volvió a mirar fijamente a Pablo, como si con aquella mirada quisiese penetrar hasta el fondo de su alma.

—¡Pero no! —exclamó al cabo de un instante— Eso no puede ser. Doña Elvira Pérez de Moncada no habitaría una casa tan pequeña como esta.

—Eso consiste, Dolores —dijo Pablo— en que aun no conoces a mi madre, a esa mujer virtuosa y modesta que desprecia todas las pompas³⁴⁹ y comodidades de la vida, porque de esa manera cree agradar al cielo. Esta es la casa que ha habitado desde la muerte de mi padre.

—Y entonces, ¿dónde está? ¿Por qué no ha sido ella la que ha ido a buscarme?

—Porque hace ocho días que se fue al campo a recuperar su salud. Si yo hubiese podido adivinar que tu pobre tía se había de morir tan pronto, hubiera procurado detenerla y ella misma hubiera ido a buscarte. Pero entonces ni aun sospechaba la enfermedad de tu tía y cuando supe hace tres días el inminente peligro de muerte en que se hallaba, comprendí que necesitaba valirme de un ardid³⁵⁰ para cumplir con la última voluntad de tu padre: disfracé a Magdalena, le di las instrucciones necesarias y conseguimos nuestro objeto, gracias a su astucia y sagacidad. Porque, ¿no es verdad que si hubiera ido yo mismo a reclamar en nombre de mi madre el derecho que tienen para cuidar de tu provenir, hubiera amargado los últimos momentos de la buena Marta y te hubiera obligado a casarte con el hombre que aborreces, en medio de su agonía?.

La joven inclinó tristemente la cabeza y enjugó con sus dedos algunas lágrimas que acababan de brotar de sus ojos.

—¿Estás satisfecha? —añadió Pablo después de un momento de silencio.

Dolores, en lugar de responder, levantó los ojos y examinó los objetos que la rodeaban con una mirada en que se leían sus dudas y su desconfianza. Pablo conoció que era preciso disipar hasta el último recelo de Dolores y levantándose de la silla que ocupaba continuó:

—Conozco que mi presencia te causa inquietud y que deseas quedar sola para llorar a tu excelente tía que bien merece tus lágrimas. Me retiro pues, al instante, para no volver aquí sino cuando venga a visitar a mi madre, que debe estar de vuelta dentro de pocos días.

347 *cargos*: "Obligación, precisión de hacer o cumplir alguna cosa" Domínguez 1853: 334.

348 *asilo*: "hospedaje, posada" Domínguez 1853: 181.

349 *pompas*: "grandeza, magnificencia esplendidez, vanidad o vanagloria" Domínguez 1853: 1384.

350 *ardid*: "Treta, estratagema, artificio" Domínguez 1853: 155.

Por ahora habitarás esta casa sola con Magdalena, porque mi madre se llevó a toda su servidumbre. Adiós, Dolores —añadió Pablo tras un instante de silencio, soltando la mano de la joven y alejándose de ella.

Dolores permaneció un instante inmóvil, pero de súbito alzó la cabeza y, viendo a Pablo que se retiraba, corrió hacia él y le alcanzó cerca de la puerta de la calle a que el joven se dirigía, olvidando que Magdalena la había cerrado y se había guardado la llave. Dolores detuvo a Pablo por el brazo y mirándole fijamente le dijo:

—Señor Pablo, esto es imposible. Usted me deja en esta casa sola con esa mujer.

Pablo hizo un ademán de impaciencia que se escapó a la joven.

—Vuélvame usted a mi choza o lléveme al campo con doña Elvira.

Pablo se cruzó los brazos sobre el pecho.

—Sáqueme usted de aquí — continuó Dolores, alentada con el silencio de su interlocutor — Esa mujer, a quien usted llama Magdalena, me causa un miedo invencible: me parece mi carcelera.

—Magdalena — dijo Pablo — es el ama de llaves de mi madre y la que está encargada de dirigir su servidumbre, entre la cual te cuentas tú desde ahora. Pero en tu mano está que yo suspenda de sus funciones a Magdalena, a lo menos, hasta la vuelta de mi madre.

—¿En mi mano?

—Sí, prométeme que no intentarás huir de este asilo, durante ocho días siquiera, que es cuanto puede tardar mi madre en el campo y yo te entregaré al instante las llaves de su casa, que ahora guarda Magdalena.

Pablo esperó inútilmente la respuesta de la joven y al cabo de un instante continuó:

—Durante esos ocho días nadie vendrá aquí a turbar tu tranquilidad. Si yo mismo viniese a importunarte con mi presencia, tendrás libertad para salir de esta casa y volver a tu choza. Con que, ¿lo prometes?

Pablo vio que la joven vacilaba.

—¿Lo prometes? —le repitió, clavando en ella los ojos con una expresión que acabó de persuadirla.

—Lo prometo — respondió al fin Dolores con voz apagada.

—¡Magdalena! — llamó en seguida el joven.

Magdalena se presentó al instante.

—Deme usted la llave con que ha cerrado esa puerta.

Magdalena se acercó al asiento en que había dejado su negro disfraz y después de haber registrado mucho tiempo entre los anchos pliegues de traje, presentó a Pablo la llave que le pedía.

—¡Adiós, Dolores! — dijo Pablo recibiendo la llave — Espero que no te olvidarás de tu promesa.

Abrió la puerta y, entregando la llave a Magdalena, que le había seguido, le dijo mirando a Dolores:

—Dele usted esa llave a Dolores, porque ella es solamente por ahora quien tiene derecho de guardarla.

Dolores recibió a su vez la llave y tembló, sin saber por qué al contacto de la mano de Magdalena. Cuando volvió a mirar hacia la puerta, Pablo había desaparecido.

CAPÍTULO XIV

OCHO DÍAS DESPUÉS

Dolores se acostó en una hamaca de lino que colgó Magdalena en la pieza principal de la casa, a que ella daba el nombre de sala y que era la misma en que la joven acababa de hablar con Pablo. Pero, ¡ay!, a pesar de sus vigili³⁵¹as anteriores, no era muy fácil que el sueño viniese a cerrar sus ojos en aquella noche tan fecunda para ella en grandes y dolorosos acontecimientos, que mudaban enteramente la faz³⁵² de su vida.

En aquella noche Marta había ido a buscar al cementerio un asilo más estrecho que su antigua choza; en aquella noche la habían obligado a abandonar su risueña casita que por tantos títulos creía amar del mismo modo que había amado a su padre y a Marta; en aquella noche, en fin, se le había engañado infamemente para conducirla en brazos de aquel a quien su prudente tía daba el nombre de seductor.

¡Oh! Después de haber tributado por la milsémisa vez algunas lágrimas a la memoria de Marta, después de haber suspirado algunos instantes por su abandonada cabaña, el pensamiento de Dolores se fijó tenazmente en Magdalena y en Pablo. Y nombramos primeramente a Magdalena porque no en otro orden se presentaron a la imaginación de la joven.

¿Quién era aquella mujer que bajo la máscara de doña Élvira había logrado ocultarse a los ojos de la misma Marta, de Marta, que con el talento que había recibido de la naturaleza y con la experiencia que le daban sus años, era tenida por la mujer más sagaz³⁵³ del barrio de San Sebastián?

¡Ah! Marta era engañada por primera y última vez algunas horas antes de su muerte. Y el engaño había sido tan diestro³⁵⁴ como terrible, porque quizá iba a costarle nada menos que la perdición de su sobrina para quien había sido durante su vida un argos³⁵⁵ vigilante que abría cien ojos para no perder ninguno de sus pasos. ¡Magdalena, Magdalena! Este nombre no cesaba de resonar fatídicamente en los oídos de Dolores, aunque ni ella misma se atreviese a pronunciarlo entre dientes, mientras daba vueltas inútiles en aquel suave lecho que tanto se diferenciaba del que había dejado en su casita y en el que, sin embargo, dormía en otro tiempo con la tranquilidad de los niños.

¿Qué iba a ser de ella en compañía de la mujer tan infame como sagaz que había engañado a Marta? ¡Oh! Dolores tenía un miedo horroroso a Magdalena y se hubiera creído más segura entre una compañía de forajidos³⁵⁶. A cada instante temía ver que se le presentase bajo una nueva metamorfosis y, como no había querido Dolores acostarse sin luz, de cuando en cuando dirigía involuntariamente los ojos a la puerta del aposento que ocupaba Magdalena, aunque debían tranquilizarla sus estrepitosos ronquidos. ¿Por qué Pablo se la había dado por compañera?

351 *vigilias*: "estar en vela, despierto o sin dormir" Domínguez 1853: 1711.

352 *faz*: "Aspecto" Domínguez 1853: 787.

353 *sagaz*: "Dotado de gran penetración, de mucha previsión" Domínguez 1853: 1516.

354 *diestro*: "Hábil, muy práctico, muy experto" Domínguez 1853: 606.

355 *argos*: "La persona vigilantísima, que todo lo ve, atisba o acecha, a cuya vigilancia parece imposible jugarle una burla, porque nada se le escapa" Domínguez 1853: 159.

356 *forajidos*: "Facineroso que anda fuera de poblado huyendo de la justicia" Núñez de Taboada 1825: 715.

Pablo. He aquí que Pablo se presentaba a su vez para hacer temblar a Dolores del modo que Magdalena y para hacerla arrepentirse de su debilidad. Sí, Dolores no cesaba de reprenderse de la falta de energía que había mostrado a presencia de Pablo y de haberse dejado fascinar por él con tanta facilidad.

¿Por qué Pablo tenía poder para hacerla olvidar por un sólo instante sus recientes pesares y para traerle a la memoria la época más feliz de su vida, la época de sus inocentes amores, cuyo recuerdo parecía una profanación en aquella noche que debía pasarla llorando? ¿Por qué bastaba una sola palabra de Pablo para desarmar a cada instante su cólera, cuando tenía tanta razón para reprenderle? ¿Cómo había podido arrancarle la promesa de guardar dentro de ocho días la vuelta de doña Elvira en aquella casa que apenas parecía ser suya, promesa que sin duda había hecho estremecer el cadáver de Marta en su estrecha sepultura? ¿Por qué Pablo, en fin, tenía virtud para hacerla pasar de un instante a otro del dolor al placer, del temor del miedo a la confianza y al amor?

La respuesta a todas estas preguntas que se hacía Dolores era una sola, terminante pero terrible. Era, sin duda, porque Dolores amaba a Pablo más que a Marta, que acababa de morir, más que a su choza que acababa de perder. Sí, la causa de todos estos extraños efectos era sin duda, aquel amor que alarmaba tanto a Marta, porque le veía resistir a sus consejos y advertencias, al último deseo de un padre querido y, sobre todo, a la conciencia de obrar mal y de correr hacia un abismo. Dolores se preguntó qué iba a ser de ella en aquella casa en que mandaba como dueño la persona que la dominaba con amor tan grande e irresistible, cuando estaba abandonada de la prudencia y vigilancia de Marta y cuando estaba olvidada de todos. ¡Abandonada, olvidada! ¡Oh, no! Allí estaba Magdalena en su compañía, destinada, sin duda, para atizar³⁵⁷ ese amor, para desterrar de su memoria todo lo que se oponía a él.

Pero, ¿no Pablo acababa de asegurar que aquella casa era de su madre, que él no se presentaría en ella sino para visitar a ésta, cuya vuelta no podía tardar más de ocho días y que si venía a importunarla con su presencia durante ese tiempo, sería libre para alejarse de él y correr a su choza? Dolores reflexionó seriamente en las palabras de Pablo y no tardó en temer que se había burlado de su credulidad. Cada uno de los objetos que se presentaban a su vista en aquella sala parecía dar un solemne mentís³⁵⁸ al aserto³⁵⁹ del joven.

No pocas veces tuvo Dolores tentaciones de levantarse, abrir la puerta cuya llave se le había confiado y lanzarse a la calle. Buscaría el mercado entre las tinieblas de la noche y desde allí sabía muy bien el camino. Correría a casa de Margarita que le abriría la puerta con placer y le ofrecería un asilo contra las persecuciones de Pablo y Magdalena. Y si quería evitar éstas para siempre, llamaría a la puerta de Esteban y le suplicaría que al otro día la condujese al altar. Y nada le era más fácil que robarle a Magdalena la llave de su choza en el negro traje que había dejado en la sala. Y ella y su esposo tendrían el consuelo de morir en la casita en que Marta había terminado sus días.

Pero Dolores se estremecía al nombre de Esteban y no tenía valor para olvidar su promesa mucho más cuando no estaba muy segura de que Pablo le hubiese ocultado la verdad.

357 *atizar*: "Escitar o irritar las pasiones, dar pábulo a los afectos, estimularlos, provocarlos" Domínguez 1853: 191.

358 *mentís*: "Voz injuriosas y denigrativa con que se dice a uno que miente, que falta a la verdad en lo que dice" Domínguez 1853: 1166.

359 *aserto*: "asegurar" Domínguez 1853: 179.

Por fin, la fatiga y las vigiliass anteriores triunfaron del dolor y sobresalto que dominaban el corazón de la joven y un sueño benéfico descendió a sus parpados, cuando el canto de los gallos del barrio empezaban a anunciar la próxima aurora.

Pero a las siete de la mañana ya había abierto los ojos. Apenas se hubo desvanecido esa dichosa embriaguez³⁶⁰ del sueño que produce el olvido para renovar todas las llagas de su corazón, Dolores saltó de la hamaca, miró un instante hacia el aposento de Magdalena y corrió a la ventana. Abrió un postigo, acechó y quedó encantada.

La calle que se presentaba a la vista de Dolores no era seguramente igual a la que había abandonado con su choza el día anterior, ni a la risueña callejuela en que en mejores tiempos hablaba con Pablo todas las mañanas. Faltaba allí aquella verde y suave alfombra con sus clavos de oro³⁶¹ que apagaba las pisadas de los transeuntes y aquella silvestre enredadera que con sus grandes hojas y flores azules entapizaba³⁶² las albarradas. Ni albarradas se veían, sino paredes de desigual altura, ennegrecidas con el transcurso del tiempo y enmohecidas por la lluvia. Y sobre todo, faltaba allí la soledad de las callejuelas del barrio de San Sebastián, pues Dolores contó ocho puertas de otras tantas casas de mampostería. Pero en cambio, frente a la ventana que ocupaba la joven, parecía haberse traído un pedazo de las calles que amaba tanto. Era el único lugar en que se veía árboles y árboles como aquellos que, con la elevación de sus copas y la espesura de sus hojas impedían que los rayos del sol penetrasen por la ventana en que se hallaba. Sus ramas de magnífica verdura descollaban tras una pared baja, que enseñaba en su cima una ruin enredadera silvestre de menudas hojas y de pequeñas flores amarillas que remedaba la lozana enredadera en que Dolores acostumbraba recrear su vista.

Pero lo que causó más alegría a la joven, si es que podía experimentar alegría en su triste situación, fue descubrir detrás de los árboles una choza de palmas de guano³⁶³ que descansaba sobre una pequeña elevación del terreno, dos niños mestizos vestidos ligeramente que jugaban a algunos pasos de la casita, mientras una mujer sentada en la puerta daba el pecho a otros niños sentado en su regazo.

Contemplaba Dolores con indecible consuelo aquella choza tan parecida a la suya y aquel cuadro encantador de familia, cuando la sacó de su enajenamiento la voz de Magdalena que la llamaba a desayunar. La joven bajó del cielo a la tierra y con secreto terror volvió la cabeza a este llamamiento. Sobre una mesita colocada frente a la hamaca en que había dormido, estaba preparado el desayuno, que por su clase y abundancia, Dolores le juzgó digno de un príncipe.

Apenas se sentó a la mesa en compañía de Magdalena, cuando ésta entabló con ella una larga conversación o, por mejor decir, un interminable monólogo que interrumpía solamente para invitarla, de cuando en cuando, a que comiese o bebiese más de lo que podía. Dolores, asombrada de tanta charla, la dejaba hablar y solamente respondía con monosílabos, cuando alguna pregunta directa de su interlocutora la obligaba a contestarle.

360 *embriaguez*: "Turbación de las facultades intelectuales" Domínguez 1853: 659.

361 *clavo de oro*: se refiere al árbol del clavo, el cual es de la familia Myrtaceae, que tiene por característica unas flores que cuando aún no han abierto parecen giroflores que suelen ser usadas como especia para la comida.

362 *entapizaba*: 'cubría'.

363 *guano*: "Especie de arbusto de la América meridional, algo parecido a la palma baja [...] Se emplea en aquel país para la formación de chozas y cabañas" Domínguez 1853: 886.

Terminado el desayuno, Magdalena invitó a la joven a reconocer³⁶⁴ la casa. Aceptada la invitación, la siguió Dolores al interior, saliendo por primera vez de la sala en que había estado desde su llegada. A Dolores le pareció la casa demasiado pequeña, para una señora como doña Elvira, que sin duda debía tener gran número de criados, porque, además de la sala de que acababa de salir, no contó más de tres piezas habitables, un corredor, una cocina y dos patios. Al entrar en el primero de estos la joven dió un ligero grito de alegría. Sobre un lindo arriate³⁶⁵ colocado en medio del patio se veían muchas de las flores que ella cultivaba en el solar de su abandonada choza y algunas otras que no conocía.

Dolores se creyó por un momento trasportada a su jardincito y aún se le figuró oír la voz de la pobre Marta que la llamaba desde la casita.

En el segundo patio la joven vio un recuerdo más vivo de su solar que en el primero. Allí había también una compacta hilera de naranjos, que en la primavera debía ostentar sus dorados frutos entre sus verdes y menudas hojas; allí también levantaban las palmas y los cocoteros sus anchas copas hasta una altura considerable; allí también se veían otros árboles innumerables cuyas hojas ponía el viento en continua agitación; allí también, finalmente, bajo la eterna verdura de tantas ramas confundidas y mezcladas entre sí, se extendía una sombra igualmente eterna, que había enmohecido el piso de aquel risueño lugar.

Cuando Dolores hubo terminado la visita de la casa, volvieron a asaltarle las mismas dudas que había concebido la noche anterior. Fuera de los muebles de la sala, no había encontrado en las piezas que acababa de reconocer más que un armario y un baúl, del que tenía las llaves Magdalena. ¿Era posible que la casa de doña Elvira careciese hasta de los muebles más necesarios? La joven no tardó en comunicar sus recelos a su compañera.

—¡Bah! — dijo Magdalena con una sonrisa — Ya conocerás a nuestra ama y dejará de asombrarte lo que acabas de decirme. Es verdad que tiene bastantes bienes de fortuna para comprar los muebles más elegantes y para mantener una numerosa servidumbre; pero ella cree que los pobres necesitan de su dinero más que ella y casi todo lo emplea en repartir limosnas. No tiene más muebles que los que has visto y algunos otros que se llevó a la hacienda. Su servidumbre se reduce a unas seis mujeres que ha recogido³⁶⁶ en su casa, más bien por hacerles caridad que para que la sirvan.

Tras estas palabras emprendió Magdalena un elogio tan acalorado de las virtudes de doña Elvira y una pintura³⁶⁷ tan minuciosa de sus costumbres, que acabó de disipar todas las dudas de la joven. Y cuando entró la noche de aquel día, el primero que pasaba la joven fuera de su choza, había perdido ya las tres cuartas partes del miedo que le tenía a Magdalena. La infernal mujer había desplegado toda su astucia para inspirarle confianza y para ganar su corazón y, como acabamos de decir, había conseguido casi un completo triunfo. El nombre de Pablo no había salido enteramente de sus labios y, por el contrario, no una sola vez había hecho la apología³⁶⁸ de Marta con tanto calor y entusiasmo, que había aumentado las lágrimas de Dolores.

364 *reconocer*: "Examinar atenta y cuidadosamente algún objeto, alguna cosa" Domínguez 1853: 1458.

365 *arriate*: "Espacio algo levantado o separado del piso, que se prolonga alrededor de la pared de los jardines o patios en que se plantan árboles, hierbas y flores" Domínguez 1853: 169.

366 *recogido*: "Acoger, admitir, amparar, refugiar, cobijar, recibir en su compañía" Domínguez 1853: 1457.

367 *pintura*: "Descripción que se hace por escrito o de palabra de alguna cosa, procurando presentarla a la imaginación con toda verdad" Domínguez 1853: 1363.

368 *apología*: "Discurso laudatorio, oración apologética, panegírico de alguna persona, defensa suya hecha de palabra" Domínguez 1853: 142.

Amaneció, por fin, el octavo día en que, según Pablo, doña Elvira debía verificar su vuelta. De seguro Magdalena y Dolores tenían fijo³⁶⁹ constantemente el pensamiento en el joven y, no obstante, ninguna de ellas se atrevió a hablar de él a pesar de que desde cuatro días antes había empezado a mezclarse en sus conversaciones. Las lágrimas tributadas a la memoria de Marta y de su humilde choza habían de tener fin con el transcurso del tiempo e insensiblemente iban agotándose de sus ojos aquellas fuentes que ocho días antes había creído inagotables. Ya el dolor empezaba a dejarle tiempo para pensar en Pablo y podía evocar aquellos dulces recuerdos de que tanto abundaba su vida sin creerlos, como antes, una profanación.

Y luego, en aquella casa en que en vano se afanaba por buscar en qué emplearse en los largos ratos que Magdalena la dejaba sola, no podía menos que ocuparse en pensar y en sentir. Y Dolores advertía, con terror cuando salía de su enajenamiento, que el amor empezaba a ocuparla casi exclusivamente como antes de la muerte de Marta. Durante los ocho días en que Dolores, según su promesa, no intentó huir del asilo a que la había conducido Magdalena, la joven no cesó de luchar con las dudas que le habían asaltado desde la primera noche que entró en él. Cuando estas dudas adquirían demasiada robustez en su espíritu, corría a interrogar a Magdalena con esperanza de sorprenderla. Pero ésta sostenía sus interrogatorios con tan admirable serenidad, que siempre acababa por persuadir a Dolores de que se hallaba realmente en la casa de doña Elvira.

Pero nunca fueron mayores los celos de la joven que cuando llegó aquel octavo día, esperado por ella con tanta ansiedad. Desde por la mañana se colocó en el postigo de la ventana, mirando con avidez hasta donde podía alcanzar su vista. Pero inútilmente: doña Elvira no parecía³⁷⁰. Cada una de las horas que resonaban en el próximo reloj de la Catedral³⁷¹ era una nueva fuerza añadida a sus celos.

Cuando llegó la tarde, Dolores estaba ya casi evidentemente persuadida de que se le había engañado. Recordó entonces que desde las ocho de la noche de aquel día quedaba libre de su promesa y, que en caso de que Pablo se presentase antes de la hora indicada, como se lo decía un secreto presentimiento, tendría libertad para volver a su choza. Rogó a Dios que le diese fuerzas para entrar en el combate que temía sufrir y, creyendo adivinar todas las preguntas y palabras de Pablo, preparó con tiempo las respuestas que debía darle.

La joven vio entrar la noche llena de agitación. Extrañó que Magdalena no estuviese a su lado como siempre y la llamó. Una hora después se oyeron golpes en la puerta. No se había oído parar ningún carruaje. Dolores, creyendo adivinar la verdad, mandó a Magdalena que abriese la puerta mientras ella invocaba el nombre de Marta, como si invocara a un Dios.

Pablo apareció en el umbral de la puerta, cambió una mirada de inteligencia con Magdalena y ésta desapareció al instante por la puerta del corredor. Entonces Pablo se adelantó hacia Dolores con la sonrisa en los labios; pero Dolores, que parecía no advertir ésta sonrisa, miró al joven con inquietud. Pablo, por su parte, tampoco pareció notar este frío recibimiento y se acomodó en una silla al lado de Dolores.

—¿Con qué has aguardado la vuelta de mi madre? — preguntó Pablo, envolviendo a la joven con una mirada llena de amor.

369 *fijo*: "decidido, firme" Domínguez 1853: 797.

370 *parecía*: "Manifestarse a la vista alguna cosa: dejarse ver" Domínguez 1853: 1314.

371 *próximo reloj de la Catedral*: el lugar donde ocurren los hechos debía estar a unos cuatro bloques de la catedral principal de Mérida. El reloj fue fabricado en Londres en 1731 e instalado a mediados del siglo XVIII en la fachada principal de la Catedral de San Ildefonso en la torre derecha de la misma (ver Sierra O'Reilly 1845: 131-142).

—Dentro de media hora – respondió Dolores afectando³⁷² la frialdad de una estatua – dentro de media hora debía quedar libre de mi promesa pero, puesto que usted se ha presentado en esta casa, ya tengo libertad para volver a mi choza, según la promesa que usted me hizo por su parte. Dígale usted a doña Elvira que ya he hecho cuanto me ha sido posible para cumplir con el último deseo de mi padre y que si ella quiere cumplir con él, no tiene más que pasar a mi choza a recogerme.

Pablo soltó la carcajada.

—¿Con que ha sido tan diestra Magdalena – dijo – que ha logrado ocultarte tanto tiempo la verdad?

—¡Gran Dios! – exclamó la joven, sintiendo temblar todo su cuerpo – ¿Qué es lo [que] dice usted, señor Pablo?

—Que esta casa no es la de mi madre, sino un asilo risueño³⁷³ escogido por mí, con que te brinda³⁷⁴ mi amor.

—¡Ah, mis sospechas se han confirmado! He sido engañada por usted y ya no debo permanecer por más tiempo aquí. ¡Adiós, señor Pablo!

Dolores se puso resueltamente en pie y se dirigía ya a la puerta de la calle, cuando Pablo la detuvo y la obligó a sentarse. El por su parte no se había tomado el trabajo de levantarse de su asiento.

—¿A dónde ibas, Dolores?

—¿A dónde? – repitió Dolores, sonrojándose como si hubiese cometido una falta.

—Sí, ¿a dónde?

—Iba...iré, señor Pablo – respondió Dolores recobrando un poco de valor – a cualquier parte en que no me persiga usted ni Magdalena.

Hubo un momento de silencio que pareció a la joven un siglo.

—Eso no es responderme, Dolores. ¿Habías resuelto ir a alguna parte determinada?

—Sospechando que usted me engañase, he resuelto irle a pedir protección a doña Elvira, o a ofrecerle mi mano a Esteban, esta misma noche – añadió Dolores, haciendo un movimiento para levantarse.

Pero Pablo extendió su brazo hacia ella para detenerla otra vez y, como por descuido, dejó caer su mano sobre la joven. Dolores quiso retirarla al instante, pero Pablo no lo permitió y apretándola con ese grado de fuerza que sirve para medir las mayores afecciones³⁷⁵.

—Dolores, – le dijo – ¿sabes cuál es la suerte que te espera en la casa de mi madre?

La joven inclinó la cabeza, huyendo las miradas de fuego con que Pablo pronunciaba estas palabras.

—Además de la condición de servir – continuó Pablo – que como decía tu padre, siempre es tristísima, aunque sean de oro las cadenas, mi madre, al ver tu juventud y tu belleza, te encerrará entre las estrechas paredes de su casa. Y por evitar que te vean los hombres, te privará de la luz, de las flores y de los árboles que amas tanto desde tu niñez. ¿Crees que vas a encontrar en la voz de mi madre el acento dulce y familiar de la pobre Marta? No, Dolores.

372 *afectando*: "Aparentar, fingir, ostentar lo que no es" Domínguez 1853: 38.

373 *risueño*: "Ameno, grato, delicioso" Domínguez 1853: 1499.

374 *brinda*: "Ofrecer voluntariamente alguna cosa, espontanearse prometiendo, convidar, invitar, instar a la aceptación de algo" Domínguez 1853: 279.

375 *afecciones*: "Sensaciones del alma, pasiones que abriga el corazón humano" Domínguez 1853: 112.

Allí sólo encontrarás una mujer, más joven que Marta todavía, pero entregada, sin embargo, a un riguroso ascetismo, y a quien la costumbre de rezar sus oraciones en voz alta, ha dado la voz gangosa y cascada³⁷⁶ de una monja. Allí la verás, como la superiora³⁷⁷ de un convento, reunir en su oratorio a distintas horas del día y de la noche a una servidumbre canosa y arrugada, entre la cual te obligarán a confundirte, olvidando que te hallas en la primavera de tu vida. Todas las mañanas, antes de rayar la aurora, te conducirán a una iglesia solitaria, en la cual, si por un ligero descuido perdieses un instante la devoción, no tardarías en oír una voz áspera y regañona, reprendiéndote tu falta tal vez involuntaria. Y de la iglesia al trabajo, del trabajo al oratorio y del oratorio al lecho, consumirás en breve tiempo tu juventud y tu hermosura.

—¿Ignora usted, señor Pablo – preguntó Dolores haciendo un esfuerzo supremo – ignora usted que mi residencia en casa de doña Elvira solamente debía durar hasta el día en que vinivese a buscarme Esteban, para cumplir la voluntad de mi padre?

—Bien, bien – respondió Pablo – Me alegro de que me hayas recordado a Esteban, porque de él precisamente iba a hablarte después de mi madre. ¡Con que vas a ofrecerle tu mano esta misma noche! ¿Y por qué no se la habías ofrecido desde que las cartas de tu padre te revelaron su amor, a pesar de que Marta, para hacerte olvidar el mío, no cesaba de estrecharte³⁷⁸ a que te casases con él? ¡Oh, Dolores, no hay qué hacerse ilusiones! Tú podrás pensarlo mil veces, pero yo te digo que nunca te casarás con Esteban. Pero figurémonos un instante que por una de esas resoluciones violentas e irreflexivas que suelen arrancarnos las circunstancias, te atrevieses a darle tu mano para librarte de mis persecuciones, como dices, ¿has pensado alguna vez en la vida que arrastrarías al lado de un esposo de quien siempre has huido con invencible repugnancia? ¡Oh! El encierro y la servidumbre en casa de mi madre, la continuidad del trabajo y la oración y sus infundadas reprensiones, te serían más tolerables que la compañía de Esteban. Porque vivir con una persona que nos inspira una antipatía irresistible, como la que te inspira Esteban, es un martirio continuo y horroroso. Cada una de las palabras herirá tus oídos con un sonido áspero y desagradable, no tendrás valor ni para contradecirle y ni aun acertarás a advertirle el peligro que le amenaza, para no oír las palabras con que te exprese su agradecimiento. Sus menores acciones te desagradarán, no tendrás resolución nunca para mirarle a la cara y sus caricias te encenderán la sangre en las venas. ¡Pero no! – prosiguió Pablo después de un instante de silencio que necesitó para respirar – No. Tú nunca te resolverás a casarte con Esteban, como te he dicho y te repetiré mil veces. Nunca, nunca. Yo leo en tu corazón Dolores, como en un libro abierto. Sólo veo escrito en él un nombre, un nombre que no es el de Esteban, sino el mío. El mío no más, el mío, Dolores, que no ha podido borrar ni la última voluntad de tu padre, ni las órdenes estrechas de Marta, ni la astucia con que Magdalena, por orden mía, te ha arrancado de tu choza para traerte a mis brazos.

Y mientras Pablo se expresaba de esta manera, iba oprimiendo insensiblemente con mayor fuerza la mano de Dolores que tenía entre la suya e inclinaba por grados su cuerpo hacia la joven, como para que lo oyese mejor, hasta que al terminar estas palabras, aproximó tanto su asiento al que ocupaba, que Dolores sintió con una conmoción extraordinaria la ligera

376 cascada: "Viejo, decrepito, achacoso o achaquiento, caduco, endeble" Domínguez 1853: 345.

377 superiora: "La abadesa o religiosa superior en comunidades" Domínguez 1853: 1577.

378 estrecharte: "Apremiar, obligar instando, precisar a alguno contra su voluntad a que haga alguna cosa" Domínguez 1853: 758.

presión de sus rodillas. Dolores, sin voluntad ni fuerzas para retirar aquella mano por la que Pablo le comunicaba sin duda la fascinación que sentía, advirtió sin terror el movimiento del joven y no pensó en retirar su asiento. El valor ficticio de que había hecho provisión durante el día y que la había sostenido un instante, hacía mucho tiempo que la había abandonado, dejándola a merced de Pablo. Entretanto, éste continuó:

—Pues bien, en lugar del estrecho claustro³⁷⁹ que encontrarás en la casa de mi madre, en lugar de la repugnante compañía de Esteban, vive en adelante en esta casita, que tiene la comodidad de un palacio con el jardín y la risueña arboleda de tu choza. Vive en adelante en compañía del hombre a quien hace tiempo entregaste tu corazón en aquella solitaria callejuela de San Sebastián de tan deliciosa memoria para nosotros. Y cuando yo no pueda estar a tu lado, Magdalena, que no se apartará de ti y que ya te ama quizá como te amaba Marta, te hablará continuamente de nuestro amor que ya conoce como nosotros mismos.

El nombre de Magdalena, a pesar de todo lo que había hecho ésta para ganarse el corazón de Dolores, sacó a la joven de su enajenamiento y desplegó³⁸⁰ al instante sus labios.

—¡En compañía de usted! — exclamó — ¡En compañía de Magdalena! ¿Qué dice usted, señor Pablo? ¿Yo quedarme aquí?

Y como si en aquel momento hubiese advertido por primera vez la aproximación de Pablo, retiró su asiento a mayor distancia de la que antes la separaba de él. El joven, para no verse obligado a soltar aquella mano que con tanta ventaja oprimía entre la suya, ganó otra vez el espacio que le acababa de arrebatar y sus rodillas volvieron a tocar las de Dolores. Dolores se levantó entonces con un impulso violento que dejó libre su mano. Pablo la imitó al instante y para vengarse con usura de la mano que había perdido, rodeó con su brazo derecho la delicada cintura de Dolores y atrayéndola suavemente hacia él:

—Dolores, — le dijo —¿por qué huyes de mí? ¿No ves que te afanas³⁸¹ inútilmente por romper la dulce cadena que va a unirnos desde ahora? Desde ahora sí, Dolores, porque ha llegado el momento por el que hemos suspirado tanto. El destino nos reúne ahora y nadie puede resistir al destino. Abandonémonos a él y sin resistencia, con tanta más razón cuanto que sólo nos presenta un mundo de placeres, que únicamente el amor puede reunir para ofrecernos en la tierra. Pero el amor, Dolores, tiene un término al cual es preciso llegar inevitablemente y ese término ha llegado para nosotros ahora y es inútil pensar en resistir.

Y acercando su cara a la de Dolores, con un movimiento repentino, imprimió³⁸² impunemente en sus labios el primer beso de amor. Dolores conoció que se hallaba a merced de Pablo, pero no tuvo fuerzas para implorar el último socorro que le quedaba.

—¡Magdalena, Magdalena! — gritó con voz moribunda. Pero Magdalena tenía orden estrecha de no presentarse, aunque viese arder el aposento.

379 *claustro*: "La vida religiosa y reiterada del trabajo mundano" Domínguez 1853: 388.

380 *desplegó*: "desdoblar lo que está cogido o plegado" Domínguez 1853: 587.

381 *afanas*: "trabajar penosamente para conseguir alguna cosa, buscar con ávido deseo" Domínguez 1853: 38.

382 *imprimió*: "Comunicar o dar movimiento" Domínguez 1853: 985.

CAPÍTULO XV LA VISITA DE ESTEBAN

Apenas habían pasado ocho días después de la muerte de Marta y ya Dolores había sucumbido. Desde entonces, como una consecuencia necesaria, que no es difícil de comprender, Dolores quedó para siempre atada a Pablo con esa terrible cadena con que el vencido queda sujeto al vencedor, o más bien, con ese lazo que estrecha al débil con el fuerte y que el primero cuida de conservar con esmero, temiendo ver, que se rompa de un instante a otro.

Porque, ¡ay!, tal es la triste condición de la mujer. Ella, a quien la naturaleza ha destinado a hacer caer a sus pies con una sola mirada al hombre fiero y orgulloso con su fuerza, pierde todo su dulce imperio desde el momento en que se arroja en los brazos de un seductor. Y semejante a la vil favorita de un serrallo³⁸³ que no perdona medio para conservar el favor de su dueño, llega un día en que tiene qué arrojarse a los pies del hombre que la ha seducido, como algunos días antes se arrojaba a sus brazos: llega un día, decimos, en que tiene qué arrastrarse a sus plantas para conservarle a su lado.

Pero ese día aún no había llegado para Dolores y no podía, por consiguiente, hacer las anteriores reflexiones que nos han arrancado las primeras palabras del capítulo. No, ella se apresuraba a aspirar³⁸⁴ esa dulce embriaguez de los primeros días, que la mujer experimenta una sola vez en su vida y no tenía tiempo para meditar y reflexionar, sino sólo para sentir su felicidad.

Pablo, para no llamar la atención del vecindario iba todas las noches a la casita del barrio de Santa Ana y, Dolores que había resistido débilmente a las primeras caricias de su seductor, salía a recibirle con los brazos abiertos, presentándole al mismo tiempo boca y mejillas para que imprimiese sus labios. Y Pablo, loco de amor, el primer día, se prestaba a todos los deseos de la joven, que eran también los suyos; y pasaba horas enteras sin advertir la carrera del tiempo, apurando³⁸⁵, como le había ofrecido, un mundo de placeres y delicias que parecían inagotables.

¿Por qué, entonces, había de temer que aquel arrogante joven que la llamaba hermosa sin cesar, dejase de ver un día en ella la hermosura con que la había dotado la naturaleza? Por lo menos, Dolores creía ser amada de Pablo como ella le amaba y que, por consiguiente, juzgaba el corazón de éste como el suyo propio, no tenía motivo alguno para dudar del amor del joven, puesto que ella nunca había pensado ni aun en la posibilidad de que el suyo se acabase.

¿Y qué? ¿Aquel bien construido edificio, aquel conjunto de sólidas virtudes, cuyos cimientos se debían a la misma naturaleza, y que Marta y Antón habían levantado con tanto esmero³⁸⁶, había sido destruido de tal modo a la primera caricia de Pablo, que no había dejado una sola ruina en señal de su antiguo esplendor?

Y no hablemos ahora del desliz³⁸⁷ de la joven, disculpable hasta cierto punto, como todo el que es víctima de una seducción. La pobre humanidad está destinada a ser engañada

383 *serrallo*: "La casa o palacio real del gran turco. Tómese regularmente por el lugar en que tiene sus mujeres y concubinas" Domínguez 1853: 1543.

384 *aspirar*: "anhelar o desear con ansia alguna cosa" Domínguez 1853: 184.

385 *apurando*: "Investigar inquirir hasta saber o conocer radicalmente una cosa; pesquisar, gestionar, examinar, escudriñar" Domínguez 1853: 147.

386 *esmero*: "Celo, exactitud, puntualidad, asiduidad, aplicación, buen desempeño" Domínguez 1853: 729.

387 *desliz*: "Tropiezo, falta, caída en alguna flaqueza, especie de fragilidad" Domínguez 1853: 577.

continuamente y a sufrir la ley del más fuerte³⁸⁸ y el más virtuoso está sujeto a duros embates y tentaciones peligrosas de que no siempre sale vencedor. Pero después del primer deslíz, viene inevitablemente el mayor remordimiento que puede experimentar el hombre, por lo mismo que sigue el mayor combate que ha de sufrir en su vida. Y, sin embargo, como no hay pasión, acaso, que durante los goces que proporciona su satisfacción apague tanto remordimiento como el amor, casi nos atreveríamos a afirmar que Dolores no sintió remordimiento alguno. Verdad es que algunas veces el recuerdo de su padre y de Marta, o la memoria de su choza, venía a inquietarla algunos instantes, presentándose como enviados del cielo que la reprendían y le echaban en cara la felicidad que creía disfrutar. Pero si estos pensamientos, que sólo la atormentaron algunos días, se desvanecieron siempre a la presencia de Pablo, o a su nombre, pronunciado en conversaciones con Magdalena, llegó un día en que la dejaron completamente tranquila. Y no porque su choza, Marta y Antón se hubiesen del todo borrado de su memoria. No. Pero el recuerdo de su padre y de su tía no se presentaba ya como un remordimiento: era más bien esa dulce impresión que la memoria de dos seres queridos que han bajado al sepulcro, nos hace experimentar en medio de nuestra felicidad, como un secreto deseo de que vuelvan a la vida para ver y participar de nuestra dicha. Su humilde choza y sus pobres muebles tampoco habían sido olvidados en medio de las comodidades que le ofrecía la casa que habitaba. Al contrario, era imposible mirar fuera de la sala sin encontrar en cada objeto un recuerdo de su choza. Pero como había sucedido con la memoria de Marta y de Antón, estos objetos ya no le causaban remordimiento. Al contrario, los miraba con placer, como el que se enamora de una mujer parecida a la esposa que ha perdido.

Todo esto consistía en que, como hemos dicho mil veces, Dolores amaba ante todo a Pablo y, a pesar del cariño que profesaba a su padre y a su tía, el amor de Pablo había dominado su corazón, aún en vida de Marta, así como le hubiera dominado también en vida de Antón. Ahora que estos habían bajado al sepulcro y que sólo Pablo le quedaba en el mundo, ¿era extraño que cada día se estrechase más a él y que cada día creciese su amor? Dolores, pues, se creía feliz. Pablo la amaba como nunca, iba continuamente a su lado y nadie se oponía a su amor. ¿Qué más había de desear?.

Tanto como Dolores huía la presencia de Magdalena antes de abandonarse a los brazos de su amante, así la buscaba ahora para provocar largas conversaciones sobre Pablo, bien que Magdalena no necesitaba provocación para soltar la lengua en alabanza de éste. Ya no eran ama y esclava, según los deseos y las órdenes de Pablo. Dolores, para no estar separada un instante de Magdalena, la seguía hasta la cocina y juntas preparaban su común alimento, a pesar de la abierta oposición que manifestaba Magdalena.

Pablo, al saber esta intimidad, había propuesto una noche a Dolores aumentar su servidumbre y, más bien mudarla, para que Magdalena no se separase un instante de su lado, sin que ella tuviese necesidad de acompañarla a trabajar. Pero la joven se opuso tenazmente,

388 *ley del más fuerte*: aforismo de sentido moral que afirma que los conceptos del bien y mal están determinados por los poderes fácticos. La idea es de origen clásico, presente en Homero, Hesíodo y Tito Livio, aunque la primera locución aparece en la Historia de la guerra del Peloponeso de Tucídides, donde se lee "el derecho es un tema del que tratan sólo los que son iguales entre sí por su poder, en tanto que los fuertes imponen su poder, tocándoles a los débiles padecer lo que deben padecer... Así creemos que sucede entre los dioses, y respecto de los hombres saben" (Tucídides 1986: 40).

como se oponía siempre a todos los ofrecimientos de Pablo, ya que se creía tratada como una reina. Unicamente había consentido en que se aumentasen los muebles de la casa y fue porque un día los vio entrar, sin que Pablo le hubiese advertido nada. La sala recibió los adornos que le correspondían y Dolores se trasladó al aposento que más le había agradado desde el primer día: un cuarto dentro del cual adelantaban sus ramas un jazmín y un rosal de China³⁸⁹ por la reja de la ventana. Magdalena, por su parte, escogió un aposento contiguo a la cocina.

A este lugar se retiraba todas las noches la discreta mujer cuando el toque de ánimas³⁹⁰ llegaba a sus oídos, mientras Dolores se abalanzaba a la ventana y permanecía allí, hasta que sentía sobre la escharpa los pasos de Pablo, que conocía admirablemente. Entonces corría, a abrirle la puerta, le recibía en sus brazos y, la amistad de Magdalena, como el mundo entero se olvidaban al instante.

Como sucede con todo el que es dichoso, los días transcurrían para la joven con increíble celeridad³⁹¹. Entretanto, no tardó un acontecimiento en venir a aumentar esta dicha. Dolores notó que estaba encinta³⁹². Tener un hijo de Pablo equivalía a tener otro Pablo, con la inmensa ventaja de que nunca se separaría de su lado, como el primero. Además, un hijo siempre contribuye a estrechar más el lazo que une a sus padres y Dolores creyó que Pablo la amaría más, aunque dificultaba que el amor de éste fuese capaz de aumento, siempre juzgando del corazón de su amante por el suyo propio.

Sin embargo, en medio de su alegría la joven recordó con terror, acaso por primera vez, la triste historia de Juana, que Marta la había contado la noche en que Pablo entró furtivamente en su solar. Dolores se preguntó, llena de miedo y sorpresa, por qué la había recordado precisamente en aquel momento mejor que en otro. Procuró desecharla de su memoria como un mal presentimiento, invocando el nombre de Pablo, pero este nombre querido fue ineficaz contra aquel terrible recuerdo y Dolores comparó involuntariamente a su amante con el joven español que sedujo a Juana. Corrió a lado de Magdalena, que se había separado de ella un momento y la dejó asombrada con la multitud de preguntas que le hizo para tranquilizar su espíritu.

Pero vino Pablo, Dolores le comunicó la plausible noticia y el joven pareció ponerse loco de contento. Desde aquel instante la triste historia de Juana volvió a quedar sepultada en el olvido más profundo. Vamos ahora a referir otro acontecimiento que vino a turbar la tranquila felicidad que la joven disfrutaba en su nueva casita, cuatro meses después de haber llegado a ella y que no se borró tan fácilmente de su memoria, como la historia de Juana. Dolores estaba una mañana en la ventana, de que hemos hablado, contemplando la arboleda y la choza del solar vecino, con el placer que siempre experimentaba a su vista. La dueña de esta humilde heredad³⁹³ regaba en compañía de sus hijos algunas hortalizas que vegetaban a un lado de la casita. El más pequeño de los niños con la travesura propia de su edad, iba derramando

389 *rosal de China*: son flores de color rosado que llegan a medir entre 1 y 2 metros de altura. Es producto de hibridación y adaptadas a las condiciones climáticas de la península de Yucatán.

390 *toque de ánimas*: era el toque de campanas que duraba diez minutos y se daba a las ocho de la noche, marcando la conclusión de las actividades y que servía para pedir por los difuntos.

391 *celeridad*: "Rapidez, prontitud, ligereza, presteza, diligencia suma, velocidad" Domínguez 1853: 360.

392 *encinta*: "la mujer preñada" Domínguez 1853: 672.

393 *heredad*: "Porción más o menos grande de terreno labrantío" Domínguez 1853: 917.

el agua que conducía en una gran jícara, por el corto tránsito del pozo a las sementeras³⁹⁴ y no pocas veces le había acontecido llegar a éstas con la jícara vacía. Entonces tenía qué volver al pozo a llenarla, no sin que lo acompañasen las inocentes burlas del otro niño, que llegaban a los oídos de Dolores. Esta, que ya tenía con los niños una especie de muda amistad, no dejaba de sonreírse cada vez que volvían hacia ella sus semblantes infantiles, codiciosos de la inevitable sonrisa de su vecina.

De repente oyó Dolores cerca de sí los pasos de un hombre sobre la escharpa y con esa curiosidad inherente a la naturaleza humana, volvió la cabeza al instante. ¡Cuál no fue su sorpresa y su espanto al distinguir a Esteban! El mestizo estaba ya a dos pasos de la ventana y tenía los ojos clavados en ella.

Dolores sintió huir la sangre de sus venas y como si Esteban no la hubiese visto, se descolgó del postigo con un movimiento precipitado y se paró en medio de la sala, sintiendo los violentos latidos de su corazón. Su semblante estaba pálido y demudado³⁹⁵, tenía clavados los ojos en la puerta de la calle y sus brazos caían a lo largo de su cuerpo en ademán de terror. Un secreto presentimiento le decía que Esteban no tardaría en llamar a esa puerta.

En efecto, al cabo de algunos instantes resonaron en ella tres golpes precipitados que, a pesar de que los esperaba, se reprodujeron en su corazón como la descarga de una batería. Quedóse la joven inmóvil un momento, pero luego corrió de puntillas hacia el corredor y se detuvo debajo de los arcos. Allí, en voz baja, de modo que solo la oyese la persona a quien iba dirigida, llamó:

-¡Magdalena, Magdalena, Magdalena!

El eco de sus palabras fue lo único que le respondió. Entonces la joven recordó que Magdalena acababa de salir a hacer sus provisiones diarias al mercado. En aquel momento se dejaron oír otros dos golpes en la puerta de la calle. Dolores vaciló algunos segundos. ¿Qué venía a hacer Esteban? ¿Sabía acaso que en aquella hora la dejaba sola Magdalena? ¿Y qué iba a responder a las preguntas que inevitablemente debía hacerle?

La joven tuvo un instante tentaciones de negar a Esteban la entrada en su casa. Era de día, la calle no era tan solitaria ni tampoco pasajera³⁹⁶ y el mestizo no se atrevería a cometer un escándalo. Pero los golpes no tardaron en repetirse con mayor fuerza y precipitación que las veces anteriores. Dolores se atemorizó y se vio obligada a tomar una resolución cualquiera³⁹⁷. Corrió a la puerta de la calle, le quitó la aldaba³⁹⁸ que la cerraba y se dejó caer en un asiento próximo, temerosa de que Esteban notase su resciente preñez. Esteban entró y como la joven había quedado casi oculta tras de la puerta que acababa de abrirse, tardó un instante en distinguirla.

-¡Oh, oh! Conque te encuentro al fin – exclamó parándose en frente de Dolores y clavando en ella una mirada inquisitorial, como si quisiera leer en su semblante la historia de lo que había ocurrido en los cuatro meses que no la había visto. La joven, que no se atrevía a levantar los ojos para mirar a Esteban, tampoco tuvo valor para responderle.

394 *sementeras*: "La tierra sembrada" Domínguez 1853: 1536.

395 *demudado*: "Cambiar, alterar mudar, desfigurar, variar" Domínguez 1853: 542.

396 *pasajera*: "Concurrido, frecuentado por muchos transeúntes" Domínguez 1853: 1321.

397 *cualquiera*: "sea lo que fuere o de las circunstancias que fuere" Domínguez 1853: 493.

398 *aldaba*: "Pieza de hierro o bronce que se pone a las puertas para llamar" Domínguez 1853: 72.

—¡Conque te encuentro! ¡Y por vida mía que en una habitación nada parecida a tu antigua choza! — añadió el mestizo, extendiendo la vista por toda la sala y contemplando con admiración cada uno de los muebles — ¡Oh, oh! Soy muy amigo de historias y me gustaría mucho que me cuentes la tuya, porque debe ser muy curiosa. ¡Hacerse tan rica en sólo cuatro meses!

Dolores levantó esta vez la cabeza con el fin de adivinar en los ojos de Esteban el oculto sentido de sus palabras. Pero Esteban cerraba en aquel momento la puerta con la aldaba y su brazo, envuelto en la ancha manga de su camisa, cubría su semblante. Cerrada la puerta, el mestizo, que seguramente no había olvidado la repugnancia que causaba a Dolores, se sentó a algunos pasos de distancia de ella. Pero ya entonces Dolores había vuelto a inclinar la cabeza.

—¿Con qué me buscabas? —tartamudeó la joven con voz apenas inteligible y acaso por evitar el giro que las últimas palabras de Esteban debían dar a la conversación. El mestizo hizo un movimiento de asombro.

—¿Qué si te buscaba? ¿Olvidas que tu excelente tía me recomendó antes de morir que fuese con frecuencia a casa de tu protectora? ¡Oh! Yo no lo olvidé ni un instante, porque cuando llevaba cargado su cadáver al cementerio, mil veces creí oír su voz en el camino, suplicándome que no olvidase sus recomendaciones.

Dolores tembló a estas palabras que hacían revivir en su memoria todos los recuerdos dolorosos que el amor de Pablo tenía sepultados en el olvido.

—Y desde el día siguiente — continuó Esteban — viendo que no se abría tu choza, empecé a averiguar tú paradero. Margarita me dijo que la noche anterior, mientras yo estaba en el cementerio, una señora que se hacía dar el nombre de doña Elvira, te había conducido en su carruaje. Yo no sabía la casa de doña Elvira pero, quien boca tiene a Roma llega³⁹⁹, me dije, y me eché a buscarla con ansia⁴⁰⁰. Al tercer día la encontré, pero, ¡necio de mí!. Me figuré que iría a importunar inútilmente con mi presencia a la buena señora, puesto que la reciente muerte de tu tía Marta nos impedía cumplir su voluntad y la de tu padre, y esperé quince días para verificar mi primera visita. ¡Oh! ¿Cuál no fue mi espanto cuando al preguntar a doña Elvira por la joven que diez y ocho días antes había arrancado de su choza? Me respondió, preguntando a su vez, si estaba yo loco.

—¡Ah! — exclamó Dolores sobresaltada al oír que doña Elvira tenía noticias de ella.

—Nada temas —dijo Esteban que comprendió aquella exclamación — nada temas. A pesar de que la respuesta de la virtuosa señora me dejó casi sin conocimiento, quiso tu buena suerte que pudiese reflexionar en aquel instante y reflexioné que pues habías dejado pasar diez y ocho días sin acogerte a la protección de doña Elvira, cuando te era tan fácil y cuando debías hacerlo para cumplir con la voluntad de tu padre y de tu pobre tía. Reflexioné, te digo, que todo se había perdido, que ya no era tiempo de salvarte y, sin saber qué responder a las reiteradas preguntas de doña Elvira, salí de su casa pidiéndole mil perdones y corrido⁴⁰¹ y avergonzado, como quien ha dicho una impertinencia o un disparate.

399 *quien boca tiene a Roma llega*: refrán que significa que preguntando se llega a un lugar o casa que no se conoce. Similar uso tiene en *El huérfano* (1881: 26) y *Pipiolos y pelucones* (1876: 244) de Daniel Barros Grez.

400 *ansia*: "Anheló, avidez, deseo vehemente o ardiente pasión por alguna cosa apetecida, suspirada" Domínguez 1853: 125.

401 *corrido*: "Avergonzado, confuso" Domínguez 1853: 468.

La voz de Esteban había ido levantándose por grados al pronunciar este discurso y al terminar las últimas palabras había llegado ya a la inflexión áspera y colérica de una reprensión. Dolores lo escuchaba con los ojos clavados en tierra, sintiéndose por primera vez avergonzada de que adivinasen sus relaciones con Pablo.

-Ya ves – continuó Esteban con el acento de ironía y sarcasmo con que una persona ofendida habla de nuestra felicidad – ya ves cómo aunque entré pidiéndote que me contases tu historia, te la cuento yo ahora obligado por tu silencio. Sí, porque ya lo sé todo Dolores, porque cada uno de los objetos que se presentan a mi vista en este momento, me dicen que vives aquí dichosa y olvidada del mundo entero; porque también he adivinado en la precipitación con que te has dejado caer en ese asiento el fundado temor de que yo note tu preñez.

Dolores, llena de humillación y de vergüenza, sintió al punto⁴⁰² subirse la sangre a la cara, y levantándose con ímpetu tan violento como involuntario, dijo a Esteban, encolerizándose acaso por la primera vez en su vida:

—¿Quién te ha dado derecho para venir a hablarme de esa manera en la casa en que nunca debí haberte dejado entrar?

Pero más avergonzada Dolores de haberse dejado arrastrar así por un primer movimiento de cólera, o más bien, acaso, por el sentimiento de repugnancia que le inspiraba Esteban, cayó otra vez en su asiento, ocultando el rostro entre las manos y sintiendo brotar en sus ojos las lágrimas más amargas que había derramado en su vida.

Esteban, al ver el rubor con que se había levantado la joven y al adivinar las lágrimas que ocultaban sus manos, sintió desarmarse su cólera, que creía justa y se arrepintió sinceramente del duro sarcasmo con que se había expresado. Olvidose en aquel instante de la antipatía invencible de Dolores y guiado por su buen corazón aproximó su asiento al de ésta con el fin de pedirle perdón y de consolarla a la vez.

Pero Dolores al sentir el ruido que hacia el asiento al arrastrarlo, se levantó del suyo y fue a ocupar otro a algunos pasos de distancia. A este movimiento se detuvo Esteban y dejó caer el asiento que arrastraba todavía. Cruzó las manos sobre el pecho y adelantándose hacia la joven con el semblante demudado⁴⁰³, se paró en frente de ella, pero a alguna distancia, temiendo verla levantarse y huir otra vez.

-¡Oh! – le dijo con un acento cuyo profundo dolor sería imposible describir – Perdóname que haya olvidado un momento la grande aversión que te inspiro. Pero tú acabas de preguntarme con qué derecho te hablaba de tus acciones y yo quise pedirte perdón del llanto que te hacía derramar y creí que me oirías mejor, que mi súplica sería más eficaz, hablándote más cerca de lo que estaba.

Una lágrima ardiente, contenida por mucho tiempo, rodó por el semblante varonil de Esteban al pronunciar las últimas palabras.

—¡Perdón Dolores! – continuó un momento después —¡Yo soy un loco! ¡Hacerte derramar lágrimas! Y luego hablarte de...¡Oh, tienes razón! Yo no tengo derecho para decirte nada de eso. Bien has hecho en vengarte y en vengarte de un modo que sabías de antemano el dolor que me causaría.

402 *al punto*: "al momento, súbito, instante" Domínguez 1853: 25.

403 *demudado*: "Cambiar, alterar, mudar, desfigurar, variar" Domínguez 1853: 542.

—¡Esteban, Esteban! — exclamó Dolores con el acento de una dulce reconvención⁴⁰⁴, pero sin atreverse a mirar al mestizo — Yo soy quien debe pedirte perdón y no tú. Sí, sí, Esteban, perdóname. Siéntate otra vez y hablemos.

Los ojos de Esteban expresaron gratitud y adelantó un paso hacia la joven. Pero al instante retrocedió, recordando que estaba privado del derecho de expresar su agradecimiento a los pies de la que tan generosamente le perdonaba y se sentó en el taburete que acababa de desocupar Dolores. Hubo un momento de silencio a que visiblemente daba motivo el embarazo de ambos interlocutores hasta que la joven, que temía sin duda que con las preguntas de Esteban se repitiese otra escena semejante a la anterior.

— Esteban — le dijo — hálame de mis antiguos amigos, de nuestro barrio de San Sebastián y de mi casita. ¡Ah, de esa pobre choza que dejé cerrada!

Y Dolores, que hacía mucho tiempo que no pensaba en su vida pasada, suspiró al recuerdo de su casita.

—He allí precisamente lo que me trae — respondió Esteban con la indecisión del que se ve obligado a decir una mentira — Cuatro meses hace que no se abren las puertas y no es poco el espanto que causa en el barrio una casa cerrada inmediatamente después de la muerte de su dueño. Yo, al pasar por allí de noche, suelo detenerme ante la puerta un instante y no pocas veces se me ha figurado oír la voz de tu pobre tía, como cuando rezaba sus oraciones.

Dolores se estremeció y creyó ver en aquel momento a Marta sentada en la orilla de la hamaca, signándose⁴⁰⁵ con su descarnada mano.

—¿Y el solar y mi jardín? — preguntó inmediatamente para borrar aquella impresión. ¡Oh! Ya todo habrá perecido⁴⁰⁶, mis pobres flores se habrán marchitado.

—Nada temas. El solar no tiene llaves como la casa y por la parte en que entré la noche aquella, entro todas las mañanas a regarlo todo. Tu jardincito está como lo dejaste, sólo que las flores se secan en los tallos, porque no hay quien las corte para ponérselas a la Virgen.

—¡Esteban, Esteban! — dijo Dolores cona cento conmovido —¿Por qué te tomas un trabajo que nadie podrá recompensarte?

—¡Oh! No sólo se trabaja por esperar una recompensa, también se trabaja para pagar una deuda.

—¿Una deuda?

—¿Quién le debe a la señora Marta más que yo?

Dolores tomó estas palabras por una secreta reprensión. Ella, sin duda, le debía a Marta más que Esteban y, sin embargo, ¿qué había hecho para pagar su deuda? Temer el recuerdo de su bienhechora⁴⁰⁷ como se teme la presencia de un enemigo y condenar al desprecio sus sabias y continuas exhortaciones. ¡Ah! Cada una de las palabras de Esteban, aunque pronunciadas sin intención, eran un vivo y cruel remordimiento para la joven.

Hubo un momento de silencio el cual empleó Dolores en hacer estas reflexiones:

—Esteban — dijo tal vez con secreto deseo de alejar al mestizo — voy a darte la llave de mi choza para que deje de causar miedo al barrio. Ábrela algunas veces y cuida de ella como del solar y dispón de todo a tu antojo, como si fuera suyo. Mi padre y tía Marta no podrían menos que alegrarse de tener un heredero como tu.

404 *reconvención*: "Reprochar o echar en cara" Domínguez 1853: 1459.

405 *signándose*: "Hacer la señal de la cruz" Domínguez 1853: 1549.

406 *perecido*: "Dejar de existir: perder la vida" Domínguez 1853: 1341.

407 *bienhechora*: "La persona que hace bien a alguno" Domínguez 1853: 252.

Dolores se levantó al instante y desapareció por la puerta del corredor, antes que Esteban tuviese tiempo de replicarle. El mestizo se quedó sólo, contemplando con amarga admiración los muebles de lujo de la sala. De repente oyó en la puerta de la calle dos golpes seguidos que indicaban la confianza y familiaridad que tenía en la casa la persona que los daba.

Esteban de un salto se puso en pie haciendo esta reflexión: ¿Quién otro podía llamar de aquel modo en la puerta de Dolores que Pablo, su seductor? Y Esteban no quería ver a Pablo en aquel instante porque estaba seguro de que le ahogaría en sus brazos. Miró por el agujero de la cerradura y sólo creyó distinguir el vestido blanco de una mestiza. Reflexionó un instante y se decidió a abrir la puerta.

La mestiza que, como comprenderá el lector, no era otra que Magdalena, se detuvo dos pasos del umbral de la puerta, mirando con sorpresa a la extraña persona que salía a recibirla. Esteban la miraba también y aunque no la conocía, adivinó en las provisiones que traía en su cestillo y en cierta expresión maliciosa que creyó notar en su semblante, el doble oficio que desempeñaba en la casa. Una llama de odio y de cólera brotó en sus ojos y no contestó al saludo que tartamudeaba Magdalena vuelta de su admiración. En aquel momento entraba Dolores en la sala por la puerta opuesta. Palideció al ver a Magdalena que, aún no había acertado a entrar porque Esteban le interceptaba el paso inadvertidamente.

Así como el mestizo había adivinado lo que era Magdalena, así ésta adivinó en la palidez y en la actitud embarazada de Dolores quien era el hombre que le había abierto la puerta.

—Dolores, — dijo con la mayor impudencia del mundo —¿este es aquel buen Esteban de quien tanto me habló tu tía Marta?

El mestizo, que no había advertido la vuelta de Dolores, volvió la cabeza hacia el punto a que había visto dirigirse los ojos de Magdalena. Esta se aprovechó del movimiento de asombro de Esteban para deslizarse entre el cuerpo de éste y la puerta y entró, por fin, en la sala.

—¿Y por qué, señor Esteban — preguntó Magdalena mirando alternativamente al mestizo y a Dolores — por qué no toma usted asiento?

—Vino — se apresuró a decir la joven tartamudeando — a pedirme la llave de mi casita, porque como hace tiempo está cerrada...

—Es razón, ¿y se la diste?

—No pude encontrarla, respondió Dolores, tartamudeando más todavía.

La verdad era que la joven, al ver el vestido negro con que Magdalena se había disfrazado para sacarla de su choza la noche en que fue enterrada Marta y en cuyo vestido sabía muy bien que estaba la llave, predispuesta ya con la conversación de Esteban y al ver el disfraz de Magdalena, recordó aquella aciaga⁴⁰⁸ noche con todos sus tristes pormenores y no se atrevió a poner las manos en él.

—¡Bah! — respondió Magdalena, sonriéndose — La llave no se ha movido del bolsillo del traje negro con que fui a buscar la noche de la muerte de Marta.

Esteban sintió impulsos de arrojarse sobre Magdalena y acogotarla⁴⁰⁹. Pero ésta, como si hubiese adivinado las tentaciones del mestizo, salió inmediatamente de la sala a buscar la llave en cuestión.

408 *aciaga*: "Infausto, desagradecido, funesto, de mal agüero" Domínguez 1853: 19.

409 *acogotarla*: "Matar con herida o golpe dado en el cogote" Domínguez 1853: 21.

—¿Quién es esa mujer? — preguntó Esteban apenas se encontró sólo con Dolores.

—Esa mujer es Magdalena

—¡Magdalena! ¿Y vives con ella?

Dolores hizo un signo afirmativo.

—¡Oh, oh! — exclamó Esteban — Ya no extraño que el señor Pablo hubiese conseguido dejarte aquí en lugar de llevarte a la casa de su madre. Lo que extraño es que te hubiese reducido a vivir en compañía de esa infame mujer que te ha engañado vilmente, como a tu pobre tía.

Interrumpió a Esteban la llegada de Magdalena que se acercó a él y le presentó la llave de la choza de Dolores. Pero el mestizo la rehusó huyendo su mano con un movimiento de repulsión.

Magdalena se encogió de hombros con su acostumbrada impudencia⁴¹⁰ y entregó la llave de la choza de Dolores. La joven entonces se acercó al mestizo y la puso en sus manos sin mirale, no sin temblar ambos al notar su aproximación. Esteban salió de la casa olvidándose de decir adiós.

410 *impudencia*: "Falta o carencia de pudor: descaro, desvergüenza" Domínguez 1853: 973.

CAPÍTULO XVI

RAFAELITO

Por la noche, como es de suponerse, Dolores recibió a Pablo con la noticia de la visita que Esteban le había hecho por la mañana.

—¿Aquí Esteban? – preguntó Pablo admirado.

—Sí.

—¿Y que te dijo?

—¿Qué me dijo? Ahora que está usted conmigo, ya lo olvidé.

Dolores presentó sus labios y mejillas al joven y al punto le dio el beso que él no se apresuró a dar a su entrada y que ella, preocupada con la extraordinaria noticia que iba a darle, se olvidó de cobrar, según costumbre.

Y ni esta noche ni las siguientes volvieron a hablar de la visita de Esteban. Mas la memoria de Dolores no la olvidó tan pronto y durante muchos días fue su pesadilla. Pero todo también es pasajero en este mundo: todos los males tienen un fin cualquiera y el de Dolores tuvo, por fortuna, una curación radical, nada milagrosa por cierto, pues para males como el de Dolores y no como el de Dolores, no hay remedio más eficaz que el amor. La joven, pues, volvió a respirar con tranquilidad en compañía de Magdalena.

Pasose un mes después de la visita de Esteban. Era una noche en que Dolores, después de haberse retirado Magdalena a su aposento, con su habitual discreción, estaba colgada de la ventana procurando distinguir a Pablo entre las tinieblas de la noche. Verdaderas tinieblas, porque la calle no estaba iluminada ni por la luz natural de las estrellas, ni por la artificial de los faroles del alumbrado público⁴¹¹. Las estrellas estaban ocultas tras una sola nube negra y compacta que cubría todo el horizonte a que podía extenderse la vista de la joven, por lo que hace al alumbrado de la ciudad, no llegaba hasta aquella calle que parecía tan pública a Dolores, comparada con la callejuela de San Sebastián en que estaba situada su choza. Pablo, que no había querido tenerla ni tan lejos de sí, ni tan en el centro de la ciudad, que le fuese fácil verla a quien quisiera buscarla, había encontrado aquella casa que guardaba un justo medio entre el centro y el barrio de Santa Ana.

Cuando Dolores pensaba en Pablo, todas sus facultades se reconcentraban en su amor y no tenía ojos para los objetos exteriores. Así es que no llamaba su atención ni la arboleda de enfrente, ni la choza del solar vecino que dejaba salir por su puerta entornada⁴¹² un rayo luminoso, ni la negra y enlutada bóveda del cielo que parecía dispuesta para un funeral de la naturaleza.

Añádase a esto que Dolores estaba verdaderamente inquieta. Habíase pasado ya la hora en que Pablo acostumbraba llegar y sus pasos tan conocidos no habían venido a interrumpir el silencio de la noche que reinaba en la calle solitaria en que con tanta ansia se le esperaba. De súbito el reloj de la Catedral dejó oír cuatro y luego diez campanadas⁴¹³ que

411 *alumbrado público*: a mediados del siglo XIX en Mérida la iluminación de las calles se hacía a través de velas y lámparas de aceite de higuera y aceite de sebo (Ver Suárez 1977: 353-356).

412 *entornada*: "Volver, inclinar, dirigir la puerta o la ventana hacia donde se cierra" Domínguez 1853: 694.

413 Marca la hora, que debía ser cuarto para las diez de la noche y, la última, de las diez de la noche.

arrancaron un movimiento de desesperación a Dolores. No tardó también en herir sus oídos el toque triste y monótono de la queda⁴¹⁴ que siempre escuchaba en los brazos de Pablo.

Un cuarto de hora después, cuando la última campanada se hubo extinguido, llena de agitación, se descolgó de la ventana y corrió a la puerta del corredor.

—¡Magdalena, Magdalena! – repitió muchas veces con voz agitada.

Pero Magdalena, que dormía ya profundamente, no pudo responderle. Dolores corrió otra vez a la ventana, miró largo rato hacia la dirección en que Pablo aparecía todas las noches y siempre corriendo se dirigió al cuarto de Magdalena. Después de muchos golpes dados en la puerta que estaba ya cerrada, oyó refunfuñar entre sueños a Magdalena. Repitió los golpes con mayor fuerza, pronunciando a la vez su nombre y al fin apareció Magdalena en la puerta, sin que Dolores, a causa de la oscuridad, pudiese advertir su sorpresa.

—¡Corre a casa del señor Pablo! – le dijo apenas la vio.

—¿A casa del señor Pablo?

—¡Sí, sí, corre!

—Pero, ¿qué hay?

—¿Qué hay? Que no ha venido todavía y han dado las diez y media.

Dolores sólo mentía en un cuarto de hora.

—¡Bah! – respondió Magdalena después de una corta pausa – Algún amigo le habrá detenido en el camino.

—¿Un amigo? ¿Quién anda por las calles en esta noche? ¿No ves el cielo? ¿Y no sabes que ha estado lloviznando?

—Entonces la llovizna le habrá impedido salir.

—¿Olvidas, Magdalena, que no pocas veces ha venido el señor Pablo bajo los más recios aguaceros?

—Además – continuó Magdalena sin hacer caso de esta objeción – no es esta la primera noche que falta el señor Pablo.

—Es verdad – respondió Dolores—pero cuando no ha de venir me manda avisar con algún criado, porque sabe la inquietud que me causaría una sola falta.

—¿Y ahora?

—Ahora no me ha mandado avisar por esta noche, ni por las dos anteriores en que también ha faltado, como te he dicho.

Magdalena guardó silencio.

—¡Oh! – continuó Dolores – Tú no puedes figurarte a qué grado ha llegado mi inquietud ahora. ¡Hasta he formado el propósito de ir contigo al momento a casa del señor Pablo!

—¡Vaya! – interrumpió Magdalena, temiendo que Dolores insistiese en llevar al cabo su pensamiento—El señor Pablo te llamaría loca y a mí me echaría una fuerte reprimenda. No tengas cuidado: mañana iré a averiguar lo que sucede.

Dolores tuvo qué contentarse con esto, pero apenas pudo dormir dos horas en la noche. A la mañana siguiente, Magdalena se abstuvo muy bien de ir a casa de Pablo, porque adivinando el motivo de sus faltas, adivinaba también el modo en que sería recibida. Pero se detuvo en el mercado media hora más de lo ordinario y volvió diciendo a Dolores que por la noche iría

414 *queda*: “El tiempo de la noche señalado en algunos pueblos, especialmente en plazas cerradas para que todos se recojan, lo cual se avisa a toque de campana” Domínguez 1853: 1428.

Pablo a darle sus disculpas. Y salióle bien la mentira a la astuta mujer, porque a la noche llegó Pablo y por toda respuesta estampó tres veces sus labios en los de la ofendida, pues era la única razón que podía alegar en su defensa. Dolores, no sabiendo qué objeción poner a tan terrible argumento, admitió la disculpa, quedando muy convencida de su justicia. Pero cinco minutos después se despidió Pablo, alegando que a la mañana siguiente iba a emprender un largo viaje para sus haciendas, que hacía mucho tiempo tenía olvidadas.

¿Qué más hemos de decir? Lo que estamos refiriendo es demasiado común en el mundo para que pueda interesar sus pormenores, que ya el lector habrá adivinado. Pablo, so pretexto del viaje, no volvió sino tres semanas después y de allí en adelante sus ausencias fueron cada vez más frecuentes. Aquella pasión ardiente que le había obligado a arrancar a Dolores de su choza, para esconderla en una casita del barrio de Santa Ana, se había convertido al cabo de poco tiempo en un hastío⁴¹⁵ de que él mismo se asombraba. Si iba todavía algunas veces a ver a Dolores, era más bien por compasión a la pobre muchacha, cuyo amor sabía demasiado que no se había extinguido como el suyo.

Entretanto, ¿qué era de la burlada⁴¹⁶ Dolores? Después de luchar mucho tiempo con la horrible duda que le hacían concebir los mismos sucesos, como lucha el naufrago con las olas del mar embravecido, que teme ver que le sumerjan de un momento a otro, la infeliz joven tuvo qué convencerse al fin de una triste verdad: ya sus encantos no ejercían ningún influjo sobre Pablo. Ya Pablo se había cansado de su belleza.

¡Oh, Dolores, cuyo amor aumentaba a proporción que disminuía el de Pablo, creyó no poder sobrevivir un instante al abandono de su seductor! Pero se equivocó, desgraciadamente. Llegó un día en que tuvo qué convencerse de que Pablo no volvería a poner los pies en la casita a que siete meses antes la había hecho conducir. Y, sin embargo, vivía. No caía muerta al cerciorarse de su desdicha, como había creído cuando dudaba todavía. Sin duda el cielo la conservaba por haber desobedecido a su padre y a Marta, imponiéndola el durísimo castigo de llorar toda su vida las consecuencias del crimen que había cometido. ¡Llorar toda la vida por haber disfrutado un momento de felicidad, por aquel escasísimo tiempo que había bastado a Pablo para olvidarla! ¡Y a Dolores estaba segura de que se cumpliría al pie de la letra aquella terrible sentencia!. Las amargas lágrimas que derramaba entonces, las derramaría también mientras viviese.

Y no era esto todo. Tras el dolor de verse abandonada, vinieron los remordimientos que sólo la presencia de Pablo podía acallar. Y como si los remordimientos y el abandono de su seductor no fuesen bastante para despedazar su corazón, la joven no tardó en interrogar al porvenir y vio, como debe suponerse, un abismo.

Entonces con espanto recordó, por segunda vez, la terrible historia de Juana, para no olvidarla quizá en ningún tiempo. Al instante trajo a su memoria con maravillosa exactitud todos sus tristes pormenores y al instante también creyó ver en cada uno de ellos una fiel pintura de su vida. Pablo había amado como el joven español a Juana, después la había seducido

415 *hastío*: "Oposición y repugnancia a la comida" Domínguez 1853: 907.

416 *burlada*: es decir, que había perdido la "virginidad", concepto cultural occidental que remite a la creencia popular y religiosa que no permitía el ejercicio de la vida sexual femenina, en la cual se condena las relaciones sexuales pre-matrimoniales. En este caso, Dolores es una mujer ilegítimamente fecundada, por lo cual debe salvar el propio honor. La inmoralidad de esta transgresión pre matrimonial "violaba el honor de la familia legítima, ya que el único modelo de maternidad aceptado era aquél dentro del matrimonio" (Bongarzone 2011: 114). Desarrollo el tema en la Introducción.

y había acabado por olvidarla sin esperar algunos meses siquiera para estrechar a su hijo una sola vez entre sus brazos. A consecuencia de tan tristes pensamientos, Dolores se acordó con terror de Magdalena. ¿Qué otra cosa era Magdalena para ella que la Cecilia de su historia, que la había traído a una casa distinta de la suya para que su amante pudiese seducirla? Y si la vida de Dolores había sido desde entonces igual a la de Juana, ¿qué dificultad había para que también lo fuese después? La sangre de Dolores se helaba en sus venas con este horroroso presentimiento y no pocas veces, al ver salir a Magdalena para el mercado, creía fijar la vista en ella por última vez.

Era que la joven no sabía que Magdalena seguía recibiendo de Pablo las mismas sumas de dinero que anteriormente, para que nada les faltase a ambas. Dolores olvidaba en medio de sus pesares que la abundancia y casi riqueza a que se había acostumbrado, no se habían alejado de la casita con su seductor. Pablo, menos cruel o más rico que Jaime, se había compadecido de su víctima y no quería exponerla a los horrores de la miseria.

Llegó, por fin, para Dolores, ese trance doloroso en que la mujer, por ley de la naturaleza, tiene que pagar con usura los placeres del amor⁴¹⁷.

La joven se sintió una noche con los dolores del parto. Arrastróse hasta el cuarto de Magdalena que ya dormía y con sus gritos la despertó. Corrió Magdalena en busca de una comadre⁴¹⁸ que tuvo que pasar la noche y todo el día siguiente en la casita, porque hasta la tarde, después de cruelísimos dolores, fue cuando la joven pudo dar a luz el hijo que le costaba tantas lágrimas.

La pobre madre le tomó en sus brazos y al verle tan hermoso sonrió por primera vez desde su abandono y comprendió que podía haber felicidad para ella fuera del amor de Pablo. Pero la triste historia de Juana, clavada tenazmente en su memoria, según los deseos de Marta, la persiguió hasta la cama en que sonreía a su hijo, como si este pudiese comprender su sonrisa. Por la centésima vez encontró Dolores otro punto de semejanza entre sus vida y la de la heroína⁴¹⁹ de aquella historia. Ella, como Juana, vio en el semblante de su hijo las facciones de su seductor y, como no creía que la belleza de Jaime pudiese haber sido mayor que la de Pablo, también, como Juana, vio en su hijo un serafín⁴²⁰.

Un serafín, sí, no solo por su belleza, sino también por el culto idolátrico con que le amaba ya. Aquel lecho en que acababa de luchar con agudísimos dolores, se había convertido para la joven madre en un altar. Porque además de que el amor de madre es por sí mismo un culto de la naturaleza, Dolores veía en aquella inocente criatura, de que se creía indigna, una prueba y una señal de la misericordia de Dios. ¡Ah! Sin duda el cielo le había ya perdonado su desliz puesto que le concedía un hijo tan bello y cuya vista le permitía derramar lágrimas de gozo.

Nunca como entonces había deseado tanto Dolores ver a su seductor. ¿Por qué Pablo la había abandonado tan pronto? ¿Por qué no había esperado algunos meses para cubrir de caricias, como ella, a aquel niño tan hermoso? Pero si ya se había cansado de amarla, si ya

417 Es tópico relativo a la condena de Dios después de que Eva ofreció la mazana del árbol a Adán, condenándola de la siguiente manera: "Tanto haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos" Génesis 3: 23.

418 *comadre*: "La mujer que tiene por oficio asistir a las que están de parto" Domínguez 1853: 407.

419 *heroína*: el concepto es usado de manera irónica, ya que significa "Personaje del bello sexo que ha sumistrado el asunto de una novela, de una aventura, de una pieza dramática y cuya vida se presenta como un tipo de ciertos rasgos extraordinarios que la distinguen" Domínguez 1853: 920.

420 *serafín*: "La persona de singular hermosura u otras prendas y magníficas dotes" Domínguez 1853: 1542.

se había hastiado de su belleza, ¿por qué no venía a abrazar a su hijo, aunque cerrase los ojos para no verla? ¿Era posible que Pablo, a quien debía su existencia tanto como a ella, no le tuviese un poco de amor, cuando su madre le idolatraba?

Al quinto día después de su alumbramiento la joven llamó a Magdalena. Bien adivinaba ya que ésta no había llevado una sola vez a Pablo las ordenes que para él le había dado al empezar a notar sus faltas. Pero se persuadía de que esta vez la que no se había compadecido de una amante se compadecería de una madre y, al fin, nada perdía en aventurar aquel aviso para el padre de su hijo.

—Magdalena, —le dijo —¿no has visto al señor Pablo?

—¿Al señor Pablo? No.

—¡Ah! ¿Conque no sabe todavía el nacimiento de su hijo?

—¿Quieras que lo sepa?

—¿Y me lo preguntas, Magdalena? Corre a verle, amiga mía y dile que su hijo es hermoso como un angel y que...y que venga a abrazarle como yo lo abrazo continuamente.

Dolores creyó ver conmovirse el semblante de Magdalena.

—¿Irás, Magdalena? — continuó la joven alentada con esta señal de compasión —¿No es verdad que es muy hermoso y que merece que el señor Pablo le estreche en sus brazos?

Como se ve, Dolores había suplicado y no mandado a aquella mujer que, según la voluntad de Pablo, debía ser su esclava. Magdalena prometió ir al momento, pero Dolores esperó en vano muchos días que Pablo viniese en virtud del aviso. Se persuadió de que Magdalena no le había dicho nada, pero no se atrevió a quejarse por temor de que, como Cecilia, se enfadase con ella y la abandonase.

El bautismo del niño se verificó⁴²¹ doce días⁴²² después de su nacimiento y (otra semejanza con la historia de Juana) fue necesario bautizarle como hijo expósito⁴²³ de Magdalena. Dolores encargó a ésta que le diese el nombre de Pablo, pero cuando volvió Magdalena del templo, le dijo que el sacerdote no había hecho más que preguntar el día en que había nacido y le había bautizado bajo el nombre de Rafael⁴²⁴.

—Es un castigo que Dios me impone — pensó Dolores — porque me atrevo a acordarme todavía de mi seductor.

421 *verificó*: "Realizar, efectuar, llevar a cabo cualquier intento" Domínguez 1853: 1701.

422 Como parte de los rituales, ceremonias y dogmas de la época, el bautizo es bastante tardío, por el estatus ilegítimo del hijo. En este sentido "en el siglo XIX, tras una labor doctrinal tenaz de los párrocos y las misiones religiosas, se infundió en la población el miedo a que los neonatos falleciesen sin recibir el agua que limpiase el pecado original. Esto implicó que se adelantase el bautismo a la propia tarde del día de nacimiento, si había nacido de madrugada o por la mañana, o al día siguiente, si había nacido por la tarde o primeras horas de la noche [...] Las Constituciones Sinodales permitían bautizar dentro de los ocho días siguientes al nacimiento, por lo que los progenitores tenían margen para escoger un día concreto" (González López 2021: 448). El bautismo se realiza de manera tardía porque el embarazo había sido ocultado y según las costumbres de la época, no se habría cumplido con todos los requisitos (padrinos, matrona, organización de la fiesta, etc.). Para más detalles del tema recomiendo la lectura de *Entre el rito y la fiesta: la ceremonia bautismal en los siglos XVI–XIX* de Tamara González López.

423 *expósito*: "se aplica al niño o niña que ha sido echado a las puertas de alguna iglesia, casa u otro paraje público, por no tener con que criarle sus padres o porque no se sepa quienes son" (Salvá 1846: 503). Es decir, que el niño es bautizado sin quedar acentado quienes son sus padres.

424 Refiere el nacimiento del niño el 24 de octubre, día de san Rafael, según las costumbres de la época. Por su parte, san Rafael es patrón de los viajeros, los ciegos, las reuniones felices y los matrimonios. Su mitología está remitida en el *Evangelio de Juan*, el *Libro de Enoc* y *Libro de Tobías*.

Pero después pensó también que podía ser un ardid⁴²⁵ inventado por Magdalena por temor de desagradar a Pablo. ¿Acaso no le habría agradado que se le diese su nombre al hijo de una mujer a quien aborrecía? ¿Y quién sabe si Magdalena había obedecido una orden? ¡Pobre niño a quien su padre no quería conocer y para quien su madre había tenido qué mendigar un nombre! ¡El nombre de una vil y perversa criatura! Su inocente hijo empezaba a pagar la falta que ella sola había cometido.

Se pasaron muchos días durante los cuales advirtió Dolores con agradable sorpresa que había sido casi enteramente feliz. Aquel espantoso vacío que había dejado en su corazón la ingratitud del amante, aquella triste soledad a que se había condenado y le había hecho derramar tantas lágrimas, todo había desaparecido con la presencia del hermoso niño a quien había dado la existencia.

Sus labios, que sólo se abrían en otro tiempo para llamar inútilmente a su seductor, ahora únicamente sabían pronunciar el nombre de su hijo, como si el niño de dos meses todavía, pudiese escuchar y comprender su voz. Sus ojos, que sólo servían algunos meses antes para leer en los de Pablo su felicidad, ahora sólo se esforzaban a fijarse, aunque en vano, en las débiles pupilas de Rafaelito con el fin de arrancar de sus tiernos labios una sonrisa imposible todavía. Y, por último, aquel Pablo cuyo amor ocupaba antes exclusivamente su pensamiento, ¿acaso se presentaba ya un sólo instante a su memoria, mientras sujetaba a Rafaelito en sus brazos y le miraba extasiada chupar en su pecho el néctar de la vida?

Y no porque Dolores amase menos a su seductor que en otro tiempo. No: ella misma adivinaba todavía al examinar de cuando en cuando su corazón, que el amor de Pablo estaba destinado a bajar con ella al sepulcro. Pero ante su hijo enmudecía su amor y callaban todas sus penas, inclusive el remordimiento: si el niño extendía su vacilante manecita para buscar a tientas el pecho de su madre, ésta le miraba un momento y reía como una loca al ver sus graciosos, aunque inútiles afanes⁴²⁶, que desde luego se apresuraba a terminar, poniéndole el pezón entre los labios y si le veía derramar una sola lágrima, más afligida que el día en que se convenció del abandono de Pablo, pedía a Dios que hiciese un milagro en su favor para adivinar los pensamientos de aquel niño que no sabía expresarlos.

Porque el amor de madre es por excelencia la obra maestra de la naturaleza⁴²⁷. Un hijo es para una madre la panacea⁴²⁸ universal que hace desaparecer todos sus males. ¿Qué lágrimas no se secan en los ojos a la sonrisa de un hijo? ¿Y qué sonrisas no mueren en los labios a las lágrimas de un hijo también?. Entretanto, Dolores empezaba a tener celos de Magdalena, porque muchas veces al día le arrebatava a su hijo y Rafaelito ya no lloraba como al principio al verse en brazos ajenos, y al sentir sobre su delicada piel los gruesos labios de Magdalena.

425 *ardid*: "Treta, estratagema, artificio, medio o recurso conducente a un fin, con algo de maña" Domínguez 1853: 155.

426 *afanes*: "Ansia, solicitud, congoja, anhelo" Domínguez 1853: 38.

427 El concepto de maternidad es producto de los movimientos políticos, sociales, económicos y culturales de la Francia de finales del siglo XVIII que como producto de la revolución burguesa establece que la mujer debe ser ante todo madre, apareciendo por primera vez el mito del instinto maternal, es decir, "ese amor espontáneo de toda mujer hacia su hijo, como un valor natural y social, favorable a la especie y a la sociedad" (Badinter 1980: 155). En la literatura, el Emilio de Rousseau es el precursor de estos ideales burgueses modernos que organizan a la sociedad en torno a la madre y que sus cuidados "naturales" eran determinantes en la supervivencia y el bienestar del hijo, futuro agente político y económico de la sociedad.

428 *panacea*: "Medicina o remedio universal" Domínguez 1853: 1304.

Era que Magdalena amaba ya a Rafaelito, como amaba a Dolores. Extraño parece, en verdad, que esa mujer de corazón perverso, que no había titubeado un instante en recibir el oro de Pablo para perder a una joven sencilla e inocente; extraño parece, decimos, que hubiese llegado a concebir hacia su víctima esa afectuosa simpatía que constituye la amistad.

Así es que Dolores no una sola vez se había preguntado si esta amistad que le manifestaba Magdalena no era tan falsa y tan hipócrita, como la capa de virtud con que se había presentado un día en su choza para engañar a Marta. Cuando Pablo la amaba todavía, la joven se figuró que la amistad de Magdalena, si existía realmente, era por lo menos, interesada. Porque si esta mujer no hubiese procurado ganarle la voluntad para hacerle olvidar el miedo que había concebido por ella desde la noche en que la arrancó de su choza, ¿no hubiera sido muy fácil que Pablo a la primera insinuación de Dolores, la hubiese puesto en la calle?

Pero ahora que Magdalena no podía temer la influencia de Dolores sobre Pablo, en vez de imitar a Cecilia, cada día manifestaba más amor a su víctima. Esto hizo no pocas veces temblar a la joven, creyendo que Magdalena meditaba una nueva maldad, pero no tardó en tranquilizarse y en calificar de sincera la amistad de la mujer que la había perdido. Así era, verdaderamente: la simpatía con que Dolores tocaba todos los corazones que se le acercaban, había ejercido su acostumbrado influjo sobre Magdalena.

CAPÍTULO XVII

LA DONACIÓN

Dolores, que por naturaleza amaba más la soledad que el bullicio, nunca había pensado salir de la casita que Pablo le había destinado para su habitación, desde la noche fatal en que fue arrancada de su choza. Detenida al principio por su felicidad y después por su dolor, nunca había podido encontrar fuera de su casa, ni para aquella un aumeto, ni para éste una distracción.

Quizá la detenía también otro pensamiento. Nada es más común, por lo mismo que es una consecuencia necesaria del amor, que informarnos de la vida de las personas que amamos, ¿y qué iba a responder Dolores a las preguntas de sus antiguos vecinos y de sus buenos amigos del barrio de San Sebastián? Pero ya que la fuerza de su dolor se hallaba mitigada por el placer de estrechar continuamente en sus brazos a su hermoso niño, Dolores se acordó que hacía mucho tiempo que no veía la calle, sino en los domingos, cuando iba de madrugada a misa a la iglesia parroquial del barrio. Entonces por la primera vez sintió un grande deseo de ver otras paredes que las de su casa, oír otra voz que la de Magdalena y respirar, en fin, el aire libre de las anchas calles y espaciosas plazas de la ciudad.

¿Pero llevaría consigo a Rafaelito? ¡Oh! Ella que a sus solas se enorgullecía de haber hecho al mundo un presente tan rico con esta preciosa criatura, se sintió, por primera vez, avergonzada de haberle dado la existencia. ¿Se atrevería a conducirlo en sus brazos a presencia del mundo entero, como Juana lo había hecho aguijoneada⁴²⁹ por la miseria? Pero, entonces, ¿qué respondería a los que al ver la belleza del niño le preguntasen el nombre de su padre?.

Es verdad, que tenía a Magdalena, que con el amor que profesaba a Rafaelito, se quedaría gustosa a su lado mientras ella volvía a ver las calles después de tantos meses de encierro. Pero a Dolores se le hizo una especie de remordimiento tener que abandonar a su hijo sólo por ocultar sus ilícitos amores. Mucho tiempo vaciló entre aquel deseo, que sin saber por qué era cada día mayor y esta exigencia del honor que repugnaba a su corazón de madre. Pero no pudiendo ya resistir al primero, declaró una mañana a Magdalena que quería ahorrarle aquel día el trabajo de ir a hacer sus provisiones al mercado.

Después de haber hecho sonreír tres o cuatro veces a Rafaelito le dejó todavía riendo en los brazos de su compañera y tomando el cestillo de ésta, salió de la casa. ¡Qué de gratos recuerdos no evocó la memoria de Dolores apenas se encontró en la calle! Gratos, si, pero que se presentaban como otros tantos remordimientos, llevando consigo cada uno de ellos el profundo dolor de haber perdido para siempre su tranquilidad, su alegría y su inocencia. ¡Oh, con qué placer salía en otro tiempo de su pobre choza a la misma hora, esperando encontrar a Pablo a su vuelta en la más pintoresca callejuela de San Sebastián! Y con qué amargo sobresalto salía ahora de su cómoda y rica vivienda, no atreviéndose a sostener una sola mirada, por el temor de que adivinasen en sus ojos su secreto!

Dolores tuvo un instante tentaciones de pasar por la calle en que Pablo tenía su despacho o almacén, pero no tardó en formar un propósito contrario, ofreciéndose a si misma cumplirlo bajo juramento. Cumpliolo en efecto y ya regresaba del mercado haciendo mil elogios de su valor, cuando al pasar frente a una casa cuyas grandes ventanas estaban abiertas, con esa curiosidad de que no están exentas aún las personas más ensimismadas, levantó los ojos para admirar la riqueza y el buen gusto con que estaba amueblada.

429 *aguijoneada*: "Estimular, incitar, excitar, irritar, tocar vivamente el resorte de una o más pasiones" Domínguez 1853: 52.

Al pasar frente a un gran espejo, Dolores vio en él el medio cuerpo de un hombre cuya cara le hizo arrojar un pequeño grito y quedar clavada en medio de la calle...¡Era la cara de Pablo!

El original de aquel trasunto⁴³⁰ que tan bien presentaba el espejo, se hallaba en el lado opuesto y Dolores no podía verle, ni intentó siquiera aproximarse a la ventana para ver si le descubría, lo que acaso hubiera logrado porque había quedado como fuera de sí al inesperado encuentro de su seductor.

Notó que los ojos de éste estaban clavados en algún objeto que no reproducía el espejo, con la misma ternura que se fijaban en ella cuando el amor de Pablo rayaba en locura. Dolores quiso gritar para reclamar aquellas miradas que sólo debían ser para ella, pero le faltó la voz. Entonces, olvidando el lugar en que se hallaba y sin comprender lo que hacía, empezó a gesticular con los brazos para llamar la atención de Pablo. De súbito los ojos de la imagen se apartaron del objeto que contemplaba y se fijaron en los suyos. Dolores se ruborizó como cuando su amante la miraba en la callejuela de San Sebastián y el semblante de Pablo se cubrió de palidez. Pero esto fue instantáneo: casi en el mismo momento el espejo quedó vacío, como por un juego de magia. Dolores dió un grito a esta repentina desaparición y se lanzó al zaguán de la casa. Vio una puerta que daba entrada a la sala y corrió a ella, pero en el mismo umbral la detuvo la fuerza de una mano que se apoyaba en su pecho. La joven levantó los ojos y se encontró frente a Pablo. Su primer impulso fue extenderle los brazos para estrecharle, pero antes de que llegasen al cuello de Pablo los dejó caer otra vez con dolor y abatimiento porque le vio retroceder un paso con ademán de profundo disgusto.

Quiso hablar sin duda para quejarse, pero como si Pablo hubiese adivinado su intención, le tapó al momento la boca con la mano izquierda mientras que apoderándose de su brazo con la derecha, la condujo a una pieza cuya puerta se abría en el lado opuesto del zaguán. Pablo cerró tras sí la puerta y tomando el cestillo a Dolores, que no opuso resistencia, lo colocó sobre una mesa. En seguida se acercó a ella, la miró un instante con expresión compasiva y le tendió los brazos. Dolores se precipitó a ellos, dejando escapar una exclamación de alegría.

—Señor Pablo — murmuró con un acento conmovido por su excesiva ternura.

—Dolores, Dolores, — respondió Pablo —¿cómo has venido hasta aquí?

La joven se desprendió de sus brazos a estas palabras y mirándole con expresión de profunda tristeza:

—Señor Pablo, — le dijo — ¿me despiden usted?

Y brotando de sus ojos un torrente de lágrimas, dio dos pasos hacia la puerta. Pablo la detuvo y, esforzándose en estrechar su mano con aquella dulce suavidad que en otro tiempo la hacía dueño de la joven, la condujo a una silla, haciéndole seña de que la ocupase. Dolores después de oponer una débil resistencia, se dejó caer en ella. Pablo ocupó otra silla a pequeña distancia y la estuvo mirando mucho tiempo en silencio. Pablo era un hombre que en las más difíciles circunstancias nunca se encontraba perplejo⁴³¹ ante ninguna persona, por no saber qué decirle. Y, sin embargo, ante Dolores, ante esa pobre muchacha del pueblo cuyas quejas y amenazas se reducían a sus lágrimas, buscaba en vano una palabra para disculparse y consolarla a la vez. Y era que conocía que nada podía decirle sin dar lugar a una justa reconvención que sin duda le pondría en mayor embarazo. Y como sucede regularmente, Pablo, conociendo que de cualquier modo era preciso poner término a tan triste silencio, dirigió a la joven la pregunta que menos le convenía:

430 *trasunto*: "representación que imita exacta y fielmente alguna cosa" Domínguez 1853: 1645.

431 *perplejo*: "Indeciso, incierto, dudoso, confuso, irresoluto" Domínguez 1853: 1347.

—Dolores, ¿estás enfadada conmigo?

Dolores levantó hacia él sus hermosos ojos inundados todavía por el llanto y le miró a través de sus lágrimas.

—¿Enfadarme? — exclamó — ¿Yo? ¡Oh no, nunca! ¿Cómo he de enfadarme con usted? Lo que hago ahora, lo que he hecho siempre es, ya lo ve usted, llorar.

Pablo no pudo sostener la dulce mirada de la joven y bajó los ojos desde sus primeras palabras.

—Llorar, sí, —continuó Dolores—pero hacía mucho tiempo que no lloraba como ahora. Las lágrimas se habían secado de mis ojos. Rafaelito me hacía reír en vez de llorar.

Pablo sintió oprimirse el corazón como bajo el peso de un remordimiento.

—¡Rafaelito! —exclamó involuntariamente —¿Quién es Rafaelito?

Dolores volvió a mirar a Pablo, pero esta vez sin lágrimas en los ojos como si la sorpresa las hubiese agotado súbitamente.

—¿Usted no sabe quién es Rafaelito? —preguntó con doloroso asombro, difícil de describir.

—No, no, yo no lo sé.

—¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Con que Magdalena...?

—¿Y bien?

¿Magdalena no le ha dicho a usted?

—Nada, nada.

—Y bien, señor Pablo —dijo Dolores, coloreándose de súbito las mejillas —Rafaelito es nuest...mí hijo.

Pablo palideció como cuando había visto la imagen de Dolores en el espejo.

—¡Tu hijo, tu hijo! —exclamó como fuera de sí.

—¡Oh, señor Pablo! ¿Por qué no ha ido usted a verle? ¡Oh, oh! Bien merece que se le vea. Es hermoso como un ángel. ¿Usted se acuerda de la mujer que vive en la choza del solar vecino? Pues bien, ella tiene un niño de la edad de Rafaelito y otros más grandes. El otro día los estaba mirando a todos y principalmente al que estaba en sus brazos. Y la compadecí sinceramente, señor Pablo, porque ninguno, ninguno es tan hermoso como Rafaelito. Y antes me parecían tan lindos, que sin cesar reía con ellos desde el postigo. Pero ahora no, ya los miro sería. ¿No es verdad que sonriendo con otro que no fuera mi niño, fuera a robarle una caricia a Rafaelito?

Pablo parecía no escuchar estas palabras que arrancaba a Dolores el entusiasmo del cariño maternal. De súbito levantó la cabeza, como si saliera de una enajenación mental y volviendo a apoderarse de la mano de Dolores, que ésta le abandonó con muy buena voluntad:

—¡Dolores! — exclamó —¿Con que tenemos un hijo?

—Sí, sí: tenemos un hijo —repitió Dolores al punto, encantada de que Pablo se hubiese expresado en plural.

Siguióse un momento de pausa a esta alegre respuesta.

— Escúchame Dolores, — le dijo Pablo con un acento cuya dulzura embriagó⁴³² de placer a la joven — Escúchame. Hace mucho tiempo que concebí un hermoso pensamiento, pero el temor de que a ti no te pareciese lo mismo, me hizo desecharlo y lo había olvidado. Pero ahora...ahora es diferente.

432 *embriagó*: "Enagenar, transportar, arrebatarse, estasiar, entusiasmar" Domínguez 1853: 659.

Dolores estaba fuera de sí de alegría.

—Hable usted, señor Pablo, hable usted. ¡Ah! ¿Por qué no está aquí Rafaelito para que usted le abrace y yo sea completamente feliz?

Pablo le dirigió una mirada llena de compasión y continuó:

—Dolores, yo quería hacerte una donación.

—¿Una donación?

—Vamos, ¿te gusta la casa en que vives?

—¡Oh sí! Es muy bonita. ¿Cómo no había de gustarme la casa en que fuimos tan felices y en que nació mi hijo? Y sin embargo — añadió la joven, ahogando un suspiro con sus palabras— desde que usted no va allí, muchas veces al día me acuerdo de mi pobre choza.

—Tanto mejor, tanto mejor —repuso Pablo —Tú irás a vivir a esa pobre choza que te hace suspirar y darás alquilada la casa en que vives ahora y con los alquileres...

—¿Qué dice usted, señor Pablo?

—¿No me has comprendido? Yo quiero hacerte donación de esa casa y además de una hacienda de labranza⁴³³ que se halla en el fértil partido⁴³⁴ de la Sierra⁴³⁵.

—¡Donación de esa casa, de una hacienda! ¿Y para qué las quiero, señor Pablo? ¿Acaso no he podido vivir hasta ahora sin nada de eso?

Pablo miró a Dolores como con asombro y disgusto de que no le hubiese comprendido.

—¡Ah! — continuó Dolores con acento lleno de amargura — ¡Olvidaba que la antigua belleza de la pobre Dolores, de la humilde mestiza del barrio de San Sebastián, ya sólo causaba fastidio al rico señor don Pablo Moncada!

Dolores sintió estremecerse la mano de Pablo, que estrechaba la suya

—Y por eso comprendía — prosiguió — que se me hace una promesa con el fin de alejarme contenta, con tal que me vaya al instante con la alegría del avaro que sacrifica al oro todos los sentimientos del corazón.

—Dolores, Dolores: yo creo que me haces la ofensa de pensar que te hago una promesa sin intención de cumplirla.

—¡Oh, no! No, señor Pablo, porque comprendo también que cansado de darle dinero a Magdalena todos los días, cansado de pagar por un capricho pasajero que se ha convertido en hastío, quiere usted descargarse ahora de ese trabajo con una rica donación. Muchas gracias, señor Pablo — continuó la joven creciendo su indignación a medida que hablaba — Muchas gracias: guarde usted su casa y su hacienda, que yo no sabría qué hacer con tan ricas posesiones. Volveré a mi choza en que vivió mi padre y en que murió tía Marta y allí viviré feliz con mi hijo. ¡Oh! ¿Será posible, Dios mío, que se haya creído que he venido aquí solamente para pedir la limosna que se me ofrece?

Dolores quiso ponerse en pie inmediatamente, pero Pablo, que preveía este movimiento, la detuvo a tiempo.

433 *labranza*: "Hacienda que consiste en campos o tierras de labor" Domínguez 1853: 1041.

434 *partido*: "territorio de corta extensión sujeto a cierta jurisdicción" Domínguez 1853: 1320.

435 *Sierra*: se refiere a la Serranía Puuc al sur del estado de Yucatán, donde están asentadas importantes ciudades prehispánicas, como Uxmal. Las propiedades de la tierra en dicha región la hacen propicia para el cultivo.

—Bien —dijo éste —has adivinado parte de la verdad. Magdalena va a dejar de recibir el dinero que le he dado siempre, pero es porque voy a hacer un largo viaje. ¿Quién se acordaría de ti, estando yo en Filadelfia o en Nueva York?⁴³⁶ Y como ni a mi madre ni a ninguno otro podría encomendar esto sin divulgar...

Interrumpió a Pablo el ademán de duda con que Dolores movía la cabeza.

—Dolores — continuó esforzándose en hacer persuasivo su acento — es preciso aceptar esa donación. Yo me voy y sabe Dios a lo que te arrastraría la miseria. La hacienda de labranza que te prometo basta para tú sustento y el de tu hijo y la casa del barrio de Santa Ana la seguirás viviendo. Porque por más que ames tu antigua choza, es una mansión incómoda y estrecha que en poco tiempo no te precavería ni contra el sol, ni contra la lluvia. Sí, sí Dolores, preciso es que aceptes esta donación y que lo digas así delante del escribano y los testigos⁴³⁷.

—Y yo, señor Pablo, que le he dicho a usted que no lo admito, se lo repetiré con más razón a cualquiera. ¿Cómo? Usted no quiere encargar a nadie que de él dinero a Magdalena por temor de que se sospeche nuestro secreto, ¿no teme que esos señores lo adivinen, hablando directamente conmigo?

Dolores se levantó con ímpetu al terminar estas palabras, pero apenas se había puesto en pie, cuando Pablo, perdiendo todo miramiento⁴³⁸ hacia ella, le puso la mano en el pecho y la obligó a sentarse.

—Tú no puedes irte así — le dijo con voz ligeramente alterada — no puedes salir de aquí sin prometerme antes aceptar lo que te ofrezco. La primera vez que pensé en esa donación, si desistí entonces de ella, fue porque conocí que podías rehusarla, prefiriendo vivir en la miseria. Pero no puedes dejar de aceptarla ahora, porque ahora no sólo te la hago a ti, sino también a Rafaelito y tú no tienes derecho para privar a tu hijo de lo que quiere darle su padre.

El brusco movimiento de Pablo y la áspera voz con que acababa de expresarse, hirieron el sensible corazón de Dolores, y después de habérsele oprimido el corazón de amargura, sintió brotar de sus ojos un raudal⁴³⁹ de lágrimas que no pudo ocultar a los ojos del que las causaba. ¡Oh! Dolores hubiera preferido mil veces más recibir allí mismo la muerte de manos de su seductor, que el que ofendiese su sensibilidad de aquella manera.

—Señor Pablo — le dijo con un acento más bien triste que amargo — no bastaba haberme olvidado después del mal que usted me ha hecho, sino que también era preciso insultarme.

436 *Filadelfia o en Nueva York*: referencia a dos importantes puertos comerciales de Estados Unidos de Norteamérica. A mediados del siglo XIX el puerto de Filadelfia era conocido por su crecimiento económico basado en agricultura y minería (carbón). La Revolución Industrial y el comercio de telas, confección, papel y otras materias primas hicieron de este lugar el principal centro financiero de América del Norte durante el siglo XIX. Por su parte, Nueva York tuvo un desarrollo económico excepcional a partir de la extensión del canal Champlain en 1823 y el canal de Erie en 1825, lo cual permitía conectar el puerto con el río Delaware, Raritan y el Hudson. A diferencia de Filadelfia, Nueva York comenzó a mediados del siglo XIX a tener un profundo intercambio comercial con Europa, haciendo que para 1884 el 70% de las importaciones norteamericanas pasaran por el puerto de Nueva York. Al igual que Filadelfia, el comercio se centraba en materias primas como algodón, harina, telas, azúcar, café, té, cigarros, etc. Por todo lo anterior, Pablo hace referencia al comercio de sogas, cigarros, jabones y velas, principales productos que salían de la península a mediados del siglo XIX.

437 *escribano y testigos*: los escribanos eran los que autorizaban daban fe "en las escrituras de los actos que pasan ante él" (Domínguez 1853: 723). Mientras que los testigos daban fe de la compra-venta de propiedades inmobiliarias en la época.

438 *miramiento*: "Consideración que se tiene con alguna persona o cosa por efecto de estima, deferencia, respeto, cariño, gratitud" Domínguez 1853: 1186.

439 *raudal*: "Abundancia" Domínguez 1853: 1448.

Pablo se sintió o fingió sentirse conmovido a esta humilde pero justa reconvención de Dolores y apretándole suavemente la mano:

—Perdóname – le dijo dulcificando su acento – yo no he querido ofenderte: yo sólo quiero, Dolores, que aceptes mi ofrecimiento, si no por ti misma, por Rafaelito, por nuestro hijo. ¿Te atreves a condenarle a la miseria cuando es tan digno de ser rico?

—Mi hijo, señor Pablo – respondió Dolores con dignidad – mi hijo nunca vivirá en la miseria, porque su madre sabrá venderse de esclava para que nada le falte.

—Dolores, Dolores, ¿por qué tanto empeño en rehusar esa corta donación, que sólo es una parte insignificante de mis bienes?

—¿Y por qué tanto empeño en que yo la admita? ¡Oh! No insista usted, señor Pablo, que cada una de sus palabras me parece una nueva ofensa. ¿Por qué hablar de dinero cuando podemos hablar de Rafaelito y de otras cosas que no repugnen al corazón? ¡Ah! No me haga usted creer, señor Pablo, que es usted uno de esos hombres de quienes decía mi padre que no pudiendo comprender el honor en las mujeres, les llenan de oro las manos y manchan su reputación sin remordimiento.

Pablo hizo un ademán de disgusto, que escapó a las miradas de Dolores.

—Y si yo admitiera esa donación – continuó la joven – creería ver en ella el precio de...¡oh, oh! Déjeme usted salir de aquí, señor Pablo y prometo no volver jamás para que usted no se venga tan cruelmente de mí.

—¡Pablo, Pablo! – exclamó de súbito una voz fresca y argentina⁴⁴⁰ en la puerta del aposento.

El semblante de Pablo se demudó, soltó violentamente la mano de Dolores y corrió a la puerta. Pero era tarde: la pobre mestiza en cuyo corazón vibró aquella voz como el lúgubre tañido⁴⁴¹ de un funeral, vio aparecer un vestido de gasa que agitó con ligeras ondulaciones la aproximación de Pablo, y una mano de extraordinaria blancura que el joven estrechó entre la suya. Pero esta aparición repentina se desvaneció al instante, como si Dolores la hubiera visto a la claridad de un relámpago. Un doloroso presentimiento hizo latir el corazón de la joven y haciendo un esfuerzo de que no se hubiera creído capaz, se puso inmediatamente en pie y se lanzó tras de Pablo. Cuando llegó al zaguán, apenas tuvo tiempo de ver el vestido de gasa que desaparecía por la puerta de la sala.

Dolores vaciló un instante, porque sintió que las fuerzas la abandonaban y tuvo que apoyarse en un banco para no caer. Pero reanimándose después, como si comprendiera cuan necesario era no perder de vista aquel vestido de gasa, se dirigió con acelerado paso a la sala. Pero al poner los pies en la puerta, la detuvo por el brazo una vieja sirvienta que acababa de llegar de la calle.

—¿Para dónde, linda? – le dijo con acento irónico y mirándola con esa expresión de envidia que excita siempre en las viejas la hermosura de las jóvenes⁴⁴².

440 *argentina*: “voz melódicamente sonora, que tiene un sonido claro y agradable como de plata” Domínguez 1853: 158.

441 *tañido*: “El son particular que se toca en cualquier instrumento” Domínguez 1853: 1594.

442 *envidia que...jóvenes*: tópico sobre cómo las mujeres mayores sin educación envidiaban a las jóvenes, ya que las mujeres de la tercera edad “perdidos ya los atractivos de la juventud, la belleza o la coquetería que la hacían tolerable, aquella cabeza vacía se reclinaba en el seno del cansancio y el tedio, porque al debilitarse la vida física, no puede refugiarse en la vida intelectual” (Alvarado 2016: 78).

Dolores no comprendió estas palabras, ni siquiera volvió los ojos para ver quién la detenía. Habíase quedado como fascinada ante la vista de la mujer que llevaba el vestido de gasa, que en aquel momento abandonaba sus manos a Pablo y sonreía de placer escuchando sus palabras. Era una joven bellísima, de cabello rubio, ojos azules y sonrosadas mejillas que contrastaban graciosamente con la blancura de su cutis. El vestido que se ceñía a su cuerpo hasta la cintura, dejaba adivinar un tesoro de bellezas en la estrecha circunferencia de su talle y en el ligero volumen de su pecho. Dolores contemplaba con avidez estos encantos y, sin duda, habría corrido a postrarse a sus pies para adorarla como a un ángel, si no hubiera adivinado en la expresión de su semablante el placer con que veía y escuchaba a Pablo.

Entonces tuvo hacia ella un sentimiento de repulsión desconocido, sintió también brotar en su corazón un odio repentino, pero profundo. Creyó que aquella joven hermosa le había hecho un mal inmenso que sólo podría vengar su muerte y, cediendo a un impulso irresistible, quiso abalanzarse sobre ella, cerrando a la vez los puños. Pero la mano de la vieja sirvienta no había soltado su brazo y la detuvo felizmente. Dolores volvió hacia ella la cabeza como saliendo de su enajenamiento.

—¿Qué quieres? — le preguntó la vieja que advertía con inquietud los extraños ademanes de Dolores.

Ésta, en vez de responder, le señaló con el dedo a la joven y a Pablo que, abstraídos en su conversación y con ese egoísmo que lleva siempre consigo la felicidad, no habían advertido a las dos mujeres que se hallaban en la puerta.

—¿Quieres — preguntó la vieja — hablar con el señor Pablo o con su esposa?

—¡Su esposa! Pues, ¿qué el señor Pablo es casado? — preguntó Dolores mirando con ojos desencajados a su interlocutora.

—¿No lo sabías? Verdad es que no todos están obligados a saberlo, pues apenas hace tres días que se casó.

Dolores dio un terrible grito que hizo volver la cabeza a Pablo y a la joven, sacudió la mano de la vieja sirvienta para que la soltase y se precipitó a la calle, como atacada de un acceso de locura y olvidando que dejaba su alimento de aquel día en casa de su seductor.

CAPÍTULO XVIII

ESTEBAN Y MAGDALENA

Cinco minutos después, Dolores entraba en su casa sin responder a las reiteradas preguntas de Magdalena, que no pudo menos que sorprenderse de verla venir sin el cestillo con que había salido, sin color en el semblante y con el paso precipitado. La joven, sin detenerse un momento en la sala, pasó a su aposento y se dejó caer en la cama, dando un grito que hizo estemecer a su compañera.

—¡Mi hijo, Magdalena! — exclamó —¿Dónde está mi hijo? Tráemelo: voy a morir.

Magdalena corrió a la sala en que estaba sentado Rafaelito sobre una estera de palmas, rodeado de figuritas de plomo, de barro y de papel y de todas esas bagatelas⁴⁴³ con que tanto se divierten los niños. Estaba tan distraído con un general que tenía dentro de la boca, que no advirtió la entrada de su madre, que pasó junto a él sin verle también.

Magdalena libró al general de las inofensivas quijadas del niño y se lo llevó al cuarto. Pero admirada de que no extendiese los brazos para recibirle, se inclinó hacia ella pronunciando su nombre. La joven no respondió. ¡Estaba desmayada!. Magdalena dio un grito de dolor y sorpresa y después de vacilar un instante corrió a la choza de enfrente de que hemos hablado algunas veces, llevando consigo a Rafaelito. María, que así se llamaba la mujer de la choza, se encargó con placer de Rafaelito y se trasladó al momento a casa de Dolores. Magdalena corrió en busca de un médico. Diez minutos después éste se hallaba a la cabecera de la enferma. Interrogada Magdalena, sólo pudo responder lo que sabía, es decir, nada. Entretanto, el médico que sólo veía un desmayo, no tardó en volver en sí a Dolores. Esta, al abrir los ojos, los fijó alternativamente en el médico y en Magdalena, cuyos cuerpos se hallaban ligeramente inclinados sobre la cama. Pero miraba sin comprender y recordando apenas confusamente lo que había sucedido.

De súbito vio extenderse la mano del médico hacia la suya para tomarla, sin duda, el pulso, y huyó instintivamente el brazo. El médico le dirigió entonces algunas palabras que apenas pudo oír, pero que le hicieron comprender su situación. Dió entonces un grito y levantó la cabeza para buscar a su hijo, a quien no tardó en descubrir en los brazos de su vecina. Era que acababa de acordarse aquel médico infame que había curado al hijo de Juana.

—¡Oh! — murmuró Dolores — Juana tuvo qué sucumbir porque era su hijo el que moría. A mí no me sucede lo mismo: yo soy la que me muero y moriré tranquila.

Y el médico tuvo que retirarse sin haber logrado arrancarle una palabra sobre la causa de su enfermedad. Dio sus órdenes a Magdalena y prometió volver a la tarde, pronosticando que ya entonces se habría declarado a la enferma una ardiente calentura.

El pronóstico se cumplió y con más severidad de la que había esperado aquel hombre de ciencia. Tres días después, cuando tuvo lugar el acontecimiento que vamos a referir, Dolores llegó a un estado de insensibilidad aparente, después de haber pasado con espantosa celeridad por todos los progresos de la maligna enfermedad que la tenía postrada en cama. Parecía, en efecto, insensible a cuanto pasaba en derredor suyo: no respondía a nadie ni mira-

443 *bagatelas*: "cosa de escaso valor" Domínguez 1853: 214. Los juguetes mencionaron es propio de artículos infantiles populares de la época. Quien esté interesado en estos y otros detalles de estos, remito al trabajo *El juguete en México durante el siglo XIX* de Antonio Francisco Garabana.

ba a su hijo. Bebía, sin embargo, las pociones que periódicamente le suministraba Magdalena.

Su cara se había desfigurado insensiblemente, hasta quedar casi desconocida y algunas convulsiones que experimentaba de cuando en cuando en diversas partes del cuerpo, le hacían agitarse en la cama en continuo desasosiego. Pero si Dolores no comprendía nada de lo que pasaba exteriormente, en cambio el delirio consiguiente a la enfermedad, había establecido en su interior una terrible lucha, presentándole confusamente todos los recuerdos de su vida, así felices como dolorosos. Y esta mezcla era la que causaba más pena a Dolores y la hacía agitarse en la cama con convulsivos movimientos. Por uno de esos caprichosos anacronismos⁴⁴⁴ que son tan comunes en el delirio y en los sueños, no pocas veces vio entrar en su choza, mientras conversaba tranquilamente con su padre y con Marta, a la hermosa joven que había conocido tres días antes por esposa de Pablo. Cuántas veces también creyó ver a Antón tendido sobre una jerga en el hospital de Xnechil y prodigando, sin embargo, a Rafaelito esas locas caricias con que los abuelos miman a sus nietos. Veía a Pablo y a Esteban cogidos amistosamente de las manos, a Magdalena conversar y sonreír con su padre y a su tía Marta cubrir de besos a Rafaelito. Y aunque todas estas terribles visiones le oprimían el corazón, ninguna le causaba más espanto que la de la esposa de su seductor. ¡Y era la que se presentaba con más frecuencia a desvanecer los momentos de felicidad que un agradable recuerdo le proporcionaba de cuando en cuando.

Apenas se veía, en medio de su delirio, en la pintoresca callejuela de San Sebastián, conversando alegremente con Pablo, cuando se presentaba la futura esposa de éste, la miraba, con desdén y con orgullo y tomando el abrazo de Pablo se alejaba con él, dejándola muerta de dolor y de celos. Si se veía en brazos de su amante, si acariciaba a su hermoso niño, la misma mujer se presentaba a arrancarle con crueldad los objetos más caros⁴⁴⁵ a su corazón.

Y cada uno de los cuadros que sucesivamente y sin interrupción le presentaba su delirio, todos terminaban de este modo. Siempre el mismo fantasma enemigo de su felicidad, venía como un velo fúnebre a interponerse entre ella y los seres que más amaba. Y, sin embargo, de los terribles efectos que producía su aparición, cuan bella se presentaba siempre. Dolores la reconocía al instante en su extraordinaria blancura, en su rubia cabellera y en el limpio azul de sus ojos.

Recordamos haber fijado el tercer día de la enfermedad de Dolores, como época de un acontecimiento notable en nuestra narración. Efectivamente, a las cuatro de la tarde de este día tres fuertes golpes sacudieron la puerta de la calle. La enferma los oyó en medio de su abatimiento y postración, sin adivinar de dónde partían y, como sucede en los sueños, los acomodó caprichosamente a una escena de su delirio.

Un momento después oyó abrirse una puerta cerca de ella y, como estaba enfrente, vio aparecer inmeditamente en el umbral un hombre y una mujer. Hizo un esfuerzo supremo de voluntad y reconoció en el hombre a Esteban y en la mujer a Magdalena. La joven creyó que seguía delirando, porque no comprendía cómo Esteban y Magdalena pudiesen estar juntos sin despedazarse. Y, sin embargo, lo que ella veía era la realidad, aunque incompleta. Era que se hallaba en un estado medio entre la razón y el delirio. He aquí lo que sucedía. Magdalena estaba en la sala cuando oyó los golpes. Abrió la puerta y se presentó Esteban, lanzándole una mirada de odio y de desprecio. Adelantose algunos pasos dentro de la sala sin desplegar los

444 *anacronismos*: "Error que consiste en colocar un hecho antes o después de la época en que sucedió" Domínguez 1853: 109.

445 *caros*: "Muy querido, muy amado" Domínguez 1853: 337.

labios, pero no encontrando a la que buscaba:

—¿Y Dolores? — preguntó sin mirar a Magdalena, como si no a ella dirigiera la palabra.

Magdalena vaciló un instante.

—¿Dónde está Dolores? — insistió Esteban con voz imperiosa.

—¿Dolores? Está enferma —respondió Magdalena —y nadie puede verla.

—¡Enferma! — exclamó el mestizo poniéndose de un salto en la puerta del aposento de Dolores.

Magdalena que empezaba a odiar a Esteban tanto como él la odiaba, repitió el salto del mestizo, pero era ya tarde. Cuando llegó a la puerta, éste la había empujado ya y entrado en el aposento. Magdalena murmuró una maldición y entró en pos de él. Lo primero que hizo Esteban fue correr a la cama. Pero no había llegado aún cuando reparó en el niño que María tenía en sus brazos. Detúvose entonces al punto y, clavando en él una mirada cuya expresión sería imposible definir:

—¿Quién es ese niño? — preguntó a María.

—Ese niño — respondió Magdalena contenta de que se le presentase ocasión de vengarse de Esteban — ese niño es hijo de Dolores.

El mestizo retrocedió un paso, quebrose el oscuro color de su semblante y sus ojos brillaron con ferocidad. Magdalena que no despegaba de él la vista, advirtió esta terrible mudanza y, llena de espanto, fue a colocarse al lado de Rafaelito. María que con la cabeza inclinada sobre él, le miraba con placer y entretejía sus dedos en su naciente cabellera, no reparó en el movimiento de Esteban y se quedó sentada. Pero de súbito, como si la providencia hubiese querido advertir al inocente niño el peligro en que se hallaba, despegó sus labios del pecho de María y, volviendo la carita hacia Esteban, clavó en él sus hermosos ojos con esa sonrisa graciosísima y hechicera que solo se ve en el semblante de los niños.

Esteban sintió derretirse su corazón de ternura, corrió hacia María, le arrebató a Rafaelito de sus brazos y le llenó de besos, derramando lágrimas de gozo. Dolores no había advertido ninguno de los pormenores que precedieron a esta escena, al ver a Esteban suspender súbitamente a Rafaelito y comprendiendo el odio que debía tener al hijo de Pablo, creyó que iba a dejarle caer de sus brazos para matarle. Quiso dar un grito, pero su pecho se negó a producirlo. Agitó entonces su brazo con un movimiento convulsivo, como para recibir a su hijo que creía ver en el aire y con sus ojos desfigurados por la enfermedad, pareció amenazar al mestizo.

A las convulsiones de la enferma, que hicieron gemir la cama bajo su peso, Esteban, María y Magdalena volvieron la cabeza y, al advertir su asustado semblante, todos se agolparon alrededor del lecho. Dolores los vio adelantarse llena de espanto y su corazón se oprimió hasta faltarle la respiración al notar a Rafaelito todavía en los brazos de Esteban. Intentó volver a gritar, pero como la primera vez, le faltó la voz y únicamente con sus movimientos pudo expresar sus temores y su desesperación. Pero, repentinamente, creyó ver que los ojos de Esteban se fijaron en los de Rafaelito, el niño sonrió entonces y Esteban pagó su sonrisa con un beso. El corazón de Dolores se dilató al punto de alegría y todos los circundantes pudieron ver una lágrima de gratitud que resbaló de sus ojos.

Un momento después vio extenderse dos manos hacia el niño y arrancárselo a Esteban. Siguió con los ojos su movimiento y no tardó en encontrarle en los brazos de María.

Dolores se preguntó que había ido a hacer allí la mujer de la choza vecina, sin acordarse de que la había visto tres días antes dando el pecho a Rafaelito en su aposento. Persuadióse de que continuaba su delirio y esperó que la esposa de Pablo viniese como otras veces a

desvanecer las sombras que tenía a la vista. Y no tardaron en desvanecerse, en efecto, porque viéndola ya tranquila se retiraron de su lecho.

—Creo que habrá llamado algún médico para la enferma — dijo Esteban que huía de hablar directamente con Magdalena.

—No había de dejarla morir como a un perro — refunfuñó⁴⁴⁶ ésta.

—¿Y qué nombre le ha dado a la enfermedad?

—¿Nombre? No me ha dicho nada, porque acaso ni él mismo lo sabe. ¿Quién ha de adivinar la causa de un mal tan repentino?

—¿Repentino?

—Tan repentino, que cuando salió a la calle estaba rebozando de salud y cuando volvió sólo tuvo tiempo para arrojarle a la cama y quedó desmayada.

—¿Cuándo sucedió eso?

—El jueves, hace tres días.

Esteban reflexionó un instante. Luego, dándose una palmada en la frente, dirigió una terrible mirada a Magdalena con quien había tenido que entablar, sin quererlo, la anterior conversación.

—¡Oh, oh! — exclamó lleno de ira —¿Y usted por qué no refirió al médico la causa del desmayo de Dolores?

—¿Yo? Yo, ¿acaso lo sabía?

—Sí, sí la sabe usted. A lo menos debió adivinarla como yo la acabo de adivinar en este momento.

Magdalena palideció ligeramente y, sin embargo, se encogió de hombros, como si pudiese engañar a Esteban con un ademán.

—Dolores — continuó éste — salió para ir a ver al señor Pablo y le encontró seguramente en los brazos de la esposa que acaba de tomar. ¿Acaso ignoraba usted — añadió el mestizo con una mezcla de cólera y de ironía — acaso ignoraba usted que el vil seductor se hubiese casado?

La descarada impudencia de Magdalena le abandonó en aquel instante y tuvo que bajar los ojos ante el brillo que despedían las miradas de Esteban.

—¡Oh! — continuó después de un momento de pausa y olvidando la presencia de María —El amor de ese miserable le ha de costar quizá la vida. Pero no, yo no la dejaré morir así: yo hablaré con el médico y la curaremos, yo ayudaré su ciencia, refiriéndole la historia de Dolores y se salvará. Sí, se salvará ¿Cómo se llama el médico? — añadió dirigiéndose a Magdalena.

La pregunta de Esteban era imperiosa y era inútil pensar en resistir o en disimular la verdad. Magdalena tuvo que decir el nombre del médico que arrancó al mestizo una exclamación de alegría. Y de un salto se precipitó a la sala y de allí a la calle. Magdalena le siguió y cerró tras él la última puerta, murmurando:

—¡Insensato! Ve a donde quieras, yo te juro que es la última vez que pones los pies aquí.

Pero Esteban, que parecía haber adivinado este juramento, se presentó en la puerta a la mañana siguiente, al mismo tiempo que se detenía el carruaje del médico enfrente de la casa. Y Magdalena que creía abrir la puerta solamente para éste, pronunció una secreta maldición al verle entrar seguido de Esteban. El mestizo fingió no verla y llegó en pos del médico hasta la cama de la enferma. Dolores, según informó Magdalena, no había vuelto de la

446 *refunfuñó*: "Hacer o producir cierto ruido o sonido con las narices, en señal de enojo o de disgusto, imitando algunas veces el gruñir ligero del animal inmundo que conocen todos" Domínguez 1853: 1465.

insensibilidad⁴⁴⁷ en que la presentamos a la tarde anterior. El médico, lleno de inquietud, la examinó escrupulosamente⁴⁴⁸ y, después de haber prescrito nuevos remedios, salió del aposento. Esteban y Magdalena le acompañaron hasta el estribo⁴⁴⁹ de su carruaje, abrumándole cada uno con infinitas preguntas relativas a la curación de la enferma. Cuando estos dos enemigos implacables, despedido ya el médico y cerrada la puerta de la calle, se encontraron solos en la sala, se miraron un instante en silencio, revelando en sus ojos el odio mutuo que se profesaban. Magdalena se dirigía ya al cuarto de la enferma, cuando Esteban la detuvo por el brazo, diciéndole:

—¡Un momento señora Magdalena! Tenemos que hablar un instante. Hágame usted el favor de sentarse aquí, cerca de mí para que no nos oiga María.

A pesar de que Esteban hablaba en voz baja y más bien con voz suplicante que imperiosa, Magdalena se sintió subyugada y se dejó caer en un asiento cerca del hombre a quien aborrecía tanto.

—En este momento — continuó Esteban con esa inflexión de voz con que se transmite en secreto una orden importantísima que no admite réplica—en este momento va usted a recoger cuanto tiene aquí, porque dentro de cinco minutos, óigalo usted bien, señora Magdalena, dentro de cinco minutos habrá usted dejado para siempre esta casa, porque yo lo quiero, yo lo mando.

Magdalena se puso de pie más asombrada de la osadía de Esteban que de la orden que se atrevía a darle. Esteban fingió no comprender este movimiento y continuó.

—Cuanto me complace el ver la prontitud con que se me obedece y confieso que le había hecho a usted una injuria creyendo que no lograría convencerla con tanta facilidad.

Magdalena comprendió que el mestizo se burlaba de ella y este sentimiento le devolvió el uso de la palabra.

—O usted, Esteban — le dijo volviendo a sentarse con afectada tranquilidad — o usted juega una chanza⁴⁵⁰ conmigo, lo que en verdad no creo, porque conozco cuánto me aborrece o...

—¡Oh, oh! — interrumpió Esteban—En verdad que no esperaba esa salida, que le hace a usted mucho honor. Pero creo necesario advertirle, señora, que es inútil pensar en la resistencia.

—¿Qué quiere usted decir?

—Me parece que no puedo explicarme con más claridad. Le he dicho a usted, y le repito, que dentro de cinco minutos, que ahora solo son cuatro, va usted a dejar esta casa para siempre.

Magdalena no pudo contenerse.

—¿Quién es usted — exclamó — para venir a decirme que salga de...de mi casa?

—¿Y quién era usted, Magdalena, cuando arrancó a Dolores de su choza?

Al oír estas palabras, exasperose⁴⁵¹ más Magdalena y levantó la voz sobre la de su contrario, como todo el que no tiene razón.

—¿Yo abandonar a Dolores? ¿Quién se atreverá a obligarme?

—¡Por Dios, Magdalena! Más bajo, más bajo: recuerde usted que hay quien nos escuche en el cuarto de la enferma.

447 *insensibilidad*: "Que no se afecta de los objetos capaces de excitar dolor" Domínguez 1853: 990.

448 *escrupulosamente*: "Exacto, cuidadoso, concienzudo" Domínguez 1853: 724.

449 *estribo*: "Especie de escalón férreo que sirve para subir y bajar en muchos carruajes" Domínguez 1853: 760.

450 *chanza*: "Dicho burlesco y gracioso, regularmente a costa de alguno" Domínguez 1853: 513.

451 *exasperose*: "irritar, poner furioso a alguno" Domínguez 1853: 771.

—¡Yo no tengo para qué ocultar a nadie mis palabras! —respondió Magdalena sin bajar la voz.
—¡Oh, oh! — exclamó el mestizo — No hay que desatenderse⁴⁵² de la cuestión principal, porque...¡Dios me lo perdone!.. Creo que usted me hace perder el tiempo con intención de disuadirme. Pero es preciso que usted sepa que cuando Esteban se ha resuelto una vez, y lo digo sin intención de alabarme, no hay poder humano que le haga retroceder.

—¡Pero esto es imposible! —dijo Magdalena dominando en ella menos la cólera que el asombro que le causaba la firmeza de su interlocutor — ¡Esto es imposible! Yo no creo que usted quiera obligarme.

—¡Vamos! Ya hemos perdido inútilmente cuando menos otro minuto.

—¿Y qué? ¿No hay justicia en Mérida? yo acudiré...

—¡Ta, ta, ta!⁴⁵³ — respondió Esteban con acento fisgón⁴⁵⁴ — No hay que hacerse ilusiones, señora Magdalena. Nosotros vamos a arreglar nuestro asunto sin intervención ninguna, porque preciso es convenir en que la justicia suele cometer solemnes disparates.

—¿Y usted cree que yo...?

—¡La justicia! Mire usted si la justicia se ha acordado de castigar a la mujer infame que arrancó a una pobre muchacha de su choza para arrojarla a los brazos de un hombre vil que supo pagarle su trabajo.

Los ojos de Magdalena despedían llamas.

—Todo lo he previsto — continuó Esteban con la exasperación que le habían causado sus mismas palabras — Si usted se empeña en la resistencia, me valdré de la fuerza para hacerme obedecer, del mismo modo que usted se vale de la astucia para sus iniquidades⁴⁵⁵.

Magdalena se sonrió de cólera.

—¿Ha oído usted hablar de ciertas cavernas que hay en el barrio de San Sebastián?⁴⁵⁶ Un vecino mío posee una de ellas en su solar. La boca está oculta entre la hierba y no hay miedo de que nadie la descubra. Esta noche, Magdalena, si usted no ha salido de aquí, verá llegar a cuatro de mis amigos, que se apoderarán de usted e irán a atarla en el fondo de esa caverna con una mordaza en la boca.

—¿A mí? — gritó Magdalena encendiéndosele el semblante.

—No le he dicho todo. Para que usted no cometa un disparate que podría echarlo a perder todo, tendré el disgusto de hacerle a usted compañía mientras vienen mis amigos a buscarla. Y no haya temor de que falten, porque saben muy bien que si no me presento a ellos en el día, es señal de que deben obrar.

Magdalena estaba muda de rabia y de espanto, sin que nos sea posible decir cual de estos dos sentimientos la dominaba más.

452 *desatenderse*: "Descuidar, no poner cuidado ni atención" Domínguez 1853: 555.

453 *¡Ta, ta, ta!*: expresión de hartazgo "Interjección con que se advierte a alguno no prosiga lo que ha empezado" (Núñez 1825: 1432). Ver "¡Ta, ta, ta, ta! — exclamó el padre Apolinar al oírlo" (Pereda 1991: 74); "¡Ta, ta, ta, ta! — dijo en voz alta sin pensar que estaba en la iglesia" (Clarín 1990: 368).

454 *fisgón*: "burlarse finamente" Domínguez 1853: 801.

455 *iniquidades*: "Excesiva maldad, injusticia extremada" Domínguez 1853: 986.

456 *cavernas que hay...San Sebastián*: actualmente no existe un registro concreto de caverna, túnel, pasadizo o cenote subterráneo en el área. Sin embargo, como afirma Carlos Evia "En la tradición oral de la ciudad de Mérida hay un relato persistente: la comunicación subterránea" (Evia s/f). No es de extrañar la posibilidad de túneles-pasadizos en dicha zona de la ciudad de Mérida.

—En esa caverna — continuó Esteban después de un momento de pausa — en esa caverna permanecerá usted hasta que Dolores se haya restablecido y pueda irse conmigo de este lugar⁴⁵⁷. Pero me persuado de que no tendré necesidad de hacer trabajar a mis amigos, tanto más cuanto que habiéndose ya casado el señor Pablo, corre usted riesgo de que se le suspendan muy pronto sus salarios y, Dolores, en vez de ser para usted la mina que la ha enriquecido hasta ahora, no será en adelante más que una carga.

—Yo amo demasiado a Dolores — refunfuñó Magdalena — para que pueda atribuirse a interés la resistencia que opongo para dejarla.

—Bueno — dijo Esteban con una sonrisa de incredulidad — Para indemnizarle a usted de su dolor le permitiré que siga cobrando sus salarios. El señor Pablo ya nunca viene a visitar a su víctima y no puede usted temer que llegue a saber que la ha abandonado. El infame es digno de ser engañado por una mujer como usted.

La creciente ira de Magdalena había llegado a su colmo. Levantose súbitamente y corrió hacia la puerta de la calle, pero Esteban la alcanzó y la detuvo con el puño, quedando ambos en pie, uno frente a otro, en medio de la sala.

—No saldrá usted de aquí, señora Magdalena — le dijo — sin haberme jurado antes no dar ningún paso para noticiar⁴⁵⁸ a nadie lo que acaba de suceder aquí, ni decir. ¡Oh! — continuó cambiándose enteramente la expresión de su semblante y dando a su acento una suave inflexión — ¿No es verdad que nunca ha dicho usted a nadie en el mundo que Dolores...?

—¡Nunca! — balbució Magdalena que comprendió la reticencia⁴⁵⁹ de su interlocutor.

—Bien, muy bien — repuso Esteban en tono de gratitud — ¿Pero me jura usted guardar siempre el mismo silencio?

Magdalena se dejó caer en una silla próxima e inclinó la cabeza, apoyando su frente en la mano izquierda. Esteban adivinó en su semblante que algo extraordinario pasaba en su perverso espíritu y se abstuvo bien de interrumpir la meditación en que parecía sumergida. Clavó los ojos en ella y esperó. No duró mucho tiempo esta expectativa. Al cabo de algunos instantes levantó la cabeza Magdalena y Esteban sorprendió en sus ojos una lágrima, la primera acaso que había derramado en su vida.

—¡Bien, me iré! — dijo con voz conmovida — Pero como amo a Dolores como a una hermana y a Rafaelito como a un hijo, usted me permitirá que venga de cuando en cuando a recordarle mi cariño. Porque abandonarlos derrepente y para no volverlos a ver nunca...

Esteban que no esperaba vencer tan pronto la resistencia de Magdalena, le prometió cuanto quiso. En seguida ambos enemigos, ya medio reconciliados, entraron en el aposento de la enferma. Magdalena se acercó al lecho, contempló mucho tiempo en silencio a Dolores cuyos ojos vagaban de un lado a otro sin fijarse en ningún objeto y, cierta de que no podría oír su voz, se inclinó sobre ella y estampó los labios sobre su frente que hervía con la calentura.

Esteban que no la perdía de vista, la vio enderezarse con la segunda lágrima en los párpados. Magdalena perseguida siempre por esta mirada inquisitorial, se acercó a María y le arrancó a Rafaelito de los brazos. Le acercó a sus brazos y le cubrió de besos, empezando por su precioso semblante y acabando en su menudo piececito de color de rosa. Luego le levanta-

457 Se da un brinco de página y guion de personaje en *LMA* y *LMC* que indica cambio de voz-personaje que habla. Sin embargo, es claro que es diálogo en el que continúa hablando Esteban.

458 *noticiar*: "hacer sabedor a alguno de una cosa, informarlo" Domínguez 1853: 1246.

459 *reticencia*: "Especie de reserva misteriosa que quiere decir mucho callando algo o da a entender mas de lo que realmente hay, aparentando no querer decirlo todo" Domínguez 1853: 1489.

tó con sus manos hasta la altura de la cabeza y clavó sus ojos en la bellísima pupila del niño. Rafaelito se sonrió, como había sonreído un día antes a Esteban y agistó sus brazos con esa gracia irresistible que acompaña siempre a los ademanes de un niño. Magdalena no pudo resistir más: un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, le acercó otra vez a su cara y volvió a cubrirle de caricias.

De súbito levantó la cabeza y fijó los ojos en Esteban con una expresión triste y elocuente que hubiera desarmado al enemigo más implacable. Pero Esteban, que no creía mucho en la sinceridad de sus lágrimas fingió no comprender aquella mirada y su semblante permaneció impasible. Entonces Magdalena, que a pesar de su innata perversidad, que parecía excluir de su corazón todo sentimiento afectuoso, amaba como hemos dicho, sinceramente a Dolores y adoraba a Rafaelito. Magdalena, decimos, tuvo un momento tentaciones de arrojar-se a los pies de aquel hombre de bronce para suplicarle que no la separase de dos seres tan queridos. Pero en aquel instante, como si Esteban hubiese adivinado su intención, le señaló con los ojos la puerta.

Magdalena ahogó un grito en su garganta, arrojó al niño en los brazos de María y salió para siempre del aposento.

CAPÍTULO XIX

LA ENFERMA Y EL ENFERMERO

Dolores había visto esta precipitada salida de Magdalena, dudando siempre si deliraba o veía la realidad. Y la enferma tenía razón en dudar, porque del mismo modo que se presentaban a su vista Esteban, Magdalena y Rafaelito, se presentaban también Pablo y su joven esposa, Marta y Antón, que seguramente no podían estar en realidad alrededor de su lecho. Era que, a pesar de que los primeros no se separaban más que por instantes del aposento, Dolores no podía fijar en ellos la atención, sino cuando se acercaban a la orilla de la cama, o cuando hacían algún movimiento extraordinario, capaz de vencer la casi total insensibilidad en que la tenía sumergida la calentura.

Pero alejada ya Magdalena, Esteban después de haber explicado a María convenientemente esta retirada, se creyó dueño del campo y se sentó junto al lecho de la enferma. Solo se levantaba en los periódicos instantes en que era necesario administrar a Dolores esos insípidos brebajes⁴⁶⁰ con que la ciencia pretende curar las enfermedades del hombre⁴⁶¹.

Como es de suponerse, la joven notó que había cambiado de enfermero y este cambio la asustó tanto como el fantasma de la mujer de Pablo. La primera vez que le presentó Esteban en una taza la poción que acababa de recetar el médico, hizo un gesto convulsivo de terror y de disgusto que parecía efecto de la enfermedad. Esteban se inclinó ligeramente sobre ella, levantó su cabeza con la mano izquierda y, deslizando insensiblemente su brazo hasta cerca de la cintura de la enferma para sostenerla, le presentó con la mano derecha la taza. Temblaba el brazo de Esteban al tocar aquella espalda suave y delicada que, cubierta con una finísima tela humedecida por el sudor, producía la ilusión de la desnudez. Dolores intentó deslizarse de este brazo que sintió pegarse a su piel como un hierro candente, pero apenas pudo producir un ligero movimiento que también pareció a Esteban efecto de la enfermedad. La joven para no dilatar más su suplicio acercó sus labios a la taza y apuró su contenido. Entonces el nuevo enfermero que no esperaba librarse tan pronto del dulce peso que sostenía su brazo, la dejó deslizarse suavemente y con cuanta lentitud pudo sobre las sábanas y Dolores respiró con libertad al verle desaparecer. Pero un momento después ya estaba sentado junto a su cama, clavados los ojos en su semblante, hermoso todavía a pesar de las profundas huellas que en él tenía impresas la calentura.

Esta escena, con los mismos pormenores poco más a menos, se repetía cada vez que la enferma volvía a tomar la poción. Pero cinco o seis minutos después de haberse sentado junto a la cama, el silencio y la inmovilidad que guardaba, hacían que la enferma le perdiese de vista, hasta que una nueva bebida venía a hacerle recordar la mutación⁴⁶² del enfermero.

460 *brebajes*: "Bebida repugnante compuesta de ingredientes desapacibles al paladar" Domínguez 1853: 277.

461 *ciencia pretende... hombre*: como se ha mencionado anteriormente, la Escuela de Medicina se había fundado en Mérida en 1833 y la presencia de médicos en la península de Yucatán había sido esporádica y accidentada hasta ese momento. Quienes realizaban la praxis médica hasta la primera mitad del siglo XIX en Yucatán eran extranjeros, como el italiano Francesco Giovanni Mayoli, apodado el judío, quien en 1834 publica un manuscrito con brebajes y fármacos, lo cual está referido en estos párrafos de la novela. Para la historia de la medicina en Yucatán recomiendo la lectura de la reseña histórica *Los primeros médicos en Yucatán* de Damaris Estrella, Héctor Rubio y Manuel Medina (2017).

462 *mutación*: "Variación o alteración" Domínguez 1853: 1221.

Por la tarde, felizmente para Dolores, Esteban desapareció y María le sustituyó en sus funciones como él había sustituido a Magdalena. Pero llegó la noche. La joven lo conoció por una débil lamparilla que ardía en un rincón y que apenas bastaba para disipar con su roja claridad las tinieblas del aposento, dejándole en ese agradable tinte de semioscuridad que pueden sufrir los ojos de un enfermo debilitados por la calentura.

De súbito vio Dolores rasgarse esta semioscuridad y aparecer un cuerpo de extraordinaria blancura, que acababa de abrir silenciosamente una puerta. Un momento después le vio interponerse entre ella y la pequeña llama de la lamparilla y no tardó en notar que se adelantaba hacia el lecho sin sentir sus pisadas ni desplegar los labios, como se adelantan los fantasmas de un sueño.

La enferma sintió erizársele el cabello y clavó los ojos en la sombra. Tenía un no sé qué de terrible y de real que no tenían las otras sombras que sucesivamente y sin intermisión le presentaba el delirio. Llegó por fin hasta a la orilla del lecho y con grande asombro de Dolores, se arrodilló e inclinó la cabeza sobre las sábanas. Entonces fue cuando le reconoció: era Esteban.

Pero, ¿qué hacía Esteban allí? ¿Cómo Magdalena le había permitido entrar en el aposento en medio de la noche? Y lo que era más incomprensible todavía, ¿cómo le había dejado solo con ella, sabiendo el miedo que le tenía? Pero, ¿dónde estaba Magdalena? Sin duda aquel hombre arrodillado junto al lecho y que empezaba a besar las sábanas, no era más que un fantasma.

El espíritu humano presenta fenómenos admirables, principalmente en el ejercicio de sus funciones que se atribuyen a la imaginación. En medio del sueño y del delirio, conocemos muchas veces que soñamos y deliramos y reflexionamos a menudo sobre las ilusiones que nos presentan, como podríamos reflexionar sobre ellas después de haber salido de nuestro letargo⁴⁶³.

Dolores, que conocía prácticamente esta verdad, no extrañaba raciocinar cuando creía que deliraba aún. La joven empezaba a preguntarse por qué había cambiado ya el fantasma dominante de su delirio: por qué Esteban había sustituido a la mujer de Pablo que hasta entonces se había presentado constantemente en las últimas escenas de todos los cuadros que su imaginación forjaba en medio de la calentura. Y nada ganaba en el cambio: porque si la hermosa joven que le había robado a su amante despertaba en su corazón los celos, Esteban venía a despertar sus antiguos remordimientos. Dolores que había visto siempre en Esteban el enemigo implacable de su amor, veía ahora en él un censor severo que le reprendía hasta la calentura que la tenía postrada en cama, como le había reprendido su felicidad, cuando era todavía feliz con el amor de Pablo.

463 Charles Bonnet (1720 —1793) estableció el síndrome que lleva su nombre para describir las alucinaciones en personas sanas, lúcidas y despiertas. En este sentido, durante el siglo XIX el trabajo de Bonnet “se convirtió en el paradigma de la existencia de alucinaciones visuales en los sujetos mentalmente sanos” (Yoldi et. al 2015: 33). Por su parte, el tema de las alucinaciones y lo fantasmagórico es tópico recurrente del Romanticismo oscuro, el cual proliferó a mitad del siglo XIX en la literatura americana, particularmente en las obras de Ralph Waldo, Henry David y Margaret Fuller. El tópico recurre a la “incapacidad del hombre caído por comprender plenamente los inquietantes guiños de un reino sobrenatural que aún parecía no haber llegado; la constante perplejidad ante los fenómenos metafísicos e inexplicables; la propensión a una conducta perversa o inmoral, sin regla ni medida y un sentido de culpa sin nombre combinado con la sospecha de que el mundo externo no es más que una ilusión de la mente: tales son los elementos principales que opusieron los románticos oscuros a la corriente principal del romanticismo” (Thompson 1974: 5).

Había más aun: la enferma que dos horas antes se había persuadido de que deliraba, empezó a dudar, porque las creaciones de su delirio se desvanecían todas con celeridad⁴⁶⁴ para dar lugar sucesivamente a otras y Esteban permanecía de rodillas junto a su lecho, sin que sus ojos le hubiesen perdido de vista un momento. Y Dolores, a pesar de la repugnancia que le inspiraba el mestizo, sentía enternecerse su corazón al ver tan solícito a su lado y adorándola como una santa al único ser que ella había aborrecido en el mundo y a quien había hablado un día con voz áspera y destemplada por la cólera. Y seguramente es una especie de remordimiento esa conmoción que experimentamos al ver la noble venganza de un enemigo que nos paga con beneficios el mal que le hemos hecho.

Esteban no tardó en confirmar estas dudas, levantándose repentinamente y trayendo un momento después a la enferma la misma poción que había bebido durante el día. Dolores apuró también esta vez la taza en brazos de su excelente enfermero, el cual, sin embargo, hacía latir de espanto su corazón. Esteban volvió a arrodillarse un momento al cabo del cual se levantó, colocó una silla cerca del lecho y se sentó en ella. Así se pasó una gran parte de la noche. El mestizo se levantaba cada vez que había necesidad de repetir la poción, contemplaba un momento a Dolores y volvía a ocupar la silla sin despegar los ojos del bulto informe que a la débil claridad de la lamparilla presentaba el cuerpo de la enferma envuelto en las sábanas.

A la madrugada un sueño bienhechor⁴⁶⁵ y tranquilo cerró los párpados de la joven. Cuando despertó, la escena había cambiado totalmente. La lamparilla había desaparecido y en su lugar penetraban por uno de los postiguillos de la ventana algunos rayos del sol naciente que dibujaban en la pared unas de las ramas del rosal de China que tenían que atravesar para llegar al aposento. La silla todavía estaba junto a su lecho, pero ya no la ocupaba Esteban, sino María que hacía bailar a Rafaelito sobre sus rodillas. El niño rebosaba de alegría viéndose puesto en movimiento y cuando sus vacilantes piecitos no encontraban las rodillas en que se apoyaban cada vez que descendía, alargaba la mano hacia el semblante de la desdichada Dolores⁴⁶⁶ y la asía⁴⁶⁷ fuertemente de la nariz. Pero una rápida ascensión o una ligera vuelta que le hacía dar con destreza María, le obligaban a soltarla inmediatamente y volvía a sus sonrisas y a sus alegres ademanes.

Dolores miró llena de envidia y de celos a su vecina que se atrevía a hacer sonreír a Rafaelito y a robarle sus caricias. Y, sin embargo, de que estaba cierta de que no tenía voz, hizo esfuerzos para abrir la boca y mover la lengua con el fin de reclamar sus derechos. Con no poco asombro sintió y oyó a la vez deslizarse las palabras de entre sus labios.

—¡Mi hijo, mi hijo! — exclamó con voz débil, pero perceptible. María saltó de la silla que ocupaba con no poca alegría de Rafaelito, que estaba ya acostumbrado a los saltos de Dolores y de Magdalena, y se acercó a la cabecera del lecho mirando llena de admiración a la enferma. Esperó ésta en silencio que se le entregase a su niño, pero María, asombrada de que hubiese hablado, no se había tomado el trabajo de comprender sus palabras.

—¡Mi hijo, mi hijo! — repitió Dolores, levantando apenas los brazos.

—¡Con que ya habla usted! — exclamó María con cierto placer y mezclado todavía de asombro. Y después de vacilar un momento, dió un beso a Rafaelito y le acostó cuidadosa-

464 *celeridad*: "Rapidez, prontitud, ligereza, presteza, diligencia, suma velocidad" Domínguez 1853: 360.

465 *bienhechor*: "Que hace bien" Domínguez 1853: 271.

466 Se lee *María* en LMA y todas las demás ediciones. Es errata que enmiendo por el personaje correcto, es decir, Dolores.

467 *asía*: "Coger, agarrar, echar la mano, tomar con la mano alguna cosa" Domínguez 1853: 181.

mente sobre el pecho de la madre. Dolores levantó con trabajo su brazo derecho y rodeó con él el torneado cuello del niño. Quiso acercar los labios a su frente, pero sintió que su cabeza pesaba como si fuera de mármol y no pudo levantarla. María que comprendió estos esfuerzos, levantó a Rafaelito, colocó su semblante sobre el de Dolores y la pobre madre pudo apagar sus celos estampando muchas veces sus labios sobre la tierna piel de su hijo. Pero María no tardó en levantarse otra vez y colocarle en sus caderas, porque adivinó en la seriedad de Rafaelito que desconocía a su madre y temió que la alarmase de repente con sus gritos. Satisfecho aunque incompletamente el primer deseo que había tenido al despertar, Dolores no viendo a su lado a Magdalena recordó las escenas del día anterior y de la noche inmediata. Recordó, decimos, que había visto salir a Magdalena precipitadamente del aposento y que Estéban le había sustituido en su oficio de enfermera. Pero dudando todavía si estas escenas eran efecto del delirio y aguijoneada por una curiosidad fácil de comprender, le preguntó a María:

—¿Y Magdalena?

María estaba ya bien instruida y sabía muy bien lo que debía responder cuando llegase esta pregunta. Llevó, pues, el dedo índice a sus labios y mirando a la enferma con ligera sonrisa:

—¡Chit!⁴⁶⁸ — le dijo — no es bueno abusar de la lengua cuando todavía se mueve con trabajo.

El ademán y la sonrisa de María no carecían de esa severidad con que todo el mundo cree tener derecho de tratarnos cuando estamos enfermos so⁴⁶⁹ pretexto de que se toman tal autoridad para nuestra salvación.

Dolores miró llena de asombro a su vecina y guardó silencio un momento.

—Pero...

—Es orden del médico — interrumpió María en un tono de voz que no admitía contradicción.

En aquel momento felizmente para María que se hubiera visto apurada a la segunda réplica de Dolores, se oyó parar un carruaje en la calle y resonar en seguida tres golpes en la puerta.

—¡El médico, el médico! — prorumpió María, trasladándose en dos saltos a la sala.

Un momento después entraba el médico en el aposento de la enferma. Dolores le reconoció al instante y no dejó de temblar como la primera vez recordando la historia de Juana. El médico se informó de María antes de acercarse a la cama y al saber que ya hablaba la enferma, se dirigió a ella y le hizo algunas preguntas. Pero cuando hubo terminado, le previno que no volviese a pronunciar una palabra.

Al escuchar esta orden, María le dirigió una mirada de triunfo. El médico después de haber recetado nuevos brevajes, salió de la estancia, haciendo un gesto de aprobación y volviendo a recomendar el silencio a Dolores. En la sala encontró a Esteban que acababa de llegar de la calle y le participó la mejoría de Dolores. Esteban palideció imperceptiblemente y dirigió al médico una mirada de gratitud. ¡Pobre Esteban! Era que pensaba que recobrados ya los sentidos que la enfermedad había hecho perder a Dolores, no le era ya permitido presentarse en su aposento para hacerla beber en sus brazos y para pasar otra noche arrodillado junto a su lecho. Retirado el médico, dirigióse suspirando al cuarto de Magdalena y arrojóse a la hamaca que ésta no había podido llevarse el día anterior, para⁴⁷⁰ gustar⁴⁷¹ un momento de

468 *Chit*: "Silencio" Rodríguez Nava 1918: 531.

469 En *LMA* so, su en *LMB* y so en *LMC* y *LMD*. Claramente es so.

470 En *LMA* se lee para; dará en *LMB*, emendado en *LMC*, *LMD* y *LME*.

471 *gustar*: "Probar" Domínguez 1853: 895.

sueño. Dolores, que no estaba muy convencida de la realidad de lo que había visto el día anterior en medio de la pérdida de sus sentidos, creyó que Magdalena había ido al mercado como todas las mañanas y esperó con ansiedad su vuelta. La presencia sola de María le causaba cierta inquietud y embarazo porque la veía ya poseedora de su secreto sin tener con ella otras relaciones que las miradas que se habían dirigido mutuamente en silencio, la una⁴⁷² desde su ventana, la otra desde su choza. No dejaba por eso de pagarle con un sentimiento de gratitud los cuidados que había prodigado a Rafaelito desde el momento fatal en que los celos habían infiltrado en su sangre el ardor de la calentura. Pero dieron las diez y Magdalena no parecía⁴⁷³. Dolores llena de dudas, se propuso interrogar a María y estrecharla⁴⁷⁴ para que le declarase la verdad.

—María, — le dijo de súbito, haciendo un esfuerzo para que⁴⁷⁵ la voz no saliese débil de su garganta —¿dónde está Magdalena?

María, por toda respuesta, le impuso silencio con un ademán.

—¡Oh, oh! — respondió Dolores — Bien sé que no debo hablar por que el médico me lo ha dicho dos veces, pero para que usted me responda donde está Magdalena, no necesito yo hablar, sino usted.

María abrió desmesuradamente los ojos al escuchar este argumento que era sin duda incontestable.

—¿Dónde está Magdalena? — continuó Dolores — ¿Ve usted como se me hace hablar contra las órdenes del médico?

María salió corriendo del aposento, llevando consigo a Rafaelito y dejando a Dolores llena de asombro y ansiedad. Creyó un momento que iba a abandonarla para siempre como la había abandonado Magdalena, pero se tranquilizó viéndola salir por la puerta del cuarto inmediato y no por la que conducía a la sala y, por consiguiente, a la calle.

Un momento después se abrió la misma puerta y apareció Esteban. Dolores no pudo contener un ligero grito de espanto, porque sintió renovarse en su corazón el odio y la repugnancia que le inspiraba el mestizo. Y, sin embargo, no pudo despegar de él los ojos, porque Esteban había sabido armarse con un escudo mágico para acercarse a ella con un imán irresistible que le había de atraer sus miradas: traía, en fin, en sus brazos a Rafaelito.

Esteban se adelantó lentamente hacia la cama prodigando mil caricias al niño, como para hacer alarde de las sonrisas hechiceras que sabía arrancar de sus labios. Sentose en la silla que había ocupado la noche inmediata, colocó a Rafaelito sobre sus rodillas y se atrevió a mirar a Dolores creyendo encontrar sus ojos clavados en él con sorpresa. Pero se equivocó: la madre solo tenía ojos para su hijo.

Hubo un momento de silencio interrumpido únicamente por la respiración algo penosa que se escapaba del pecho de la enferma. Esteban habló él primero.

—Acabas — dijo — de preguntar a María por Magdalena.

—¡Ah! — exclamó Dolores, como si recordase lo que acababa de pasar con María.

—¿Insistes todavía⁴⁷⁶ en preguntar por ella?

472 En LMA una; nna en LMB, emendado en LMC, LMD y LME.

473 *parecía*: "Aparecer o dejarse ver" (Núñez 1825: 1097). LMC, LMD y LME lo modifican por *aparecía*, lo cual es incorrecto por ser palabra y forma de conjugar correcta en el siglo XIX.

474 *estrecharla*: "Apremiar, obligar instando, precisar a alguno contra su voluntad" Domínguez 1853: 758.

475 En LMA se lee que; qne en LMB, emendado en LMC, LMD y LME.

476 En LMA se lee todavía; todovía en LMB, emendado en ediciones posteriores.

Dolores respondió afirmativamente, más bien con los ojos que con la boca.

—Bien, no hables: el médico lo ha prescrito.

—¿Magdalena...?

—Magdalena no esta aquí: ya no la volverás a ver nunca.

—¡Nunca! ¿La traidora me ha abandonado?

—No, yo la he despedido.

Dolores, olvidando que la calentura había agotado sus fuerzas, hizo ademán de levantarse, pero apenas pudo alzar levemente la cabeza.

—¡Tu, tu! Y, ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Acaso su presencia no agravaba tu enfermedad? El médico, a quien he contado tu historia, me lo dijo muchas veces. Además, ¿querías, por ventura⁴⁷⁷, seguir viviendo con esa mujer infame y perversa? ¿Crees que no te hubiera vendido al que le llenase de oro las manos, como te vendió la primera vez? ¡Oh, solo Dios sabe a lo que hubieras llegado en compañía de Magdalena, de Magdalena que es capaz de cualquier maldad, si se la pagan bien! ¿No sabes cuanto temblaba ayer cuando la vi hacerte beber una taza de licor rojo, temiendo que fuese un veneno comprado por el señor Pablo?

—Yo creía que Magdalena me amaba demasiado – dijo Dolores que atendía más a su propio pensamiento que a las palabras de Esteban – y no sé cómo consintió en abandonarme.

—¿No te he dicho que yo la he despedido, que yo la empujé a la calle porque no quería salir?

—¡Oh! Ella volverá.

—No, no volverá. Cuando no ha vuelto hasta hoy, no volverá nunca. Porque Magdalena no puede amar a nadie, por más que tú lo digas, por más que ella lo jure. El único ídolo de su corazón es el interés y habrá reflexionado ahora en lo que le dije, que casado ya el señor Pablo no querrá seguir pagando un placer de que ya no quiere disfrutar y la infame habrá creído más cómodo abandonarte a tu suerte.

Un estremecimiento nervioso recorrió todo el cuerpo de Dolores, acordándose de lo que Pablo le había dicho en su última entrevista y empezó a dudar del amor desinteresado de Magdalena, viendo que la abandonaba en el momento en que Pablo iba a suspender las dádivas con que hasta entonces había pagado su infamia.

Y en aquel momento recordó la horrible historia de Juana, con la que su vida volvía a presentar otros punto de semejanza. Magdalena, como Cecilia, abandonaba a su víctima después de haber sido abandonada por su seductor. Siguióse a las últimas palabras de Esteban un instante de silencio al cabo del cual exclamó Dolores:

—¡Abandonada, abandonada de todo el mundo!

—¿De todo el mundo? ¡Oh, no! ¿No está aquí María? Y...¿y no estoy yo también?

Dolores volvió a estremecerse, recordando que el fantasma de Esteban no se había separado un momento de la cabecera de su lecho en la noche inmediata.

—¡Tu, tu! – exclamó.

—Sí, yo – respondió Esteban, bajando la cabeza para dar un beso a Rafaelito.

—Y yo, – repuso Dolores distraidamente y como hablando consigo misma – y yo que lo había tomado por un sueño.

—¡Por un sueño! ¿Me viste ayer, anoche?

Y Esteban levantó a Rafaelito en sus brazos y le colocó como una cortina⁴⁷⁸ entre su

477 *ventura*: "Riesgo, peligro" Domínguez 1853: 1696.

478 *cortina*: "pañó" Domínguez 1853: 471.

semblante y el de Dolores, temiendo verla hacer un gesto de disgusto y repugnancia, o creyendo que pudiese notar la sangre que sentía subírsele a la cara.

Pero no creyéndose, sin duda, con el valor suficiente para permanecer al lado de la enferma después de la tácita confesión que ésta acababa de hacerle, se levantó súbitamente de la silla y corrió en dirección de la puerta. Pero en medio del aposento se detuvo, vaciló un momento y volvió a acercarse lentamente a la cama.

—¿No es verdad, —le preguntó a Dolores, parándose enfrente de ella — no es verdad que me perdonas el que haya venido a tu casa y...y que no vas a despedirme, como me despediste la primera vez que vine aquí?

Esteban vio agitarse los labios de la enferma como si fuese a hablar, pero esperó inútilmente sus palabras.

—¡Oh, Dolores! — continuó, sintiendo oprimírsele el corazón con este silencio —¿Es indigno Esteban de velar por ti durante tu enfermedad? ¡Durante tu enfermedad no más! Cuando te restablezcas, que será muy pronto, el médico me lo ha dicho, yo me iré, Dolores, te lo juro: yo me iré.

Demudose el semblante de la enferma al escuchar estas palabras, pero tampoco se atrevió a responder. Esteban no pudo resistir más y alejóse precipitadamente de la cama; pero en lugar de dirigirse al aposento inmediato, como la primera vez, corrió hacia la puerta de la sala.

—¡Esteban, Esteban! — exclamó con voz débil la enferma.

El mestizo se detuvo súbitamente y, cambiando de dirección, corrió hacia la voz que le llamaba. Precipitose de rodillas junto al lecho por un impulso irresistible y poniendo la mano derecha en el corazón mientras con la izquierda sostenía a Rafaelito.

—¡Dolores, Dolores! — le dijo —¿Me has llamado?

Y sintió brotar de sus ojos una lágrima, al mismo tiempo que se ensanchaba su corazón y le permitía respirar con libertad.

—¿Consientes en que yo permanezca aquí hasta tu convalecencia? ¡Oh! Yo no podría vivir en otra parte sabiendo que estás enferma. Aquí estaré más tranquilo y no abusaré...no abusaré de la gracia que he conseguido. No he olvidado, Dolores la aversión que te inspiro y Dios sabe muy bien que no deseo permanecer aquí sólo para hallarme en tú presencia y para recordarte como otra vez mi amor. No: yo te vi enferma y en manos de Magdalena, de la mujer infame que te había hecho tanto mal. Tuve miedo de ella, la arrojé de aquí y me constituí enfermero⁴⁷⁹ tuyo. Pero ahora no será así: yo me contento con estar donde pueda saber, sin pérdida de tiempo, los socorros que necesites durante tu convalecencia y el cuarto de Magdalena es muy a propósito⁴⁸⁰. Allí voy a retirarme al instante y mandaré a tu lado a María. Si ayer y anoche me atreví a levantarte en mis brazos para hacerte beber, si me atreví a arrodillarme, como ahora y a besar las sábanas de tu lecho, era porque creía que no podías verme ni sentirme. Demasiado sé el disgusto que te causan las demostraciones de mi amor, para que me hubiera atrevido a hacerlas, sabiendo que no perdías una sola⁴⁸¹.

Dolores sintió compadecerse por primera vez de aquel amor desgraciado y Esteban pudo ver brotar de sus ojos una lágrima. Entonces, loco de alegría porque creyó que aquella lágrima se derramaba por él, acercó a sus labios a Rafaelito y le llenó de besos.

—¡Sí, sí! —exclamó — Yo me quedaré aquí: te veré todos los días Dolores y Rafaelito no se separará de mis brazos hasta que...

479 Se lee *enfermero* en LMA; *enfermo* en LMB. Errata que enmiendo.

480 *a propósito*: "Oportunamente, convenientemente" Domínguez 1853: 1413.

481 *perdías una sola*: "Quedar privado" Domínguez 1853: 1341.

—¿Hasta qué?

—Hasta que te restablezcas del todo y pueda conducirte a otra parte. ¿No es verdad que si te has quedado en esta casa es porque no puedes salir de ella? ¡Oh! dentro de ocho días cuando más, podrás volver a tu choza.

—¡A mi choza! — exclamó Dolores contrariada, notablemente.

—¿Cómo? ¿Quieres quedarte aquí?

—¡Oh, no! Aquí no. Pero volver a mi choza...

—¿Qué?

—Volver a ver a mis antiguos amigos, a mis vecinos del barrio de San Sebastián, después de...

Y enrojándose ligeramente las mejillas de la enferma, señaló a su hijo con una mirada elocuente, que Esteban comprendió al instante.

—Nada temas — dijo este — En el barrio de San Sebastián nadie sabe la historia de tu vida desde que abandonaste tu choza o, por mejor decir, todos la saben como yo he querido contarla.

—¿Cómo?

—Escucha —dijo el mestizo, tembloroso y emocionado.

Se levantó y fue a sentarse a la silla de que hemos hablado, no sin haberla antes alejado un tanto de la cama. En seguida acomodó muy bien al niño sobre sus rodillas y, bajando la cabeza lleno de confusión, como si fuera a confesar una acción vergonzosa:

—Dolores —le dijo — tú te acuerdas sin duda de que todos nuestros vecinos supieron el objeto de la visita que Magdalena hizo a tu tía Marta antes de morir, bajo el nombre de doña Elvira. Como, además, vieron que te llevase en su carruaje la noche del entierro, todos decían al día siguiente que estabas en casa de doña Elvira. Te acordarás también que todo el barrio sabía que yo iba a casarme contigo por disposición de tu padre. Pues bien, el día en que salí de la casa de doña Elvira con el corazón oprimido de dolor, en lugar de publicar lo que había sabido...

—¿Qué?

—Hice saber a cuantos encontré en la calle que dentro de un mes iba a casarme contigo.

—¡Ah!

—Y al cumplirse este término abandoné mi choza del barrio de San Sebastián, so pretexto de que doña Elvira había regalado a los nuevos esposos una bonita casa en el barrio de San Cristóbal⁴⁸². Al principio, cuando no me habías dado la llave de tu choza, iba secretamente

482 *barrio de San Cristóbal*: barrio ubicado al oriente de la ciudad de Mérida, la cual fue poblado en el siglo XVI y fundado por Francisco de Montejo el Mozo para ser habitado por ayudantes en las campañas de conquista. Posterior a dicho proceso, fue habitado por indios, principalmente. Para el siglo XIX, el barrio era marginal, ya que pese a su iglesia franciscana, parque y una plaza, todo ello estaba descuidado ya que era "polvosa en tiempos de seca y lodosa en épocas de lluvias, en su centro un pequeño pozo en desuso en cuyo derredor crecen hierbas silvestres" (Montejo Baqueiro 1981: 195). Además, las calles carecían de pavimentación y alumbrado. A finales del siglo XIX, el barrio de San Cristóbal fue habitado por migrantes turcos. Así, la imaginaria casa regalada por doña Elvira a Esteban implica una estrategia típica de mediados del siglo XIX donde la ciudad de Mérida estaba dividida entre los barrios de blancos y criollos (norte de la ciudad) y el de mestizos, indios, negros y migrantes (suroriente de la ciudad).

de madrugada a regar las flores del jardincito y todo el solar. Pero desde que me diste la llave voy cada dos días, abro la casita ante todo el mundo y saludo a las vecinas en nombre de mi esposa. Por último – continuó Esteban después de un momento de embarazo – no olvidé tu preñez y hace cinco meses que todo el barrio sabe que tengo un hijo hermoso como un sol.

Dolores guardaba un terrible silencio, sintiendo que cada una de las palabras de Esteban oprimía su pecho de indignación. ¿Cómo Esteban, el hombre a quien repugnaba su corazón y a quien aborrecía tanto, pasaba ya a los ojos de todo el mundo como esposo suyo y como padre de aquel hermoso niño que en cada una de sus facciones revelaba el nombre de su verdadero padre? Nunca, como en este momento, sintió Dolores su enfermedad, porque si hubiera tenido fuerzas habría corrido al instante a desmentir a Esteban hasta en el último rincón en que hubiese publicado su fábula⁴⁸³.

—Sí, Rafaelito, —continuó Esteban sin despegar sus ojos del niño – todo el mundo cree que soy tu padre y en verdad que pocos hombres se habrán envanecido⁴⁸⁴ con este título como yo me envanezco ahora, admirando tus gracias y tu belleza.

Y se atrevió a levantar los ojos para mirar a Dolores. Pero, sorprendiendo, sin duda, la sombría expresión de su semblante y adivinó al punto el sentimiento de indignación de que hemos hablado.

—¡Perdón Dolores! – exclamó, levantándose con ímpetu y parándose frente a ella —¡Perdóname! Yo lo había hecho porque creí que me agradecieses este inocente engaño que, si a alguno puede perjudicar, es solamente a mí. Ya que me prohibías amarte, no creí que pudieses prohibirme el que te salvase el honor del único modo que he encontrado para salvarlo. Pero ya veo que sólo el nombre de esposa de Esteban te horroriza, y me ofrezco a hacer cuanto me mandes para remediar la necedad que he cometido. ¿Quieres que yo corra al instante al barrio de San Sebastián a publicar que he mentado, a decir a todos que nunca me he casado contigo y que Rafaelito es sólo hijo del señor Pablo?

Dolores sintió despedazarse su corazón al escuchar las sentidas palabras con que Esteban expresaba su dolor tan justo como verdadero. Y la joven comprendió en aquel instante cuán noble era el sentimiento que había dirigido la acción del hombre a quien aborrecía y se admiró de no haber encontrado en su ademán y en su acento el sarcasmo con que justamente debía quejarse de ella. Comprendió también cuánto debía ofender su sensibilidad la ingratitud y el desprecio con que acababa de recibir el servicio inmenso que le había prestado y, en un momento de admiración y de arrepentimiento levantó trabajosamente su brazo y le tendió la mano.

Esteban dió un grito de alegría y cayó de rodillas junto al lecho. Apoderóse de aquella mano, bella todavía a pesar de los estragos que en la enferma había ocasionado la enfermedad e imprimió en ella sus labios muchas veces, olvidando que se la extendía la gratitud, no el amor.

483 *fábula*: "Especie de narración parabólica o puramente imaginaria y ficticia" Domínguez 1853: 775.

484 *envanecido*: "Llenar de vanidad, causar o infundir soberbia" Domínguez 1853: 698.

CAPÍTULO XX

LA VUELTA A LA CHOZA

Tres semanas después de la escena que acabamos de referir, Dolores se había restablecido completamente. Esteban no tardó en recordarle que, desechada la donación que Pablo quería hacerle, la casa ya no le pertenecía y que era una especie de hurto seguirla habitando. Dolores convino con él, pero esto no le impidió tributar muchas lágrimas de despedida a la linda casita de Pablo, que abundaba para ella en vivísimos recuerdos: en ella había probado la mayor felicidad que puede disfrutar en el mundo la criatura humana y en ella también había apurado el dolor más cruel que había experimentado en su vida. Era pues, una mañana de primavera cuando Dolores y Esteban, que llevaba en su brazo a Rafaelito, salieron de la casa de Pablo, entregando la llave a María para que se la restituyese a su dueño.

Después de haber andado por espacio de media hora por un laberinto de calles que Dolores no conocía, llegaron por fin al barrio de San Sebastián. La joven empezaba a encontrar a derecha e izquierda la lozana⁴⁸⁵ verdura que había herido su imaginación desde sus primeros años y que ahora contemplaba con dolor y remordimiento, como creyéndose indigna de aquel risueño paraíso en que sólo debían habitar la inocencia y la virtud.

De repente sintió que el corazón se le oprimía y que sus pies, como si fueran de pesado hierro, se negaban a levantarse del suelo y a obedecer su voluntad: acababa de entrar en la callejuela en que había tenido siempre lugar sus dulces entrevistas con Pablo.

La pintoresca callejuela no se había mudado como el infiel amante. Su belleza salvaje se ostentaba todavía la misma a donde quiera que dirigía sus ojos. Los mismos árboles descollaban tras las rústicas albarradas, cubiertas de enredaderas silvestres; la misma alfombra de verde y menuda hierba se extendía sobre las desigualdades del terreno y hasta el cielo que aparecía allí más claro que en ninguna otra parte, conservaba todavía su superioridad y su belleza.

Al detenerse Dolores, Esteban, que ignoraba los dulces recuerdos que encerraba para ella la solitaria callejuela, creyó que el cansancio la agobiaba y se detuvo también. Sentose sobre una piedra y convidó⁴⁸⁶ a Dolores a sentarse sobre otra que le señaló con el dedo. La joven obedeció temblando: la piedra que le señalaba Esteban era la misma en que, sentada⁴⁸⁷ al lado de Pablo, había escuchado de sus labios tantas palabras de constancia. De repente, sintió que una nube de lágrimas empañaba sus ojos. ¡Ay! Cada uno de los objetos que se presentaban a su vista eran otros tantos jeroglíficos misteriosos en que creía leer el nombre de su seductor. Allí estaba el naranjo de dorados frutos, a cuya sombra acostumbraba esperar su vuelta del mercado; allí estaba también el corpulento roble cuyas ramas extendidas sobre la calle, habían detenido una mañana el sombrero de Pablo y, a su lado veía, en fin, el ciruelo del tío Andrés, cuyos tiernos frutos había visto tantas veces entre los dientes de su amante, robándole no pocas palabras de amor.

485 *lozana*: "Fronroso, lleno de vida y de verdosidad" Domínguez 1853: 1090.

486 *convidó*: "Instar, rogar, suplicar o simplemente ofrecer, decir, proponer una persona a otra" Domínguez 1853: 454.

487 Se lee *sentada* en LMA; *sentaba* en LMB, LMC, LMD y LME. Sigo a LMB por tener sentido sintáctico.

En un momento de ilusión creyó sentir el ruido que las botas de Pablo hacían sobre las piedras y llegar a sus oídos el susurro de su voz dulce y varonil. La joven no pudo resistir más. Temió que Esteban notase su impresión y se levantó dirigiendo una dulce mirada a Rafaelito. Su compañero le imitó y echaron a andar. Dos años hacía que Dolores había recorrido aquel camino en compañía de Pablo, cuando la condujo a su choza la mañana en que llegó Esteban de Xnechil.

Distraída con este recuerdo la joven no reparó que acababa de entrar en la calle en que había nacido. De súbito levantó la cabeza y sintió palpar su corazón al descubrir a diez pasos de distancia su casita. Sin saber lo que hacía, asió⁴⁸⁸ a Esteban por el brazo y le obligó a detenerse para que, como ella, contemplase la choza antes de abrirla.

¡Qué bella le pareció aquella grosera construcción de palmas de guano! ¡Con qué gracia vio destacarse su pajizo toldo entre la lozana verdura de los árboles que la rodeaban! Y los dos corpulentos ramones⁴⁸⁹ que ella había conocido desde su infancia, ¡ah qué altura tan prodigiosa levantaban ya sus redondas copas, mecidas ligeramente por la brisa de la mañana!

Embebecida en su contemplación, no reparó que Esteban se había separado de ella y se estremeció cuando vio abrirse de súbito las dos hojas de la puerta, gimiendo sobre sus ejes. Precipitose entonces dentro de la choza y miró en derredor de sí. Todo estaba allí como la noche fatal en que salió de ella con Magdalena.

¡Qué imágenes tan lúgubres bullen en el pensamiento cuando entramos, después de mucho tiempo en un lugar abandonado por nosotros a la muerte de algún ser querido!. Y, sin embargo, qué mezcla de atracción y de encanto indefinibles llevan consigo esas imágenes, cuando recordamos que allí vivimos con ese ser querido, que allí hablamos con él, que allí nos entristecimos y nos alegramos juntos.

Al hallarse frente a la cama en que había expirado su pobre tía, Dolores creyó ver a través de las lágrimas que inundaban ya sus ojos, levantarse el espectro de Marta con el semblante cadavérico que tenía algunas horas antes de morir. Sintió erizársele el cabello y en lugar de arrodillarse junto al lecho para participarle a Marta su vuelta, como se había despedido de ella diez y seis meses antes, volvió la cabeza llena de confusión y sus ojos se encontraron, sin saber cómo, con las hermosas pupilas de Rafaelito.

Ahogó un grito en su pecho, tomó al niño en sus brazos y se lanzó al solar, sintiendo clavado en su corazón, como un agudo dardo, el remordimiento que la había perseguido desde el abandono de Pablo. Allí, después de haber respirado con fuerza para dar aire a sus pulmones oprimidos durante su permanencia en la choza, se detuvo a mirar llena de sorpresa los objetos que la rodeaban. Su jardincito, la huerta de Marta y los árboles frutales no solamente conservaban su verdura y primor, sino que habían recibido también innumerables y productivas mejoras que revelaban la mano inteligente del cultivador. En las callejuelas de su tránsito y en su choza, Dolores recordaba, aquí admiraba: en aquellas todo permanecía en el mismo estado. En el solar se habían hecho tantas reformas y aumentos que apenas le conocía.

En el jardín encontró muchas flores que no recordaba haber dejado. El pequeño espacio de terreno en que Marta cultivaba para su propio consumo legumbres y hortalizas, se había convertido en una huerta verdadera que había pasado sus primitivos límites y, en el resto del solar destinado, como hemos dicho en otra parte, a los árboles frutales, se había plantado otros nuevos en lugar de algunos antiguos que habían desaparecido. Dolores buscó

488 *asio*: "agarrar, echar la mano, tomar con la mano alguna cosa" Domínguez 1853: 181.

489 *ramones*: árboles endémicos de la región, de gran altura y con frondoso follaje en la copa de estos.

con los ojos al autor de aquel mágico cambio, pero no le encontró: Esteban se había quedado en la choza. Entonces pensó en volverse, porque subyugada por la sorpresa y la curiosidad se había internado bastante entre la arboleda. Empezó pues a caminar pero, de súbito se detuvo admirada, encontrando un caballo atado al tronco de un cocotero. Mientras lo contemplaba, preguntándose de quién podía ser y por qué estaba allí, vio llegar a Esteban con una silla de montar en la cabeza, que colocó inmediatamente sobre el lomo del caballo.

—¿De quién es? — preguntó Dolores.

—Mío — le respondió Esteban, fingiéndose sorprendido de encontrarla en aquel lugar.

—¿Y por qué lo ensillas?

—Porque me voy.

—¿Te vas? Y, ¿a dónde?

—Ni yo sé todavía a dónde iré. Con tal que me vaya. En el camino tendré tiempo de pensarlo.

Dolores guardó silencio: empezaba a comprender. Pero Esteban, que no quería que comprendiese el motivo de su repentino viaje, sino decirlo él mismo, continuó:

—Sí, Dolores: con tal que me vaya y que todos los vecinos me vean salir. A los ojos de todo el barrio pasamos como esposos y el marido debe vivir en una misma casa con su mujer. Pero como esto es imposible entre nosotros, porque como ya te has restablecido completamente de tu enfermedad, gracias a Dios...

Al pronunciar esta última palabra, Esteban se interrumpió y levantó sus ojos al cielo; pero su mirada parecía más bien acusar a Dios que darle gracias, como se había expresado.

—Como ya has sanado — prosiguió — se ha acabado el tiempo en que podía estar a tu lado y me retiro para cumplir mi promesa. Me voy muy lejos, al campo, porque, ¿qué dirían si me vieran tomar una casa en Mérida, mientras mi esposa vive en otra?

Dolores se estremeció. Esteban, que durante esta conversación había acabado de ensillar el caballo, puso el pie en el estribo.

—Adiós, Dolores.

—Adiós, Esteban — balbució la joven.

El mestizo cabalgó, por fin, pero antes de hacer andar al caballo, se volvió hacia Dolores, sus labios vacilaron un instante, pero al fin le dijo:

—No olvides que para todo el mundo estoy de mayordomo de doña Elvira en una de sus haciendas.

Y arrimando las espuelas al caballo echó a andar. Pero no eran evidentemente sus últimas palabras las que quería decir a Dolores. Empezó a conducir cuidadosamente el caballo entre los árboles y de repente volvió la cabeza hacia la joven, moviendo siempre los labios. Pero Dolores estaba ya lejos porque no se había movido del lugar en que la había dejado.

—¿Cómo? — le gritó Esteban —¿No sigues a tu marido hasta la puerta de la calle?

Dolores se estremeció más que la primera vez que había pronunciado Esteban el nombre de esposa, pero un instante después ya estaba a su lado. El mestizo siguió caminando poco a poco como antes, para que su compañera pudiese seguirle y muchas veces volvió la cabeza para hablarla, pero otras tantas se arrepintió.

Así llegaron hasta la choza y Esteban tuvo que inclinarse sobre la silla para pasar por debajo de las puertas. Traspuesta⁴⁹⁰ la última, Esteban se detuvo y acercando sus labios al oído de Dolores, que se había detenido en el umbral:

490 *Traspuesta*: "Mudar, trasladar" Domínguez 1853: 1644.

—Dolores — le dijo — en el cajón de la mesa encontrarás una bolsa: es el precio de los frutos, legumbres y flores que he vendido durante tu ausencia. ¡Adiós!

Y poniendo al galope su caballo, desapareció al instante en la esquina inmediata. Dolores se quedó sola en la choza con su dolor, sus recuerdos y sus remordimientos. Dos horas después de haberse ido Esteban, la casita estaba llena de todos sus amigos y vecinos que habían sabido su llegada. Rafaelito pasó por los brazos de todo el mundo, todos los labios se estamparon mil veces sobre su piel y todas las lenguas se desataron en alabanza de sus gracias y su hermosura. Por su parte, el niño, a quien su madre y Magdalena habían enseñado a sonreír desde muy temprano, pagó estas caricias con algunas sonrisas que arrancaron a los circunstantes no pocas lágrimas de alegría y entusiasmo. Su pobre madre sintió latir de orgullo su corazón y pronunció entre dientes el nombre de Pablo.

CAPÍTULO XXI

EL AMOR DE ESTEBAN

Dos meses después estaba de vuelta el mestizo. La tarde del día en que llegó fue a depedirse de Dolores.

—¿Cómo? ¿Te vas ahora? — le preguntó esta.

Esteban le dirigió una mirada que parecía querer penetrar hasta el fondo de su alma.

—Ahora — le respondió.

—Pero esto no puede continuar así. Por sostener la mentira con que me has salvado el honor, por no publicar la falta que he cometido, tú no debes sacrificar, Esteban, tu salud y tus intereses. Es un remordimiento para mí verte volver a montar a caballo, apenas has bajado de él y luego, ¿qué puedes sacar de tus viajes, sino gastos, en lugar de que si te quedaras en Mérida? En tu casa, podrías seguir cosiendo zapatos, como antes.

Esteban, que ocupaba un asiento al lado de la hamaca en que Dolores estaba sentada, sintió impulsos de levantarse y arrojarle a sus pies. Pero reportándose inmediatamente:

—Bien sabes — le dijo — que esto es imposible.

—Pero yo no puedo admitir ni consentir este sacrificio.

—¡Oh! Ese sacrificio, si es que lo hay, es demasiado dulce para mí, para que pueda sentir su peso. Y sin embargo...

—¿Qué?

—Yo comprendo, como tu, que no puedo continuar así, pero por una razón muy distinta. ¿Crees tú que podamos sostener nuestra mentira mucho tiempo sin que al fin se sospeche algo de la verdad? ¿Quién no ha de parar⁴⁹¹ la atención en que apenas se me ve algunas horas a tu lado, cada dos o tres meses? ¿Crees que no todos los que nos conocen se preguntarán por qué no te llevo a la hacienda de doña Elvira de que se me cree encargado?

—¿Y entonces?

Esteban se puso pálido y respondió balbuciente:

—Bien sabes que sólo hay un remedio.

Dolores palideció a su vez y temiendo encontrar las miradas de su interlocutor, volvió los ojos a Rafaelito que dormía en la cama. Entonces Esteban, inclinándose ligeramente hacia la hamaca, como si temiera que Dolores no oyese sus palabras, tartamudeó con voz apenas inteligible:

—Ese remedio es hacer que la mentira con que hemos engañado al mundo entero, deje de ser mentira.

Dolores se puso inmediatamente en pie, como movida por un resorte y retrocediendo algunos pasos para alejarse del mestizo. Este se levantó también sin saber lo que hacía y al ver la precipitación con que Dolores huía de él, se arrepintió sinceramente de las palabras que acababa de pronunciar y, avergonzado y confuso como un criminal ante la presencia de su juez, no se atrevió ni a levantar los ojos para mirar a la joven. Hubo un momento de silencio que prolongó dolorosamente el suplicio de Esteban.

—¿Cómo — exclamó al fin Dolores — te atreverías a casarte con la que ha sido la manceba⁴⁹² del señor Pablo?

491 *parar*: "Mudar de estado" (Domínguez 1853: 1313). Es decir, cambiar de opinión.

492 *manceba*: "Amiga o concubina con quien se tiene comercio ilícito" Núñez de Taboada 1825: 940.

Esteban se estremeció, dio un paso hacia Dolores y quiso hablarla, pero al instante retrocedió, inclinando la cabeza que había levantado un momento al acercarse.

—¡Soy un loco! — murmuró entre dientes — es un subterfugio⁴⁹³.

—¿Casarte conmigo? — continuó Dolores — ¿Con una mujer deshonrada? ¡Tu, tu! Es imposible. Si mi padre, si tía Marta viviera, me dirían ellos mismo que no consintiese.

Esteban se acercó lentamente a Dolores, clavó los ojos en ella y poniendo la mano derecha sobre su corazón:

—¿Crees — la dijo — que el hombre que te ama hace tanto tiempo en silencio y a quien tú has hecho desesperar con el desprecio y los celos, crees que vaya a acordarse ahora de lo que has sido? No, no. Dios sabe cuánto te he amado y amo todavía. Dios sabe cuánto he padecido y cuántas esperanzas he abrigado para ponerme a reflexionar ahora...ahora que, si no he oído mal, no has recibido mis palabras, como las recibías en otro tiempo. Escucha, Dolores: yo no sé si a todos les sucederá lo que a mí. Te juro que a pesar de lo que ha pasado, nunca me figuré un momento que el amor de tu seductor me eximiese de la promesa que había hecho a tu padre. ¡Nunca!. Ni el día en que por casualidad sorprendí tu casa y en que te encontré radiante de alegría y de felicidad porque todavía eras amada. Jamás, como ese día, había sentido la fuerza de mis celos...¡Sí, estaba horriblemente celoso!. Pero si ese día me hubieses dicho: "Esteban, aquí está mi mano, pero llevo en mi seno el fruto de mis criminales amores", yo me hubiera arrodillado a recibir tu mano, te habría sacado al instante de aquella casa maldita y te habría llevado inmediatamente a la iglesia para decir "Ese es mi hijo: yo quiero reparar mi falta" y el hijo de mi mayor enemigo hubiera recibido mi nombre y vivido en mi choza, respetado por mí más que ninguno. Porque el que ama como yo, el que ha esperado inútilmente años enteros que se le dirija una mirada de compasión, el que ha cifrado en un solo objeto la felicidad de su vida, no repara como viene ese objeto cuando le puede alcanzar, no se acuerda que ha pasado por los brazos de todo el mundo cuando se acerca a los suyos, no reflexiona en que todos se van a reír de él cuando le vean a su lado. Pues bien, contigo, nada de esto hay, porque gracias a mi mentira, nadie puede adivinar lo que has sido durante el tiempo que has estado ausente de tu choza. Solo lo sabe el señor Pablo y Magdalena que por sí mismos se guardarán muy bien de decirlo y María, que es mi parienta y a quien he hecho jurar que guarde siempre silencio. Pero si alguno de ellos llegare a contar lo que ha pasado y aunque la ciudad entera supiese que has sido la querida del señor Pablo, yo no me arredraría⁴⁹⁴ y te diría como te digo ahora: "Dolores, aquí está mi mano".

Y Esteban, embriagado con las palabras que acababa de pronunciar, extendía su mano a la joven en ademán de triunfo. Dolores, al ver tan cerca de sí esta mano noble, sintió temblar todo su cuerpo y retrocedió instintivamente. Una amarga sonrisa apareció entonces en los labios de Esteban y con un acento sordo y lleno de desesperación, exclamó:

—¡Oh, bien decía yo que no es más que un subterfugio!

Y acercándose al sientto que acababa de abandonar se dejó caer en él, inclinando la cabeza con abatimiento sin haber dirigido siquiera una mirada a Dolores. Pero Dolores le miraba y conociendo cuánto hacía sufrir a aquel hombre de quien había recibido tan inmesos beneficios, dio algunos pasos hacia él y volvió a sentarse en la hamaca.

493 *subterfugio*: "escusa mala" Domínguez 1853: 1572.

494 *arredraría*: "Retraer, disuadir, hacer volver atrás o variar de propósito, de rumbo, de camino" Domínguez 1853: 168.

—Esteban – le dijo – viendo estoy el dolor que te causa mi repulsa⁴⁹⁵ y, sin embargo, permíteme, amigo mío, que te diga que no pocas veces me he preguntado si ese dolor es verdadero o fingido.

—¡Oh! – exclamó Esteban, levantando con ímpetu la cabeza.

—Sé lo que vas a decirme – interrumpió Dolores – Calla Esteban y, escúchame a tu vez, en silencio. Si he rehusado, si rehusaré siempre tu mano, es porque conozco que me la ofreces sólo por compasión. ¡Quieto, quieto Esteban, no me interrumpas, por Dios! De lo contrario no acabaré de explicarme nunca. Sí, amigo mío, te lo repito, me la ofreces sólo por compasión. Tú te habrás dicho: “Esa pobre muchacha abandonada por su seductor, va a quedar abandonada también de todos y sabe Dios lo que será de ella en el mundo sin una mano que la guíe y la aconseje, sin un pan para dar a su hijo a quien adora como a un Dios. Preciso es poner a su mal un remedio: su padre, al fin, era mi amigo y casi mi padre también y su tía Marta me amaba como a un hijo”. Y como no encontraste otro remedio para llevar al cabo tu buen pensamiento que casarte conmigo, has venido ahora a ofrecerme tu mano.

—¡Ah, ah! – interrumpió al fin el mestizo – Dime que no hablas con tu corazón, porque demasiado conoces el mío, para que no te repita que cuanto has dicho son sólo subterfugios para rehusar mi mano. ¿Cómo puedes sospechar sinceramente que la compasión es la única causa?

—¿Cómo? ¿Acaso hay quien quiera casarse con una mujer que como yo...? ¡Oh! – añadió Dolores, viendo hacer a Esteban un ademán de impaciencia – No creas que voy a hablarte ahora de la manceba del señor Pablo. No, no. Lo que voy a decirte ahora, es que no creo que haya quien quiera casarse con una mujer de quien sabe que no puede amarla ni le amará nunca. Y he aquí, Esteban, lo que sucede contigo respecto de mí: tú sabes muy bien que no puedo quererte, porque sabes también cuánto amé y amo todavía, sí, todavía, Esteban, al hombre que tú aborreces. Pero si su amor llegase a borrarse un día de mi corazón, lo que creo imposible, ¿crees que por eso llegaría a quererte? ¡Ay! Yo creo que no puede amarse más que una vez en la vida, al menos como amé al señor Pablo. Y la mujer que no pueda ofrecer a su esposo un amor igual, no debe casarse o hará infeliz su matrimonio.

—¿Y acaso exijo yo ser amado como tu dichoso seductor? Bien sé que esto es imposible y yo no quiero pedirte un milagro.

—¿Ya lo ves? – exclamó Dolores – Tú no quieres casarte conmigo como debe uno casarse, como se casa, en efecto, todo el mundo. ¿Quién no empieza por pedir amor a su esposa y por asegurarse de él?

—Acaso dices bien. Pero si todo el mundo empieza así, es porque sabe que puede conseguir lo que exige. Pero yo bien sabes que sería un loco, pidiéndote lo que tú misma acabas de decirme que no conseguiré jamás.

—Y he allí por qué te digo que te casas conmigo sólo por compasión.

—¡Oh! Pero tú exageras, también, demasiado. Yo no creeré enhorabuena que me ames como al señor Pablo, ya te lo he dicho. Pero, ¿acaso es imposible que llegues a quererme como me querías antes de conocer a tu seductor? Dolores, no pocas veces recuerdo con lágrimas en los ojos los dulces instantes que pasábamos hace dos años, conversando alegre-

495 *repulsa*: “Desaire, negativa, denegación de lo que se pide; desprecio” Domínguez 1853: 1483.

mente con tu tía Marta en la puerta de la calle. Tú te sentabas sobre el marco con la costura en las rodillas, tu tía sacaba su asiento a la calle, porque ya no había claridad dentro de la choza y yo me sentaba entre ustedes dos, sobre esa piedra blanca que se ve desde aquí. Nuestras conversaciones eran regularmente sobre el pobre ausente a quien todos amábamos, tu buen padre y amigo, cuyas camisas cosía la señora Marta. ¡Ay! Yo recuerdo que tu te sonreías cuando yo te miraba y sin quererlo diste muchas veces pábulo⁴⁹⁶ a mis ilusiones. Así es que cuando noté que ya no querías sonreirme ni mirarme siquiera y que huías cuidadosamente mi presencia, eché la culpa al señor Pablo, cuyo amor acababa de sorprender. ¿Y no es verdad que no me equivoqué al culparle? ¿No ahora que te abandonó empiezas otra vez a hablarme? Pues bien, Dolores yo he reflexionado en todo esto desde la última vez que nos separamos y creo tener razón cuando te digo que no es imposible que vuelvas a quererme como me querías hace dos años.

—¡Esteban, Esteban, tú te haces ilusiones! Lo que yo sentí por ti entonces es lo mismo que siento ahora: no amor, sino amistad.

—Y bien, ¿quién te dice que no me basta tu amistad? Yo me contentaré con que correspondas con ella mi amor, o por mejor decir, convertiré mi amor en amistad, si así lo quieres. ¡Oh! ¿No es mejor conservar algo y no perderlo todo por ser demasiado exigente? Dolores, acabo de decirte que tú habías dejado de hablarme y sonreirme porque amabas al señor Pablo y, sin embargo, yo bien sé que no fue esa la causa principal. ¿No es verdad? La causa principal, la única, acaso, era mi amor, que acababa de revelarte la carta de tu padre. Tú me querías como amigo, pero mi amor te causó repugnancia y viendo tú que no me contentaba ya tu amistad, sino que exigía un afecto más elevado que no pudo darme tu corazón, ni aun cuando estaba libre, empezaste a huir de mí y a ocultarte de mi presencia y lo perdí todo por mi loca ambición. Pero ahora no será así: hace mucho tiempo que empecé a concoer la locura de esa ambición y ahora vengo a decirte: Dolores, mi amor no tiene un átomo de impureza. Yo solamente deseo tener derecho de vivir a tu lado, para verte a cada instante, para oír tu voz cerca de mí, para tener el placer de escuchar mi nombre en tus labios y poder poner en tus manos, sin que te ruborices, el precio de mi trabajo: casémonos mañana si quieres y vivamos en adelante como hermanos. El día en que tú me digas “Cese nuestra amistad fraternal y empiece nuestro amor”, sólo hasta ese día empezará. Pero si no me lo dices nunca, yo tampoco lo exigiré ni me quejaré jamás. Entretanto, trabajaré contento noche y día para que nunca nos amenace la miseria y para que tu hermoso niño, a quien ya amo como si fuera mi hijo, no eche de ver jamás el abandono en que le ha dejado su desnaturalizado padre. ¿Y te atreverás ahora a rehusar la mano que te extiende un amigo, un hermano?

El amor de Esteban no podía ser más puro, su desinterés más sublime. Dolores lo comprendió así y avergonzada ante tanta nobleza de corazón, ocultó el rostro entre las manos. Y en aquel momento creyó ver a Marta sentada en el lugar que ocupaba ahora, refiriéndole la horrible historia de Juana: recordó que sin el dinero que Esteban le había dado al partir, ella y Rafaelito hubieran muerto de hambre y pensó que Dios nunca le perdonaría el haber resistido tanto tiempo a los deseos de un hombre cuyas virtudes le daban sin duda derecho a la protección del cielo.

496 *pábulo*: “Sustento o mantenimiento en las cosas inmateriales” Núñez de Taboada 1825: 1074.

—¿Y bien? — preguntó Esteban después de un instante de cruel expectativa.

Dolores separó las manos de su rostro y mirando fijamente al mestizo, le tendió la mano con una sonrisa. Esteban creyó que los ojos de la joven nunca se habían fijado en él con tanta expresión de bondad, observó su sonrisa, vio aquella mano que por segunda vez en su vida se la extendía Dolores y embriagado de placer y de felicidad quiso arrodillarse para estrecharla. Pero Dolores le contuvo a tiempo.

—¿Cómo? — le dijo levantándose —¿Tú a mis pies? No, no. Mi pecho es ahora tu lugar.

Y le extendió sus brazos. Esteban se precipitó en ellos, dando un grito de sorpresa y de alegría. Este grito despertó a Rafaelito, pero en lugar de abrir los ojos llorando, como lo hacen los niños, los fijó en el grupo que formaban su madre y Esteban, con la sonrisa más hechicera que sabían formar sus labios. Dolores creyó ver en él un angel que le prometía el cielo por el bien que acababa de hacer.

10. EPÍLOGO

Cuatro años después, un jinete que había salido dos horas antes de Mérida, dirigía su brioso⁴⁹⁷ caballo, color castaño oscuro, por un camino carretera llano y recto como una cerbatana⁴⁹⁸.

No haremos misterio del nombre de este jinete: era Pablo que iba a visitar a sus mayordomos en sus haciendas de labranza. Sin embargo, de que debía tener prisa, porque la mañana era algo adelantada⁴⁹⁹, seducido por las bellezas que a ambos lados presentaba el camino, contenía las riendas de su caballo, defendiéndose de los rayos del sol bajo la sombra de los árboles. Estos, que crecían en número incalculable tras de las piedras que formaban la carretera, presentaban como una fortaleza inexpugnable de verdura, tras de la cual no sólo se guarecía el viajero, sino también algunas cabezas de ganado vacuno de las haciendas comarcanas⁵⁰⁰.

Grandes lagos de agua cenagosa⁵⁰¹ depositada por las lluvias de los días anteriores se presentaban de trecho en trecho a la vista de Pablo. Innumerables mariposas de diversos colores descansaban tranquilamente en las orillas de estos lagos, o revoloteaban inquietas sobre las aguas hasta encontrar un punto sólido en qué descansar y posar su vuelo. Los pájaros, más descontentadizos que las mariposas, sabían encontrar el agua clara y delgada que habían recogido en sus concavidades las piedras de la carretera y del camino. Innumerables guirnalda de flores silvestres de mil colores y matices, se destacaban con profusión de las ramas que caían sobre el camino, de entre la espesura de las hojas de los árboles lejanos y de la desigual superficie que formaban las copas de los mismos árboles.

Pablo sentía un bienestar indefinible en medio de este lugar tan favorecido de la naturaleza. El aire que respiraba venía impregnado del suavísimo perfume que las flores del campo esparcían en derredor suyo. El canto que las aves ensayaban ocultas entre la espesura de los árboles, llegaba a sus oídos con esa dulce armonía de la naturaleza que tanto conmueve el corazón.

De repente, al lado derecho del camino, como a un cuarto de legua de distancia de la carretera, presentóse a los ojos del viajero la hermosa perspectiva con que se anuncia una hacienda en Yucatán⁵⁰². Las altas copas de los ramones y las palmas del cocotero se veían descollar⁵⁰³ sobre el monte como tras un velo de gasa, a través de la sutil neblina que aún no habían podido disipar los rayos del sol. De súbito el viajero se detuvo. Había creído oír a lo lejos el llanto de un niño. Después de haber escuchado un instante con la inmovilidad de una estatua para fijar mejor la atención, no dudó ya y lanzó su caballo al galope hacia la misma dirección que antes llevaba.

497 *brioso*: "Pujanza, fuerza, vigor, fortaleza, potencia" Domínguez 1853: 279.

498 *cerbatana*: "Cañón de madera o de otra materia en que se introducen bodoques u otras cosas para despedirlas con violencia" Domínguez 1853: 367.

499 *adelantada*: "temprano" Domínguez 1853: 29.

500 *comarcanas*: "Cercano, inmediato, próximo, contiguo" Domínguez 1853: 408.

501 *cenagosa*: "feo, inmundo, asqueroso" Domínguez 1853: 362.

502 *haciendas en Yucatán*: las haciendas tuvieron un crecimiento muy notorio en el siglo XIX, siendo el principal motor económico de la región a mediados de dicho siglos. Eran de herencia colonial, y fueron la transformación de haciendas agrícolas a exclusivamente henequeneras. El auge de este tipo de haciendas en Yucatán se dio entre 1876 y 1911.

503 *descollar*: "Aventajar, superar" Domínguez 1853: 562.

No se había engañado. No tardó en descubrir, sentado sobre una piedra de la carretera, a un hermoso niño de cuatro a cinco años, que daba gritos despavoridos viéndose solo en medio del campo. Pablo no vaciló un instante. Bajóse del caballo y se dirigió a donde estaba el niño. Este, que le había visto venir y bajar, fijó en él sus grandes ojos y le miró a través de sus lágrimas. Pablo le miraba también lleno de placer y de admiración a la vez.

Era una bellísima criatura de cuyo origen era difícil dudar. Su cabello rubio como el de los niños de la raza blanca, caía en bucles sobre la parte posterior de su cuello y sobre sus mejillas. Sus ojos negros cautivaron a Pablo a la primera mirada: su cutis tierno y sonrosado ofrecía un gracioso contraste con el subido carmín de sus labios. Su único vestido consistía en una batita de muselina que transparentaba todas las partes de su cuerpo tan bien modelado como robusto y en unos zapatitos de marroquí⁵⁰⁴ bronceado bajo los cuales desaparecían sus pies hasta el tobillo. Cuando Pablo hubo examinado todo esto le preguntó:

—¿Quiéres venir conmigo?

El niño sonrió con la mayor gracia del mundo y levantándose con ligereza, extendió sus manecitas a Pablo. Este, embriagado de placer, como si hubiese encontrado un tesoro, tomó al niño en sus brazos, volvió a montar a caballo y le colocó en el arzón⁵⁰⁵ delantero de la silla.

—Veamos, — volvió a preguntar Pablo —¿quieres que yo te lleve a donde está tu papá, tu mamá?

—Sí, sí — respondió el niño con alegría.

—Pero, ¿en dónde están, en dónde viven?

—En la hacienda.

—¿Qué hacienda? ¿Cómo se llama?

El niño vaciló un instante

—San José⁵⁰⁶ — respondió al fin, dando un salto de alegría sobre la silla.

—¿Esa que está aquí cerca?

—Esa, esa.

—Busquemos, entonces, el camino.

Pablo hizo caminar su caballo y el niño después de haber mirado un instante con desconfianza el incesante movimiento de las orejas del animal, se sonrió con placer y volvió la carita para dirigir a Pablo una mirada de inteligencia. No tardó en presentarse a la vista de ambos y a la derecha del camino una ancha vereda poco trillada⁵⁰⁷ que se internaba hacia la hacienda a que el niño había dado el nombre de San José.

504 *marroquí*: es tafilete, lo cual es una tela de "Piel fina, delgada y lustrosa" Domínguez 1853: 1587.

505 *arazón*: "El fuste delantero o trasero de la silla de montar" Domínguez 1853: 176.

506 San José: probablemente se refiere a la hacienda san José Cholul, a ocho kilómetros del municipio de Tixkokob, al norte de la península de Yucatán. Dicha hacienda fue fundada por el presbítero Joaquín Teneiro durante la primera mitad del siglo XIX, dedicada a la ganadería, siembra de maíz y caña de azúcar. Posteriormente José Cicerol fue dueño de dicha hacienda, hasta que en 1870, Francisco Zavala y Manuel José Castilla la compraron. Sobre el tema recomiendo la lectura *La formación de las estancias y haciendas en Yucatán durante la colonia* de Robert Patch.

507 *trillada*: "Común" Domínguez 1853: 1514.

Pablo dirigió a ella su caballo sin vacilar, después de haberse despedido con una mirada del camino carretero, cuyas dos hileras de árboles se confundían en el horizonte con la bóveda del cielo, como los tres lados de un triángulo colosal en su vértice. Tranquilo ya sobre el camino que debía llevar, Pablo, que experimentaba un placer inexplicable en hacer hablar al niño, no tardó en continuar sus preguntas.

—¿Quién te llevó allí en donde te encontré?

—¿Quién? Micaela.

—¿Y quién es Micaela?

—Es la mujer del mayoral⁵⁰⁸.

—¿Y cómo te sacó de la hacienda?

—Todos los días cuando va a leñar, me pide a mamá y me lleva consigo y después volvemos juntos.

—Y ahora, ¿por qué te dejó?

—Yo vi una mariposa muy bonita, con sus alas blancas y negras, muy bonitas también, y empecé a correr detrás de ella y le di con una rama seca que llevaba.

—¿Le diste? — preguntó Pablo, olvidando que su interlocutor con la natural inconstancia de la niñez se había desviado del punto principal de la cuestión.

—Si le di, pero no murió: sólo le quité un pedazo del ala. Pero después vi otra mariposa grande, muy grande y amarilla y la tapé con mi sombrero.

—¡Tu sombrero, tu sombrero! ¿Y a dónde fue a dar tu sombrero?

—Mi sombrero, —respondió el niño haciendo pucheritos⁵⁰⁹ —de repente se lo empezó a llevar el viento y no lo alcancé.

Y se echó a llorar.

—¡Eh, eh! —le dijo Pablo —no hay por qué llorar tanto. Yo te compraré otro sombrero.

—¿Muy bonito? —preguntó el descontentadizo⁵¹⁰ niño, volviendo a ver a Pablo y clavando en él una mirada hechicera.

—Muy bonito.

El niño dió un salto de alegría y pagó a Pablo con una sonrisa. Y la conversación terminó aquí. El viajero empezaba ya a descubrir el arco del corral con sus tres almenas⁵¹¹ toscas y puntiagudas y su reja de madera que estaba cerrada en aquel momento. Tras de las albarra- das que formaban el corral, divisó un corredor de tres arcos que dejaba ver dos puertas que conducían a las piezas interiores. Las columnas que sostenían estos arcos confundíanse con los troncos de algunos cocoteros que crecían a alguna distancia y cuyas anchas copas se levantaban a una altura dos veces mayor que el de las azoteas. Pablo examinó con atención esta sencilla fachada cuando de repente, volviéndose al niño:

—Dime, —le preguntó —pero no me has dicho tu nombre. ¿Cómo te llamas?.

—Rafaelito — respondió este, sin olvidar el diminutivo con que todo el mundo alarga el nombre de los niños.

508 *mayoral*: "jefe o superior" Domínguez 1853: 1150.

509 *pucheritos*: "cualquiera de los visajes que como expresión de tristeza y despecho súbito hacen los niños cuando fruncen los labios y sollozan para llorar; lo cual es más frecuente en los más mimados" Domínguez 1853: 1417.

510 *descontentadizo*: "los que no se contentan con facilidad o son difíciles de contentar" Domínguez 1853: 563.

511 *almenas*: "Cada una de las torrecillas [...] que coronan la parte superior de los muros antiguos" Domínguez 1853: 86.

Pablo dió un salto de asombro sobre la silla y tiró inadvertidamente de las riendas del caballo que se detuvo al instante.

—¡Rafaelito, Rafaelito! —murmuró entre dientes —¿Y quién es tu madre? —añadió en voz alta.

El niño se quedó sin responder porque no entendió esta pregunta que no se le hacía en su lenguaje.

—Tu mamá, ¿cómo se llama tu mamá?

—Mi mamá se llama mamá.

Dos minutos antes Pablo se hubiera sonreído de la inocente sencillez del niño, pero esta vez insistió con impaciencia.

—¡Mamá! Ese es el nombre que le das tú. Pero los demás la gente de la hacienda, ¿no has oído cómo le dicen, cuando la llaman?

—¡Ah, ah!—respondió el niño triunfante —¡Dolores, Dolores!

Pablo dejó caer el brazo con que sujetaba al niño por la cintura. Este, al verse resbalar de la silla, dió un grito de espanto que advirtió a Pablo de su descuido y le hizo repararlo⁵¹² al instante, alcanzando a Rafaelito sobre la garganta del caballo y volviéndolo a colocar sobre la silla. El caballo siguió andando a causa de este movimiento. Distruido Pablo con su pensamiento, no había reparado que estaba ya bastante cerca de la reja. La vocesita del niño, que había ya vuelto del susto, le sacó de su distracción.

—Y mi papá —dijo de súbito —también sé el nombre de mi papá.

Pablo sintió un vuelco terrible en su corazón y estuvo a punto de aflojar otra vez su brazo para dejar caer a Rafaelito.

—¡Tu padre! ¿Tienes...vive tu papá?

—Sí, sí.

—¿Y dices que sabes su nombre?

—Sí, sí: se llama Esteban.

En aquel momento levantó Pablo la cabeza y se encontró a dos pasos del arco del corral. Un indio medio desnudo que le había divisado desde lejos, acababa de abrir la reja para que entrase y le daba los buenos días, sombrero en mano. Sin acordarse de responder a este saludo, Pablo levantó al niño de la silla y le colocó en los brazos del indio que se apresuró a recibirlo.

—He aquí —le dijo en el idioma del país⁵¹³—este niño que he encontrado llorando y abandonado en el camino.

Y tirando de las riendas al caballo, quiso obligarle a dar la media vuelta necesaria para regresar por el mismo camino que había traído. Pero el indómito bruto, que creía haber llegado al término de su viaje y que había visto un pienso⁵¹⁴ de ramón en el corral y el agua de los bebederos, sacudió la cabeza para resistir a la dirección que quería dársele y, con ímpetu repentino, lanzóse al corral por la reja que estaba abierta, como hemos dicho.

512 *repararlo*: "Remediar o precaver algún daño o perjuicio" Domínguez 1853: 1479.

513 *idioma del país*: se refiere a la lengua maya yucateco. En este sentido, el diálogo sería: "Ts'ook in waye' le paal ku ts'ook in kaxtik yok'ol ka abandonado ti' le bejo". La traducción es mía.

514 *pienso*: "La porción de cebada o de otro alimento que se ministra diariamente a algunos animales" Domínguez 1853: 1359.

Pablo se espantó de verse de repente a algunos pasos de la escalera del corredor. El amor propio del jinete se indignó de la resistencia y de la burla que acababa de sufrir y metió con furia las espuelas en el vientre del caballo. Este se encabritó⁵¹⁵ al instante, dobló el lomo y empezó a dar saltos violentos e irregulares con el maligno fin de desembarazarse del caballero. Pablo, en lugar de arredrarse, sonrió con orgulloso desdén, como si aquella lucha entre el hombre y el bruto, entre la destreza y la fuerza, le hubiese hecho olvidar sus pensamientos. Descolgó del arzón de la silla un látigo de montar, afirmóse en los estribos y, con las riendas, el látigo y las espuelas, en un instante se hizo obedecer. El caballo, pues, tomó la dirección a que le obligaba el jinete, pero salió con un ímpetu tan violento que le fue imposible desviarse de la línea recta en medio de su rápida carrera y, en lugar de pasar entre las dos hojas de la reja, caballo y caballero se estrellaron contra el macizo estribo del arco e impelidos por la fuerza del choque, cayeron a algunos pasos de distancia.

Los labios del jinete prorrumpieron en una maldición cuyo eco se apagó a los gritos del indio y del niño que aún no había osado entrar en el corral y que habían sido los únicos espectadores de esta escena. A estos gritos abrióse una de las puertas de la casa principal y apareció una joven mestiza que dió un grito también al ver tendido en tierra al desdichado jinete.

—¡Esteban, Esteban! —llamó al instante.

—¿Qué hay? —exclamó la voz lejana de un hombre que bajaba precipitadamente las escaleras que conducían al andén de la noria⁵¹⁶.

La mestiza le señaló con el dedo el grupo que formaban el caballo y el caballero inmóviles todavía y como sin vida en el lugar en que habían caído. Esteban lo vio y lo comprendió todo. Corrió al lugar de la catástrofe y llegó juntamente con el indio que había dejado a Rafaelito ir a reunirse con su madre en el corredor.

El jinete se había herido la frente, el pecho y las manos que echaban sangre en abundancia y su pierna derecha había quedado aplastada bajo el vientre de su cabalgadura. Esteban hizo señas al indio de que tirase de las riendas al caballo y le obligase a levantarse, mientras él se encargaba del jinete para libertarle del mejor modo posible del peso que oprimía su pie. Pero al inclinarse sobre éste, dió un grito y retrocedió lleno de espanto. Los ojos de Pablo, a pesar del dolor que sentía, brillaron con una mirada fiera y amenazadora.

Dolores, que veía todo esto desde el corredor sin comprenderlo, creyó que se necesitaba de más brazos para levantar al jinete y volvió a meterse por la puerta de que había salido. Después de un instante apareció otra vez seguida de cuatro indios que, a un gesto suyo, volaron al lado de Esteban.

Este, que acababa de reponerse de su sorpresa, aprobó el socorro que le llegaba y mientras los cinco indios levantaban al caballo que no pudo moverse por sí solo, arrastró a Pablo para desembarazar su pie y le presentó la mano para que se levantase. Pero Pablo la rehusó con un gesto. Entonces los indios se le acercaron y quisieron levantarlo en brazos, pero al primer movimiento que sintió en su cuerpo empezó a dar gritos horribles.

515 *encabritó*: neologismo en la época, que significa actualmente "Hacer que un caballo se empine" (RAE).

516 *noria*: "máquina hidráulica, con cuyo auxilio se saca agua de los pozos para el riego y se compone de un tambor que gira verticalmente a impulsos de una rueda, cuyo movimiento de rotación es horizontal" Domínguez 1853: 1245.

—¡Oh, oh! ¡Nadie me toque, déjenme morir aquí!

Al oír esta voz, Dolores se lanzó a las escaleras del corredor y en menos de un minuto se incorporó al grupo.

—¡Gran Dios! —exclamó abriéndose paso entre los indios —¿Quién ha hablado aquí?

Y sus ojos se encontraron al instante con los de Pablo que acababan de volverse a ella. La joven dió un grito y necesitó asirse del brazo de Esteban para no caer. Algunos momentos después, cuatro indios llevaron una cama y Pablo fue colocado en ella no sin demostrar en quejas los agudísimos dolores que le hacían sufrir. Los mismos indios volvieron a cargar la cama y la transportaron a un reducido aposento de la casa principal. Esteban y Dolores, que traía de la mano a Rafaelito, siguieron a Pablo hasta este aposento y seguros ya de que se le había colocado en él con la mayor comodidad posible, despidieron a los sirvientes. La sangre corría de las heridas que Pablo se había hecho en diversas partes del cuerpo: la que salía de la frente cubría ya con una capa roja su semblante varonil y sus vestidos y hasta el cobertor de la cama estaban ya salpicados de manchas del mismo color.

—¡Un médico! —exclamó Dolores —Esteban, Esteban, es preciso mandar a Mérida por un cirujano. Pero, ¿quién irá por él?

—Yo iré —respondió Esteban —Y también por un confesor, ¿no te parece? —añadió inclinándose al oído de Dolores.

La joven se estremeció, pero hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Y un escribano para que yo otorgue mi testamento — tartamudeó Pablo.

Esteban y Dolores salieron de la pieza a un mismo tiempo, aquel para ensillar el caballo más ligero que poseía y ésta, para preparar hilas⁵¹⁷ y vendas para las heridas de Pablo. Sólo Rafaelito que apenas comprendía lo que acontecía, se quedó con el herido en el aposento.

Pablo, al verle cerca de sí, reconoció al hermoso niño que diez minutos antes había conducido en sus brazos a la hacienda. Recordó entonces que era su hijo, recordó la graciosa sonrisa con que le había extendido sus brazos en el camino y la voz dulce y armoniosa con que le había hablado y el orgullo de padre se apoderó de su corazón. Olvidó que Rafaelito había sido en cierta manera la causa de la caída mortal que quizá iba a costarle la vida y quiso llamarle para volverle a estrechar entre sus brazos. Pero en aquel instante sintió que un desvanecimiento general recorría todo su cuerpo. La vista se le oscureció como si una espesa nube se hubiese interpuesto entre él y la ventana que daba luz al aposento y sus ojos se cerraron como por un sueño repentino.

Cuando volvió en sí dos horas después, Dolores estaba arrodillada junto a su cama, inundado de lágrimas el semblante. Rafaelito, que estaba en pie cerca de ella, lloraba también viéndola llorar. Pablo recordó al instante todo lo que había ocurrido y sintió renovarse sus dolores con mayor fuerza que nunca. Exhaló entonces una queja lastimera a que respondió inmediatamente Dolores con una exclamación de alegría.

—¡Ah, señor Pablo! —le dijo —Con que...

Un nuevo grito, tan triste como el primero, interrumpió a la joven.

—¿Ha venido el cirujano? —preguntó Pablo, tocándose la venda que envolvía su cabeza.

517 *hilas*: "Cada una de las hebras que se sacan de los trapos blancos de lienzo ya usados y que sirven para curar las llagas, heridas, etc" Domínguez 1853: 933.

—No, todavía.

—¿Y quién....?

—¡Ah! ¿Esa venda de la frente? Yo la he puesto y las demás también.

—¿Tú, tú.? Pero, ¿por qué estás de rodillas?, ¿por qué no te sientas si es que quieres estar donde yo estoy?

Dolores palideció ligeramente, acercó un asiento a la cabecera y se sentó.

—¡Ah, ah! —continuó Pablo trabajosamente —Y ese niño a quien yo tuve en mis brazos esta mañana, ¿por qué no viene aquí también? ¡Dolores, Dolores! Siéntale aquí en la orilla de la cama. Pero no, no: va a mancharse de sangre. Siéntale en tus rodillas, para que yo le vea cerca de mí. ¡Es tan hermoso, Dios mío!

Los ojos de Dolores brillaron con alegría, levantó a Rafaelito en sus brazos y le colocó sobre sus muslos.

—Así, así —exclamó Pablo, clavando sus ojos en las pupilas del niño—Y se sonríe conmigo ¡Gran Dios, qué criatura tan preciosa! Dolores, acércale a mis labios.

Y levantando trabajosamente la cabeza, ahorró la mitad del trabajo a Dolores que le extendía al niño en sus brazos. Y los labios del padre y del hijo⁵¹⁸ se juntaron muchas veces, hasta que el primero dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—¿No es verdad que es muy hermoso, señor Pablo?

—¡Oh, sí sí! Es bello como un ángel. Y es, Dolores, nuestro...

Dolores palideció otra vez y llevó el dedo índice a sus labios para recomendarle a Pablo silencio. Los ojos de éste despidieron un brillo siniestro, pero pasajero; porque acababa de recordar la conversación que había tenido con Rafaelito en el camino.

—Es verdad, es verdad, —murmuró con voz sorda.

—Rafaelito, —dijo Dolores a su hijo —vé a jugar con la hija de Micaela: acabo de verla entrar por el corral.

El niño se deslizó de los brazos de su madre y desapareció al instante dando saltos de alegría.

—Sí, sí —continuó Dolores cuando se vio sola con Pablo—ese hermoso niño es nuestro hijo. Pero eso es aquí no más, señor Pablo. En todas partes y para todo el mundo es hijo de mi marido, de Esteban.

—¡Tu marido, tu marido!

—¡Mi marido! Hace cuatro años que nos casamos.

Pablo clavó los ojos en la joven con una expresión inequívoca que ésta comprendió al instante.

—Sí, sí, —continuó Dolores, como hablando consigo misma —hace cuatro años que nos casamos. Verdad es que yo me casé por gratitud, por reconocimiento y tal vez por necesidad pero fue advirtiéndome a mi esposo que no podía tenerle amor. El lo admitió así. Me explicó la condición de desinterés sublime con que quería darme la mano y yo se la entregué temblando. Al principio vivimos juntos, como con violencia, porque no podíamos vivir de otra manera. Pero después esta violencia dejó de parecerme tal, con la costumbre de verle todos los días. Y luego... y luego, al fin esta costumbre, con las virtudes de mi esposo, con el silencio que guardaba, con la fidelidad con que me cumplió su promesa, la costumbre degeneró en amor.

518 No he encontrado otra referencia a los besos padre-hijos en los labios en el siglo XIX yucateco. Sin embargo, está definido como un acto de ternura: "Gesticulación más o menos apasionada, expresiva de ternura, de cariño" (Domínguez 1853: 249).

El cuerpo de Pablo se estremeció sobre la cama y devoró con una mirada sombría el ligero rubor que había aparecido en las mejillas de Dolores al pronunciar sus últimas palabras. En aquel momento entró Rafaelito y se arrojó en los brazos de su madre, enseñándole un coco tierno que acababa de encontrar. La conversación se interrumpió forzosamente. El niño no tardó en entablar con Pablo un diálogo animado y el infeliz padre sintió calmarse sus agudos dolores con la voz fresca e infantil de aquella criatura tan hermosa, a quien no acertaba a dar el nombre de hijo. De súbito la vista volvió a obscurecerse como la primera vez. Dolores y Rafaelito desaparecieron de sus ojos y otro desmayo más fuerte que el anterior le dejó inmóvil e insensible sobre el lecho. Media hora después y, antes de que Pablo hubiese vuelto del desmayo, a pesar de los esfuerzos de Dolores, el médico y el confesor llegaron en un solo carruaje.

El primero que, gracias a la revelación que le había hecho Esteban, venía provisto de cuanto podía necesitar, no tardó en hacer volver a Pablo de su desmayo. Pablo al abrir los ojos, dio un grito de alegría, reconociendo en el médico a un joven discípulo suyo.

—Amigo mío —le dijo tomándole afectuosamente la mano —quiero que me digas sin rebozo⁵¹⁹ lo que debo esperar de la ciencia. Tengo qué disponer muchas cosas antes de mi muerte y si tú me ocultases el momento en que debe venir por halagarme con una vana esperanza, moriría tal vez desesperado.

El médico le tranquilizó con una mirada y se puso a examinarle. Cuando hubo concluido su examen, se paró enfrente del enfermo y le miró en silencio.

—¿Y bien, amigo mío? —le preguntó Pablo.

—Yo he venido con un sacerdote en mi carruaje —respondió el médico —y te aconsejo, Pablo, que no desperdicies esta ocasión de reconciliarte con el cielo.

Pablo sintió apoderarse de todo su cuerpo un extraño calofrío⁵²⁰, que le hizo estremecerse sobre la cama. Pero reponiéndose al instante y recobrando todo su valor:

—¿Cuándo moriré? —preguntó al médico.

—Esta tarde tal vez o quizá hasta la noche.

Pablo volvió a tomar la mano del médico y se la apretó con efusión.

—Gracias amigo mío, gracias —le dijo con entereza.

Dolores, que había salido a ver si Esteban había llegado con el médico, no pudo oír esta terrible revelación. Un momento después entró en el aposento precedida del confesor. Pero al instante volvió a salir juntamente con el médico y el sacerdote se quedó sólo con el moribundo. A las doce del día llegó el escribano con un amanuense⁵²¹ suyo en un carruaje, seguido de Esteban. Los dos primeros entraron en el aposento de Pablo, que había concluido de confesarse, y se encerraron con⁵²² él, con el médico y el sacerdote que sirvieron de testigos, del mismo modo que el amanuense. Media hora después se había concluido el testamento.

519 *rebozo*: "Vergüenza, pudor, miramiento, miedo" Domínguez 1853: 1453.

520 *calofrío*: "indisposición del cuerpo en que a un mismo tiempo se siente algún frío y calor extraño" Gaspar y Roig 1853: 441.

521 *amanuense*: "El que escribe a mano" Domínguez 1853: 97.

522 Se lee en en *LMA* y todas las ediciones posteriores. Es errata que enmiendo.

Pablo suplicó que le llamasen a Dolores y a Esteban y que le dejaran solo con ellos. Los dos curiales⁵²³ se volvieron a Mérida: el médico y el sacerdote se fueron a visitar la posesión⁵²⁴.

Dolores y Esteban corrieron al llamamiento del moribundo.

—Amigos míos —les dijo Pablo al verles entrar en el aposento —síéntense aquí, alrededor de esta cama que me han prestado para morir, porque quiero hablarles y la voz me va faltando.

—¡Morir, morir! —exclamó Dolores, brotando de sus ojos un raudal⁵²⁵ de lágrimas —¿No ya tiene usted a su lado un médico que puede salvarle?

—El mismo médico, Dolores, me ha dicho que son inútiles los socorros de la ciencia para la terrible caída que he dado. Yo moriré, Dolores, dentro de algunas horas, pero a tu lado, al lado de Esteban y de Rafaelito.

Dolores y Esteban acercaron sus asientos a la cama y se sentaron.

—Amigo mío —continuó Pablo —lo poco que he podido ver de esta posesión me ha encantado mucho. ¿Es tuya?

—¡Oh no, señor Pablo! —respondió Esteban —Soy solamente el mayordomo del propietario.

—Y bien, ¿nunca has deseado tú ser su propietario?

—¡Ah! Es verdad, me he esmerado tanto en adelantarla⁵²⁶, que lloraría el día en que el amo me despidiese.

—No llegará ese día, amigo mío, porque desde ahora podrá ser tuya. Cómprala con los bienes de Rafaelito.

—¿Con los bienes de Rafaelito? — murmuraron a la vez los dos esposos.

—Sí, sí, con los bienes de ese precioso niño. ¿No saben ustedes que acabo de instituirle mi heredero universal?

Esteban y Dolores que no comprendieron muy bien estas palabras, hicieron un movimiento de admiración.

—¿A quién — continuó el moribundo con voz conmovida — a quién podría dejar con más razón todos mis bienes, todo cuanto poseo, que a Rafaelito, a ese niño tan hermoso, que además, ¿no es verdad que puedo decirlo, que además es mi hijo?

Los ojos de Esteban despidieron una llama imperceptible. Dolores acababa de comprenderlo todo y arrojando lejos de sí el asiento, se precipitó de rodillas junto a la cama. Pero la fuerte emoción que experimentaba, le impidió pronunciar una sola palabra. Contentose con tomar la mano del moribundo, a la vez que regaba inadvertidamente con sus lágrimas sus vestidos manchados de sangre. Al ver Pablo tan cerca de sí aquella cabeza de mujer que todavía conservaba toda su belleza, despertáronse en su memoria mil recuerdos que nada tenían, sin embargo, de profanos y, atrayendo suavemente hacia sus labios la mano con que Dolores apretaba la suya, preguntó a Esteban:

—¿No es verdad, amigo mío, que no puedes tener celos de un pobre moribundo?

Y sin aguardar su respuesta, estampó dos veces sus labios en la mano que Dolores no tuvo intención ni fuerza de retirar.

523 *curiales*: "referente a la curia" (Domínguez 1853: 507). Es decir, sacerdotes.

524 *posesión*: "el que tiene muchos bienes, raíces o inmuebles, dicese que tiene muchas posesiones" Domínguez 1853: 1391.

525 *raudal*: "Caudal abundante de agua o copia de este líquido, que corre, brota, mana sale o se precipita arrebataadamente" Domínguez 1853: 1448.

526 *adelantarla*: "Aumentar, mejorar, dar impulso, acrecentar" Domínguez 1853: 29.

—¡Mi hijo, mi hijo! – exclamó en seguida —¿Dónde está mi heredero?

Dolores se levantó enjugando sus lágrimas y corrió a buscar a Rafaelito. Pero en medio del aposento se detuvo y volvió a acercarse a la cama, balbuciendo como si dudara de la inesperada fortuna que el cielo enviaba a su hijo.

—¡Heredero, heredero!

—Sí, sí – respondió Pablo –¿No es verdad que no vas a desechar ahora la herencia que dejo a nuestro hijo, como rehusaste la miserable donación que te ofrecí un día?

—Pero, ¿y su esposa de usted, señor Pablo?

—¿Qué?

—¿No ha tenido también algún hijo a quien corresponda esa herencia?

—Sí, sí tuve uno, hermoso como Rafaelito, pero, ¡ay!, vino esa horrible epidemia, el cólera morbo⁵²⁷ y la madre y el hijo murieron en un mismo días en mis brazos.

Una lágrima tembló en los párpados sangrientos del moribundo y continuó con voz conmovida.

—Y cuatro días después, mi madre, víctima también de la misma epidemia, bajaba detrás de ellos a la tumba.

Esteban y Dolores se estremecieron.

—¡Oh, oh! – prosiguió Pablo – Fue un justo castigo del cielo. Yo había seducido a una joven inocente y había olvidado a mi hijo. Y la muerte me arrebató aquella familia, que no debí tener nunca para que la joven seducida y el hijo sin padre no careciesen del pan que yo les había negado. Mis bienes pertenecían no más que a ellos y así lo he hecho. ¡Dios mío!, porque he leído tu sentencia y he reconocido tu mano. Tú pusiste a ese hermoso niño en el camino para que me trajese aquí y en verdad que ninguno eran tan digno como él de recibir y cumplir tus órdenes. Tú infundiste aliento el indómito bruto que ha mutilado mi cuerpo, tú lo has hecho todo, Dios mío. ¡Bendita sea tu justicia!

Un terrible silencio siguió a estas palabras, hasta que el mismo moribundo lo interrumpió exclamando:

—¡Mi hijo, mi hijo! ¿Por qué no me lo has traído, Dolores?

La joven salió y volvió a entrar al instante con el niño en sus brazos.

—Aquí, aquí – exclamó Pablo – Dolores, siéntate como antes y vuelve a colocar a Rafaelito en tus rodillas.

La joven le obedeció. Pablo miró alternativamente al hombre, a la mujer y al niño, que rodeaban su lecho y les dijo:

—Tu mano, Dolores, sobre la mía. Esteban, la tuya también, por piedad. ¡Mis ojos son sólo para mi hijo!

Todos se apresuraron a cumplir sus órdenes. El moribundo sonrió entonces y habló por última vez:

527 La primera epidemia de cólera registrada en Yucatán data de 1833 como el artículo de Paola Peniche Moreno da fe en su artículo *Correspondencia sobre el cólera* (2017). Sin embargo, el texto debe referir al brote de 1853, ocurrido durante el gobierno de Miguel Barbachano y que tuvo origen en el barrio de San Román de Campeche, siendo el barrio de San Sebastián uno de los más castigados de la peste. Para esta referencia sobre el cólera en Mérida en 1853 ver *Cólera: mortalidad y propagación en la península de Yucatán* de Carlos Alcalá Farrárez (2013).

—¡Oh, cuán dulce es morir así!

Sus ojos volvieron a velarse⁵²⁸, su respiración se hizo a cada instante más embarazosa y el estertor⁵²⁹ de la agonía empezó, al fin, a agitar todos sus miembros. Cuando el sacerdote y el médico volvieron un momento después, Pablo acababa de exhalar el último suspiro.

Fin⁵³⁰.

528 *velarse*: “Cubrir con velo o cosa análoga” Domínguez 1853: 1691.

529 *estertor*: “es el ruido o conjunto de sonidos diversos y como de respiración fatigosa, que produce el aire al atravesar los líquidos, mucosidades” Domínguez 1853: 752.

530 Se lee *Fin* en LMA y LMB; en LMC y LMD se lee *Fin de la obra*; en LME se omite este cierre.

11. SEMBLANZA DEL AUTOR



DR. ALEJANDRO LOEZA ZALDÍVAR

Licenciado en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán, master y doctorado por la Universidad de Navarra, obteniendo éste último grado con la edición crítica a una obra de Tirso de Molina y el grado de doctor en Filología. Es miembro de la Asociación Internacional Siglo de Oro (AISO) y del Instituto Cervantes de Madrid. Ha participado en conferencias y congresos en la Universidad de Oxford (Inglaterra), Universidad de Coimbra (Portugal), Universidad de Sibiu (Rumanía) y Universidad de Oviedo (España) entre otras. Ha publicado en revistas indexadas de España, Francia, México, Costa Rica, Rumanía, EE.UU. y Alemania. Ha sido profesor de literatura en la Universidad de Navarra y en la Universidad Autónoma de Yucatán y de filosofía en la Universidad Marista. También ha sido profesor invitado en la Universidad de Siegen (Alemania).

Se ha especializado en el estudio, análisis y edición de textos literarios, particularment en filología áurea y decimonónica. Realizó una estancia posdoctoral en la Universidad Nacional Autónoma de México centrándose en la filología decimonónica. Recientemente ha publicado una edición crítica a la obra de Antonio García Gutiérrez (UNAM, 2023) y un trabajo crítico a la poesía de Manuel Iris (UNACH, 2022).

Actualmente es profesor de tiempo completo de la Licenciatura en Literatura Latinoamericana de la Facultad de Ciencias Antropológicas y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores del CONACYT SNI 1.